

DAD A
CIÓN G



VIAGE

A

ORIENTEE

DS48

L35

V.2

C.1

ART



E#7-C#763

84:911

VIAGE

A ORIENTE.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. Clas. 915.6

Núm. Aut. 2175

Núm. Ang. 30990

Procedencia -5-

Procedencia

Fecha

Revisión

Notas

849



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

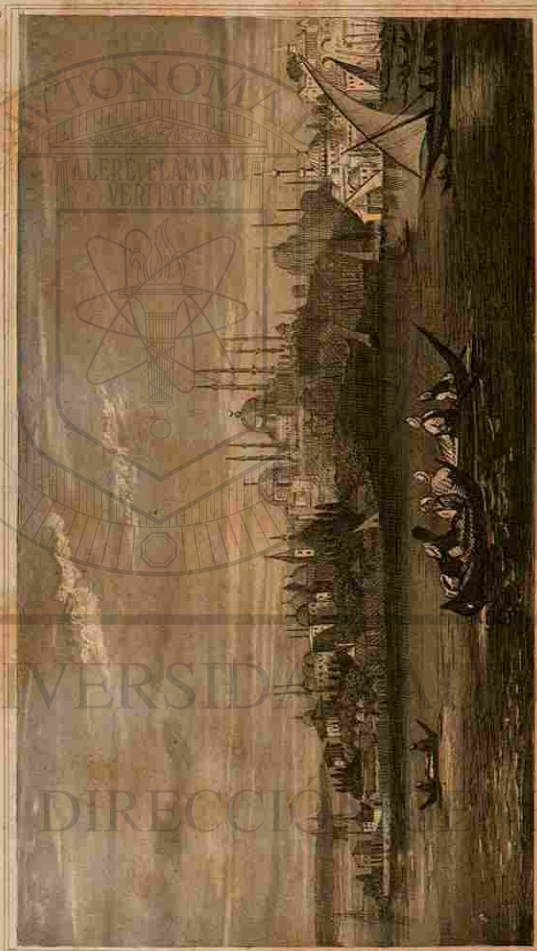
BIBLIOTECA PÚBLICA DE NUEVO LEÓN

9

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Imprenta de Schneider y Langrand, rue d'Erfurth, 4.



CONSTANTINOPLA.

VIAGE A ORIENTE,

1852-1855.

POR M. ALFONSO DE LAMARTINE,

INDIVIDUO DE LA ACADEMIA FRANCESA.

traducido

POR E. DE OCHOA.

TOMO II



FONDO BIBLIOTECA PUBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEON

PARIS,

LIBRERIA DE ROSA.

1842.

110819

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO DE LAMARTINE"

Apdo. 1625 MONTERREY, N. L.

30990



BIBLIOTECA

ALERE FLAMMAM
VERITATIS



1080045306



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

03008

DS418
L35
V. 2

VIAGE

A ORIENTE.

PAISAGES

PENSAMIENTOS EN SIRIA.

El 28 de marzo salgo de Berut para Balbek y Damasco: la caravana se compone de veintiseis caballos y ocho ó diez Arabes á pie, para servirnos y escoltarnos.

Al salir de Berut, se suben unos caminos abiertos, á manera de carriles, en una arena roja, cuyos bordes estan festoneados por todas las flores del Asia; — todas las formas, todos los perfumes de la primavera; — nópalos, arbustos

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO TORRES"

1625 MONTANES, MEXICO

espinosos con racimos de flores amarillas como el oro, semejantes á la ginesta de nuestras montañas; — parras entrelazadas con los árboles; — hermosos algarrobos; — árboles de hojas de un color verde muy oscuro, cuyo tronco tiene una corteza parda, lisa, reluciente, el árbol mas hermoso de estos climas: al cabo de media hora se llega á la cima de la península que forma el cabo de Berut; remata en una punta redondeada en el mar, y forma su base una hermosa y ancha llanura, atravesada por el Narh-Berut. Esta llanura, regada, cultivada, plantada de hermosas palmeras, de verdes moreras, de pinos de ancha y frondosa copa, va á espirar bajo los primeros peñascos del Líbano. En el punto culminante de la llanura de Berut se estiende la magnífica escena de Fakar-el-Din ó Fakardin, que es el paseo de Berut, adonde los ginetes turcos, árabes y los Europeos van á ejercitar sus caballos y correr el djerid, y adonde yo iba todos los días á pasear algunas horas á caballo, ya galopando por las desiertas arenas que dominan el horizonte azul é inmenso del mar, ya al paso, meditando bajo las calles de pinos nuevos que cubren una parte de este promontorio: — no conozco un sitio mas hermoso en el mundo: — aquellos pinos gigantescos, cuyos vigorosos troncos, ligeramente inclinados á impulso del viento

marino, alzan como medias naranjas sus anchas copas redondas en forma de quitasol, están sembrados en grupos de dos ó tres árboles ó aislados de veinte en veinte pasos sobre una arena de oro que corta de trecho en trecho un ligero vello verde de cesped y anemonas. Plantólos Fakar-el-Din, cuyas maravillosas aventuras han difundido su fama por Europa: todavía conservan su nombre. Todos los días veia yo con dolor á un heroe mas moderno derribar aquellos árboles que plantó otro grande hombre: Ibrahim-Bajá hacia cortar algunos para su marina, pero todavía quedaban bastantes para señalar á lo lejos el promontorio á la vista del navegante y á la admiracion del hombre aficionado á las hermosas escenas de la naturaleza.

Desde allí es, en mi concepto, desde donde se disfruta la mas espléndida aparicion del Líbano: se halla uno á sus pies, pero á bastante distancia sin embargo para que no le caiga encima su sombra, y para que la vista pueda abarcarle en toda su altura, penetrar en la oscuridad de sus gargantas, discernir la espuma de sus torrentes, y circular libremente alrededor de los primeros conos de que está flanqueado, y que sostienen cada cual un monasterio de maronitas, encima de un bosque de pinos, de cedros ó de negros cipreses. — El Sannin, la cima mas alta y pira-

midal del Líbano, domina todas las cimas inferiores, y forma, con su nieve casi eterna, el fondo magestuoso, dorado, morado y rosado del horizonte de las montañas que nada en el firmamento, no como un cuerpo sólido, sino como un vapor, un humo trasparente, al traves de los cuales se cree distinguir el otro lado del cielo, — fenómeno encantador de las montañas de Asia, que no he visto en ninguna otra parte y de que disfruto todas las tardes sin acertar á explicármelo. — Por el lado del mediodia, el Líbano va rebajándose gradualmente hasta el cabo avanzado de Saide, la antigua Sidon; sus cimas no están cubiertas de nieve sino en dos ó tres puntas mas distantes y elevados que las otras y que lo restante de la cordillera libánica; siguen, como una muralla de ciudad arruinada, ora subiendo, ora bajando, la linea de la llanura y del mar, y van á morir en el vapor del occidente, hácia las montañas de Galilea, en las orillas del mar de Genesaret, ó sea el lago de Tiberiade. Por el lado del norte, se ve una punta del mar que avanza, como un dormido lago, en el llano, medio tapada por las verdes arboledas de la deliciosa colina de san Dimitri, la colina mas hermosa de Siria. En este lago, cuya confluencia con el mar no se ve, están siempre anclados algunos buques meciéndose graciosamente sobre las

olas, cuya espuma va á mojar los lentiscos, las adelfas y los nópalos. — Desde la rada, un puente construido primeramente por los Romanos y restaurado por Fakar-el-Din, tiende sus ojos, elevados en forma de arcos diagonales, sobre el rio de Berut, que corre por el llano, donde difunde vida y verdor, y va á perderse no lejos en la rada.

Este paseo es el último que dí con Julia, que montaba aquel día por primera vez un caballo del desierto que le traje del mar Muerto, y que un criado árabe llevaba del freno. Ibamos solos; el día, aunque de noviembre, era hermosísimo; todo, en torno nuestro, era claridad, calor y verdura. Jamas ví á aquella admirable niña en una embriaguez tan completa de la naturaleza, del movimiento, de la alegría de existir, de ver y de sentir; á cada instante se volvía hácia mí para espresarme su asombro; y luego que hubimos dado la vuelta á la colina de san Dimitri, cruzado la llanura y entrado en el pinar donde nos paramos: — ¿No es verdad, me dijo, que este es el mas largo y delicioso paseo que he dado en mi vida? — ¡Ah! sí, ¡y tambien fué el último! — Quince dias despues, yo me paseaba solo y llorando bajo los mismos árboles, y llevando solo en el corazon aquella hechicera imagen de la criatura mas celestial que Dios me ha concedido

ver, poseer y llorar.—Ya no vivo; — la naturaleza no está ya animada para mí por todo lo que me la hacia sentir doble en el alma de mi hija. — Todavía la miro, y siempre arrebató mis ojos, pero ya no conmueve mi corazón, ó si alguna vez le conmueve, sin que yo lo advierta, algunos minutos, algunos instantes, inmediatamente después vuelve á caer frío y quebrantado en el fondo de inconsolable tristeza y de honda amargura en que le ha colocado la voluntad de Dios con tantas pérdidas irreparables.

Por el lado del poniente, lo primero que halla la vista es unas ligeras colinas de arena, roja como la brasa de un incendio, y de las que se alza un vapor blanco rosado, semejante á la reverberacion de la boca de un horno encendido; luego, siguiendo la linea del horizonte, pasa por encima de aquel desierto y llega á la linea azul oscura del mar, en que termina todo, y se confunde á lo lejos, con el cielo, en una bruma que deja indeciso su límite. Todas estas colinas, toda esta llanura, las faldas de todas las montañas, sostienen infinito número de lindas casitas aisladas, cada una de las cuales tiene su vergel de moreras, su pino gigantesco, sus higueras, y, de trecho en trecho, en grupos mas compactos y visibles, graciosas aldeas ó grupos de monasterios que se alzan sobre su pedestal de peñascos, y re-

percutan á lo lejos sobre el mar los rayos amarillos del sol de Oriente. — De dos á trescientos de estos monasterios hay sobre todas las crestas, sobre todos los promontorios, en todas las gargantas del Líbano: este es el país mas religioso del mundo, y acaso el único donde la existencia del sistema monacal no ha acarreado los abusos que en otras partes le han destruido. — Estos religiosos, pobres y útiles, viven del trabajo de sus manos, no son, propiamente hablando, mas que unos piadosos labradores, y no piden al gobierno y á las poblaciones mas que el pedazo de peñasco que cultivan, la soledad y la contemplacion; esplican ademas perfectamente, con su existencia actual, en medio de las comarcas mahometanas, la creacion de aquellos primeros asilos del cristianismo naciente, triste y perseguido, y la prodigiosa multiplicacion de aquellos asilos de la libertad religiosa, en los tiempos de barbarie y persecuciones. Esta fué la razon de su existencia, y esta existe, en el día, para los maronitas, y por eso estos frailes siguen siendo lo que han debido ser en todas partes, y lo que ya no pueden ser, mas que por escepcion, en ninguna. — Si el estado actual de las sociedades y de las religiones comporta todavía órdenes monásticas, estas no son en verdad las que han nacido en otra época, para otras condiciones, para

otras necesidades; cada tiempo debe llevar consigo sus creaciones sociales y religiosas; las necesidades de estos tiempos son diferentes de las de los primeros siglos. — Las órdenes monásticas modernas no tienen mas que dos cosas que pueden hacer mejor que los gobiernos y las fuerzas individuales, que son instruir á los hombres y aliviarlos en sus miserias corporales. Las escuelas y los hospitales, hé aqui los dos únicos puertos que les quedan por tomar en el movimiento del mundo actual, pero para tomar el primero, es preciso empezar por participar uno mismo de la luz que quiere difundir; — es preciso ser mas instruido y mas verdaderamente moral que las poblaciones á quienes se quiere instruir y mejorar. — Volvamos al Líbano. —

Empezamos á subirle por senderos de rocas amarillentas y de greda ligeramente rosada, que dan de lejos á la montaña aquel color amoratado y rosado que encanta la vista. Nada hay notable hasta los dos tercios de la montaña, donde se halla la cima de un promontorio que se avanza sobre un hondo valle.

— Uno de los mas hermosos puntos de la obra de Dios que puede contemplar el hombre es el valle de Hammana, que tiene uno bajo sus pies; empieza por una negra y profunda garganta, abierta casi como una gruta en los mas altos pe-

ñascos y bajo las nieves del Líbano mas elevado; al principio no se la distingue mas que por el torrente de espuma que descende con ella de las montañas, y traza, en su oscuridad, un surco movil y luminoso; insensiblemente se va ensanchando de grado en grado, como un torrente de cascada en cascada; luego, de pronto, torciendo hácia el poniente, y formando un gracioso y flexible marco, como un arroyo que entra en un rio, ó que se convierte en rio, entra en un valle mas ancho y se convierte en valle; estiéndese en una anchura de sobre media legua, entre dos cordilleras de la montaña; precipitase hácia el mar por un regular y suave declive, se alhonda ó se alza en colinas, segun los obstáculos de peñascos que encuentra en su carrera; sobre aquellas colinas, sostiene aldeas separadas por barrancas, inmensas mesetas rodeadas de negros pinabetes y bien cultivadas, en las cuales se alza un hermoso monasterio; en aquellas barrancas derrama todas las aguas de sus mil cascadas y las arrastra en brillante y estruendosa espuma. Los costados de las dos paredes del Líbano que le forman estan cubiertas de bellos grupos de pinabetes, y de conventos y altos pueblos, cuyo humo azul se mece encima de sus precipicios. A la hora en que me apareció este valle, el sol se estaba poniendo sobre el mar, y sus rayos, de-

jando en misteriosa oscuridad las gargantas y los derrumbaderos, rasaban solamente los conventos, los tejados de las aldeas, las copas de los pinabetes y las mas altas cabezas de los peñascos que salen del nivel de las montañas; las aguas, que iban muy crecidas, caían de todas las cornisas de las dos montañas, y saltaban en torrentes de espuma de todas las grietas de los peñascos, ciñendo con dos anchos brazos de plata ó nieve la hermosa meseta, las aldeas, los conventos y los bosques de pinabetes. Su estruendo, semejante al de los cañones de órgano en una catedral, resonaba por todas partes y atronaba los oídos. Rara vez he sentido tan profundamente la belleza especial de las vistas de montañas, — belleza triste, grave y dulce, de una naturaleza muy distinta de la de las bellezas del mar ó de las llanuras; — belleza que encoge el corazón en vez de dilatarle, y que parece que participa del sentimiento religioso en la desgracia; — recogimiento melancólico, — en vez del sentimiento religioso en la felicidad; — expansión, amor y alegría.

A cada paso, por las vertientes de la cornisa que seguíamos, las cascadas caen sobre la cabeza del transeunte ó se deslizan por las rendijas de las peñas vivas que han abierto, — goteras de aquel sublime tejado de las montañas que filtran sin cesar á lo largo de sus pendientes. El tiempo

estaba nebuloso; la tempestad rugía entre los pinabetes, y nos traía, de cuando en cuando, ráfagas de polvo de nieve que atravesaban, colorándole, el fugitivo rayo del sol de marzo. Me acuerdo del efecto nuevo y pintoresco que producía el paso de nuestra caravana por una de las barrancas de aquellas cascadas. Las laderas de los peñascos del Líbano se ahuecaban de repente, como una profunda ensenada del mar entre las rocas; un torrente, retenido por algunos enormes pedazos de granito, llenaba con sus rápidos y estrepitosos borbotones aquella desgarradura de la montaña; el polvo de la cascada que caía á algunas toesas encima, ondeaba á merced de los vientos sobre los dos promontorios de tierra árida y gris que rodeaban la ensenada, y que, inclinándose de pronto rápidamente, bajaban al cauce del torrente que era preciso pasar; una estrecha cornisa, labrada en la ladera de aquellos montes, era el único camino por donde se podía bajar al torrente para atravesarle. No podíamos pasar sino uno á uno, en hilera, por aquella cornisa; yo era uno de los últimos de la caravana: la larga fila de caballos, de bagages y de viajeros bajaba sucesivamente al fondo de aquella sima, girando y desapareciendo completamente en las tinieblas de la neblina de las aguas, y volvía á asomar lentamente por el otro lado y en la

otra cornisa del paso; primero, velada por un vapor sombrío, pálida y amarillenta como el vapor del azufre; luego rodeada por un vapor blanco y leve como la plateada espuma de las aguas, luego en fin espléndida y colorada por los rayos del sol, que empezaba á iluminarla mas, á medida que subia por las laderas opuestas: — era aquello una escena del *Infierno* del Dante, realizada á la vista en uno de los mas terribles círculos que hubiera podido inventar su imaginación; pero ¿quien es poeta delante de la naturaleza? quien inventa despues de Dios?

La aldea de Hammana, aldea drusa adonde íbamos á hacer noche, brillaba ya en la abertura superior del valle que lleva su nombre. Situada sobre un pico de peñascos agudos y aglomerados, contiguos á las nieves eternas, está dominada por la casa del jeque, colocada sobre un pico mas elevado, en medio del pueblo. Dos profundos torrentes encajonados en las rocas y obstruidos por peñascos que rompen su espuma, rodean por todas partes el pueblo; se pasan sobre unos troncos de pinabetes sobre los cuales han echado un poco de tierra, sin antepechos, y se sube á las casas. Las casas, como todas las del Líbano y de la Siria, presentan á lo lejos una apariencia de regularidad, y cierto caracter pintoresco y arquitectónico, que engaña á primera vista, y las

hace parecerse á grupos de quintas italianas con sus tejados de azoteas y sus balcones decorados con balaustradas; pero el castillo del jeque de Hammana escede en elegancia, en gracia y nobleza á cuanto he visto en este género, despues del palacio del emir Beschir en Deir-el-Kamar: solo es comparable á uno de nuestros mas maravillosos castillos góticos de la edad media, tales á lo menos cuales nos los hacen concebir sus ruinas ó como nos los representa la pintura. Ventanas de arco diagonal decoradas con balcones; una puerta alta y ancha coronada por un arco diagonal tambien, que avanza como un pórtico encima del atrio; dos bancos de piedra labrados con arabescos, y unidos á los dos largueros de la puerta; siete ú ocho escalones de piedra circular que forman una escalinata sobre un ancho terrado á que dan sombra dos ó tres inmensos sicomoros y donde siempre mana un agua pura en una fuente de marmol: — tal es la escena. Siete ú ocho Drusos armados, cubiertos de su noble trage de brillantes colores, con su gigantesco turbante y en marciales actitudes, parece que esperan las órdenes de su jefe; uno ó dos negros, vestidos con chaquetas azules; algunos jóvenes esclavos ó pages sentados ó jugando en las gradas de la escalinata; y en fin, mas arriba, bajo el arco mismo del porton, el jeque sen-

tado con la pipa en la mano, cubierto con un manto de escarlata, y mirándonos pasar en la actitud del poderío y del reposo:—tales son los personajes.—Añádanse á ellos dos mugeres jóvenes y hermosas, una asomada á un alto balcon del edificio y apoyada en la baranda, otra de pie en un balcon encima de la puerta.

Dormimos en Hammama en un cuarto que nos habian preparado hace algunos dias.—Levantámonos antes de salir el sol, y subimos la última cima del Líbano. Hora y media dura la subida; llegamos en fin á las nieves, y así seguimos en una elevada llanura, ligeramente variada por las ondulaciones de las colinas, como en la cumbre de los Alpes, la garganta que conduce al otro lado del Líbano.—Al cabo de dos horas de penosa marcha por un terreno cubierto de dos ó tres pies de nieve, se descubren primeramente las altas y nevadas cimas del Anti-Líbano, luego sus áridas y peladas laderas, luego en fin la hermosa y ancha llanura del Bka, que es la continuacion del valle de Balbek á la derecha. Esta llanura empieza en el desierto de Homs y de Hamma, y no acaba hasta las montañas de Galilea hácia Safad; solamente allí deja un estrecho paso al Jordan que va á desaguar en el mar de Galilea.—Esta llanura es una de las mas hermosas y fértiles del mundo, pero apenas está culti-

vada; siempre infestada por los Arabes errantes, los habitantes de Balbek, de Jaklé ó de las otras aldeas del Líbano apenas se atreven á sembrarla. Riéganla numerosos torrentes y muchos manantiales inagotables, y, cuando la vimos, mas bien presentaba el aspecto de un pantano ó de un lago mal desecado que no de una campiña.

En cuatro horas bajamos á la ciudad de Zaklé, y el obispo griego, natural de Alepo, nos recibe y nos da algunas habitaciones. Proseguimos nuestro camino el 30 para atravesar el llano de Bka é ir á hacer noche en Balbek.

RUINAS DE BALBEK.

Saliendo de Zaklé, gracioso pueblo cristiano situado al pie del Líbano, en el borde de la llanura, en frente del Anti-Líbano, se siguen primeramente las raíces del Líbano subiendo hácia el norte; se pasa por junto á un edificio arruinado, sobre cuyas ruinas han construido los Turcos una casa de dervis y una mezquita de un efecto grandioso y pintoresco.—Las tradiciones árabes dicen que aquellas ruinas son las del sepulcro de Noé, cuya arca arribó á la cima del Sanio, y que

tado con la pipa en la mano, cubierto con un manto de escarlata, y mirándonos pasar en la actitud del poderío y del reposo:—tales son los personajes.—Añádanse á ellos dos mugeres jóvenes y hermosas, una asomada á un alto balcon del edificio y apoyada en la baranda, otra de pie en un balcon encima de la puerta.

Dormimos en Hammama en un cuarto que nos habian preparado hace algunos dias.—Levantámonos antes de salir el sol, y subimos la última cima del Líbano. Hora y media dura la subida; llegamos en fin á las nieves, y así seguimos en una elevada llanura, ligeramente variada por las ondulaciones de las colinas, como en la cumbre de los Alpes, la garganta que conduce al otro lado del Líbano.—Al cabo de dos horas de penosa marcha por un terreno cubierto de dos ó tres pies de nieve, se descubren primeramente las altas y nevadas cimas del Anti-Líbano, luego sus áridas y peladas laderas, luego en fin la hermosa y ancha llanura del Bka, que es la continuacion del valle de Balbek á la derecha. Esta llanura empieza en el desierto de Homs y de Hamma, y no acaba hasta las montañas de Galilea hácia Safad; solamente allí deja un estrecho paso al Jordan que va á desaguar en el mar de Galilea.—Esta llanura es una de las mas hermosas y fértiles del mundo, pero apenas está culti-

vada; siempre infestada por los Arabes errantes, los habitantes de Balbek, de Jaklé ó de las otras aldeas del Líbano apenas se atreven á sembrarla. Riéganla numerosos torrentes y muchos manantiales inagotables, y, cuando la vimos, mas bien presentaba el aspecto de un pantano ó de un lago mal desecado que no de una campiña.

En cuatro horas bajamos á la ciudad de Zaklé, y el obispo griego, natural de Alepo, nos recibe y nos da algunas habitaciones. Proseguimos nuestro camino el 30 para atravesar el llano de Bka é ir á hacer noche en Balbek.

RUINAS DE BALBEK.

Saliendo de Zaklé, gracioso pueblo cristiano situado al pie del Líbano, en el borde de la llanura, en frente del Anti-Líbano, se siguen primeramente las raíces del Líbano subiendo hácia el norte; se pasa por junto á un edificio arruinado, sobre cuyas ruinas han construido los Turcos una casa de dervis y una mezquita de un efecto grandioso y pintoresco.—Las tradiciones árabes dicen que aquellas ruinas son las del sepulcro de Noé, cuya arca arribó á la cima del Sanio, y que

habitó el hermoso valle de Balbek, donde murió y fué enterrado. Algunos restos de arcos y de estructuras antiguas, de los tiempos griegos y romanos, confirman aquí las tradiciones; á lo menos se vé que en todos tiempos este sitio ha estado consagrado por algun gran recuerdo: la piedra sirve aquí de testigo á la historia. Pasamos, no sin trasportar nuestra mente á aquellos antiguos dias en que los hijos del patriarca, aquellos nuevos hombres nacidos de un solo hombre, habitaban estas moradas primitivas, y fundaban civilizaciones y edificios que ahora son problemas para nosotros.

Siete horas empleamos en cruzar oblicuamente la llanura que conduce á Balbek. Al pasar el rio que divide la llanura, nuestras escoltas árabes quisieron obligarnos á tomar hácia la derecha y á dormir en una aldea turca, á tres leguas de Balbek. Mi dragoman no pudo hacerse obedecer, y tuve que lanzar mi caballo á galope al otro lado del rio, para obligar á los dos jefes de la caravana á seguirnos. Adelantéme hácia ellos con el látigo en la mano, y esta sola amenaza bastó para que se tirasen de sus caballos al suelo y nos siguiesen refunfuñando.

Al acercarse al anti-Líbano, la llanura se eleva, y va siendo seca y pedregosa. — El suelo está cubierto de anemonas y campanillas blancas tan

numerosas como los quijarros. — Empezamos á ver una mole inmensa que se destacaba en sombra sobre las laderas blanquecinas del Anti-Líbano: — aquella mole era Balbek, pero nada distinguíamos aun. — Enfin, llegamos á la primera ruina, que es un templillo octógono, sustentado por columnas de granito rojo egipcio, columnas evidentemente cortadas en las columnas mas elevadas, de las cuales unas tienen una voluta en el chapitel, al paso que las otras no presentan ningun rastro de tales adornos, y que fueron, en mi concepto, trasportadas, cortadas y empinadas allí en tiempos muy modernos, para sostener la bóveda de una mezquita turca ó el techo de un santón: — debió ser en tiempo de Fakar-el-Din. — Los materiales son bellos; en las labores de la cornisa y de la bóveda, hay vestigios de algun sentimiento del arte, pero aquellos materiales son evidentemente fragmentos de ruina, retocados por una mano mas inhabil y por un gusto ya corrompido. Este templo está á un cuarto de hora de camino de Balbek. Impacientes por ver lo bello, grande y misterioso que nos ha dejado la mas remota antigüedad, acelerábamos el paso de nuestros caballos cansados, cuyos pies empezaban á tropezar, aquí y allí, en pedazos de marmol, en fragmentos de columnas y capiteles derribados; todas las cercas de las heredades in-

mediatas á Balbek estan construidas con estos despojos : nuestros anticuarios hallarian un enigma en cada piedra. Empezábamos ya á ver algun cultivo, y entre Balbek y nosotros se alzaban, hasta entre las ruinas de los templos, pomposos nogales, los primeros que ví en Siria. Aquellos templos no son mas que ruinas, ó por mejor decir, forman un collado de ruinas que sale de repente del llano, á alguna distancia de las verdaderas colinas del Anti-Líbano. Siempre se anda entre escombros en la aldea árabe arruinada que se llama Balbek. Seguimos uno de los lados de aquel collado de ruinas, sobre el cual se alzaba una selva de graciosas columnas, dorada por el sol poniente y embellecida con las tintas amarillas y mates del marmol del Partenon ó del Coliseo de Roma. Entre aquellas columnas, algunas, en fila elegante y prolongada, conservan todavia sus capiteles intactos, sus cornisas ricamente esculpidas, y rodean las paredes de marmol que cierran los santuarios ; otras estan reclinadas enteras en aquellas paredes que las sostienen, como un arbol cuya raiz ha muerto, pero cuyo tronco está todavia sano y vigoroso ; otras, en mayor número, están diseminadas aquí y allí, en inmensos montones de marmol ó de piedra, en las laderas de la colina, en los profundos fosos que la rodean, y hasta en el cauce del rio que

corre á sus pies. En la cima de la meseta de la montaña de piedra, seis columnas mas gigantes cas se alzan aisladas, no lejos del templo inferior, y todavia conservan sus colosales cornisas; luego veremos lo que indican en aquel apartamiento de los otros edificios. Si se continua siguiendo el pie de los monumentos, las columnas y la arquitectura acaban, y no se ven ya mas que paredes gigantescas, construidas con piedras enormes, y casi todas mas ó menos labradas ; — despojos de otra época de que se sirvieron en la remota época en que se elevaron los templos ahora arruinados.

No pasamos mas adelante aquel dia ; el camino se separaba de las ruinas y nos conducia, tambien entre ruinas, y sobre bóvedas en que resonaban las pisadas de nuestros caballos, hácia una casita construida entre los escombros, que era el palacio del obispo de Balbek, el cual, vestido con su ropon morado, y rodeado de algunos labradores árabes, salió á recibirnos y nos condujo á su humilde puerta. La menor cabaña de un labriego de Borgoña ó de Auvernia tiene mas lujo y elegancia que el palacio del obispo de Balbek : — unos paredones sin ventana ni puerta, y cuyo techo, medio desmoronado, deja chorrear la lluvia sobre un piso de barro, tal es el edificio ; en el fondo del patio sin embargo, una tapia limpia y nueva, una puerta y una ventana de arco

diagonal, de arquitectura moruna, y cuyas ogivas estaban formadas con piedras admirablemente labradas, atraian mis ojos : — aquello era la iglesia de Balbek, la catedral de aquella ciudad donde otros dioses tuvieron espléndidos asilos ; — es la capilla adonde los pocos cristianos árabes que viven sobre aquellas ruinas de tantos cultos, van á adorar, bajo una forma mas pura, aquella misma Divinidad cuyo pensamiento ha agitado á los hombres de todos los siglos y les ha hecho revolver tantas piedras y tantas ideas. Dejamos nuestras capas bajo aquel techo hospitalario ; atamos nuestros caballos á una estaca, en la espaciosa pradera que se estiende entre la casa del sacerdote y las ruinas ; encendimos una hoguera de retamas para secar nuestros vestidos mojados por la lluvia del dia, y cenamos en el pequeño patio del obispo, en una mesa formada con algunas piedras de los templos, mientras que en la vecina capilla resonaban las letanías de la oracion de la tarde en un canto lastimero, y la voz grave y sonora del obispo recitaba las piadosas oraciones á su rebaño, compuesto de algunos pastores árabes y de algunas mugeres. Cuando aquellos hijos del desierto salieron de la iglesia y se pararon alrededor nuestro para contemplarnos, no vimos mas que caras amigas y miradas benévolas, — no oimos mas que pala-

bras amables y afectuosas, aquellos dulces saludos, aquellos votos prolongados y sencillos de los pueblos primitivos que todavía no han hecho una vana fórmula del saludo del hombre al hombre, y que han concentrado en un corto número de palabras aplicables á los varios encuentros de la mañana, del mediodia ó de la tarde, todo lo mas tierno y eficaz que puede desear la hospitalidad á sus huéspedes, todo lo que un viagero puede desear al viagero para el dia, la noche, el camino, el regreso. Eramos cristianos, y esto bastaba para ellos : — las religiones comunes son la mas poderosa simpatía de los pueblos : — una idea comun entre los hombres es mas que una patria comun ! y los cristianos de Oriente, ahogados en el mahometismo que los rodea, los amenaza, los persigue muchas veces, ven siempre en los cristianos de Occidente protectores actuales y libertadores futuros. La Europa no sabe bastante cuan poderosa palanca tiene en esas poblaciones cristianas para remover el Oriente el dia en que quiera volver á él sus miradas, y volver á aquel país, que se acerca á una trasformacion necesaria é inevitable, la libertad y la civilizacion de que es tan capaz y tan digno : ya es tiempo, en mi dictamen, de lanzar una colonia europea al corazon de Asia, de llevar la civilizacion moderna á los sitios de donde salió la civi-

lizacion antigua, y de formar un imperio inmenso con aquellos grandes fragmentos del imperio turco que se desmorona bajo su propia mole, y que no tiene mas heredero que el desierto y el polvo de las ruinas en que se ha hundido. Nada es mas facil que levantar un monumento nuevo sobre aquellos terrenos escombrados, y volver á abrir á fecundas razas humanas aquellas inagotables fuentes de poblacion que el mahometismo ha cegado con su execrable administracion. — Y cuando digo execrable, no es mi ánimo acusar al caracter del mahometismo de una ferocidad brutal que no está en su naturaleza, sino de una desidia culpable, de un fatalismo irremediable que, sin destruir nada, deja que perezca todo en derredor suyo. La poblacion turca es sana, buena y moral; su religion no es ni tan supersticiosa, ni tan exclusiva como nos la pintan; pero su resignacion pasiva, pero el abuso de su fé en el reinado sensible de la Providencia, mata las facultades del hombre cometiéndolo todo á Dios; — Dios no obra por el hombre encargado de obrar en su propia causa; — es espectador y juez de la accion humana; — el mahometismo ha tomado el oficio divino; — cruza los brazos al hombre y el hombre perece voluntariamente en esa inaccion. Salvo esto, es preciso hacer justicia al culto de Mahoma, — culto muy filosófico, que no

ha impuesto mas que dos grandes deberes al hombre, — la oracion y la caridad: — estas dos grandes ideas son en efecto las dos mas altas verdades de toda religion, y de ellas ha hecho emanar el mahometismo su tolerancia que otros cultos han escluido tan cruelmente de sus dogmas. Bajo este concepto, está mas adelantado en la senda de la perfeccion religiosa que muchas religiones que le insultan y le desconocen. El mahometismo puede entrar sin esfuerzo ni trabajo en un sistema de libertad religiosa y civil, y formar uno de los elementos de una grande aglomeracion social en Asia; es moral, sufrido, resignado, caritativo y tolerante por naturaleza; todas estas prendas le hacen apto para una fusion necesaria en el pais que ocupa, y donde es preciso ilustrarle y no esterminarle; tiene costumbre de vivir en paz y armonía con los cultos cristianos, que ha dejado subsistir y obrar libremente en el seno mismo de sus mas santas ciudades, como Damasco y Jerusalem; el imperio le importa poco; con tal que tenga la oracion, la justicia y la paz, está contento. En la civilizacion europea, humana, política y ambiciosa fácilmente se le puede dejar su sitio en la mezquita y su sitio á la sombra y al sol!

Alejandro conquistó el Asia con treinta mil soldados griegos y macedonios: — Ibrahim ha

derribado el imperio turco con treinta ó cuarenta mil egipcios que no sabian mas que cargar un fusil y andar al paso militar. Un aventurero europeo, con cinco ó seis mil soldados de Europa, puede fácilmente derribar á Ibrahim, y conquistar el Asia, desde Esmirna hasta Basora y desde el Cairo hasta Bagdad, andando paso á paso; tomando á los Maronitas del Líbano por eje de sus operaciones; organizando á sus espaldas, á medida que fuese avanzando, y haciendo de los cristianos del Oriente su medio de accion, de administracion y de reclutamiento; hasta los mismos Arabes del desierto serán suyos, el día en que pueda pagarlos, pues no tienen mas culto que el dinero, y su divinidad será siempre el sable y el oro: — con este vicio se los puede tener por auxiliares bastante tiempo para que su sumision sea luego inevitable; luego se rechazarán sus tiendas mas lejos en el interior del desierto, que es su única patria, y al cabo se los atraerá poco á poco á una civilizacion mas suave de que no han tenido ejemplo en derredor de sí.

Levantámonos con el sol cuyos primeros rayos herian los templos de Balbek, y daban á aquellas misteriosas ruinas aquel brillo de eterna juventud que la naturaleza sabe dar á su arbitrio aun á lo que ha destruido el tiempo. Despues de un breve almuerzo fuimos á tocar con la mano

lo que todavía no habiamos hecho mas que ver; acercámonos lentamente á la colina artificial para abarcar bien con la vista las diferentes masas de arquitectura que la componen; — pronto llegamos, por la parte del norte, bajo la sombra misma de las gigantescas paredes que, por aquel lado, rodean las ruinas; — un hermoso arroyo, derramado fuera de su cauce de granito, corria bajo nuestros pies, y formaba de trecho en trecho, laguitos de agua corriente y limpida que murmuraba y espumaba alrededor de las enormes piedras desprendidas de lo alto de las paredes, y de las esculturas sepultadas en el cauce del arroyo. Pasamos el torrente de Balbek á favor de aquellos puentes que el tiempo ha echado sobre él, y subimos por una angosta y escarpada brecha hasta la azotea que rodeaba aquellas tapias: á cada paso, á cada piedra que tocaban nuestras manos, que median nuestras miradas, la admiracion y el asombro nos arrancaban una esclamacion de sorpresa y maravilla. Cada uno de los morrillos de aquella tapia exterior tenia por lo menos de ocho á diez pies de longitud, sobre cinco ó seis de anchura é igual altura. Aquellos cantos, enormes para la mano del hombre, estriban, sin argamasa, uno sobre otro, y casi todos llevan rastros de escultura de una época india ó egipcia. Se ve, á la primera ojeada,

que aquellas piedras desmoronadas ó demolidas sirvieron primitivamente á un uso muy distinto del de formar tapias exteriores, y que eran los preciosos materiales de los monumentos primitivos, de que luego se ha hecho uso para cercar los monumentos de los tiempos griegos y romanos. Era uso común, y aun creo que religioso, entre los antiguos, cuando un edificio sagrado era derribado por la guerra ó por el tiempo, ó querian las artes mas adelantadas renovarle perfeccionándole, servirse de los materiales para las construcciones accesorias de los monumentos restaurados, á fin sin duda de no dejar profanar, con usos vulgares, las piedras que habia tocado la sombra de los dioses; y tambien, tal vez, por respeto á los antepasados, y á fin de que el trabajo humano de las diferentes épocas no quedase sepultado bajo tierra, sino antes bien diese testimonio de la devocion de los hombres y de los progresos sucesivos del arte; lo mismo sucede en el Partenon, donde los muros del Acrópolis, reedificados por Pericles, contienen los materiales labrados del templo de Minerva. Varios viajeros modernos han sido inducidos á error, por no reconocer este piadoso uso de los antiguos, y han tomado por construcciones bárbaras de los Turcos ó de los cruzados, edificios contruidos de este modo desde la mas remota antigüedad.

Algunas de las piedras de la pared tenian hasta veinte y treinta pies de longitud, sobre siete ú ocho de altura.

Cuando llegamos á la cima de la brecha, no sabian nuestros ojos donde fijarse de preferencia; por do quiera veiamos puertas de marmol de una altura y de una longitud prodigiosas; ventanas ó nichos rodeados de las mas admirables esculturas; arcos decorados con los mas primorosos ornatos; pedazos de cornisas, de entablamentos ó de capiteles tirados por los suelos; bóvedas artesonadas; todo en derredor nuestro era misterio, confusion, desorden, obras maestras del arte, despojos del tiempo, inesplicables maravillas; apenas habiamos echado una mirada de admiracion á un lado cuando una nueva maravilla nos atraia al otro: cada interpretacion de la forma ó del sentido religioso de los monumentos quedaba destruida por otra. En aquel laberinto de conjeturas nos perdiamos inútilmente; es imposible reconstruir con la mente los edificios sagrados de una época ó de un pueblo cuya religion y costumbres no se conocen á fondo. El tiempo se lleva consigo sus secretos y deja sus enigmas á la ciencia humana, para burlarse de ella y engañarla. Pronto renunciamos á labrar ningun sistema sobre el conjunto de aquellas ruinas; resignámonos á mirar y admirar, sin com-

prender otra cosa mas que el poder colosal del genio del hombre, y la fuerza de la idea religiosa, que habian podido remover tales moles y llevar á cabo tan grandes portentos. — Todavía nos separaban de la segunda escena de las ruinas algunas construcciones interiores que nos ocultaban la vista de los templos; segun todas las apariencias, no estábamos mas que en las habitaciones de los sacerdotes ó en el solar de algunas capillas particulares, consagradas á usos desconocidos. Atravesamos aquellas construcciones monumentales, mucho mas ricas que los muros exteriores, y nos hallamos delante de la segunda escena de las ruinas. Mucho mas ancha, mucho mas larga, mucho mas decorada que la primera de donde salíamos, ofrecía á nuestras miradas una inmensa plataforma cuadrilonga, cuyo nivel interrumpian á menudo restos de piedras mas elevadas, que parecia que habian pertenecido á templos totalmente destruidos, ó á templos sin techo en los que el sol, adorado en Balbek, podia ver su altar. En derredor de aquella plataforma se estiende una serie de capillas, decoradas con nichos, admirablemente labrados; de frisos, de cornisas, de artesones del mas acabado trabajo, pero del trabajo de una época ya corrompida de las artes; obsérvase en él el gusto, recargado de ornatos, de las épocas de decaden-

cia de los Griegos y de los Romanos, — pero para sentir esta impresion, es preciso tener el ojo ejercitado ya por la contemplacion de los puros monumentos de Atenas ó de Roma; no siendo así, cualquiera quedaria fascinado por el esplendor de las formas y lo acabado de los adornos. El único vicio aquí es un esceso de riqueza; la piedra desaparece bajo su propio lujo, y los encages de marmol circulan por todas partes sobre las paredes. Todavía existen, casi intactas, ocho ó diez de esas capillas que parece que siempre han existido así, abiertas sobre el cuadrilongo que rodean y donde sin duda se celebraban de dia los misterios del culto de Baal. No trataré de describir los mil objetos de asombro y admiracion que cada uno de aquellos templos, que una de aquellas piedras, ofrecen á la vista del espectador. No soy ni escultor ni arquitecto; ignoro hasta el nombre que toma la piedra en tal ó cual sitio, en tal ó cual forma: hablaria mal una lengua desconocida, — pero entiendo esa lengua universal en que habla lo bello á los ojos, aun del ignorante, — que lo misterioso y lo antiguo hablan á la mente y al alma del filósofo — y jamas resonó tan clara en mis oidos como en aquel caos de mármoles, de formas, de misterios que atestan aquel maravilloso patio.

Y sin embargo todavía era nada aquello en

comparacion de lo que íbamos á descubrir. — Multiplicando con el pensamiento los restos de los templos de Júpiter Stator en Roma, del Coliseo, del Partenon, podria uno representarse aquella escena arquitectural; lo único verdaderamente pasmoso que habia aun era la prodigiosa aglomeracion de tantos monumentos, de tantas riquezas y de tanto trabajo en un solo recinto, en medio del desierto y sobre las ruinas de una ciudad casi desconocida: — arrancámonos lentamente de aquel espectáculo y anduvimos hacia el mediodia, donde se alzaba la cabeza de seis gigantescas columnas como un faro sobre aquel horizonte de ruinas; para llegar á ellas, tuvimos todavía que atravesar paredes exteriores, altos atrios, pedestales y cimientos de altares que por todas partes obstruian el espacio entre aquellas columnas y nosotros; al cabo llegamos á su pie. El silencio es el único language del hombre cuando lo que siente escede la ordinaria medida de sus impresiones, y así permanecemos mudos contemplando aquellas seis columnas, midiendo con la vista su diámetro, su elevacion y la admirable escultura de sus arquitraves y de sus cornisas: tienen siete pies de diámetro y mas de setenta de altura; compónense solamente de dos ó tres pedazos, tan perfectamente unidos entre sí que apenas se pueden discernir las líneas de

juntura; su materia es una piedra de un color amarillo ligeramente dorado, algo menos brillante que el marmol: el sol las heria entonces por un solo lado, y nos sentamos un momento á su sombra: grandes pájaros, parecidos á águilas, volaban, asustados del ruido de nuestros pasos, encima de los capiteles donde tienen sus nidos, y volviendo á posarse sobre los acantos de las cornisas, los golpeaban con el pico y batian las alas como animados adornos de aquellos restos maravillosos. — Aquellas columnas, que algunos viajeros han tomado por los restos de un ingreso de ciento cuatro pies de largo y de cincuenta y seis de ancho que conducia antiguamente á un templo, me parecen evidentemente haber sido la decoracion exterior del mismo templo. Examinando mas atentamente el templo mas pequeño que existe entero al lado, se reconoce que fué construido con arreglo al mismo plan. Lo que me parece probable es que despues de la ruina del primero de resultas de un terremoto, se construyó el segundo sobre el mismo modelo, y hasta que se empleó en su construccion una parte de los materiales conservados del primer templo; que únicamente se disminuyeron sus proporciones, demasiado gigantescas para una época de decadencia; que se mudaron las columnas que se rompieron al desmoronarse; que

dejaron subsistir las que no habian padecido detrimento, como un sagrado recuerdo del antiguo edificio; si así no fuera quedarían otros restos de grandes columnas alrededor de las seis que subsisten en pie. Todo indica por el contrario que el area que las rodea estaba vacía y escombrada desde los tiempos mas remotos, y que un rico atrio servía para las ceremonias de un culto en derredor de ellas.

En frente teníamos, por el lado de mediodía, otro templo, colocado en la orilla de la plataforma, á casa de cuarenta pasos de nosotros, que es el monumento mas completo y magnífico de Balbek, y aun me atreveré á decir, del mundo entero; si se levantaran una ó dos columnas del peristilo que han rodado sobre las laderas de la plataforma y que todavía están con la cabeza apoyada en las paredes intactas del templo, si se repusieran en su sitio algunos de los enormes artesones que han caído del techo al vestibulo; si se restaurase la puerta interior á la que faltan dos ó tres pedazos esculpidos y volviese el altar á su forma y á su sitio, se podría restablecer á los dioses en él y llamar á los sacerdotes y al pueblo; todos ellos reconocerían su templo, tan completo, tan intacto, tan brillante como el día en que salió de manos del arquitecto. Este templo tiene proporciones inferiores al que recuer-

dan las seis columnas colosales; le rodea un pórtico sostenido por columnas de orden corintio, cada una de las cuales tiene sobre cinco pies de diámetro y cuarenta y cinco de altura, contando solo la caña; las columnas se componen cada una de tres pedazos puestos uno sobre otro; están á nueve pies una de otra y á la misma distancia de la pared interior del templo; sobre los capiteles de las columnas se estienden un rico arquitrave y una cornisa admirablemente esculpida. Forman el techo de este peristilo anchos pedazos de piedra cóncava labrados á cincel formando artesones, cada uno de los cuales representa la figura de un Dios, de una diosa ó de un heroe; entre aquellas figuras reconocimos un Ganimedes arrebatado por el águila de Júpiter; algunos de aquellos pedazos de piedra han caído al suelo al pie de las columnas; los medimos y vimos que tienen diez y seis pies de longitud y sobre cinco de grueso! Tales son las tejas de aquellos monumentos. La puerta interior del templo, formada de pedazos igualmente enormes, tiene veintidos pies de anchura; no pudimos medir la altura porque en aquel sitio se han desmoronado otras piedras que casi la cubren. El aspecto de las piedras labradas que componen las caras de aquella puerta, y su desproporcion con los restos del edificio, me hacen

presumir que es la puerta del gran templo destruido que se ha incluido en este; las misteriosas esculturas que la decoran, son, en mi concepto, de una época muy distante de la época Antonina y de un trabajo infinitamente menos puro; un águila, que lleva un caduceo en sus garras, extiende sus alas sobre la abertura; de su pico salen festones de cintas ó de cadenas sostenidos en su estremidad por dos famas. El interior del monumento está decorado con pilares y nichos de la mas rica y recargada escultura: nos llevamos algunos fragmentos de aquellas esculturas que andaban esparcidos por el atrio. Hay nichos perfectamente intactos y que parece que acaban de salir del taller del escultor. No lejos de la entrada del templo, hallamos inmensas aberturas y escaleras subterráneas que nos condujeron á otras construcciones inferiores cuyo uso no puede determinarse; todo en ellas es igualmente vasto y magnífico; — sin duda eran las viviendas de los pontífices, los colegios de los sacerdotes, las salas de las iniciaciones, y acaso tambien sitios reales; recibian la luz de arriba, ó por las laderas de la plataforma en las que remataban aquellas salas. Temiendo perderlos en aquellos laberintos, no visitamos mas que una pequeña parte de ellos, pero parece que se estienden por toda el area de aquel monte. El

templo que acabo de describir está colocado en la estremidad sudoeste de la colina monumental de Balbek, y forma el ángulo mismo de la plataforma. Saliendo de aquel peristilo, nos hallamos en la orilla del precipicio, y pudimos medir las piedrasciclopeas que forman el pedestal de aquel grupo de monumentos; este pedestal tiene sobre treinta pies de altura sobre el nivel de la llanura de Balbek; está construido con piedras cuya dimension es á tal punto prodigiosa, que si no la atestiguasen viajeros fidedignos, nadie la creeria; la imaginacion de los mismos Arabes, continuos testigos de aquellas maravillas, no las atribuye al poder del hombre sino al de los genios ó potestades sobrenaturales. Cuando se considera que algunos de aquellos pedazos de granito labrado tienen hasta cincuenta y seis pies de longitud sobre quince ó diez y seis de anchura, y un espesor desconocido, y que aquellas enormes moles están elevadas unas sobre otras á veinte ó treinta pies del suelo, que se han sacado de canteras lejanas, que ha habido que acarrearlas allí y levantarlas á tanta elevacion para formar el pavimento de los templos, la imaginacion se espanta de semejante prueba de las fuerzas humanas; la ciencia de nuestros dias no tiene nada que la explique, y no hay que admirarse de que se tenga que recurrir entonces á lo

sobrenatural. Estas maravillas no son evidentemente contemporáneas de los templos, y eran un misterio para los antiguos como para nosotros; pertenecen á una época desconocida, á una época antediluviana tal vez; verosimilmente han sostenido muchos templos consagrados á cultos sucesivos y diversos. A la simple vista, se reconocen cinco ó seis generaciones de monumentos, pertenecientes á diversas épocas, en la colina de las ruinas de Balbek. Algunos viajeros y algunos escritores árabes atribuyen estas construcciones primitivas á Salomón, tres mil años antes de nuestra edad, y dicen que construyó en el desierto á Tadmor y á Balbek. La historia de Salomón exalta la imaginación de los orientales, pero esta suposición, á lo menos en lo tocante á las gigantescas construcciones de Heliópolis, no es nada verosímil. — ¿Cómo un rey de Israel, que no poseía ni un puerto de mar á diez leguas de sus montañas, que tenía que valerse de la marina de Hiram, rey de Tiro, para traerle los cedros del Líbano, hubiera podido dilatar su dominio mas allá de Damasco y hasta Balbek? ¿Cómo un príncipe, que queriendo erigir el templo de los templos, la casa del Dios único en su capital, no empleó en ella mas que materiales frágiles y que no pudieron resistir al tiempo, ni dejar ningun vestigio duradero, hubiera podido

erigir, á cien leguas de su pueblo, en desiertos desconocidos, monumentos contruidos con materiales imperecederos? ¿no hubiera empleado mas bien su fuerza y su riqueza en Jerusalem? ¿y qué queda en Jerusalem por donde pueda rastrearse la existencia de monumentos semejantes á los de Balbek? nada: — luego no pueden ser obra de Salomón; mas bien me inclino á creer que aquellas gigantescas piedras fueron removidas, ya por aquellas primeras razas de hombres que todas las historias primitivas llaman gigantes, ya por los hombres antediluvianos. Se asegura que, no lejos de allí, en un valle del anti-Líbano, se descubren huesos humanos de un tamaño inmenso, y esta voz tiene tanta consistencia entre los Arabes vecinos que el consul general de Inglaterra en Siria, M. Farren, hombre de alta instruccion, se propone ir muy pronto á visitar aquellas misteriosas sepulturas. Las tradiciones orientales, y aun el mismo monumento erigido sobre la supuesta sepultura de Noé, á corta distancia de Balbek, asignan esta residencia al patriarca. Los primeros hombres salidos de ella pudieron conservar mucho tiempo todavía la estatura y las fuerzas que tenía la humanidad antes de la submersion total ó parcial del globo, y es posible que estos monumentos sean obra suya. Aun suponiendo que la raza huma-

5.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Indo. 1625 MONTANET, MEXICO

30990

na nunca haya pasado de sus actuales proporciones, las proporciones de la inteligencia humana pueden haber cambiado; ¿quien nos dice que aquella inteligencia mas joven no habia inventado procedimientos mecánicos mas perfectos para remover, como un grano de arena, aquellas moles que un ejército de cien mil hombres no removeria hoy? Como quiera que sea, algunas de aquellas piedras de Balbek, que tienen hasta sesenta y dos pies de longitud y veinte de anchura sobre quince de densidad, son las mas prodigiosas moles que la humanidad ha puesto jamas en movimiento. Las mayores piedras de las pirámides de Egipto no pasan de diez y ocho pies, y no son mas que pedazos escepcionales colocados para un fin de solidez especial en ciertas partes de aquellas construcciones.

Torciendo el ángulo norte de la plataforma, las paredes que la sostienen están igualmente bien conservadas, pero la masa de los materiales que la componen es menos asombrosa, á pesar de que las piedras tienen en general de veinte á treinta pies de longitud sobre ocho ó diez de anchura. Esas paredes, mucho mas antiguas que los templos superiores, están cubiertas de una tinta gris y presentan de trecho en trecho algunos agujeros en sus ángulos de juntura: aquellos boquetes están llenos de nidos de golondria-

nas y dejan pender ramilletes de arbustos y de flores parietarias. El color grave y sombrío de las piedras de la base contrasta con la tinta espléndida y dorada de las paredes de los templos y de las hileras de columnas de la cima. Al ponerse el sol, cuando sus rayos se deslizan entre los pilares y chorrean en ondas de fuego entre las volutas y los acantos de los capiteles, los templos resplandecen como oro puro sobre un pedestal de bronce. Bajamos por una brecha formada en el ángulo sud de la plataforma, donde han rodado algunas columnas del pequeño templo, con su arquitrave, al torrente que corre á lo largo de las tapias ciclopeas. Aquellos enormes fragmentos de columnas, agrupados á la casualidad en el cauce del torrente, y en la rápida pendiente del foso, se han quedado y se quedarán sin duda eternamente donde se encuentran; algunos nogales y otros árboles han germinado entre aquellas piedras, las cubren con sus ramas y las ciñen con sus anchas raíces. Los árboles mas gigantescos parecen juncos de ayer al lado de aquellos troncos de columnas de veinte pies de circunferencia y de aquellos pedazos de acanto de los cuales uno solo cubre la mitad del torrente. No lejos de allí, por el lado del norte, abriase delante de nosotros una inmensa boca en las laderas de la plataforma; bajamos á ella.

La luz exterior que penetraba en su centro por las dos estremidades la iluminaba suficientemente; seguimosla en toda su longitud de quinientos pies, pues circula por toda la estension de los templos; tiene unos treinta pies de elevacion, y las paredes y la bóveda están formadas con piedras cuya mole nos admiró, aun despues de las que acabábamos de contemplar. Aquellos pedazos de piedra de silleria labrada á cincel, tienen tamaños desiguales, pero casi todos varian de diez á veinte pies de longitud; la bóveda es circular, y las piedras están unidas sin argamasa: — no pudimos adivinar el destino de aquel recinto. En la estremidad occidental, aquella bóveda tiene un ramal mas elevado y vasto todavía, que se prolonga bajo la plataforma de los pequeños templos que visitamos los primeros; allí volvimos á hallar mucha luz, el torrente girando entre innumerables pedazos de arquitectura desmoronados de las alturas, y hermosos nogales alzándose en el polvo de aquellos mármoles. Los otros edificios antiguos de Balbek, diseminados delante de nosotros en el llano, atraian nuestras miradas, pero nada bastaba á interesarnos despues de lo que acabábamos de recorrer. Echamos al paso una ojeada superficial sobre cuatro templos que todavía serian maravillas en Roma y que aquí parecen obras de enanos. Aquellos

templos, unos de forma octógona y con muy elegantes ornatos, otros de forma cuadrada con peristilos de columnas de granito egipcio y aun de columnas de pórfido, me parecen de época romana. Uno de ellos sirvió de iglesia en los primeros tiempos del cristianismo; todavía se distinguen en él símbolos cristianos. Actualmente está descubierto y arruinado; los Arabes le van despojando á medida que necesitan una piedra para sostener su techo ó un pilon para abreviar sus camellos.

Un mensajero del emir de Balbek nos andaba buscando y nos encontró allí: venia de parte del principe á darnos la bienvenida y á suplicarnos que asistiésemos á una carrera de djerid, especie de torneo, que daría en nuestro obsequio al dia siguiente por la mañana en la llanura situada al pie de los templos. Dímosle las gracias y aceptamos; luego envié á mi dragoman, acompañado por algunos de mis genízaros, á hacer de mi parte una visita al emir. Volvimos á casa del obispo á descansar de nuestra escursion, pero apenas habíamos comido un pedazo de torta y el carnero con arroz preparado para nuestros camelleros, cuando ya todos andábamos vagando sin guía y á la ventura al rededor del monte de las ruinas, ó en los templos cuyo camino habíamos aprendido por la mañana. Cada uno de no-

sotros se fijaba en las ruinas ó en el punto de vista que acababa de descubrir, y llamaba de lejos á sus compañeros para que fuesen á disfrutarle, pero no podía uno arrancarse de un objeto sin perder otro tambien interesante, y así acabamos por abandonarnos, cada cual por su lado, á la ventura de nuestros descubrimientos. Las sombras de la tarde, que descendian lentamente de las montañas de Balbek é iban sepultando una á una las columnas y las ruinas en su oscuridad, añadían un misterio mas y efectos mas pintorescos á aquella obra mágica y misteriosa del hombre y del tiempo; allí conocíamos lo que somos, comparados á la grandeza y á la eternidad de aquellos monumentos, — pobres golondrinas que se anidan por una estacion en las grietas de aquellas piedras, sin saber para quien y por quien han sido reunidas. Las ideas que han removido aquellas moles, que han acumulado aquellas piedras, nos son desconocidas; el polvo de marmol que pisamos sabe mas que nosotros, pero no puede decirnos nada, y dentro de algunos siglos, las generaciones que visiten á su vez las ruinas de nuestros monumentos de hoy, se preguntarán igualmente, sin poder responderse, porque hemos labrado y esculpido. Las obras del hombre duran mas que su pensamiento; el movimiento es la ley del espíritu humano; lo defi-

nitivo es el sueño de su orgullo ó de su ignorancia; Dios es un fin que se va alejando á medida que la humanidad se acerca á él; siempre avanzamos y nunca llegamos; la gran figura divina, que el hombre procura desde su infancia fijar definitivamente en su imaginacion y encerrar en sus templos, se ensancha, se agranda siempre, escede á los pensamientos estrechos y á los templos limitados, y deja vacios los templos y desmoronarse los altares, para llamar al hombre á buscarla y verla donde se manifiesta cada vez mas, en el pensamiento, en la inteligencia, en la virtud, en la naturaleza y en lo infinito!

.....

La misma fecha, al anochecer.

¡Feliz el que tiene alas para alzarse y volar sobre los siglos traseurridos, para posarse sin vértigos sobre esos maravillosos monumentos de los hombres, para sondear desde esa altura los abismos del pensamiento, del destino humano; para medir con la vista el camino de la inteligencia humana, caminando paso á paso en esa media luz de las filosofías, de las religiones, de las legislaciones sucesivas; para orientarse, como el navegante, en unos mares sin orillas visibles, y

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
MEXICO
1825 MONTREY, MEXICO

sotros se fijaba en las ruinas ó en el punto de vista que acababa de descubrir, y llamaba de lejos á sus compañeros para que fuesen á disfrutarle, pero no podía uno arrancarse de un objeto sin perder otro tambien interesante, y así acabamos por abandonarnos, cada cual por su lado, á la ventura de nuestros descubrimientos. Las sombras de la tarde, que descendian lentamente de las montañas de Balbek é iban sepultando una á una las columnas y las ruinas en su oscuridad, añadian un misterio mas y efectos mas pintorescos á aquella obra mágica y misteriosa del hombre y del tiempo; allí conocíamos lo que somos, comparados á la grandeza y á la eternidad de aquellos monumentos, — pobres golondrinas que se anidan por una estacion en las grietas de aquellas piedras, sin saber para quien y por quien han sido reunidas. Las ideas que han removido aquellas moles, que han acumulado aquellas piedras, nos son desconocidas; el polvo de marmol que pisamos sabe mas que nosotros, pero no puede decirnos nada, y dentro de algunos siglos, las generaciones que visiten á su vez las ruinas de nuestros monumentos de hoy, se preguntarán igualmente, sin poder responderse, porque hemos labrado y esculpido. Las obras del hombre duran mas que su pensamiento; el movimiento es la ley del espíritu humano; lo defi-

nitivo es el sueño de su orgullo ó de su ignorancia; Dios es un fin que se va alejando á medida que la humanidad se acerca á él; siempre avanzamos y nunca llegamos; la gran figura divina, que el hombre procura desde su infancia fijar definitivamente en su imaginacion y encerrar en sus templos, se ensancha, se agranda siempre, escede á los pensamientos estrechos y á los templos limitados, y deja vacios los templos y desmoronarse los altares, para llamar al hombre á buscarla y verla donde se manifiesta cada vez mas, en el pensamiento, en la inteligencia, en la virtud, en la naturaleza y en lo infinito!

La misma fecha, al anochecer.

¡Feliz el que tiene alas para alzarse y volar sobre los siglos traseurridos, para posarse sin vértigos sobre esos maravillosos monumentos de los hombres, para sondear desde esa altura los abismos del pensamiento, del destino humano; para medir con la vista el camino de la inteligencia humana, caminando paso á paso en esa media luz de las filosofías, de las religiones, de las legislaciones sucesivas; para orientarse, como el navegante, en unos mares sin orillas visibles, y

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
MEXICO
1825 MONTREY, MEXICO

adivinar en qué punto de los tiempos vive y á qué manifestacion de verdad y de divinidad llama Dios á la generacion de que forma parte !

Balbek, 23 de marzo, á media noche.

Ayer fui solo á la colina de los templos, á la luz de la luna, á pensar, llorar y hacer oracion. Dios sabe lo que lloro y lo que lloraré mientras me queden un recuerdo y una lágrima. Despues de haber rogado por mí y por los que forman parte de mí, he rogado por todos los hombres. Aquella gran tienda derribada de la humanidad, sobre cuyas ruinas estaba sentado, me inspiró sentimientos tan enérgicos y ardientes que casi espontáneamente se exhaláron en versos, lenguaje natural de mi pensamiento, siempre que mi pensamiento me domina.

Esta mañana los escribí en el sitio mismo y en la piedra donde los sentí anoche :

VERSOS

ESCRITOS EN BALBEK.

Desiertos misteriosos,
Cuyas anchas colinas son los huesos

De pueblos, cuyo nombre ha perecido ;
Colosales peñones
Que ha arrastrado el torrente de las ruinas ;
De un pueblo, inmenso cauce desecado ;
Templos que, como un arbol, las montañas
Desarraigado habeis, para que fueran
Vuestros firmes cimientos ;
Simas donde cabrian
Rios enteros ; altas columnatas
Esparcidas sin orden por el suelo ;
Profundas calles de arcos y pilares
Donde, como en el seno de las nubes,
Se pierde la luz clara de la luna ;
Capiteles que ofuscan mis miradas ;
Inmensos caracteres estampados
Del globo en la corteza,
Solo para tocaros con la mano,
Solo para sondar vuestros misterios,
Un viagero ha venido de occidente !

Cien veces el camino que su nave
Ha seguido en las olas,
Desplegó sus variados horizontes !
A la ventura abandonó su vida.
Y desgastó sus pies trepando montes ;
Los ardores estivos
La lona de su tienda han abrasado.
Sus hermanos y amigos
Se consumen cansados de esperarle ;
Y si algun dia á sus hogares vuelve,
Ni su voz ni su mano
Podrá reconocer su mismo perro.
En su camino el misero ha perdido
La estrella de sus ojos, la querida
Hija que en sus hogares
Vida y luz esparcia !... Sin memoria
Morirá, morirá sin descendencia !...

Y aquí ahora sentado entre estas ruinas
Oye solo del viento el silbo triste;
Su frente un peso insoportable abruma
Y su pecho sofoca;

El pensamiento, el corazón han muerto!

Lo que sigue es demasiado íntimo.

La misma fecha.

Después de trasmontar las cumbres de Sannin, cubiertas de nieves eternas, bajé del Líbano, coronado de su diadema de cedros, al pelado y esteril desierto de Heliópolis, al fin de una larga y penosa jornada. En el horizonte todavía distante, en las últimas gradas de las negras montañas del Anti-Líbano, un grupo inmenso de ruinas amarillas, dorado por el sol poniente, se destacaba de la sombra de las montañas y repercutaba los rayos de la tarde. Nuestros guías nos le señalaban con el dedo y exclamaban ¡Balbek! ¡Balbek! Era en efecto la maravilla del desierto, la fabulosa Balbek que salía toda esplendente de su sepulcro desconocido, para hablarnos de unos siglos cuyo recuerdo ha perdido la

historia. Avanzábamos lentamente al paso de nuestros caballos fatigados, fijos los ojos en las gigantescas paredes, en las deslumbradoras y colosales columnas que parecía que iban agrandándose á medida que nos acercábamos; un profundo silencio reinaba en toda nuestra caravana; cada cual hubiera temido perder una impresión de aquella hora comunicando la que acababa de tener. Los mismos Arabes callaban, y parecía que recibían también un fuerte y grave pensamiento de aquel espectáculo que nivela todos los pensamientos. En fin, llegamos á los primeros fragmentos de columnas, á los primeros pedazos de marmol que los terremotos han sacudido hasta á mas de una milla de los monumentos á que pertenecieron, como las hojas secas arrastradas lejos del árbol después del huracán; las profundas y anchas canteras que hienden, como gargantas de valles, las negras laderas del Anti-Líbano, abrian ya sus abismos bajo los pies de nuestros caballos; aquellos vastos boquerones de piedra, cuyas paredes conservan las profundas huellas del cincel que los abrió para sacar de ellos otras colinas de piedra, mostraban todavía algunos otros peñones gigantescos medio desprendidos de su base, y otros labrados en sus cuatro caras y que parece que no esperan mas que los carros ó los brazos de las generaciones

de gigantes para removerlos. Uno solo de aquellos cantos de Balbek tenia sesenta y dos pies de largo sobre veinticuatro de anchura y diez y seis de espesor. Uno de nuestros Arabes, apeándose de su caballo, se dejó resbalar dentro de la cantera y, trepando sobre aquella piedra, agarrándose á las entalladuras del cincel y á los musgos que crecen en ellas, subió sobre aquel pedestal y corrió de un lado á otro sobre aquella plataforma dando gritos, pero el pedestal aniquilaba con su mole al hombre de nuestros dias; el hombre desaparecia delante de su obra; se necesitaria la fuerza reunida de sesenta mil hombres de nuestros tiempos solo para levantar aquella piedra, — y las plataformas de Balbek sostienen algunas mas colosales todavia, elevadas á veinticinco ó treinta pies del suelo, para sustentar columnatas proporcionadas á aquellas bases.

Seguimos nuestro camino, entre el desierto á la izquierda y las ondulaciones del Anti-Líbano á la derecha, atravesando algunos campos cultivados por los Arabes pastores y el cauce de un ancho torrente que serpea entre las ruinas y en cuya orilla se alzan algunos hermosos nogales. El Acrópolis, ó la colina artificial que sostiene todos los grandes monumentos de Heliópolis nos aparecia, aqui y allá, entre las ramas y sobre las copas de los árboles; en fin, la descubrimos en

su totalidad y toda la caravana se paró, como por un instinto eléctrico. Ninguna pluma, ningún pincel podrian describir la impresion que aquella sola mirada produce en los ojos y en el alma. Bajo nuestros pies, en el cauce del torrente, en medio de los campos, alrededor de todos los troncos de árboles, veiamos enormes pedazos de granito rojo ó gris, de pórfido sanguineo, de marmol blanco, de piedra amarilla tan reluciente como el marmol de Paros; — fragmentos de columnas, capiteles cincelados, arquivases, volutas, cornisas, entablamentos, pedestales; — miembros esparcidos, y que parecen palpitantes, de las estatuas caidas, — todo esto confuso, hacinado, disperso y fluyendo por todas partes como las lavas de un volcan que vomitase los restos de un grande imperio: apenas se hallaba un sendero para deslizarse entre aquellas barreduras de las artes que cubren todo el suelo. Las herraduras de nuestros caballos resbalaban y se rompian á cada instante en los lisos acantos de las cornisas, ó en el nevado seno de un torso de muger; solo el agua del rio de Balbek se abria paso entre aquellos fragmentos y lavaba con su murmurante espuma aquellos rotos mármoles que oponen un obstáculo á su corriente.

Mas allá de aquellas espumas de despojos que forman unos verdaderos méganos de marmol, está

la colina de Balbek, plataforma de mil pasos de longitud y de setecientos de anchura, construida toda por mano del hombre con piedras labradas, algunas de las cuales tienen de cincuenta á sesenta pies de longitud sobre quince ó diez y seis de elevación, pero la mayor parte de quince á treinta. Aquella colina de granito tallado se presentaba á nosotros por su estremidad oriental con sus profundas bases y sus inconmensurables moles, donde tres pedazos de granito forman ciento ochenta pies de estension y cerca de cuatro mil de superficie; con las anchas embocaduras de sus bóvedas subterráneas, donde se precipitaba el agua del rio, donde el viento arrojaba, con el agua, murmullos semejantes á los lejanos repiqueteos de las campanas mayores de nuestras catedrales. Sobre aquella inmensa plataforma, la estremidad de los grandes templos se mostraba á nuestros ojos, destacada del horizonte azul y rosado, ó de color de oro. Algunos de aquellos monumentos desiertos parecían intactos y hubiera podido creerse que acababan de salir de manos del obrero; otros no presentaban mas que restos todavía en pie, columnas aisladas, paredes inclinadas y frontis desmantelados; la vista se perdía en las esplendentes hileras de las columnatas de aquellos diversos templos, y el horizonte demasiado elevado nos

impedia ver donde acababa aquel pueblo de piedra. Las seis gigantescas columnas del gran templo, sobre las cuales se alzaba todavía su rico y colosal entablamento, dominaban toda aquella escena, y se perdían en el cielo azul del desierto, como un altar aereo para los sacrificios de los gigantes.

Solo nos detuvimos algunos minutos para reconocer únicamente lo que íbamos á visitar arrojando tantos peligros y distancias; y seguros en fin de poseer, para el día siguiente, aquel espectáculo que no podían presentarnos ni aun los sueños, proseguimos nuestro camino. La tarde se acercaba; era preciso buscar un asilo, ó bajo la tienda, ó bajo algunas bóvedas de aquellas ruinas, para pasar la noche y descansar de una jornada de catorce horas. Dejamos á la izquierda la montaña de ruinas y una espaciosa playa toda blanqueada con fragmentos de mármoles, y, cruzando algunos herbosos prados, pastados por las cabras y los camellos, nos dirigimos hacia una columna de humo que se alzaba á unos cien pasos de nosotros de entre un grupo de ruinas interpoladas con algunas chozas árabes. El suelo era desigual y montuoso, y resonaba bajo las herraduras de nuestros caballos como si los subterráneos que pisaban fuesen á entreabrirse bajo sus pies. Llegamos á la puerta de una cabaña

baja y medio tapada por las paredes de marmol degradadas, y cuya puerta y angostas ventanas, sin vidrios ni maderas, estaban construidas con marmol y pórfido, mal pegados entre sí con un poco de argamasa. Un pequeño arco diagonal de piedra se elevaba á cosa de uno ó dos pies sobre la meseta que servia de techo á aquella vivienda; y una campanita, semejante á la que se pinta sobre las grutas de los ermitaños, se mecía en ella á impulso de las bocanadas del viento; — aquel era el palacio episcopal del obispo árabe de Balbek, que vigilaba, en aquel desierto, un escaso rebaño de doce ó quince familias cristianas, de la comunión griega, perdidas en medio de aquellas soledades y de la tribu feroz de los Arabes independientes de Bkâ. Hasta entonces no habíamos visto ningun ser vivo, mas que los chacales que corrian entre las columnas del gran templo, y las pequeñuelas golondrinas, de collar de seda rosada, que ceñían, como un ornato de arquitectura oriental, las cornisas de la plataforma. El obispo, prevenido por la bulla que metía nuestra caravana, acudió al instante, y saludándonos desde su puerta, me ofreció la hospitalidad. Era el obispo un anciano de hermosa presencia; tenia el cabello y la barba blancos como la plata, una fisonomía grave y dulce, un metal de voz y un modo de hablar noble, suave

y armónico; era, por último, enteramente semejante á la idea del sacerdote en el poema ó la novela, y digno en todo de mostrar su semblante lleno de paz, de resignacion y de caridad en aquella solemne escena de ruinas y meditacion. Hízonos entrar en un pequeño patio interior, empedrado tambien con pedazos de estatuas, de mosaico y de jarrones antiguos, y, entregándonos su casa, es decir, dos cuartitos bajos, sin muebles ni puertas, se retiró y nos dejó, segun la costumbre oriental, dueños absolutos de su vivienda. Mientras que nuestros Arabes clavaban en el suelo, alrededor de la casa, las clavijas de hierro, para atar á ellas con argollas las piernas de nuestros caballos, y encendian otros una hoguera en el patio para disponernos el piló y cocer las tortas de cebada, salimos para echar una segunda mirada sobre los monumentos que nos rodeaban. Los grandes templos estaban delante de nosotros, como estatuas sobre sus pedestales; el sol los heria con un pos-trer rayo vagaroso, que se retiraba lentamente de una á otra columna, como el resplandor de una lámpara que el sacerdote se lleva al fondo del santuario; las mil sombras de los pórticos, de los pilares, de las columnatas, de los altares, se estendian sobre la vasta selva de piedra, y reemplazaban poco á poco, en el Acrópolis, las

vivas claridades del marmol y del jaspe; mas lejos, en la llanura, veíase un océano de ruinas que no se perdía sino en el horizonte; — parecía aquella una marejada de piedra estrellándose en un arrecife y cubriendo una inmensa playa con su blanca espuma. Nada se alzaba encima de aquella mar de ruinas; y la noche que caía de las alturas, ya pardas, de una cordillera de montañas, las sepultaba sucesivamente en su sombra. Algunos instantes estuvimos sentados silenciosamente delante de aquel espectáculo, y luego volvimos, con lentos pasos, al pequeño patio del obispo, alumbrado por la hoguera de los Arabes.

Sentados en algunos fragmentos de cornisas y de capiteles que servían de bancos en el patio, despachamos rápidamente la sobria comida del viagero en el desierto, y estuvimos un rato conversando, antes de dormirnos, acerca de lo que llenaba nuestros pensamientos. La hoguera se iba apagando, pero la luna se alzaba llena y espléndida en el límpido cielo; y pasando por entre los recortes de una gran pared de piedras blancas, y los menudos encajes de un agimez arabesco, que limitaban el patio por el lado del desierto, iluminaba el recinto con una claridad que irradiaba sobre todas las piedras. Al cabo todos quedamos silenciosos y pensativos; lo que pensábamos en aquella hora,

en aquel sitio, tan lejos del mundo vivo, en aquel mundo muerto, en presencia de tantos mudos testigos de un pasado desconocido, pero que echa por tierra todas nuestras mezquinas teorías de historia y de filosofía de la humanidad; lo que pasaba entonces en nuestras cabezas y en nuestros corazones, solo Dios lo sabe, y nuestras lenguas no probaban á decirlo; hubieran temido profanar la solemnidad de aquella hora, de aquel astro y aun de aquellos pensamientos; — por eso callábamos. De repente, como una dulce y amorosa queja, un murmullo grave y acentuado por la pasión salió de entre las ruinas, detras de aquella gran pared cortada por arcos diagonales y cuyo techo nos habia parecido á punto de desplomarse; aquel vago y confuso murmullo fué creciendo y prolongándose mas y mas, y al cabo percibimos un canto formado por muchas voces en coro, — canto monótono, melancólico y tierno, que subía, bajaba, moría y renacía alternativamente y se respondía á sí mismo: — era la oración de la tarde que hacía el obispo árabe con su pequeña grey, en el ruinoso recinto de lo que habia sido su iglesia, montones de ruinas recientemente hacinados por una tribu de Arabes idólatras. Nada nos habia preparado á aquella música del alma, cada nota de la cual es un sentimiento ó un suspiro del corazón humano, en

aquella soledad, en el fondo de los desiertos, saliendo de aquella suerte de las mudas piedras, acumuladas por los terremotos, por los bárbaros y por el tiempo. Sobrecogidos quedamos todos, y acompañamos con las aspiraciones de nuestro pensamiento, de nuestra oracion y de toda nuestra poesía interior, los acentos de aquella santa poesía hasta que las letanías cantadas apuraron su monótono estribillo, y se apagaron los últimos suspiros de aquellas piadosas voces en el acostumbrado silencio de aquellas antiguas ruinas.

La misma fecha.

Los templos nos han hecho olvidar el djerid que queria darnos el príncipe de Balbek; toda la mañana hemos pasado recorriéndolos de nuevo. A las cuatro, han venido algunos Arabes á avisarnos que los ginetes estaban en el llano contiguo á los templos, pero que impacientes por nuestra tardanza iban á retirarse; que el príncipe creía que aquel espectáculo no era de nuestro agrado pues diferíamos acudir á él, y que nos

suplicaba que subiésemos á su serrallo luego que hubiésemos satisfecho nuestra curiosidad, pues nos preparaba en su palacio otra diversion. Aquella tolerancia del caudillo de una tribu ferroz de los Arabes mas temidos de aquel desierto nos admiraba. En general, los Arabes y aun los mismos Turcos no permiten á los estrangeros visitar solos ninguna ruina de antiguos monumentos; creen que estas ruinas encierran inmensos tesoros guardados por los genios ó los demonios, y que los Europeos conocen las palabras mágicas con que se descubren; y como no quieren que se los lleven, observan la mayor vigilancia sobre los Francos en estos paises; nosotros, por el contrario, estábamos enteramente abandonados á nosotros mismos; ni siquiera teníamos con nosotros un guia árabe, y los hijos de la tribu se habian apartado por respeto. No sé en qué consiste esta respetuosa deferencia del emir de Balbeken esta circunstancia; acaso nos toma por emisarios de Ibrahim-Bajá; lo cierto es que somos harto poco numerosos para inspirar temor á una tribu entera de quinientos á seiscientos hombres acostumbrados á pelear y á vivir del fruto de sus rapiñas, y sin embargo no se atreven á acercarse á nosotros, ni á hacernos preguntas ni á oponerse á ninguno de nuestros pasos; podíamos quedarnos un mes en los templos,

aquella soledad, en el fondo de los desiertos, saliendo de aquella suerte de las mudas piedras, acumuladas por los terremotos, por los bárbaros y por el tiempo. Sobrecogidos quedamos todos, y acompañamos con las aspiraciones de nuestro pensamiento, de nuestra oracion y de toda nuestra poesía interior, los acentos de aquella santa poesía hasta que las letanías cantadas apuraron su monótono estribillo, y se apagaron los últimos suspiros de aquellas piadosas voces en el acostumbrado silencio de aquellas antiguas ruinas.

La misma fecha.

Los templos nos han hecho olvidar el djerid que queria darnos el príncipe de Balbek; toda la mañana hemos pasado recorriéndolos de nuevo. A las cuatro, han venido algunos Arabes á avisarnos que los ginetes estaban en el llano contiguo á los templos, pero que impacientes por nuestra tardanza iban á retirarse; que el príncipe creía que aquel espectáculo no era de nuestro agrado pues diferíamos acudir á él, y que nos

suplicaba que subiésemos á su serrallo luego que hubiésemos satisfecho nuestra curiosidad, pues nos preparaba en su palacio otra diversion. Aquella tolerancia del caudillo de una tribu ferroz de los Arabes mas temidos de aquel desierto nos admiraba. En general, los Arabes y aun los mismos Turcos no permiten á los estrangeros visitar solos ninguna ruina de antiguos monumentos; creen que estas ruinas encierran inmensos tesoros guardados por los genios ó los demonios, y que los Europeos conocen las palabras mágicas con que se descubren; y como no quieren que se los lleven, observan la mayor vigilancia sobre los Francos en estos paises; nosotros, por el contrario, estábamos enteramente abandonados á nosotros mismos; ni siquiera teníamos con nosotros un guia árabe, y los hijos de la tribu se habian apartado por respeto. No sé en qué consiste esta respetuosa deferencia del emir de Balbeken esta circunstancia; acaso nos toma por emisarios de Ibrahim-Bajá; lo cierto es que somos harto poco numerosos para inspirar temor á una tribu entera de quinientos á seiscientos hombres acostumbrados á pelear y á vivir del fruto de sus rapiñas, y sin embargo no se atreven á acercarse á nosotros, ni á hacernos preguntas ni á oponerse á ninguno de nuestros pasos; podíamos quedarnos un mes en los templos,

hacer excavaciones, llevarnos los mas preciosos fragmentos de aquellas esculturas sin que nadie se opusiera á ello. Mucho siento, como en el mar Muerto, no haber sabido de antemano la disposicion de estas tribus con respecto á nosotros, pues hubiera traído obreros y camellos de carga y enriquecido la ciencia y los museos.

Fuimos, á la salida de los templos, al palacio del emir. Un intervalo de ruinas desiertas, pero menos importantes, separa la colina de los grandes templos, ó el Acrópolis de Balbek, de la nueva Balbek habitada por los Arabes. Esta no es mas que una aglomeracion de miserables paredones mil veces derribados en continuas guerras; la poblacion se ha hospedado como ha podido en las cavidades formadas por tantas ruinas; algunas ramas de árboles, algunos techos de paja cubren aquellas viviendas, cuyas puertas y ventanas suelen cerrarse con pedazos de obras artísticas admirables.

El espacio ocupado por estas ruinas de la ciudad moderna es inmenso; se estiende á cuanto alcanza la vista y blanquea dos colinas bajas que ondean sobre el gran llano; el efecto es triste y duro. Estas modernas ruinas recuerdan las de Atenas, que ví un año antes. El color blanco crudo y mate de aquellas paredes caídas por el suelo y de aquellas piedras diseminadas, no tie-

ne nada de la magestad del color dorado de las ruinas verdaderamente antiguas; aquello se parece á una inmensa playa cubierta por la espuma del mar. El palacio del emir es un patio bastante espacioso, rodeado de construcciones de diferentes formas, presentando un conjunto bastante parecido al patio de un miserable cortijo de una de nuestras provincias mas pobres; algunos Arabes armados guardaban la puerta, á la que se agolpaba la multitud para entrar; los centinelas nos abrieron paso y nos introdujeron. El patio estaba ya ocupado por todos los caudillos de la tribu y por una gran muchedumbre de pueblo; el emir y su familia, igualmente que los principales jeques, cubiertos de castanes y albornoces magníficos, pero llenos de girones, estaban sentados en un tablado elevado encima de la multitud y contiguo al edificio principal: detras de ellos habia cierto número de servidores, de hombres armados y de esclavos negros. El emir y su comitiva se levantaron al acercarnos; ayudáronnos á escalar algunas enormes gradas formadas con piedras irregulares que servian de escaleras para subir al tablado, y despues de los usados cumplimientos, el emir nos hizo sentar en el divan á su lado; me trajeron una pipa y empezó el espectáculo.

Una música compuesta de tambores, de tam-

boriles, de agudos pífanos, y de triángulos de hierro que golpeaban con una varita del mismo metal, dió la señal: cuatro ó cinco actores, vestidos del modo mas grotesco, unos de hombres, otros de mugeres, se adelantaron hasta en medio del patio y ejecutaron las danzas mas estrañas y lasciyas que pueden imaginarse. Mas de una hora duraron aquellas monótonas danzas, interpoladas de vez en cuando con algunas palabras, ademanes y mudanzas de trages, que parecían denotar una intencion dramática, pero lo único inteligible era la horrible y asquerosa depravacion de las costumbres públicas, indicada por los movimientos de los bailarines. Volví los ojos á un lado, y aun el mismo emir parecia que se avergonzaba de aquellos escandalosos placeres de su pueblo, y hacia, como yo, ademanes de desprecio, pero los gritos y los aplausos del resto de los espectadores se alzaban siempre en los momentos en que se revelaban las mas sucias obscenidades en las figuras del baile, y recompensaban á los actores.

Estuvieron estos bailando de aquel modo hasta que, rendidos de cansancio é inundados de sudor, no pudieron ya soportar la rapidez cada vez mayor de la medida, y cayeron al suelo, de donde los sacaron en brazos. Las mugeres no asistían á aquel espectáculo, pero las del emir, cuyo

haren daba sobre el patio, disfrutaban de él desde sus cuartos, y las veíamos por entre los enrejados de madera agolparse á las ventanas para mirar á los bailarines. Trajéronnos los esclavos del emir sorbetes y dulces de toda especie, como tambien bebidas esquisitas, compuestas de zumo de granada y de azahar helado en copas de cristal; otros esclavos nos presentaban, para limpiarnos los labios, servilletas de muselina bordada de oro. Tambien nos sirvieron café y pipas varias veces. Conversé media hora con el emir, y me pareció hombre de seso y de talento, muy superior á la idea que habian podido darme de él los groseros placeres de su pueblo: es un hombre de sobre cincuenta años, de hermoso rostro, de modales nobilísimos, y muy cortes y solemne, cosas todas que el último de los Arabes posee como un don del clima, ó como la herencia de una antigua civilizacion. Su vestimenta y sus armas eran singularmente magníficas. Sus admirables caballos andaban diseminados por los patios y el camino; me ofreció uno de los mas hermosos, y me preguntó con la mas delicada discrecion acerca de la Europa, de Ibrahim, y del objeto de mi viage en medio de aquellos desiertos; respondíle con una afectada circunspeccion, que pudo hacerle creer que en efecto llevaba algun otro objeto que el de visitar

colinas y escombros. Ofreciome toda su tribu para acompañarme á Damasco, atravesando la cordillera desconocida del Anti-Líbano, que yo quería reconocer. Solamente acepté algunos ginetes para que me sirviesen de guías y de proteccion, y me retiré acompañado por todos los jeques, que nos siguieron á caballo hasta la puerta del obispo griego. Dí la orden de la partida para la mañana siguiente, y pasamos la tarde conversando con el venerable huesped á quien íbamos á dejar; algunos centenares de piastras que le dejé de limosna para su grey, pagaron la hospitalidad que de él habíamos recibido. Tuvo la bondad de encargarse de despachar un camello cargado con algunos fragmentos de escultura que yo deseaba llevar á Europa, comision que desempeñó fielmente, y, á mi vuelta á Siria, me hallé con aquellas preciosas reliquias que habían llegado antes que yo á Berut.

54 de marzo 1855.

Salimos de Balbek á las cuatro de la mañana. La caravana se compone de nuestro ordinario número de camelleros, de Arabes, de criados, de escolta, y de ocho ginetes de Balbek, que van

á doscientos ó trescientos pasos delante de la caravana: empieza á amanecer en el momento en que trasmontamos la primera colina que sube hácia la cordillera del Anti-Líbano; toda esta colina está surcada por inmensas y hondas canteras de donde han salido los prodigiosos monumentos que acabamos de visitar. El sol empezaba á dorar sus cimas, y brillaban bajo nuestros pies, en el llano, como rocas de oro: no acertábamos á separar de ellos nuestras miradas; veinte veces nos paramos antes de perderlos enteramente de vista; — enfin desaparecen para siempre bajo la colina, y no vemos ya, mas allá del desierto, mas que las negras ó nevadas cumbres de las montañas de Trípoli y de Latakíé que se desvanecen en el firmamento.

Las montañas, poco elevadas al principio, que atravesamos, estan enteramente peladas y casi desiertas. El suelo, en general, es pobre y estéril; la tierra, donde está cultivada, es de color rojo. Hay lindos valles, de suaves declives, por donde el arado podria pasar sin obstáculo. No hallamos ni viajeros, ni aldeas, ni habitantes hasta cosa de mediodia. Hacemos alto bajo nuestras tiendas, á la entrada de una profunda garganta por donde corre un torrente, en seco á la sazón. Hallamos bajo una peña un manantial de agua abundante y deliciosa, de que llenamos los

cántaros colgados de las sillas de nuestros caballos. Despues de dos horas de descanso, nos ponemos en marcha.

Costeamos, por un rápido y escarpado sendero, la falda de una alta montaña de roca pelada, por espacio de sobre dos horas. El valle, que se abre cada vez mas á nuestra derecha, está surcado por un ancho cauce de rio sin agua. Una montaña de roca gris, y completamente pelada, se alza al otro lado, como una pared perpendicular: — empezamos á bajar hácia la otra embocadura de aquella garganta. Dos de nuestros caballos, cargados de bagage, ruedan en el precipicio; los colchones y las alfombras que llevan encima amortiguan la violencia del golpe, y logramos sacarlos sin lesion notable. Nos acampamos á la salida de la garganta junto á un manantial escelente. — Noche pasada en medio de aquel laberinto desconocido de las montañas del Anti-Líbano: las nieves no están ya mas que á cincuenta pasos sobre nuestras cabezas. Nuestros Arabes han encendido una fogata de retama, bajo una gruta, á diez pasos de la loma donde está plantada nuestra tienda. El resplandor de la hoguera atraviesa la lona é ilumina el interior de la tienda, donde nos refugiamos huyendo del frio. Los caballos, aunque cubiertos de sus *libets*, manta de fieltro, relinchan de

dolor. Toda la noche estamos oyendo á los ginetes de Balbek y á los soldados egipcios que gimen bajo sus capas; y aun nosotros mismos, aunque cubiertos de una capa y de una manta muy tupida, no podemos soportar la impresion de aquel aire helado de los Alpes. Montamos á caballo á las siete de la mañana, con un sol resplandeciente que nos hace irnos quitando sucesivamente las capas y los castanes. Pasamos á las ocho, en una llanura muy elevada, por un poblachon árabe, cuyas casas son grandes, y cuyos patios estan llenos de ganado y de aves, como en Europa. No nos detenemos en él, porque aquel pueblo es enemigo del de Balbek y de los Arabes de Siria; compónenle unas tribus casi independientes, que tienen mas analogia con las poblaciones de Damasco y de la Mesopotamia. Parecen ricas y laboriosas; todas las llanuras al rededor del pueblo estan cultivadas. Vemos hombres, mugeres y niños en los campos. Aran con bueyes. Encontramos al paso jeques ricamente montados y equipados, que van ó vienen de Damasco; su fisonomía es áspera y feroz; nos miran con malos ojos y pasan de largo sin saludarnos. Los muchachos nos gritan denuestos. En una segunda aldea, á dos horas de la primera, compramos á duras penas unas gallinas y un poco de arroz para la comida de la caravana; nos acampamos,

á las seis de la tarde, en un campo elevado encima de una garganta de montañas que baja hacia un rio que vemos brillar á lo lejos; un pequeño torrente corre saltando por la garganta, y en él damos de beber á los caballos. Todavía es allí duro el clima : delante de nosotros, en la embocadura de la garganta, se alzan unos picos de peñascos, agrupados en pirámides, y se pierden en el cielo. Ninguna vegetacion hay en aquellos picos : el color gris ó negro del peñasco contrasta con la espléndida limpidez del cielo en que se pierden.

1 de abril 1835.

Montamos á caballo á las seis de la mañana. — Día hermosísimo. — Caminamos todo el día, sin parar, entre unas escarpadas montañas, separadas solamente por estrechas gargantas donde ruedan torrentes de nieve derretida. — Ni un árbol, ni un musgo, se ven en las laderas de aquellas montañas : sus formas singulares figuran monumentos humanos. Una de ellas se alza inmensa y perpendicularmente tajada por todos lados, como una pirámide; puede tener sobre una legua de circunferencia : no se puede descu-

brir como ha sido nunca posible subir á la cima; no hay resto alguno visible de senderos ni de escalones, y sin embargo en todas sus laderas hay cavernas de todos tamaños, abiertas por mano del hombre. Hay una multitud de celdas, grandes y chicas, cuyas puertas están labradas á cincel. Algunas de aquellas grutas, cuyas bocas se abren sobre nuestras cabezas, tienen unos pequeños terrados de rocas vivas delante de sus puertas : se ven restos de capillas ó de templos, columnas todavía en pié, sobre la roca : — parece aquello una colmena de hombres abandonada. Los Arabes dicen que los que han abierto aquellas cavernas son los cristianos de Damasco, y creo en efecto que esta es una de aquellas tebaidas donde se refugiaron los primeros cristianos en los tiempos de cenobitismo ó de persecucion. San Pablo habia fundado una grande iglesia, en Damasco, y aquella iglesia, por mucho tiempo floreciente, corrió los azares y sufrió las persecuciones de todas las demas iglesias de Oriente.

Dejamos esta montaña á nuestra izquierda y pronto á nuestra espalda. Bajamos rápidamente, y por precipicios casi intransitables, hacia un valle mas abierto y mas ancho, que llena un hermoso rio. En sus orillas vuelve á empezar la vegetacion ; — sauces, abedules, inmensos ár-

á las seis de la tarde, en un campo elevado encima de una garganta de montañas que baja hacia un rio que vemos brillar á lo lejos; un pequeño torrente corre saltando por la garganta, y en él damos de beber á los caballos. Todavía es allí duro el clima : delante de nosotros, en la embocadura de la garganta, se alzan unos picos de peñascos, agrupados en pirámides, y se pierden en el cielo. Ninguna vegetacion hay en aquellos picos : el color gris ó negro del peñasco contrasta con la espléndida limpidez del cielo en que se pierden.

1 de abril 1833.

Montamos á caballo á las seis de la mañana. — Día hermosísimo. — Caminamos todo el día, sin parar, entre unas escarpadas montañas, separadas solamente por estrechas gargantas donde ruedan torrentes de nieve derretida. — Ni un árbol, ni un musgo, se ven en las laderas de aquellas montañas : sus formas singulares figuran monumentos humanos. Una de ellas se alza inmensa y perpendicularmente tajada por todos lados, como una pirámide; puede tener sobre una legua de circunferencia : no se puede descu-

brir como ha sido nunca posible subir á la cima; no hay resto alguno visible de senderos ni de escalones, y sin embargo en todas sus laderas hay cavernas de todos tamaños, abiertas por mano del hombre. Hay una multitud de celdas, grandes y chicas, cuyas puertas están labradas á cincel. Algunas de aquellas grutas, cuyas bocas se abren sobre nuestras cabezas, tienen unos pequeños terrados de rocas vivas delante de sus puertas : se ven restos de capillas ó de templos, columnas todavía en pié, sobre la roca : — parece aquello una colmena de hombres abandonada. Los Arabes dicen que los que han abierto aquellas cavernas son los cristianos de Damasco, y creo en efecto que esta es una de aquellas tebaidas donde se refugiaron los primeros cristianos en los tiempos de cenobitismo ó de persecucion. San Pablo habia fundado una grande iglesia, en Damasco, y aquella iglesia, por mucho tiempo floreciente, corrió los azares y sufrió las persecuciones de todas las demas iglesias de Oriente.

Dejamos esta montaña á nuestra izquierda y pronto á nuestra espalda. Bajamos rápidamente, y por precipicios casi intransitables, hacia un valle mas abierto y mas ancho, que llena un hermoso rio. En sus orillas vuelve á empezar la vegetacion ; — sauces, abedules, inmensos ár-

boles de singular ramage y hoja negra crecen en las grietas de los peñascos que ciñen el río. Seguimos por espacio de una hora aquellas encantadas márgenes, bajando siempre, pero insensiblemente. El río nos acompaña murmurando y levantando espuma bajo los pies de nuestros caballos. Las altas montañas que forman la garganta de donde baja el río, se alejan y se redondean en anchas y frondosas grupas, heridas por los rayos del sol occidental: ya es aquella una primera vista de la Mesopotamia; vemos cada vez mejor los anchos valles que van á desembocar en la gran llanura del desierto de Damasco á Bagdad. El valle donde estamos circula blandamente y se va ensanchando. A derecha é izquierda del río, empezamos á ver rastros de cultivo y oímos lejanos mugidos de rebaños. Vergeles de albaricoques, tan grandes como nogales, ciñen el camino: pronto, con gran sorpresa nuestra, vemos separados con setos vivos, como en Europa, los vergeles y los huertos, sembrados estos de verduras y aquellos de árboles frutales en flor: unas vallas, ó unas puertas de madera dan paso á aquellos lindos vergeles. El camino es ancho, llano, bueno, como en las cercanías de una gran ciudad de Francia: ninguno de nosotros conocía la existencia de aquel hechicero jardín, en medio de aquellas inaccesibles monta-

ñas del Anti-Líbano: — evidentemente nos acercamos á una ciudad ó á una aldea árabe, cuyo nombre ignoramos; un ginete árabe á quien encontramos, dice que estamos en las cercanías de un muy estenso lugar, cuyo nombre es *Zebdani*; ya vemos el humo de sus casas que se alza entre las copas de los corpulentos árboles de que está sembrado el valle; entramos en las calles del pueblo, que son anchas, rectas y tienen una acera de losas á cada lado. Las casas que las ciñen son grandes y estan rodeadas de patios llenos de ganados, y de huertos perfectamente regados y cultivados. Las mugeres y los muchachos se asoman á las puertas para vernos pasar y nos acogen con caras francas y halagüeñas. Preguntamos si hay en el pueblo alguna plaza cubierta donde podamos hacer noche, y nos responden que no, porque como *Zebdani* no está junto á ningún camino, nunca pasan por él caravanas. Llegamos, despues de haber circulado mucho tiempo por las calles del pueblo, á una gran plaza en la orilla del río, donde una casa mayor que las otras, precedida de un terrado, y rodeada de árboles, nos anuncia la habitación del jeque. Me presento con mi dragoman y pido una casa para pasar la noche: los esclavos van á avisar al jeque, que al punto acude en persona; es un venerable anciano, de barba blanca y fisonomía

afable y franca : me ofrece toda su casa con una cordialidad que rara vez he encontrado. Al instante sus numerosos esclavos y los principales vecinos del pueblo se apoderan de nuestros caballos, los llevan á un espacioso cobertizo, los descargan y traen sacos de cebada y de paja. El jeque hace salir á sus mugeres de su habitacion y nos introduce primeramente en su divan, donde nos sirven café y sorbetes, y luego nos abandona todas las piezas de su casa. Me pregunta si quiero que los esclavos nos aderecen una comida, pero le ruego que permita que mi cocinero les evite esa molestia, y que nos proporcionen solamente una ternera y algunos carneros para renovar nuestras provisiones apuradas desde Balbek. A los pocos minutos, el carnicero del pueblo trae y mata la ternera y los carneros, y mientras que nuestra gente nos dispone la cena, el jeque nos presenta los principales vecinos del pueblo sus parientes y sus amigos, y aun me pide permiso para hacer introducir á sus mugeres á presencia de madama de Lamartine, pues deseaban vivamente, me dijo, ver á una muger de Europa y contemplar sus vestidos y sus joyas. En efecto pasaron las mugeres del jeque, tapadas con sus velos, por el divan donde estábamos y entraron en el cuarto de mi muger : eran tres, y una de ellas parecia por su edad la madre de

las otras dos. Las dos jóvenes eran singularmente hermosas, y parecian llenas de respeto, de deferencia y cariño hácia la mas anciana. Mi muger les hizo algunos regalillos, á que correspondieron ellas con otros. Durante aquella entrevista, el venerable jeque de Zebdani nos llevó á un terrado que ha dispuesto al lado de su casa, en la orilla del rio : varios pilares, plantados en el cauce mismo del rio, sostienen un tablado cubierto de alfombras y rodeado de un divan : un arbol inmenso, semejante á los que ya habia visto yo á la vera del camino, cubre con su sombra el terrado y todo el rio : allí es donde el jeque, como todos los Turcos, pasa sus horas de solaz disfrutando el murmullo y la frescura de las espumantes aguas del rio, la sombra del arbol y los gorgoros de los mil pajarillos que le pueblan : un puente de tablas conduce desde la casa á aquella especie de azotea colgante. Este es uno de los mas hermosos sitios que he contemplado en mis viages. La vista resbala sobre las últimas grupas combas y sombrías del Anti-Líbano, que señorean las pirámides de roca negra ó los picos de nieve; baja con el rio y sus olas de espuma por entre las desiguales cimas de los bosques de variados árboles que trazan su curso, y va á perderse con él en las llanuras en declive de la Mesopotamia, que entran, como un

golfo de verdura, en las sinuosidades de las montañas.

Cuando estuvo pronta la cena, supliqué al jeque que se sentase á la mesa con nosotros, lo que aceptó de muy buena gana, y le divirtió mucho el modo de comer de los Europeos, pues nunca habia visto ninguno de los utensilios de nuestras mesas. No bebió vino y no probamos á violentarle; la conciencia del musulman es tan respetable como la nuestra: hacer pecar á un Turco contra la ley que su religion le impone me ha parecido siempre cosa tan culpable y absurda como tentar á un cristiano. Largo rato hablamos de Europa y de nuestros usos, de los que nos parecia grande admirador, y él nos habló de su modo de administrar su pueblo. Su familia gobierna hace siglos este canton privilegiado del Anti-Líbano, y los progresos de propiedad, agricultura, policía y limpieza que habiamos admirado al cruzar el territorio de Zebdani, eran debidos á aquella escelente raza de jeques. Lo mismo sucede en todo el Oriente: todo es escepcion y anomalias; el bien como el mal se perpetuan en él sin término. Por aquel pueblo encantador pudimos juzgar de lo que serian aquellas provincias bien administradas.

El jeque admiró mucho mis armas, y sobre

todo un par de pistolas de piston, y disfrazó mal el placer que le causaria la posesion de aquella arma; pero yo no podia ofrecérsela, pues aquellas eran mis pistolas de batalla que queria conservar hasta mi vuelta á Europa. Le regalé un reloj de oro para su muger, regalo que recibió con toda la cortés resistencia que pondriamos en Europa para aceptar uno semejante, y aun afectó quedar completamente satisfecho, aunque para mí era evidente su predileccion por el par de pistolas. Trajéronnos una multitud de almohadones y de alfombras para acostarnos; los tendimos sobre el diyan donde él dormia tambien, y nos dormimos al rumor del rio que murmuraba bajo nuestras camas.

Salimos al dia siguiente con el alba, — cruzamos la segunda mitad de la aldea de Zebdani, mas hermosa aun que la que habiamos visto la vispera. El jeque nos hace escoltar hasta Damasco por algunos hombres á caballo de su tribu: allí despedimos á los ginetes del emir de Balbek, que no estarian seguros en el territorio de Damasco. Andamos durante una hora por caminos cercados de setos vivos, tan anchos como en Francia y perfectamente cuidados. Una bóveda de albericoques y de perales cubre el camino; á derecha é izquierda se estienden vergeles sin fin, luego campos cultivados, llenos de hom-

bres y de ganados: todos estos vergeles estan regados por arroyos que bajan de las montañas á la izquierda. Las montañas están cubiertas de nieve en sus cimas; la llanura es inmensa y nada la limita á nuestra vista mas que las arboledas en flor. Despues de haber caminado así tres horas como en medio de los mas deliciosos paisages de Inglaterra ó de Lombardia, sin que nada nos recordase el desierto y la barbarie, llegamos á un pais esteril y mas quebrado: la vegetacion y el cultivo desaparecen casi del todo. Colinas de roca, apenas cubiertas de un musgo amarillento, se estienden delante de nosotros, limitadas por montañas grises mas altas ó igualmente peladas. Hacemos alto bajo nuestras tiendas, al pie de aquellas montañas, lejos de toda habitacion: alli pasamos la noche á la orilla de un torrente profundamente encajonado que resuena como un trueno sin fin en una garganta de peñascos y arrastra aguas fangosas y copos de nieve.

A las seis montamos á caballo: como aquella va á ser nuestra última jornada, completamos nuestros trages turcos para no ser reconocidos por Francos en las cercanías de Damasco. Mi muger se viste como las mugeres árabes y un largo velo de lienzo blanco la rodea de pies á cabeza. Nuestros Arabes se acicalan tambien un poco y nos enseñan con el dedo las montañas que aun

nos falta pasar, gritando: Scham! Scham! que es el nombre árabe de Damasco.

La fanática poblacion de Damasco y de los paises circunvecinos exige estas precauciones de parte de los Francos que se aventuran á visitar esta ciudad. Solos entre los Orientales, los Damasquinos abrigan en sus pechos cada vez mas activo el odio religioso y el horror al nombre y al traje europeos; tambien son los únicos que constantemente se han negado á admitir los cónsules y aun los agentes consulares de las potencias cristianas. Damasco es una ciudad santa, fanática y libre, y nada debe mancillarla.

A pesar de las amenazas de la Puerta, á pesar de la intervencion mas temida de Ibrahim-Bajá y de una guarnicion de doce mil soldados egipcios ó extranjeros, la poblacion de Damasco se ha obstinado en negar al consul general de Inglaterra en Siria la entrada en su recinto: dos sediciones terribles ha habido en el pueblo por solo haber corrido la voz de que se acercaba dicho consul, y si no se hubiera vuelto atras, hubiera sido hecho pedazos. Las preocupaciones sobre este punto continuan siendo siempre las mismas; la llegada de un Europeo en traje franco seria la señal de un nuevo alboroto, y aun tememos que haya llegado á Damasco la nueva de nuestro viage y nos esponga á serios peli-

gros. Hemos tomado todas las precauciones posibles; todos vamos vestidos rigurosamente á la turca. Un solo Europeo, que ha adoptado las costumbres y el traje árabe, y que pasa por un comerciante armenio, se ha espuesto de muchos años á esta parte al peligro de habitar semejante ciudad, para ser útil al comercio del litoral de la Siria y á los viajeros á quienes su destino impele á estas regiones inhospitalarias: este es M. Baudin, agente consular de Francia y de toda Europa. Antiguo agente de lady Stanhope, á quien acompañó en sus primeros viages á Balbek y á Palmira, empleado luego por el gobierno francés para la adquisición de caballos en el desierto, M. Baudin habla el árabe como un Árabe, ha entablado relaciones de amistad y de comercio con todas las tribus errantes de los desiertos que rodean á Damasco, y se ha casado con una muger árabe, de origen europeo. Diez años hace que vive en Damasco, y á pesar de las numerosas relaciones que ha formado, muchas veces ha visto amenazada su vida por el fanático furor de los habitantes del pueblo. Dos veces ha tenido que huir para evitar una muerte segura. Se ha construido una casa en Zaklé, pueblecito cristiano situado en las faldas del Líbano, y allí es donde se refugia en los tiempos de alboroto popular. M. Baudin, cuya vida está

continuamente en peligro en Damasco, y que es, en esta gran capital, el único medio de comunicacion, el único eslabon de la politica y del comercio de Europa, recibe del gobierno francés por única retribucion de sus inmensos servicios, un módico sueldo de 4500 francos (sobre 6,000 reales de vellon); al paso que algunos cónsules, rodeados de todas las seguridades y de todo el lujo de la vida en las otras escalas de Levante, reciben honrosas y pingües retribuciones. No puedo comprender por efecto de qué indiferencia y qué injusticia los gobiernos europeos, y el gobierno francés sobre todo, desatienden y desheredan así á un joven, inteligente, probo, servicial, animoso y activo que hace, y podria hacer, mas y mas utilísimos servicios á su patria.

Yo habia conocido á M. Baudin en Siria, el año anterior, y habia concertado con él mi viage á Damasco. Hoy por la mañana le despacho un Árabe para informarle de la hora á que llegaré á las cercanías de la ciudad, y suplicarle que me envíe un guia para dirigirme.

A las nueve de la mañana, costeamos una montaña cubierta de caserios y huertos de los vecinos de Damasco: un hermoso puente cruza un torrente al pie de la montaña. Vemos numerosas hileras de camellos que acarrear piedras

para construcciones nuevas; todo indica la proximidad de una gran capital; una hora despues vemos, en la cima de un collado, una pequeña mezquita aislada, residencia de un solitario musulman; hay una fuente junto á la mezquita, y varias tazas de cobre, atadas con cadenillas al pilon, brindan al viagero á apagar la sed; hacemos alto un momento en aquel sitio, á la sombra de un sicomoro; ya el camino está cubierto de viageros, de labradores y de soldados árabes; volvemos á montar á caballo, y despues de haber subido algunos centenares de pasos, entramos en un profundo desfiladero, limitado á la izquierda por una montaña de esquita, perpendicular sobre nuestras cabezas, y á la derecha, por un peñasco de treinta á cuarenta pies de elevacion; la bajada es rápida, y las piedras rodadizas resbalan bajo los pies de nuestros caballos. Yo iba á la cabeza de la caravana, á algunos pasos detras de los Arabes de Zebdani; de pronto se paran y prorumpen en gritos de alegría enseñándome una abertura en el realce del camino; me acerco, y veo, por el escote de la roca, el mas magnífico y singular horizonte que jamas ha asombrado una mirada humana; — era Damasco y su desierto sin límites, á algunos centenares de pies bajo mis pisadas; la mirada caia primeramente sobre la ciudad, que rodeada de sus

murallas de marmol amarillo y negro, flanqueada por sus innumerables torres cuadradas de trecho en trecho, coronada de sus almenas esculpidas, dominada por su selva de minaretes de todas formas, surcada por los siete ramales de su rio y sus arroyos sin número, se estendia hasta perderse de vista en un laberinto de jardines en flor, tendia sus inmensos brazos, aquí y allí, en la llanura, por todas partes cubierta de sombra, por todas partes ceñida por el bosque de diez leguas de circuito de sus albericoques, de sus sicomoros, de sus árboles de todas formas y de toda verdura; parecia perderse de cuando en cuando bajo la bóveda de sus árboles, y luego volvía á aparecer mas lejos en anchos lagos de casas, de arrabales, de aldeas; — laberinto de huertos, de vergeles, de palacios, de arroyos, donde el ojo se perdía y no dejaba un encanto mas que para hallar otro: suspendimos nuestra marcha; todos apiñados en el estrecho boquete del peñasco abierto como una ventana, contemplábamos, ya con exclamaciones, ya en silencio, el magnífico espectáculo que se desplegaba así súbitamente y todo entero á nuestros ojos, en el término de un camino por en medio de tantos riscos y áridas soledades, al principio de otro desierto que no tiene por límites mas que á Bagdad y á Basora, y que no se puede atravesar

en menos de cuarenta dias; en fin, proseguimos nuestra marcha; el parapeto de peñascos que ocultaba la llanura y la ciudad se iba rebajando insensiblemente y pronto nos dejó disfrutar plenamente de todo el horizonte; ya no estábamos mas que á quinientos pasos de los muros de los arrabales; estos muros, rodeados de lindos kioscos y de caserios de las formas y arquitectura mas orientales, brillan como un ceñidor de oro al redor de Damasco; las torres cuadradas que los flanquean y sobresalen encima de su línea, estan incrustadas de arabescos, taladrados en ogivas ó arcos diagonales de columnillas sutiles como manojos de juncos y ceñidas de almenas en forma de turbantes; las murallas estan cubiertas de piedras ó de mármoles amarillos y negros, alternados con elegante simetria; las cimas de los cipreses y de los otros grandes árboles que se elevan de los jardines y del interior de la ciudad, se abalanzan por cima de las murallas y de las torres, y las coronan con una sombría verdura; las innumerables cúpulas de las mezquitas y de los palacios de una ciudad de cuatrocientas mil almas, repercutaban los rayos del sol poniente, y las azules resplandecientes aguas de los siete rios brillaban y desaparecian sucesivamente por entre las calles y los jardines; el horizonte detras de la ciudad no tenia límites, como

el mar, confundiéndose con los purpúreos bordes de aquel cielo de fuego que inflamaba mas y mas la reverberacion de las arenas del gran desierto: — á la derecha, las altas y anchas grupas del Anti-Líbano huian como inmensas olas de sombra, unas detras de otras, ya avanzando como promontorios en la llanura, ya abriéndose como profundos golfos en que se internaba la llanura con sus bosques y sus pueblos, algunos de los cuales tienen hasta treinta mil habitantes; algunos ramales de los rios y dos grandes lagos resplandecian allí, en la oscuridad de la tinta general de verdura en que Damasco parece como sumergida; á nuestra izquierda, la llanura era mas anchurosa, y solo á una distancia de doce ó quince leguas se hallaban cimas de montañas, encanecidas con la nieve, que brillaban en el azul del cielo, como nubes sobre el Océano; la ciudad está enteramente rodeada de una selva de vergeles de árboles frutales, en que las vides se entretejen como en Nápoles, y circulan formando guirnaldas entre las higueras, los albericoques, los perales y los cerezos; debajo de estos árboles, la tierra, rica, fertil y siempre regada, está alfombrada de cebada, de trigo, de maiz y de todas las plantas leguminosas que produce aquel suelo; numerosas casitas blancas brillan de trecho en trecho entre la ver-

dura de aquellos bosques, y sirven de vivienda al hortelano ó de quinta de recreo á la familia del propietario; aquellos huertos están poblados de caballos, de carneros, de camellos, de tórtolas, de todo lo que anima las escenas de la naturaleza; ocupan en general una ó dos fanegas de tierra, y están separados unos de otros por tapias de barro ó por hermosos setos vivos; una multitud de caminos, cubiertos de sombra y ceñidos por arroyuelos, circulan entre aquellos huertos, pasan de un arrabal á otro ó conducen á algunas puertas de la ciudad, formando un radio de veinte á treinta leguas de circunferencia al rededor de Damasco.

Hacia algunos momentos que caminábamos en silencio, por aquellos primeros laberintos de vergeles, inquietos por no ver venir al guia que nos estaba anunciado; hicimos alto y al fin llegó; era un pobre Armenio mal vestido, y tocado con un turbante negro como lo llevan por obligacion los cristianos de Damasco; acercóse, sin afectacion, á la caravana, dirigió una palabra, hizo una seña, y en vez de entrar en el pueblo por el arrabal y por la puerta que teníamos delante, le seguimos en la direccion de las murallas, á las que casi dimos vuelta, por entre aquel dedalo de huertos y de kioskos, y entramos por una puerta casi desierta, inmediata al barrio de

los Armenios. La casa de M. Baudin, donde este habia tenido la bondad de disponernos posada, está en este barrio. Nada nos dijeron en la primera puerta de la ciudad; despues de haberla pasado, seguimos largo rato á la vera de unas altas tapias con ventanas enrejadas; el otro lado de la calle estaba ocupado por un profundo canal de agua corriente que hacia girar las ruedas de varios molinos. Al cabo de aquella calle, nos hallamos detenidos y vi una disputa entre mis Arabes y los soldados que guardaban una segunda puerta interior, porque todos los barrios tienen una puerta distinta. Yo deseaba no ser conocido y que nuestra caravana pasase por una caravana de tratantes de Siria, pero como la disputa se prolongaba, cada vez mas bulliciosa, y empezaba á agolparse la gente alrededor nuestro, metí espuelas á mi caballo y me puse á la cabeza de la caravana. Provenia el tumulto de que habiendo reparado el piquete de tropas egipcias en dos escopetas de caza que mis criados árabes habian tapado mal con las mantas de los caballos, no querian dejarnos entrar: una orden de Scherif-Bey, actual gobernador de Damasco, prohibia la introduccion de armas en la ciudad, donde todas las noches se temia una insurreccion y la matanza consiguiente de las tropas egipcias. Por fortuna llevaba yo en el pecho una carta re-

ciento de Ibrahim-Bajá, que saqué y entregué al oficial que mandaba el piquete; leyóla, la puso sobre su frente y en sus labios, y nos hizo entrar, con muchas disculpas y cumplidos. Anduvimos errantes un buen rato por un laberinto de callejuelas sucias y angostas, formadas por dos hileras de casucas bajas, cuyas tapias de barro parecían próximas á desmoronarse sobre nuestras cabezas; veíamos en las ventanas, por entre las tejas, hechicerías caras de jóvenes armenias, que acudiendo al ruido de nuestra larga hilera de camellos, nos miraban pasar, y nos dirigian expresiones de saludo y amistad. Parámonos enfín junto á una puertecilla baja y angosta en una calle por donde apenas se podía pasar; apeámonos, y despues de haber atravesado un corredor bajo y oscuro, nos hallamos, como por encanto, en un patio empedrado de marmol, sombreado por sicomoros, refrescado por dos fuentes morunas y rodeado de pórticos de marmol y de salones ricamente decorados: — estábamos en casa de M. Baudin. Esta casa es, como las de todos los cristianos de Damasco, una choza por fuera y un palacio delicioso por dentro: la tiranía de la poblacion fanática obliga á estos infelices á ocultar su riqueza y su bien estar bajo las apariencias de la miseria y de la ruina. Descargaron nuestros bagages á la puerta; llenóse el patio con

nuestros paquetes, nuestras tiendas, nuestras sillas, y los criados llevaron los caballos al kan del bazar.

Diónos á cada uno M. Baudin una linda habitacion amueblada al uso de los Orientales, y descansamos en sus divanes y á su mesa hospitalaria de las fatigas de tan largo viage. Un hombre conocido y querido, hallado en medio de una multitud desconocida y de gentes extranjeras, es toda una patria, como lo experimentamos al hallarnos en casa de M. Baudin: las dulces horas que pasamos hablando de Europa y de Asia, por la noche, á la luz de su lámpara y al rumor del surtidor de su patio, han quedado impresas en mi memoria y en mi corazon, como uno de los mas deliciosos descansos de mis viages.

M. Baudin es uno de aquellos hombres raros que la naturaleza ha hecho aptos para todo; inteligencia clara y rápida, corazon recto y firme, infatigable actividad: — la Europa ó el Asia, París ó Damasco, la tierra ó el mar, á todo se acomoda, y en todas partes halla la dicha y la serenidad, porque su alma está resignada, como la del Arabe, á la gran ley que forma el fondo del cristianismo y del islamismo, sumision á la voluntad de Dios, y tambien porque lleva en sí aquella ingeniosa actividad de espíritu que es la segunda alma del Europeo. Su lengua, su figura,

sus modales han tomado todos los pliegues que la fortuna ha querido darles. Quien le hubiera visto con nosotros hablando de la Francia y de nuestra política inconstante, le hubiera tomado por un hombre llegado ayer de París y que debía volverse mañana; quien le hubiera visto por la tarde tendido en su divan, entre un traficante de Basora y un peregrino turco de Bagdad, fumando la pipa ó el narguilé, revolviendo indolentemente entre sus dedos las cuentas de ambar del rosario oriental, con el turbante en la cabeza y las babuchas en los pies, pronunciando una palabra cada cuarto de hora sobre el precio del café ó de las pieles, le hubiera tomado por un mercader de esclavos ó por un peregrino de vuelta de la Meca. No hay hombre completo sino el que ha viajado mucho y ha mudado veinte veces la forma de sus pensamientos y de su vida. Los hábitos estrechos y uniformes que adquiere el hombre en su vida regular y en la monotonía de su patria son unos moldes que lo achican todo; — pensamiento, filosofía, religion, caracter, todo es mas grande, todo es mas razonable, todo es mas verdadero en el que ha visto la naturaleza y la sociedad desde muchos puntos de vista. Hay una óptica para el universo material é intelectual. Viajar para buscar la filosofía era una gran sentencia de los antiguos, pero ellos no viajaban

solamente para buscar dogmas desconocidos y lecciones de los filósofos sino para verlo y juzgarlo todo. Yo por mí siempre me he admirado del modo estrecho y mezquino como consideramos las cosas, las instituciones y los pueblos; y si se ha ensanchado mi inteligencia, si se han extendido mis miras, si he aprendido á tolerarlo todo comprendiéndolo todo, lo debo únicamente á que muchas veces he mudado de escena y de punto de vista. Estudiar los siglos en la historia, á los hombres en los viages y á Dios en la naturaleza es la grande escuela; nosotros lo estudiamos todo en nuestros miserables libros y lo comparamos todo á nuestros ruines hábitos locales; y ¿quien ha hecho nuestros hábitos y nuestros libros? hombres tan pequeños como nosotros. Abramos el libro de los libros; vivamos, viajemos; el mundo es un libro del cual cada paso que damos nos vuelve una página; el que no ha leído mas que una ¿qué sabe?

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO" 1625 MONTERREY, MEXICO

DAMASCO.

2 de abril 1832.

Vestido con el traje árabe mas riguroso, he recorrido esta mañana los principales barrios de Damasco, acompañado solamente de M. Baudin, por miedo de que una reunion algo numerosa de caras desconocidas llamase la atencion sobre nosotros. Hemos circulado primero bastante tiempo por las oscuras, sucias y tortuosas calles del arrabal Armenio, que parece por cierto una de las mas miserables aldeas de nuestras provincias. Las casas son de barro, y tienen sobre la calle algunas raras y estrechas ventanas enrejadas, cuyas persianas estan pintadas de colorado: son muy bajas, y las puertas parecen puertas de establos: un monton de inmundicias y una charca de agua y de fango se hallan casi á la puerta de todas las casas: sin embargo hemos entrado en algunas de los principales comerciantes armenios, y me han asombrado la riqueza y la elegancia de estas habitaciones por dentro. Despues de haber pasado la puerta y atravesado un oscuro corredor, se halla uno en un patio adornado con

soberbias fuentes de marmol con surtidores, y á que dan sombra uno ó dos sicomoros ó sauces de Persia. Este patio está embaldosado con anchas losas de piedra pulimentada ó de marmol; las paredes estan entapizadas de emparrados. Estas paredes estan cubiertas de marmol blanco y negro; cinco ó seis puertas, cuyos largueros son tambien de marmol y estan muy bien labrados, conducen á otras tantas salas ó salones donde se reunen los hombres y las mugeres de la familia. Estos salones, muy espaciosos, estan embovedados: tienen muchas ventanitas muy altas para que siempre circule libremente el aire exterior. Casi todos constan de dos planos; el primero, inferior, donde estan los criados y los esclavos; el segundo, á que se sube por unos cuantos escalones, y separado del primero por una baranda de marmol ó de palo de cedro maravillosamente labrado. En general, una ó dos fuentes con altos surtidores murmuran en el centro ó en los ángulos del salon. Los bordes estan guarnecidos con jarrones de flores; multitud de golondrinas ó de palomas domesticadas van libremente á beber en ellas y á posarse en las orillas de los pilones. Las paredes de la estancia son de marmol hasta cierta altura; mas arriba estan cubiertas de estuco y pintadas de arabescos de mil colores, y muchas veces con molduras de oro sumamente re-

cargadas. El mueblage consiste en magníficas alfombras de Persia ó de Bagdad que por todas partes cubren el pavimento de marmol ó de cedro, y en una gran cantidad de cogines y de colchones de seda esparcidos en medio de la estancia, y que sirven de sillas ó de reclinatorios á las personas de la familia. Un divan, cubierto de telas preciosas y de alfombras infinitamente mas finas, guarnece el fondo y los contornos de la sala: generalmente las mugeres y los muchachos estan sentados ó tendidos en él, ocupados en diferentes trabajos caseros. Las cunas de los niños de pecho están en el suelo, entre aquellas alfombras y aquellos cogines; el dueño de la casa tiene siempre uno de aquellos salones para sí solo y allí es donde recibe á los forasteros; generalmente se le halla sentado en su divan, con su tintero en el suelo á su lado, una hoja de papel apoyada en su rodilla ó en su mano izquierda, y escribiendo ó calculando todo el dia, porque el comercio es la sola ocupacion y el único ingenio de los habitantes de Damasco. Adonde quiera que hemos ido á pagar las visitas que nos habian hecho la víspera, el propietario nos ha recibido con agrado y cordialidad; nos ha hecho traer las pipas, el café, los sorbetes y nos ha llevado al salon donde están las mugeres. Por ventajosa que era la idea que yo llevaba de la hermosura de

las Sirias, á pesar de lo grande que es la que me ha dejado la hermosura de las mugeres de Roma y de Atenas, la vista de las mugeres armenias de Damasco las ha escedido á todas. Casi en todas las casas hemos hallado caras que jamas ha representado el pincel europeo, ojos en que la serena luz del alma toma un color azul sombrío y espide rayos de húmedos terciopelos que nunca habia yo visto brillar en ojos mugeriles; facciones de una delicadeza y de una pureza tan esquisitas que la mas ligera y suave mano no podría imitarlas, y un cutis tan trasparente y tan colorado al mismo tiempo por vivaces tintas, que ni aun los mas delicados matices de la hoja de rosa pueden representar su pálida frescura; la dentadura, la sonrisa, la natural morbidez de las formas y de los movimientos; el metal claro, sonoro, argentino de la voz, todo está en armonía en aquellas admirables apariciones; hablan con gracia y con un modesto recato, pero sin corteidad y como acostumbradas á la admiracion que inspiran; parece ser que conservan mucho tiempo su belleza en este clima conservador, y en una vida casera y serena, en la que no desgastan el alma ni el cuerpo las pasiones facticias de la sociedad. En casi todas las casas en que he sido admitido, he hallado á la madre tan hermosa como á sus hijas, aunque pareciese que estas

tenian ya de quince á diez seis años; á los doce ó trece se casan. Los trages de estas mugeres son los mas elegantes y nobles que hemos admirado todavía en Oriente: — la cabeza desnuda y cargada de cabellos cuyas trenzas, mezcladas con flores, dan muchas vueltas sobre la frente y caen en largas madejas á ambos lados del cuello y sobre los hombros desnudos; — festones de piezas de oro y sargas de perlas interpoladas con el cabello; una gorrita de oro cincelado en lo mas alto de la cabeza; — el pecho casi desnudo; una chaquetita con mangas anchas y abiertas, de una tela de seda recamada de plata ó de oro; un ancho pantalon blanco con pliegues que baja hasta el empeine; los pies desnudos calzados con unas pantuflas de tafete amarillo; un largo vestido de seda de color brillante que baja de los hombros, abierto sobre el pecho y la delantera del pantalon, y prendido solamente al rededor de las caderas con un cinturon cuyas puntas llegan hasta el suelo. No acertaba yo á separar mis ojos de aquellas hechiceras mugeres; en todas partes se han prolongado nuestras visitas y nuestras conversaciones, y siempre las he hallado tan amables como hermosas; los usos de Europa, los trages y costumbres de las mugeres de occidente han sido en general el tema de nuestras pláticas; parece que nada envidian de la vida de nuestras

mugeres, y cuando habla uno con estas encantadoras criaturas, cuando se halla en sus conversaciones y en sus modales aquella gracia, aquella perfecta naturalidad, aquella benevolencia, aquella serenidad, aquella paz del ánimo y del corazon que tan bien se conservan en la vida de familia, no sabe uno qué podrían envidiar á nuestras mugeres mundanas que lo saben todo, escepto lo que hace feliz en el interior de una familia, y que dilapidan en pocos años, en el bullicioso movimiento de nuestras sociedades, su alma, su hermosura y su vida. Estas mugeres suelen visitarse entre sí, y ni aun están separadas de la sociedad de los hombres, pero esta sociedad se limita á algunos parientes jóvenes ó amigos de la casa entre los cuales, consultando su inclinacion y las relaciones de familia, se les escoge desde la niñez un esposo, que ya desde entonces va de cuando en cuando, como un hijo, á mezclarse á los placeres de la casa.

Aquí he encontrado un jefe de los Armenios de Damasco, hombre muy apreciable é instruido; Ibrahim le ha puesto al frente de su nacion en el consejo municipal que gobierna actualmente la ciudad. Este hombre, aunque nunca ha salido de Damasco, tiene las mas claras y juiciosas nociones sobre el estado político de Europa, sobre la Francia en particular, sobre el movi-

miento general de la mente humana en nuestra época, sobre la trasformacion de los gobiernos modernos, y sobre el porvenir probable de la civilizacion. No he encontrado en Europa un hombre cuyas miras en este punto fuesen mas exactas é inteligentes, cosa tanto mas sorprendente cuanto no sabe mas que el latin y el griego, y nunca ha podido leer aquellas obras ó aquellos periódicos del occidente en que estas cuestiones se hallan puestas al alcance aun de los que las repiten sin comprenderlas. Tampoco ha tenido nunca ocasion de hablar con hombres eminentes de nuestros climas, pues Damasco es un pais sin relaciones con Europa; todo lo ha comprendido, por medio de las cartas geográficas y de algunos grandes hechos históricos y políticos que han tenido un eco hasta en aquella ciudad, y que su natural y meditativo ingenio ha interpretado con maravillosa sagacidad. Este hombre me ha encantado; he pasado una parte de la mañana hablando con él; vendrá esta noche y todos los dias; él entreve, como yo, lo que la Providencia parece preparar para el oriente y para el occidente, por el inevitable roce de estas dos partes del mundo dándose mutuamente espacio, movimiento, vida y luz. Tiene una hija de catorce años que es la mas preciosa criatura que hemos visto hasta ahora; la madre, joven todavía, es

tambien hermosísima. Me ha presentado su hijo, muchacho de doce años, cuya educacion le ocupa mucho. — Deberia vm., le he dicho, enviarle á Europa y hacerle dar una educacion como la que siente vm. no haber recibido; yo cuidaria de él. — ¡Ah! me respondió, ya lo he pensado; siempre estoy pensando en eso, pero si el estado del Oriente no cambia todavía, ¿qué servicio habré hecho á mi hijo elevándole demasiado, por sus conocimientos, sobre el nivel de su época y del pais en que ha de vivir? ¿Qué hará en Damasco cuando vuelva con las luces, las costumbres y el amor á la libertad propios de Europa? ¡Si es preciso ser esclavo, mas vale no haber sido nunca mas que esclavo!

Despues de estas diferentes visitas, salimos del arrabal armenio, separado de otro barrio por una puerta que se cierra todas las noches. Hallé una calle mas ancha y mas hermosa, formada por los palacios de los principales agás de Damasco, que forman la nobleza del pais; las fachadas de estos palacios sobre la calle parecen largas tapias de cárceles ó de hospicios, tapias de barro pardo, con pocas ó ninguna ventana; de cuando en cuando, una puerta abierta sobre un patio; gran número de esclavos, de criados y de esclavos negros están tendidos á la sombra de la puerta. He visitado á dos de aquellos agás, ami-

gos de M. Baudin ; el interior de su palacio es admirable ; — un patio espacioso, adornado con soberbios surtidores, y plantado de árboles que le dan sombra : — salones mas hermosos y mas espléndidamente decorados todavía que los de los Armenios. La decoracion de muchos de aquellos salones ha costado cien mil piastras ; la Europa no tiene nada mas magnífico ; todo es de estilo árabe ; algunos de aquellos palacios tienen ocho ó diez salones de este género. Los agás de Damasco son en general descendientes ó hijos de bajás que han empleado en la decoracion de sus casas los tesoros adquiridos por sus padres ; — es el nepotismo de Roma bajo otra forma. Son numerosos, y ocupan los principales empleos de la ciudad bajo el mando de los bajás enviados por el Gran Señor : tienen vastas posesiones territoriales en las aldeas que rodean á Damasco. Su lujo consiste en palacios, en jardines, en caballos y en mugeres ; á una seña del bajá, ruedan sus cabezas, y aquellos caudales, aquellos palacios, aquellos jardines, aquellas mugeres, aquellos caballos pasan á algun nuevo favorito de la suerte. Semejante legislacion naturalmente convida á gozar y á resignarse ; molicie y fatalismo son los dos resultados necesarios del despotismo oriental.

Los dos agás en cuyos palacios he entrado

me han recibido con la mas refinada cortesía ; el fanatismo brutal del populacho de Damasco no sube tan arriba. Saben que soy un viagero europeo ; me creen un embajador secreto, encargado de recoger informes para los reyes de Europa sobre la contienda de los Turcos é Ibrahim. He manifestado á uno de ellos el deseo de ver sus mas hermosos caballos y de comprarle algunos, si queria vendérmelos ; al instante me hizo llevar por su hijo y su escudero á una espaciosa cuadra, donde tiene treinta ó cuarenta de los mas admirables brutos del desierto de Palmira. Jamas cosa tan bella se ha ofrecido á mis ojos ; en general todos eran caballos de mucha talla, de pelo gris-oscuro ó gris-claro, de crines como seda negra, con ojos saltones, de color castaño oscuro, de una fuerza y de una elasticidad admirables ; tienen el lomo ancho y chato, cuellos de cisne. Apenas aquellos caballos me vieron entrar y oyeron hablar una lengua estrangera, volvieron la cabeza hácia mi lado, se estremecieron, relincharon y manifestaron su asombro y su espanto con sus oblicuas y azoradas miradas y con un rápido movimiento de la nariz que daban á sus hermosas cabezas la fisonomía mas inteligente y extraordinaria. Ya habia tenido yo ocasion de observar cuanto mas rápido es y cuanto mas llega á desarrollarse el instinto de los brutos

en Siria que en Europa. Una asamblea de creyentes, sorprendidos en la mezquita por un cristiano, no hubiera espresado mejor, en sus actitudes y semblantes, la indignacion y el espanto, de lo que lo hicieron aquellos caballos viendo una cara estraña y oyendo hablar una lengua desconocida. Acaricié á algunos, los estudié á todos y los hice salir al patio; no sabia en cual fijar mi eleccion, tan perfectos eran todos; en fin me decidí por un potrillo blanco, de tres años, que me pareció la perla de todos los caballos del desierto. Discutieron el precio M. Baudin y el agá, y al cabo se fijó en seis mil piastras que hice pagar al agá. El caballo habia llegado de Palmira, hácia poco tiempo, y el Arabe que se lo habia vendido al agá habia recibido cinco mil piastras y una magnífica capa de seda y oro. Como todos los caballos árabes, aquel llevaba al cuello su genealogía, suspendida en un saquito de cerda, y varios amuletos para preservarle de ser aojado.

Hemos recorrido los mercados de Damasco. El gran bazar tiene sobre media legua de largo. Los bazares ó mercados son unas largas calles, cubiertas con entablados muy altos, y ceñidas por tiendas, puestos, almacenes y cafés; estas tiendas son angostas y poco profundas; el tratante está sentado sobre sus talones delante de su tien-

da, con la pipa en la boca ó el narguilé á su lado. Los almacenes están llenos de toda especie de mercancías, y particularmente de tejidos de las Indias que afluyen á Damasco por las caravanas de Bagdad. Los barberos instan á los transeúntes á hacerse cortar el pelo; sus tiendecillas están llenas de gente. Una multitud, tan numerosa como la de las galerías del *Palais-Royal*¹, circula todo el día en el bazar, pero el aspecto de esta multitud es infinitamente mas pintoresco. Compónese de agás, vestidos con largos ropones de seda carmesí, forrados de marta, con sables y puñales enriquecidos con diamantes, pendientes de sus fajas: los siguen cinco ó seis cortesanos, criados ó esclavos, que van silenciosamente detras de ellos, y llevan sus pipas y su narguilé; van á sentarse, una parte del día, en los divanes exteriores de los cafés construidos á la orilla de los arroyos que cruzan la ciudad; hermosos plátanos dan sombra al divan; allí fuman y hablan con sus amigos, y este es el único medio de comunicacion, excepto la mezquita, para los habitantes de Damasco. Allí se preparan, casi en silencio, las frecuentes revoluciones que ensan-

¹ El Palacio Real, grandioso edificio situado en el centro de París, y que tiene un hermoso jardín público, rodeado de arcos ó soportales llenos de variadas y riquísimas tiendas. — N. del T.

grientan esta capital ; la fermentacion muda está encubierta mucho tiempo y luego estalla en el momento en que menos se espera. El pueblo vuela á las armas bajo la bandera de un partido cualquiera, mandado por uno de los agás, y el gobierno pasa, por algun tiempo, á manos del vencedor. Los vencidos son sacrificados ó huyen á los desiertos de Balbek y de Palmira, donde las tribus independientes les dan asilo. Los oficiales y los soldados del bajá de Egipto, vestidos casi á la Europea, arrastran sus sables sobre las aceras del bazar ; hallamos á varios que nos paran y hablan en italiano. En Damasco siempre estan muy alerta ; el pueblo los ve con horror y todas las noches puede estallar el motin. Scherif-Bey, uno de los hombres mas capaces del ejército de Mehemet-Ali, los manda, y gobierna momentáneamente la ciudad : ha formado un campamento de cerca de diez mil hombres fuera de los muros, á la orilla del rio, y tiene una guarnicion en el castillo ; él habita en el serrallo. La nueva del menor reves sufrido en Siria por Ibrahim, seria la señal de un levantamiento general, y de una encarnizada refriega en Damasco. Los treinta mil cristianos armenios que habitan la ciudad estan aterrados, y serian sacrificados si vencieran los Turcos, porque estos estan furiosos de la igualdad que ha establecido Ibrahim-Bajá entre

ellos y los cristianos. Algunos de estos abusan de este momento de tolerancia é insultan á sus enemigos con una violacion de sus hábitos, que exaspera su fanatismo. M. Baudin está siempre pronto, al primer aviso, á refugiarse en Zarklé.

Los Arabes del gran desierto y los de Palmira acuden en gran número á esta ciudad y circulan por el bazar ; su única vestimenta consiste en una gran manta de lana blanca, en la que se embozan á la manera de las estatuas antiguas. Tienen la tez curtida, la barba negra, la mirada feroz ; forman corros delante de las tiendas de los mercaderes de tabaco y delante de los silleros y de los armeros. Sus caballos, siempre ensillados y con brida, están trabados en las calles y en las plazas. Desprecian á los Egipcios y á los Turcos, pero en caso de una sublevacion, marcharian contra las tropas de Ibrahim. Este no ha podido rechazarlos mas que hasta una jornada de Damasco, y eso dirigiéndose en persona contra ellos con artilleria, cuando pasó por esta ciudad. Actualmente son sus enemigos. Mas adelante hablaré con mas estension de estas poblaciones desconocidas, del gran desierto y del Eufrates.

Cada género de comercio y de industria tiene su distrito aparte en los bazares. A un lado están los armeros, cuyas tiendas distan mucho de

ofrecer las magnificas y afamadas armas que Damasco entregaba antiguamente al comercio del Levante. Aquellas fábricas de sables admirables, si alguna vez han existido en Damasco, han caido completamente en olvido; ya no se fabrican en esta ciudad mas que sables de un temple comun y no se ven en las armerías mas que armas viejas de ningun valor: vanamente he buscado un sable y un puñal del antiguo temple. Estos sables vienen ahora de Korassan, provincia de Persia, y aun allí, ya no se fabrican; existe cierto número de ellos que pasan de mano en mano como reliquias preciosas, y que son de inestimable precio. La hoja del que me han regalado le costó al bajá cinco mil piastras. Los Turcos y los Arabes que estiman estas hojas mas que los diamantes, lo sacrificarían todo en el mundo por un arma semejante; sus miradas centellean de entusiasmo y veneracion cuando ven la mia, y la llevan á su frente como si adorasen un instrumento de muerte tan perfecto.

Los joyeros no tienen ningun arte ni ningun gusto en el engarce de sus piedras preciosas ó de sus perlas, pero poseen, en este género, inmensas colecciones. Toda la riqueza de los Orientales es mueble, á fin de poderla enterrar ó trasportar. Hay muchos plateros. Ponen muy pocos objetos á muestra, todo lo tienen encerrado en ca-

jitas que abren cuando se les pide una joya.

Los silleros son los mas numerosos é ingeniosos obreros de estos bazares; nada en Europa iguala el gusto, la gracia y la riqueza de los arneses de lujo que trabajan para los caballos de los jeques árabes ó de los agás del pais. Las sillas estan cubiertas de terciopelo y de seda recamada de oro y perlas: los pretales de tafilete rojo que caén en franja sobre el pecho, estan adornados igualmente con bellotas de plata y oro y borlas de perlas. Las bridas, infinitamente mas elegantes que las nuestras, son tambien todas de tafilete de varios colores, y están decoradas con bellotas de seda y oro. Todos estos objetos se venden, comparativamente con Europa, á infimo precio: he comprado dos de estas bridas, las mas magnificas, por ciento veinte piastras las dos (sobre doscientos reales).

Los vendedores de comestibles son los que presentan en sus almacenes mas orden, elegancia, aseo y atractivo para la vista. La delantera de sus tiendas está ocupada por canastos llenos de verduras, de frutas secas y de simientes leguminosas, cuyos nombres ignoro, pero que tienen formas y colores barnizados admirables, y que brillan como guijarrillos recién sacados del agua. Los panecillos y molletes de todas calidades y tamaños, están de muestra delante de la tienda;

hay una innumerable variedad para las diferentes horas y las diferentes comidas del día; todos estan calientes como bollos, y tienen un sabor exquisito. En ninguna parte he visto tan gran perfeccion del pan como en Damasco; no cuesta casi nada. Algunas fondas ofrecen tambien de comer á los traficantes y á los transeuntes del bazar. No hay en ellas mesas ni cubiertos, ni mas manjares que unos tasajos de carnero, gordos como nueces y asados al horno, ensartados en unas agujas de lardear, que el comprador pone encima de los molletes dorados de que ya he hablado, y se los come de pie: las numerosas fuentes del bazar le ofrecen la única bebida de los Arabes. Un hombre puede mantenerse perfectamente en Damasco por dos piastras ó sobre dos reales diarios: no gasta el pueblo la mitad de esta suma en su sustento. Se puede tener una bonita casa por dos ó trescientas piastras al año: con mil doscientos ó mil seiscientos reales de renta se puede pasar la vida muy holgadamente aquí, y lo mismo sucede en toda Siria. Recorriendo el bazar, he llegado al distrito de los cajeros y cofreros, que es aquí la grande industria, porque todo el mueblage de una familia árabe consiste en uno ó dos cofres donde se guardan las ropas y las alhajas. La mayor parte de estos cofres son de cedro y estan pintados de colorado con ador-

nos diseñados con clavos de oro: algunos están admirablemente labrados de relieve y cubiertos de arabescos elegantísimos. Tres he comprado y los he despachado por la caravana de Tarabourlous. El olor del palo de cedro embalsama por todas partes el bazar, y esta atmósfera, compuesta de mil perfumes diversos que se exhalan de las carpinterías, de las especerías y de las tiendas de los droguistas, de las cajas de ambar ó de gomas perfumadas, de los cafés, de las pipas siempre humeantes en el bazar, me recuerda la impresion que esperiménté la primera vez que pasé por Florencia, donde los maderages de ciprés llenan las calles de un olor muy parecido á este.

Sherif-Bey, gobernador de Siria por Mehemet-Alí, ha salido hoy de Damasco. La noticia de la victoria de Konia, alcanzada por Ibrahim sobre el visir, ha llegado esta noche, y Sherif-Bey ha querido aprovechar, para ir á Alepo, la impresion de terror que ha sobrecogido á Damasco: deja el gobierno de la ciudad á un general egipcio, asistido por un consejo municipal compuesto de los principales comerciantes de todas las diferentes naciones; un campamento de seis mil Egipcios y de tres mil Arabes se queda á las puertas de la ciudad. La perspectiva que ofrece este campamento es sumamente pintoresca; á la

sombra de los corpulentos árboles frutales, á la orilla del río, se ven alzadas tiendas de todas formas y de todos colores; los caballos, en general admirables, estan afados en largas filas á unas cuerdas tendidas de un extremo á otro del campamento. Los Arabes no disciplinados estan allí en toda la estraña diversidad de sus razas, de sus armaduras, de sus trages; unos semejantes á asambleas de reyes ó de patriarcas, otros á bandoleros del desierto. Las lumbradas de bivac espiden sus azules columnas de humo que el viento impele sobre el río ó sobre los jardines de Damasco.

He asistido á la partida de Sherif-Bey; todos los principales agás de Damasco y los oficiales de los cuerpos que se quedan de guarnicion se habian reunido en el serrallo. Los espaciosos patios que rodean las ruinosas tapias del alcazar y del serrallo, estaban llenos de esclavos que tenian asidos del freno los mas hermosos caballos de la ciudad, ricamente ataviados; Sherif-Bey estaba almorzando en las habitaciones interiores. No entré en ellas, y habiéndome quedado con algunos oficiales egipcios é italianos en el patio principal veíamos desde allí la muchedumbre de fuera, á los agás que iban llegando por grupos, y á los esclavos negros que pasaban, llevando sobre sus cabezas inmensas bandejas de estaño

que contenian los diferentes *pilós* del almuerzo. Allí habia algunos caballos de Sherif-Bey, que son los mas hermosos animales que he visto hasta ahora en Damasco; son turcomanos, de una raza infinitamente mas alta y robusta que los caballos árabes; parecen grandes caballos normandos, con los miembros mas delicados y musculosos, la cabeza mas ligera, y el ojo ancho, ardiente, fiero y dulce al mismo tiempo del caballo de Oriente. Todos son bayos oscuros y de larga crin, verdaderos caballos homéricos. A las doce se ha puesto en camino acompañado de una inmensa cabalgata hasta cosa de dos leguas de la ciudad.

En medio del bazar de Damasco, hallo el mas hermoso kan del Oriente, el kan de Hassad-Bajá: fórmale una inmensa cúpula cuya atrevida bóveda recuerda la de San Pedro de Roma, y sostenida, como esta, sobre pilares de granito. Detras de estos pilares hay almacenes y escaleras que conducen á los pisos superiores donde están los cuartos de los comerciantes: cada comerciante de alguna importancia alquila uno de estos cuartos y en él guarda sus mercancías preciosas y sus libros. Hay una guardia que vela día y noche por la seguridad del kan, y al lado hay grandes cuadras para los caballos de los viajeros y de las caravanas; refréscanle hermosas

fuentes con agua de pie : es aquello una especie de bolsa del comercio de Damasco. La puerta del kan de Hassad-Bajá que da sobre el bazar, es uno de los trozos de arquitectura moruna mas ricos de pormenores y de mas grandioso efecto que pueden verse en el mundo: en ella se halla la arquitectura árabe toda entera. Sin embargo este kan no cuenta arriba de cuarenta años de existencia : un pueblo cuyos arquitectos son capaces de dibujar y cuyos jornaleros pueden ejecutar un monumento como el kan de Hassad-Bajá no ha muerto para las artes. Construyen en general estos kanes ricos bajás que se los dejan á su familia ó á la ciudad que quieren enriquecer : rentan muy buenas sumas.

Un poco mas lejos ví, desde una puerta que da sobre el bazar, el gran patio ó el atrio de la principal mezquita de Damasco, que fué en otro tiempo la iglesia consagrada á san Juan Damasceno. El monumento parece coetaneo del Santo Sepulcro de Jerusalem; mazacote, grande, y de aquella arquitectura bizantina que imita el género griego degradándole y parece construida con ruinas. Las grandes puertas de la mezquita estaban cerradas con densas cortinas, y como hay peligro de muerte para el cristiano que osa profanar una mezquita entrando en ella, me quedé sin ver el interior : solo nos detuvimos un

momento en el atrio, fingiendo que bebíamos en la fuente.

.....

La misma fecha.

Hoy ha llegado la caravana de Bagdad, compuesta de tres mil camellos, y se ha acampado á las puertas de la ciudad. He comprado algunas cargas de café de Moka, que ya no se puede hallar mas que aquí, y algunos chales de la India.

La caravana de la Meca se ha suspendido á causa de la guerra : el bajá de Damasco está encargado de conducirla. Los Wahabitas la han dispersado varias veces, pero ya Mehemet-Ali los ha rechazado hácia Medina. La última caravana, atacada por el cólera en la Meca, rendida de cansancio y sin agua, ha perecido casi toda entera : cuarenta mil peregrinos han quedado en el desierto : el polvo del desierto que conduce á a Meca es polvo de hombres. Se espera que este año podrá partir la caravana bajo los auspicios de Mehemet-Ali, pero antes de pocos años, los progresos de los Wahabitas imposibilitarán para siempre esta piadosa peregrinacion. Los Wahabitas son la primera gran reforma armada del mahometismo. Un filósofo de las cercanías de la

Meca, llamado Abul-Wahiab, ha acometido la empresa de convertir el islamismo á su pureza de dogma primitiva; de estirpar, primero con la palabra, luego con la fuerza, de los Arabes convertidos á su fé, las supersticiones populares con que la credulidad ó la impostura alteran todas las religiones, y de hacer de la religion del Oriente un deismo práctico y racional. Poco habia que hacer para esto, porque Mahoma no se dió por un Dios, sino por un hombre lleno del espíritu de Dios, y no predicó mas doctrina que la unidad de Dios y la caridad para con los hombres: el mismo Abul-Wahiab no se ha dado por profeta, sino por un hombre iluminado por la sola razon. La razon esta vez ha fanatizado á los Arabes como lo han hecho otras veces la mentira y la supersticion: se han armado en su nombre, han conquistado la Meca y Medina, han despojado al culto de veneracion tributado al profeta de toda la adoracion que se habia sustituido á él, y cien mil misioneros armados han amenazado cambiar la faz del Oriente. Mehemet-Alí ha opuesto una barrera momentanea á sus invasiones, pero el wahiabismo subsiste y se propaga en las tres Arabias, y, á la primera ocasion, estos pueblos purificadores del islamismo se extenderán hasta Jerusalem, hasta Damasco y hasta Egipto. Así es como las ideas humanas perecen por

las mismas armas que las han propagado; nada es impenetrable á la progresiva luz de la razon, esta revelacion gradual é incesante de la humanidad. Mahoma salió de los mismos desiertos que los Wahabitas para derribar los ídolos y establecer el culto, sin sacrificios, del Dios único é inmaterial: Abul-Wahiab llega á su vez, y, destruyendo las credulidades populares, convierte el mahometismo á la razon pura. Cada siglo levanta una punta del velo que esconde la grande imagen del Dios de los dioses, y le descubre detras de todos los símbolos que se desvanecen, solo, eterno, evidente en la naturaleza y pronunciando sus oráculos en la conciencia.

.....

Damasco. 5 de abril.

He pasado el dia recorriendo la ciudad y los bazares. — Recuerdos de san Pablo presentes á los cristianos de Damasco. — Ruinas de la casa de donde se escapó de noche en un cesto colgado. — Damasco fué una de las primeras tierras donde sembró la palabra que cambió la faz del mundo, y en donde aquella palabra fructificó rápidamente. El Oriente es la tierra de los cultos, de los prodigios y aun de las supersticiones: la grande idea que trabaja en él las imaginaciones en

Meca, llamado Abul-Wahiab, ha acometido la empresa de convertir el islamismo á su pureza de dogma primitiva; de estirpar, primero con la palabra, luego con la fuerza, de los Arabes convertidos á su fé, las supersticiones populares con que la credulidad ó la impostura alteran todas las religiones, y de hacer de la religion del Oriente un deismo práctico y racional. Poco habia que hacer para esto, porque Mahoma no se dió por un Dios, sino por un hombre lleno del espíritu de Dios, y no predicó mas doctrina que la unidad de Dios y la caridad para con los hombres: el mismo Abul-Wahiab no se ha dado por profeta, sino por un hombre iluminado por la sola razon. La razon esta vez ha fanatizado á los Arabes como lo han hecho otras veces la mentira y la supersticion: se han armado en su nombre, han conquistado la Meca y Medina, han despojado al culto de veneracion tributado al profeta de toda la adoracion que se habia sustituido á él, y cien mil misioneros armados han amenazado cambiar la faz del Oriente. Mehemet-Alí ha opuesto una barrera momentanea á sus invasiones, pero el wahiabismo subsiste y se propaga en las tres Arabias, y, á la primera ocasion, estos pueblos purificadores del islamismo se extenderán hasta Jerusalem, hasta Damasco y hasta Egipto. Así es como las ideas humanas perecen por

las mismas armas que las han propagado; nada es impenetrable á la progresiva luz de la razon, esta revelacion gradual é incesante de la humanidad. Mahoma salió de los mismos desiertos que los Wahabitas para derribar los ídolos y establecer el culto, sin sacrificios, del Dios único é inmaterial: Abul-Wahiab llega á su vez, y, destruyendo las credulidades populares, convierte el mahometismo á la razon pura. Cada siglo levanta una punta del velo que esconde la grande imagen del Dios de los dioses, y le descubre detras de todos los símbolos que se desvanecen, solo, eterno, evidente en la naturaleza y pronunciando sus oráculos en la conciencia.

.....

Damasco. 5 de abril.

He pasado el dia recorriendo la ciudad y los bazares. — Recuerdos de san Pablo presentes á los cristianos de Damasco. — Ruinas de la casa de donde se escapó de noche en un cesto colgado. — Damasco fué una de las primeras tierras donde sembró la palabra que cambió la faz del mundo, y en donde aquella palabra fructificó rápidamente. El Oriente es la tierra de los cultos, de los prodigios y aun de las supersticiones: la grande idea que trabaja en él las imaginaciones en

todo tiempo es la idea religiosa. Todo este pueblo, costumbres y leyes, está fundado sobre religiones. Nunca ha sucedido lo mismo en Occidente. ¿Porqué? — Raza menos noble, hijos de bárbaros que se resienten todavía de su origen. Las cosas no están en su orden en Occidente: la primera de las ideas humanas no viene en él sino después de las otras. — Pais de oro y de hierro, de movimiento y de ruido. ¡El Oriente, pais de meditacion profunda, de intuicion y de adoracion! Pero el Occidente anda á pasos de gigante, y cuando la religion y la razon que la edad media separó en las tinieblas se hayan confundido en la verdad, en la luz y en el amor, el espíritu religioso, el aliento divino volverá á ser en Occidente el alma del mundo, y producirá sus prodigios de virtud, de civilizacion y de genio. — ¡Así sea! —

4 de abril, Damasco.

Treinta mil cristianos hay en Damasco y cuarenta mil en Bagdad: los cristianos de Damasco son Armenios ó Griegos: algunos sacerdotes católicos sirven á los de su comunión. Los habitantes de Damasco toleran á los frailes católicos; tan acostumbrados á su traje y los consideran

como orientales. Muchas veces he visto estos dias á dos sacerdotes lazaristas franceses que tienen un pequeño convento escondido en el pobre arrabal de los Armenios: uno de ellos, el P. Pousous, viene por la noche á mi casa. Es un sugeto excelente, devoto, instruido y amable; me ha llevado á su convento, donde instruye á los niños pobres árabes cristianos. La sola consideracion del bien que puede hacer le retiene en este desierto de hombres, donde siempre tiene que temer por su seguridad, y sin embargo está alegre, sereno y resignado con su suerte. De cuando en cuando recibe, por las caravanas de Siria, noticias y socorros de sus superiores de Francia, y algunos diarios católicos; me ha prestado varios, y nada me parece mas singular que leer esas chismografías piadosas ó políticas del barrio de San Sulpicio de París, á las orillas del desierto de Bagdad, detras del Líbano y del Anti-Líbano, cerca de Balbek, en el centro de un inmenso hormiguero de otros hombres ocupados en muy distintas ideas, y donde nunca han resonado el ruido que metemos y los nombres de nuestros efímeros grandes personajes. ¡Vanidad de vanidades! Todo es vanidad, escepto servir á Dios y á los hombres por Dios! Nunca se penetra uno de esta verdad mas que cuando viaja, y ve cuan poca cosa es un movimiento que ataja un mar!

El ruido que intercepta una montaña! La fama que una lengua estrangera no puede pronunciar siquiera! Nuestra inmortalidad no está seguramente en esta falsa y breve inmortalidad de nuestros nombres terrenos!

Hemos comido hoy con un anciano católico de Damasco, que tiene mas de noventa años y goza de la plenitud de sus facultades físicas y morales: escelente y admirable viejo en cuyo semblante se ve estampada aquella serenidad de la benevolencia y de la virtud que da el sentimiento de una vida pura y piadosa cercana á su término! Nos colma de todo género de favores: anda corriendo por nosotros como un muchacho. El P. Poussous, su compañero, dos comerciantes de Bagdad, y un gran señor persa que va á la Meca, completaban la agradable reunion de la noche, en los divanes de M. Baudin, en medio de los vapores del tabaco que anublaba y perfumaban la atmósfera. Con ayuda de M. Baudin y de M. Mazoyer, mi dragoman, conversábamos con bastante facilidad: la cordialidad y la mas perfecta sencillez reinaban en aquella tertulia de hombres de los cuatro ángulos del mundo. Las costumbres de la India, de la Persia, los acontecimientos recientes de Bagdad, la rebelion del bajá contra la Puerta, eran los temas de nuestras conversaciones. El habitante de Bagdad habia

tenido que huir al desierto de cuarenta dias, en sus dromadarios, con sus tesoros y dos jóvenes Francos, y aguardaba con impaciencia noticias de su hermano cuya muerte recelaba; pero mientras estaba hablando de él con nosotros, le entraron una carta de aquel hermano: — habia logrado salvarse é iba á llegar con la retaguardia de la caravana. Lloraba de alegría el buen hombre; nosotros llorábamos tambien, á causa de él y á causa de los tristes recuerdos que se agolpaban á nuestra mente. Aquellas lágrimas, derramadas juntamente por ojos que nunca debian encontrarse en el hogar comun de un amigo, en medio de una ciudad donde todos no hacíamos mas que pasar, — aquellas lágrimas unían nuestros corazones, y queríamos como á amigos á aquellos hombres de quienes ni siquiera se nos han quedado los nombres en la memoria!

4 de abril de 1855.

Terrible tempestad durante la noche: el alto pabellon, con numerosas ventanas sin vidrios, donde dormíamos, temblaba como un buque batido por el huracan. En pocos momentos la lluvia deshizo el barro que cubre el terrado del

pabellon, é inundó el piso : por fortuna nuestros colchones estaban puestos sobre unas tablas encima de unas cajas de Damasco, y las mantas nos han guarecido de la lluvia. Estas borrascas son frecuentes en Damasco, y suelen derribar las casas cuyos cimientos no son de marmol. El clima es frio y húmedo durante los meses de invierno ; copiosas nevadas caen de las montañas. Este invierno, la mitad de los bazares se ha hundido con el peso de las nieves, y los caminos han estado interceptados por espacio de dos meses. Dicen que los calores del verano son insupportables ; hasta ahora no lo echamos de ver. Casi todas las noches encendemos braseros, llamados *mangales* en el país.

Compro un segundo potro árabe á un Beduino á quien encuentro en la puerta de la ciudad. El animal, mas pequeño que el que compré al agá, es mas fuerte y de un pelo mas raro, flor de albérchigo; es de una raza cuyo nombre significa *rey del jarrete*. Me le cede su dueño por cuatro mil piastras. Le monto para probarle : es menos manso que los otros caballos árabes, pero parece infatigable. Haré que lleve á *Tedmor* (este es el nombre árabe de Palmira, que di al caballo del agá) uno de missais á pié y yo montaré á *Scham* en el camino. *Scham* es el nombre árabe de Damasco.

Un gefe de tribu del camino de Palmira, á quien ha enviado á buscar M. Baudin, ha llegado aquí ; se encarga de conducirme á Palmira y de volverme á traer, sano y salvo, á condicion de que iré solo y vestido de Beduino del desierto ; dejará á su hijo en rehenes en Damasco hasta mi vuelta. Deliberamos : mucho deseaba yo ver las ruinas de Tedmor ; sin embargo, como son menos admirables que las de Balbek, como necesitamos por la parte mas corta diez dias para ir y volver, y mi muger no puede acompañarme ; ademas, como ya ha llegado el momento de acercarnos á la orilla del mar, donde debe aguardarnos nuestro buque, renuncio con sentimiento á aquella escursion por el desierto, y nos preparamos á partir dentro de dos dias.

6 de abril 1833.

Salimos de Damasco á las ocho de la mañana ; atravesamos la ciudad y los bazares atestados de gente ; oimos algunos murmullos y algunos apóstrofes injuriosos ; nos toman por secuaces de Ibrahim. Salimos de la ciudad por otra puerta que por la que hemos entrado : seguimos á la vera de unos jardines deliciosos por un camino

contiguo á un torrente, á que dan sombra soberbios árboles; subimos la montaña desde donde disfrutamos una vista tan hermosa de Damasco; nos paramos para contemplarla de nuevo. Comprendo que las tradiciones árabes hagan de Damasco el sitio del paraíso perdido; ningun lugar de la tierra recuerda mejor el Eden. La vasta y fecunda llanura, los siete ramales del rio azul que la riegan, el magestuoso ceñidor de las montañas, los lagos deslumbradores que reflejan el cielo en la tierra, la situacion geográfica entre los dos mares, la perfeccion del clima, todo indica á lo menos que Damasco fué una de las primeras ciudades construidas por los hijos de los hombres, una de las paradas naturales de la humanidad errante en los primeros tiempos; es una de aquellas ciudades escritas por el dedo de Dios sobre la tierra, una capital predestinada como Constantinopla. Estas son las dos únicas ciudades que no parecen arbitrariamente colocadas en la carta de un imperio, sino invenciblemente indicadas por la configuracion de los sitios. Mientras haya imperios en la tierra, Damasco será una gran ciudad y Stambul la capital del mundo. — A la salida del desierto, en la embocadura de las llanuras de la Cele-Siria y de los valles de Galilea, de la Idumea y del litoral de los mares de Siria, se necesitaba un reposo encanta-

do para las caravanas de la India : tal es Damasco. El comercio ha llamado á este pueblo á la industria; Damasco es, como Leon, una inmensa fábrica; la poblacion es de cuatrocientas mil almas, segun unos, de doscientas mil, segun otros; no lo sé de cierto, y es imposible averiguarlo; en Oriente no hay estadísticas exactas, es preciso juzgar á ojo. Por el movimiento de la muchedumbre que inunda los bazares y las calles, por el número de hombres armados que se lanzan de las casas á la primera señal de las revoluciones ó de los motines, por la estension del terreno que ocupan las casas, me inclinaria á creer que la poblacion es de tres á cuatrocientas mil almas; pero si no se limita arbitrariamente la ciudad, si se cuentan como vecinos á todos los que pueblan los inmensos arrabales y las aldeas que se confunden á la vista con las casas y los jardines de esta grande aglomeracion de hombres, creeria que el territorio de Damasco sustenta un millon. Tiendo sobre este pueblo una postrera mirada, haciendo interiormente votos por M. Baudin y por todos los escelentes sugetos que han protegido y hecho grata nuestra residencia, y algunos pasos de nuestros caballos nos hacen perder para siempre las cimas de sus árboles y de sus minaretes.

El Árabe que va al lado de mi caballo me en-

seña en el horizonte un gran lago que brilla al pié de las montañas, y me cuenta una historia de la que entiendo algunas palabras, y que me interpreta mi dragoman.

Habia un pastor que guardaba las camellos de una aldea en las orillas de aquel lago, en un canton desierto de aquella alta sierra. Un dia, mientras estaba abrevando su ganado, advirtió que el agua del lago huia por una salida subterránea, y la cerró con una gran piedra, pero en esta operacion se le cayó en el lago su cayado. — Poco tiempo despues, se secó un rio en una de las provincias de Persia. El sultan, viendo su pais amenazado del hambre por falta de agua para los riegos, consultó á los sabios de su imperio, y por dictamen de estos, se enviaron emisarios á todos los reinos circunvecinos para descubrir como se habia torcido ó cegado la fuente de su rio: aquellos embajadores llevaban el cayado del pastor que habia acarreado el rio. Hallábase aquel pastor en Damasco cuando llegaron aquellos enviados; acordóse de su cayado que se le habia caído en el lago, se acercó y le reconoció entre sus manos; comprendió que su lago era la fuente del rio y que la riqueza y la vida de un pueblo dependian de su voluntad. — ¿Qué hará el sultan por el que le vuelva su rio? preguntó á los embajadores. — Le dará,

respondieron, su hija y la mitad de su reino. — Pues volveos, replicó, y antes de que esteis de vuelta, el rio perdido regará la Persia y regocijará el corazon del sultan. — Subió el pastor á la sierra, quitó la gran piedra; y las aguas, tomando su curso por aquel canal subterráneo, fueron á llenar de nuevo el cauce del rio. El sultan envió nuevos embajadores con su hija al dichoso pastor, y le dió la mitad de sus provincias.

Estas maravillosas tradiciones se conservan con entera fé entre los Arabes; ninguno de ellos duda, porque la imaginacion no duda nunca.

7 de abril.

Nos acampamos por la tarde en la falda de una alta montaña, despues de dos horas de marcha por un pais montuoso, pelado, esteril y frio. Se nos reúne una caravana menos numerosa que la nuestra, que es la del cadí de Damasco, enviado todos los años á Constantinopla; ahora vuelve para embarcarse en Alejandreta. Sus mugeres y sus hijos viajan en un cofre doble puesto sobre el lomo de un macho; en cada mitad del cofre van una muger y varios chiquillos, todos

tapados. El cadí camina á un cuarto de hora detras de sus mugeres, acompañado de algunos esclavos á caballo; esta caravana nos deja atras y va á acamparse mas lejos. — Dura jornada de diez horas con un frio rigoroso y por valles completamente desiertos; caminamos una hora por el cauce de un torrente donde las grandes piedras derrumbadas de las montañas interceptan á cada instante el paso de los caballos. — Monto una hora ó dos mi hermoso caballo *Tedmor* para que descanse *Scham*. A pesar de dos dias de fatigoso camino, este magnífico bruto vuela como una gacela por el pedregoso terreno del desierto; en un momento deja atras á los mejores corredores de la caravana; es manso é inteligente como el cisne, cuya blancura y airoso cuello posee. Pienso llevarle á Europa con *Scham* y *Saide*; apenas me apeo se me escapa y va dando corcovos á buscar al Arabe *Mansurs*, que le cuida y le conduce; apoya la cabeza sobre sus hombros como un perro cariñoso: — hay completa fraternidad entre el Arabe y el caballo como entre nosotros y el perro. *Mansurs* y *Daher*, mis dos principales sais árabes que tomé en las cercanías de Berut y que me sirven hace cerca de un año, son sumamente leales y buenos; sobrios incansables, inteligentes, apegados á su amo y á sus caballos, siempre prontos á pelear por noso-

tros si se anuncia un peligro. ¡Qué no haria un gefe habil con semejante raza de hombres! Si yo tuviera la cuarta parte de las riquezas de algunos banqueros de París ó de Londres, renovaria en diez años la faz de la Siria; todos los elementos de una regeneracion se hallan aquí; solo falta una mano para reunirlos, un buen ojo para darles una base, una voluntad firme para conducir á ella á un pueblo.

Hacemos noche en una especie de venta aislada en una llanura elevada; el frio es insoportable, pero hallamos un poco de leña para encender una lumbrada en el cuarto bajo donde tendemos nuestras alfombras. Se nos han acabado las provisiones de Damasco; hacemos amasar un poco de harina de cebada destinada para nuestros caballos, y comemos unas tortas amargas y negruzcas que nos aderezan con ella.

Salimos con el alba y andamos doce horas; llegamos, andando siempre por un pais esteril y despoblado, á un lugarejo donde hallamos un asilo, gallinas y arroz. La lluvia nos ha inundado todo el dia; ya no estamos mas que á ocho horas del valle de Beka, pero nos dirigimos á él por su estremidad oriental, mucho mas abajo de Balbek.

La misma fecha.

Llegamos á las tres de la tarde á la vista del desierto de Beka. — Parada é indecision en la caravana. La llanura, desde el punto donde estamos hasta el pie del Líbano que se alza como una tapia al otro lado, parece un inmenso lago de cuyo centro brotan algunas islas negruzcas, copas de árboles sumergidos, y vastas ruinas antiguas sobre una colina á tres leguas de nosotros. ¿Cómo lanzarse sin guías, á la ventura, á aquella llanura inundada? Es preciso, sin embargo, só pena de no poder pasar mañana, porque la lluvia continúa, y los torrentes derraman por todas partes sus aguas en el desierto. Caminamos por espacio de dos horas por los puntos mas elevados de la llanura, que nos acercan á la colina donde nos aparecen las grandes ruinas del templo. Dejamos á nuestra izquierda estas desconocidas reliquias de alguna ciudad, sin nombre hoy, contemporanea de Balbek. Varios pedazos de columnas gigantescas han rodado sobre las vertientes de la colina, y yacen tendidos en el lado á nuestros pies. La luz disminuye, la lluvia aumenta, y no tenemos tiempo para subir al tem-

plo. — Pasada aquella colina, andamos con agua hasta las rodillas de los caballos. A cada instante alguno de nuestros machos resbala y rueda con nuestros bagages en zanjas de donde los sacan los camelleros á duras penas. Hacemos que vaya un Arabe á veinte pasos delante de la caravana para sondear el terreno; pero, llegado que hemos en medio de la llanura, al sitio donde ha abierto su cauce el arroyo de Balbek, nos falta el piso, y tenemos que atravesar á nado un trecho de treinta á cuarenta pies. Mis Arabes, tirándose al agua, y sosteniendo la cabeza de los caballos, consiguen pasar á mi muger y á una doncella inglesa que la acompaña; nosotros pasamos á nado. La oscuridad es casi completa; nos damos prisa á cruzar lo restante del valle, mientras tenemos bastante crepúsculo para guiarnos. Pasamos por junto á unos paredones, habitados por una tribu feroz de Arabes de Balbek. Si nos atacasen en este momento, éramos perdidos; todas nuestras armas de fuego estan por el pronto inservibles. Los Arabes nos miran desde lo alto de sus azoteas, y no bajan al pantano. Enfin, en el momento en que cae enteramente la noche, empieza la llanura á subir en cuesta, y nos hallamos en seco á las faldas del Líbano; nos dirigimos por la luz lejana que brilla á tres leguas de nosotros, en una garganta de montañas. y que

debe salir de la ciudad de Zarklé. Rendidos de cansancio, traspasados de frio y calados hasta los huesos, llegamos en fin á las primeras colinas que sustentan la ciudad. Allí, llamándonos y contándonos, echamos de ver que uno de nuestros amigos, M. de Capmas, nos falta : hacemos alto, llamamos, disparamos algunos tiros : — nadie responde. Destacamos dos ginetes para que vayan en su busca y entramos en Zarklé. Una hora empleamos en costear un rio que atraviesa la ciudad y en hallar un puente único que pasa de un arrabal á otro. Nuestros caballos despeados apenas pueden tenerse en el resbaladizo empedrado de aquel puente, empinadísimo y sin pretil. En fin, nos recibe la casa del obispo griego. — Encienden hogueras de retama en las chozas que rodean el patio; el obispo nos presta algunas esteras y alfombras : nos secamos á la lumbre. — Los dos Arabes enviados en busca de nuestro amigo vuelven con él ; le colocan casi desmayado junto á la lumbre, y pronto vuelve en sí. Hallamos en el fondo de nuestras cajas, inundadas de agua, una botella de ron ; el obispo nos da azúcar, y reanimamos con algunos vasos de ponche á nuestro compañero moribundo, mientras que nuestros Arabes nos aderezan el piló. El pobre obispo no tiene absolutamente mas que el asilo que ofrecemos, y aun es tal la curiosidad de las

mugeres y de los muchachos de Zarklé, que á cada instante atestan el patio y abren las puertas de nuestros cuartos para ver á las dos mugeres francas. Me veo precisado á poner dos Arabes armados á la puerta del patio para impedir la entrada.

Al dia siguiente, descansamos en Zarklé para secar nuestras ropas y renovar nuestras provisiones de camino, deterioradas por la inundacion de la víspera. Zarklé es una ciudad enteramente cristiana, fundada hace poco años en un desfiladero, en las últimas raíces del Líbano ; debe su rápido y prodigioso incremento á las familias perseguidas de los cristianos armenios y griegos de Damasco y de Homs. Cuenta de ocho á diez mil habitantes, hace un gran comercio de sedería, y aumenta diariamente : protegida por el emir Beschir, soberano del Líbano, no se ve ya molestada por las correrías de las tribus de Balbek y del Anti-Líbano. Los habitantes industriosos, agrícolas y activos, cultivan admirablemente las colinas que descienden de la ciudad al llano, y aun se aventuran á cultivar las partes mas inmediatas al desierto. El aspecto de la ciudad es muy extraordinario ; es una confusa reunion de casas negras, hechas con tierra, sin simetria ni regularidad, en dos rápidas pendientes de dos collados separados por un rio. La garganta de

donde baja el rio antes de llegar á la ciudad y al llano, es un ancho y profundo desfiladero de peñascos perpendiculares que se separan para dejar pasar el torrente; precipítase este de meseta en meseta y forma tres ó cuatro cascadas que ocupan todo el ancho de aquellas mesetas, especies de escalones sucesivos. La espuma del torrente cubre enteramente los peñascos, y el estruendo de sus cataratas llena las calles de Zarklé de un sordo y continuo murmullo. Algunas casas bastante elegantes brillan entre la verdura de los abedules y de las altas vides, encima de las cataratas del rio. Allí está la casa de refugio de nuestro amigo, M. Baudin; otra es un convento de monges maronitas. El rio, despues de haber atravesado las casas de la ciudad, que estan agrupadas y suspendidas del modo mas singular, sobre sus altas márgenes, y pendientes sobre su cauce, va á regar tierras y prados angostos, donde la industria de los pobladores distribuye sus aguas en mil arroyos. Inmensas cortinas de altos abedules de Persia se estienden hasta donde alcanza la vista por sus riberas, y dirigen el ojo, como una verde calle, hasta el desierto de Balbek y las nevadas cimas del Anti-Líbano. Casi todos los vecinos son Griegos, Síríacos ó Griegos de Damasco. Las casas parecen miserables chozas de labradores saboyanos; pe-

ro en cada casa se ve una tienda, un taller, donde silleros, armeros, y aun relojeros, trabajan con groseros instrumentos en obras de su oficio. El pueblo nos ha parecido bueno y hospitalario: el aspecto de los extranjeros, como nosotros, lejos de asustarlos ó incomodarlos, parece serles agradable. Nos han ofrecido todos los favores que comporta nuestra situacion, y parecen ufanos con la prosperidad cada vez mayor de su pueblo. Zarklé parece el primer apéndice de una gran plaza de comercio, destinada á ser rival de Damasco para el comercio de la raza cristiana con la raza mahometana. Si la muerte del emir Beschir no destruye la unidad de poder que hace la fuerza del Líbano, Zarklé, de aquí á veinte años, será la primera ciudad de Siria. Todas se arruinan, ella sola medra; todas duermen, ella sola trabaja; el genio griego lleva á donde quiera el principio de actividad que reside en esta raza europea; pero la actividad del Griego asiático es util y fecunda; la del Griego de la Morea y de las islas no es mas que una esteril agitacion. El aire del Asia suaviza la sangre de los Griegos; aquí es un pueblo admirablemente manso, pero en otras partes suele ser muy bárbaro. Lo mismo sucede con respecto á la belleza física de la raza. Las mugeres griegas del Asia son la obra maestra de la creacion, lo ideal de la gracia y del encan-

to de los ojos; las mugeres griegas de la Morea tienen formas puras, pero duras, y ojos cuyo fuego, áspero y sombrío, no está bastante templado por la dulce molicie del alma y la sensibilidad del corazón; los ojos de estas son dos ascuas; los de aquellas son una llama velada por húmedos vapores.

.....

La misma fecha.

El pobre obispo griego de Zarklé es de una familia de Alepo, donde ha pasado su vida en la elegancia y la molicie de las costumbres de esta ciudad, la Atenas del Asia; se halla como desterrado en este pueblo, sin sociedad y sin recursos morales. Sus modales han conservado la dignidad peculiar de los Alepinos, pero en la suma miseria en que se halla, no puede ofrecernos mas que su humilde vivienda. Hablamos en italiano con él. Le hago al irme una limosna de quinientas piastras para sus pobres ó para él, porque me pareció verdaderamente necesitado. Algunos libros árabes y griegos, revueltos en su cuarto, y un arca que contiene sus magníficas vestiduras episcopales, eran toda su riqueza. Tomé guías en Zarklé para pasar el Líbano, por senderos des-

conocidos; el camino ordinario estaba interceptado por la prodigiosa cantidad de nieve que ha caído durante este invierno. Subimos primero unas cuestas bastante suaves, atravesando unas colinas sembradas de viñas y de moreras. Pronto llegamos á la region de las recas y de los torrentes sin cauce; sobre unos treinta por lo menos pasamos en el espacio de seis horas. Deslízanse por pendientes tan rápidas, que no tienen tiempo para abrirse un cauce; parecen cortinas de espuma que resbalan sobre la roca pelada y pasan con la rapidez de las alas de un pájaro.

El cielo se cubria de pálidas nubes que interceptaban ya la luz, aunque el día estaba aun poco adelantado; nos hallábamos completamente envueltos en aquellas rodantes oleadas de nubes, y muchas veces no veíamos la cabeza de la caravana sepultada en aquellas tenebrosas masas. También la nieve empezaba á caer en gruesos copos, y cubria el rastro de los senderos que nuestros guías buscaban en vano; sosteníamos con trabajo nuestros caballos fatigados, y cuyas herraduras resbalaban en los escarpados realces que teníamos que seguir. El magnífico horizonte inferior del valle de Balbek y de las cimas del Anti-Líbano, con las grandes ruinas de los templos de Beka, heridos por la luz, no nos aparecían mas que de cuando en cuando por entre las

rasgadas nubes; parecia que navegábamos en el cielo, y que el pedestal desde donde veíamos la tierra no pertenecía ya á esta. Entre tanto los sonoros vientos que dormían en las profundas y altas gargantas de las montañas, empezaban á espedir sonos lúgubres y subterráneos, semejantes al rugido de una mar encrespada despues de la tempestad; pasaban como rayos, ya sobre nuestras cabezas, ya por regiones inferiores, bajo nuestros pies, arrastrando, como hojas secas, masas de nieve y granizos de piedras, y aun pedazos de roca bastante gruesos, cual si los hubiera lanzado la boca de un cañon; aquellos pedazos hirieron á dos de nuestros caballos que rodaron con los bagages al precipicio. A ninguno de nosotros le tocaron; mis potros árabes, que los saís llevaban del freno, parecían petrificados de terror; parábanse de pronto, levantaban la nariz y espedían, no relinchos, sino unos gritos guturales semejantes al estertor de un moribundo; caminábamos muy apretados unos contra otros, para vigilarnos y asistirnos en caso de accidente. La oscuridad iba aumentando, y la nieve que nos daba en los ojos nos robaba la poca luz que podía guiarnos todavía. Las bocanadas de viento llenaban toda la garganta, en que nos hallábamos, de nieve revuelta, que se alzaba en columnas hasta el cielo, y volvía á caer formando

inmensas sábanas como la espuma de las grandes olas sobre los arrecifes; había momentos en que era imposible respirar; nuestros guías se paraban á cada instante, titubeando, y disparando sus escopetas para dirigirnos, pero la furia del viento no dejaba que resonase nada, y la detonacion de nuestras armas se parecia al ligero chasquido de un látigo. Sin embargo, á medida que nos íbamos internando en aquella alta garganta de las últimas grupas del Líbano, oíamos con terror un rugido grave, continuo, sordo, que crecía por momentos y formaba como la base de aquel horrible concierto de los elementos desencadenados; no sabíamos á qué atribuirle; parecia que una parte de la montaña se desmoronaba y rodaba en torrentes de peñascos. Las densas nubes contiguas al suelo nos lo tapaban todo; no sabíamos donde estábamos, cuando vimos pasar de pronto, á nuestro lado, varios caballos sin ginetes y machos sin cargas con varios camellos que huían por las nevadas faldas de la montaña. Pronto los siguieron algunos Arabes dando voces; advirtiéronnos que nos paráramos, enseñándonos con la mano, á cuarenta ó cincuenta pasos debajo de nosotros, una casa contigua á un peñasco, que las nubes nos habían ocultado hasta entonces; una columna de humo y el resplandor de una hoguera salían de la puer-

ta de aquella casa ó cabaña, cuyo tejado, hecho de enormes ramas de cedro, acababa de ser medio arrebatado por el huracan y pendia sobre la pared; aquel era el único asilo que habia para nosotros en aquella parte del Libano, — el kan de Murat-Bey; un pobre Arabe le habita durante el verano para ofrecer cebada y un asilo á las caravanas de Damasco, que van por este camino á Siria. Bajamos al kan con dificultad por unos escalones de roca escondidos bajo un pie de nieve; el torrente que corre á cien pasos debajo del kan, y que es preciso atravesar para subir á la última region de las montañas, se habia convertido de pronto en un rio inmenso que arrastraba con sus aguas pedruscos y despojos de la tempestad. Sorprendidos en sus orillas por los remolinos de viento, y medio sepultados bajo la nieve, los Arabes á quienes habiamos encontrado habian tirado los fardos de sus camellos y de sus machos, y los habian dejado allí para refugiarse en el kan de Murat, que hallamos ocupado ya por aquellos hombres y sus caballerías, no quedando sitio ninguno para nosotros ni para nuestros caballos. Sin embargo, al abrigo del peñasco mas grande que una casa, el viento se hacia sentir menos, y las ráfagas de nieve arrastradas de la cima del Libano, que pasaban por cima de nuestras cabezas, empezaban á ser menos den-

sas, y nos dejaban alguna vez divisar una punta del cielo donde ya brillaban estrellas. Pronto se aplanó el viento enteramente; apeámonos, y tratamos de proporcionarnos un abrigo para pasar, no solo la noche, sino acaso algunos dias, si el torrente que oíamos, sin verle, continuaba cerrando el paso. Bajo las tapias del kan desmoronado, al abrigo de una parte de las ramas de cedro que formaban poco antes el tejado, habia un espacio de diez pies cuadrados atestado de nieve y lodo; barrimos la nieve, y debajo quedaba un pie de barro blando donde podíamos tender las alfombras; arrancamos del techo algunas ramas que extendimos como un zarzo sobre el suelo barrido, y que preservaban nuestras esteras del contacto del agua; nuestros colchones, nuestras alfombras, nuestras capas, formaban un segundo piso; encendimos una hoguera en un rincon de aquel asilo, y así pasamos la larga noche del 17 al 18 de abril de 1855. De cuando en cuando volvía el huracan y parecia que la montaña iba á desmoronarse; el enorme peñasco á que estaba pegado el kan temblaba como un tronco de árbol sacudido por el vendabal, y los rugidos del torrente llenaban el mar y el cielo de lamentables ahullidos: con todo, acabamos por dormirnos, y nos despertamos tarde á los brillantes rayos de un sol sereno sobre la nieve. Los Arabes,

nuestros compañeros, se habian ido; habian intentado dichosamente atravesar el torrente; los vimos de lejos trepando las colinas adonde debíamos seguirlos; pusímonos tambien en camino, y caminamos cuatro horas por un valle superior, donde no veíamos, como en la cima del Monte-Blanco, mas que la nieve bajo nuestros pies y el cielo sobre nuestras cabezas. El deslumbramiento de los ojos, el silencio tétrico, el peligro de cada paso en aquellos desiertos de nieve reciente, sin ningun sendero trazado, hacen del paso de aquellos altos pilares de la tierra, espina dorsal de un continente, un momento solemne y religioso. Involuntariamente observa uno cada punto del horizonte y del cielo, cada fenómeno de la naturaleza; uno ví que me sorprendió como una hermosa imagen y que nunca había observado. Enteramente en la cumbre del Líbano, en las laderas de una loma medio guarecida del sol matinal, ví un magnífico arco-iris, no en forma de puente aereo y uniendo el cielo á la cima de la montaña, sino tendido sobre la nieve y arrollado en círculos concéntricos como una serpiente de espléndidos colores; era como el nido del arco-iris sorprendido en la cima mas inaccesible del Líbano. A medida que el sol se elevaba y heria con sus blancos rayos la loma, los círculos del arco-iris parecia que se movian y

se levantaban, la estremidad de aquellas luminosas volutas se alzaba en efecto de la tierra, subia algunas toesas hácia el cielo, cual si hubiera intentado lanzarse hácia el sol, y se fundia en vapores blanquecinos y en líquidas perlas que caian en derredor nuestro. Sentámonos mas allá de la region de las nieves para secar al sol nuestros zapatos mojados; empezábamos á ver los profundos y negros valles de los Maronitas. Al cabo de dos horas ya habíamos bajado á la aldea de Hamana y estábamos sentados en lo alto del magnífico valle de este nombre, donde ya habíamos hecho noche yendo á Damasco. El jeque nos hizo dar tres casas del pueblo. El sol de la tarde brillaba bajo las anchas hojas del moral y de la higuera; los labradores volvian con sus aperos; mugeres, niños, circulaban por los caminos entre las casas y nos saludaban con una sonrisa hospitalaria; los ganados volvian de las dehesas con sus campanillas; las palomas y las gallinas cubrian los tejados de las azoteas, y las campanas de dos iglesias maronitas tañian lentamente por entre las copas de los cipreses para anunciar las piadosas ceremonias del día siguiente que era un domingo; de repente hallábamos el aspecto, el rumor, la paz de un lindo pueblecillo de Francia ó de Italia, al salir de los precipicios del Líbano, de los desiertos de Balbek, de las calles

inhospitalarias de Damasco; jamas transicion fué mas rápida ni mas dulce; resolvimos pasar el domingo entre aquellas buenas gentes y descansar un dia de nuestras largas fatigas.

Dia pasado en Hamana; el jeque y el mercado del pueblo nos suministran abundantes provisiones; las mugeres de Hamana vienen á visitarnos todo el dia; son infinitamente menos hermosas que las Sirias de las orillas del mar: — esta es la raza maronita pura; todas parecen fuertes y sanas, pero tienen las facciones demasiado marcadas, el ojo un poco duro, la tez demasiado colorada; su trage es un pantalon blanco y encima un vestido largo de paño azul, abierto por delante y que deja el pecho desnudo; collares de innumerables piastras les penden al rededor del cuello, sobre la garganta y por las espaldas. Las mugeres casadas completan este trage con un cuerno de plata de sobre un pie y á veces pie y medio de largo, que hincan encima de sus cabellos trenzados y que se eleva sobre su frente un poco oblicuamente. Este cuerno esculpido y cincelado, está cubierto con un velo de muselina que cuelga de él, y con el que suelen taparse la cara; nunca se quitan este cuerno ni aun para dormir. Este extravagante uso, cuyo origen no puede buscarse sino en las aberraciones del entendimiento humano, las desfigura y afea to-

dos los movimientos de la cabeza y del cuello.

9 de abril.

Salimos de Hamana á las cinco de la mañana con un tiempo muy nebuloso. Caminamos dos horas por unas ásperas y peladas vertientes de las altas crestas del Líbano que descienden hácia las llanuras de la Siria. El valle que dejamos á la derecha se va ensanchando cada vez mas, hasta llegar á tener sobre unas dos leguas de anchura y una por lo menos de profundidad. Las transparentes olas de los vapores de la mañana circulan blandamente sobre su horizonte, y no dejan pasar encima de ellas mas que las altas cimas de los montes, las copas de los cipreses y algunas torres de aldeas y de monasterios maronitas; pero pronto la brisa marina que se alza y sube insensiblemente con el sol, desarrolla lentamente todas aquellas olas de vapores y las repliega en blancas velas que van á confundirse con las cimas de nieve sobre las cuales forman ligeras manchas grises. El valle aparece todo entero. ¿Porqué no tiene el ojo un lenguaje que pinte con una sola palabra como ve con una sola mirada? Yo quisiera conservar eternamente en mi memoria las

inhospitalarias de Damasco; jamas transicion fué mas rápida ni mas dulce; resolvimos pasar el domingo entre aquellas buenas gentes y descansar un dia de nuestras largas fatigas.

Dia pasado en Hamana; el jeque y el mercado del pueblo nos suministran abundantes provisiones; las mugeres de Hamana vienen á visitarnos todo el dia; son infinitamente menos hermosas que las Sirias de las orillas del mar: — esta es la raza maronita pura; todas parecen fuertes y sanas, pero tienen las facciones demasiado marcadas, el ojo un poco duro, la tez demasiado colorada; su trage es un pantalon blanco y encima un vestido largo de paño azul, abierto por delante y que deja el pecho desnudo; collares de innumerables piastras les penden al rededor del cuello, sobre la garganta y por las espaldas. Las mugeres casadas completan este trage con un cuerno de plata de sobre un pie y á veces pie y medio de largo, que hincan encima de sus cabellos trenzados y que se eleva sobre su frente un poco oblicuamente. Este cuerno esculpido y cincelado, está cubierto con un velo de muselina que cuelga de él, y con el que suelen taparse la cara; nunca se quitan este cuerno ni aun para dormir. Este extravagante uso, cuyo origen no puede buscarse sino en las aberraciones del entendimiento humano, las desfigura y afea to-

dos los movimientos de la cabeza y del cuello.

9 de abril.

Salimos de Hamana á las cinco de la mañana con un tiempo muy nebuloso. Caminamos dos horas por unas ásperas y peladas vertientes de las altas crestas del Líbano que descienden hácia las llanuras de la Siria. El valle que dejamos á la derecha se va ensanchando cada vez mas, hasta llegar á tener sobre unas dos leguas de anchura y una por lo menos de profundidad. Las transparentes olas de los vapores de la mañana circulan blandamente sobre su horizonte, y no dejan pasar encima de ellas mas que las altas cimas de los montes, las copas de los cipreses y algunas torres de aldeas y de monasterios maronitas; pero pronto la brisa marina que se alza y sube insensiblemente con el sol, desarrolla lentamente todas aquellas olas de vapores y las repliega en blancas velas que van á confundirse con las cimas de nieve sobre las cuales forman ligeras manchas grises. El valle aparece todo entero. ¿Porqué no tiene el ojo un lenguaje que pinte con una sola palabra como ve con una sola mirada? Yo quisiera conservar eternamente en mi memoria las

escenas y las impresiones incomparables del valle de Hamana. Estoy encima de uno de los mil torrentes que surcan sus laderas con su blanca espuma, y van, por entre los peñascos, las praderas suspendidas, los troncos de cipreses, las ramas de abedules, las vides silvestres y los negros algarrobos, á deslizarse hasta el fondo del valle y á unirse con el rio central que le sigue en toda su longitud. El valle es tan profundo que no veo su fondo; solamente oigo subir de cuando en cuando los mil zumbidos de sus aguas y de sus enramadas, los balidos de sus rebaños, los lejanos y argentinos tañidos de las campanas de sus monasterios. La sombra de la mañana está todavía en el fondo de la garganta donde arrastra sus aguas el torrente principal: de trecho en trecho, al torcer algunos collados, veo la blanca línea de espuma que traza en aquella sombra oscura. Del mismo lado del valle en que estamos, veo subir á un cuarto de legua de distancia unas de otras, tres ó cuatro anchas mesetas semejantes á pedestales naturales; sus laderas parecen tajadas perpendicularmente y son de granito parduzco. Esas mesetas, de media legua de circuito, estan enteramente cubiertas de cedros y de pinares; se distinguen los corpulentos y airosos troncos de estos árboles, entre los cuales circula la luz de la mañana. Sus negros é inmóviles follages es-

tán interrumpidos de trecho en trecho por las leves columnas de humo azul de las cabañas de los labradores maronitas, y por los arcos diagonales de piedra donde está suspendida la campana de las aldeas. Dos espaciosos monasterios, cuyas tapias brillan como cobre, se estienden sobre dos de aquellas mesetas cubiertas de pinares; parecen fortalezas de la edad media. Vense, al pie de los conventos, varios monges maronitas, con sus capuchas negras, cavando entre las cepas y los castaños. Dos ó tres aldeas, agrupadas al rededor de los peñascos, se alzan mas abajo como colmenas al rededor de los troncos de añosos árboles. Al lado de cada cabaña se alzan algunas masas de verdura mas pálida, que son los granados, las higueras ó los olivos, que empiezan á fructificar en aquel escalon del valle; la vista se pierde en la impenetrable sombra del fondo de la garganta: si pasa por cima de aquella sombra y se eleva sobre la opuesta ladera de las montañas, ve, en algunas partes, paredes perpendiculares de roca granítica que se lanzan hasta las nubes. Encima de estas paredes, que parecen almenadas por la naturaleza, ve mesetas cubiertas de la mas espléndida vegetacion, cimas de pinos pendientes sobre los realces de aquellos abismos, inmensas copas de sicomoros que forman grandes manchas en el cielo, y detras de aquellas al-

menas de vegetacion, nuevos campanarios de aldeas y monasterios cuyo acceso no se puede adivinar. En otros sitios, las laderas de granito de las montañas presentan grandes roturas por donde la mirada se pierde en la sombra de los bosques, y no distingue, aquí y allí, mas que puntos luminosos y móviles que son los cauces de los torrentes y los pequeños lagos de los manantiales. En otras partes, los peñascos cesan de repente; inmensos bastiones redondeados los flanquean como fortificaciones eternas y rematan sus ángulos en cubos y torreones. Altos valles, y que el ojo sondea apenas, se abren y se internan entre las paredes de nieve y de selvas; allí descende el principal torrente de Hamana, que se ve chorrear primero como una gotera del vasto techo de nieve, luego perderse en el sonoro pilon de las cascadas, donde se divide en siete ú ocho espléndidos ramales, luego desaparecer detras de los riscos y de los collados negruzcos, luego volver á aparecer formando una sola cinta de espuma que se arrolla y se despliega á merced de los movimientos del suelo por las lentas ó rápidas pendientes de sus colinas; al fin se interna en el valle principal y cae á él en una cascada de cien pasos de anchura y de doscientos pies de elevacion. Su espuma, que salta y que el viento impele de un lado á otro, cubre de flotantes arcos-iris

las cimas de los anchos pinos que ciñen aquella cascada. — A mi izquierda, el valle, bajando hacia las orillas del mar, se ensancha y presenta á los ojos las faldas de sus colinas mas frondosas y mas cultivadas; su rio serpentea entre montes coronados de monasterios y de aldeas. Mas lejos, las palmeras de la llanura elevan, detras de las colinas bajas de olivos, sus penachos de una verdura amarillenta, y cortan la larga linea de arena dorada que limita el mar. La mirada va á perderse en fin en una lontananza indecisa entre el cielo y las olas. No son menos bellos los pormenores de este mágico conjunto que el conjunto en general. A cada recodo de los peñascos, á cada cima de las colinas adonde le lleva á uno el sendero, se halla un horizonte nuevo donde las aguas, los árboles, el peñasco, las ruinas de puentes ó de acueductos, las nieves, el mar ó la arena de fuego del desierto, engastados, por decirlo así, de un modo inesperado, arrancan una exclamacion de sorpresa, y lo deslumbran á uno. He visto á Nápoles y sus islas, los valles de los Apeninos y los de los Alpes, de Saboya y de Suiza, pero el valle de Hamana y algunos otros del Líbano eclipsan todos aquellos recuerdos. La enormidad de las masas de peñascos, las repetidas cascadas, la pureza y la profundidad del cielo, el horizonte de los vastos mares, lo pintores-

co de las líneas de las aldeas y de los conventos maronitas, suspendidos como nidos de hombres á alturas á que apenas alcanza la vista, en fin la novedad, la estrañeza, el color ya negro, ya pálido de la vegetacion, la magestad de los copudos árboles, algunos troncos de los cuales parecen columnas de granito; todo esto dibuja, colora, solemniza el paisage, y arroba el alma mas profunda y religiosamente que los mismos Alpes. — Todo paisage donde no entra el mar por elemento no es completo. — Aquí el mar, el desierto, el cielo, son el magestuoso marco del cuadro, y el ojo encantado pasa sin cesar del fondo de las selvas seculares, de la orilla de las umbrosas fuentes, de la cima de los picos aereos, de las sosegadas escenas de la vida moral ó cenobítica, al espacio azul surcado por los bajeles, á las cimas de nieve perdidas en el eter junto á las estrellas, ó á las amarillas y doradas olas del desierto, donde las caravanas describen á lo lejos sus onduladas líneas. ¡ De este incesante contraste nacen el choque de los pensamientos y las solemnes impresiones que hacen del Líbano montañas de oracion, de poesía y de arrobamientos!

.....

La misma fecha.

A mediodia, nos acampamos bajo nuestras tiendas á media altura del Líbano, para dejar pasar el ardor del dia. Me traen un correo árabe que iba á buscarme á Damasco, y me entrega un paquete de cartas de Europa que me anuncian mi nombramiento para la cámara de diputados: — nueva afliccion añadida á tantas otras. Desgraciadamente he deseado esta mision en otra época y solicitado una confianza que no puedo, sin ingratitud, renunciar hoy. Iré; pero ¡cuanto desearia ahora que pasase ese caliz lejos de mí! Ya no tengo porvenir personal en ese drama del mundo político y social, cuya principal escena está en nuestro pais. No tengo ninguna de esas pasiones de gloria, de ambicion ó de dinero, que son la fuerza impulsiva de los hombres políticos; el único interés que llevaré á aquellas apasionadas discusiones será el de la patria y la humanidad. La patria y la humanidad son seres abstractos para hombres que quieren poseer la hora presente, y hacer triunfar, á todo trance, intereses de familia, de casta ó de partido. ¿Qué es la voz serena é imparcial de la filosofía en el

tumulto de los hechos que se mezclan y se combaten ? ¿ Quien ve el porvenir y su horizonte sin límites detras del polvo de la lucha actual ! No importa ; el hombre no elige ni su camino, ni su obra ; Dios le da su carga por las circunstancias y por sus convicciones. ¡ Es preciso aceptarla !... pero no preveo para mí mas que un martirio moral en la dolorosa faena que hoy me impone. Yo nací para la accion ; la poesía no ha sido en mí mas que accion repelida ; he sentido, he expresado ideas y sentimientos, en la impotencia de obrar ; pero en el dia ya no me llama la accion. ¡ He ahondado demasiado las cosas humanas para no comprender su sentido ! He perdido demasiados seres á quienes podia responder mi vida activa, para no estar disgustado de toda personalidad en la accion ! Una vida de contemplacion, de filosofía, de poesía y de soledad, seria el único lecho donde podría reposar mi corazon, antes de quebrantarse enteramente.

VUELTA A BERUT,

Y PARTIDA PARA LOS CEDROS DE SALOMON.

10 de abril, 1855.

Ayer llegamos aquí. Pasamos dos horas en el convento franciscano, junto á la sepultura donde he enterrado todo mi porvenir. El bergantin el *Alceste*, que debe llevar á Francia estas queridas reliquias, no ha llegado aun ; hoy he fletado otro bergantin para nosotros. ¡ Navegaremos de conserva, pero la madre, á lo menos, no se hallará en la estancia en que vaya el cuerpo de su hija ! Mientras disponen lo necesario para el trasporte de tan gran número de pasajeros al bergantin del capitan Coulonne, iremos á visitar el Kesrouan, Tripoli de Siria, Latakíé, Antioquia y los cedros del Líbano, en las últimas cumbres de las montañas, detras de Tripoli. He recibido esta mañana las numerosas visitas de todos nuestros amigos de Berut. El gobernador, príncipe maronita ; Habib-Bárbara, nuestro vecino de campo, que nos ha mostrado desde nuestra llegada,

y sobre todo desde nuestra desgracia, el corazón de un verdadero amigo; el señor Bianco, el consul de Cerdeña, y el señor Borda, joven y amable Piamontés, agregado al consulado religioso, por una suerte extraña, en los desiertos del Oriente, mientras que su instrucción, sus gustos, su carácter, harían de él un diplomático distinguido en una corte de Europa; el señor Laurella, consul de Austria; M. Fannen, consul-general, y M. Abbot, consul especial de Inglaterra en Siria; un joven comerciante francés, M. Humann, cuya sociedad nos ha sido tan útil como agradable desde que llegamos aquí; M. Caillé, viagero francés; M. Jorelle, primer dragoman del consulado, mozo criado en Francia, trasladado en su niñez á Oriente, que posee las lenguas de la Turquía y la Arabia como sus lenguas maternas; honrado, activo, inteligente, servicial por instinto; en fin, M. Guys, consul de Francia en Siria, respetable representante de la probidad nacional en estos países, donde su carácter es venerado por los Arabes, pero recién llegado aquí, y á quien hemos visto mucho menos que á sus colegas.

Todas estas personas nos dejan excelentes y queridos recuerdos. Sin la carta que recibí ayer, sin mi anciano padre cuya memoria me llama sin cesar á Francia, si tuviera que elegir un des-

tiempo para acabar en él mis cansados días, en el seno de la soledad y de una naturaleza encantada, me quedaria donde estoy.

41 de abril, 1833.

Sali esta mañana á las cuatro con la misma caravana que formé para Damasco; seguimos la orilla del mar hasta el cabo Batrun, sitios que ya he descrito; — hacemos noche en Djebail, en un kan fuera de la ciudad, sobre una eminencia que domina el mar. La ciudad no es notable mas que por una mezquita de arquitectura cristiana, que fué en otro tiempo una iglesia construida verosimilmente por los condes de Trípoli. Se cree que Djebail es el antiguo país de los Gíblitas, que suministraban al rey Biram las grandes piedras destinadas para la construcción del templo de Salomón. El padre de Adonis tenía allí su palacio, y el culto del hijo era el culto de toda la Siria circunvecina. A la izquierda de la ciudad hay un castillo muy notable por la elegancia y elevación de sus diferentes planos de fortificación. — Bajamos á la ciudad por ver el pequeño puerto donde se mecían algunas barcas árabes: la habitan casi esclusivamente los Maronites.

y sobre todo desde nuestra desgracia, el corazón de un verdadero amigo; el señor Bianco, el consul de Cerdeña, y el señor Borda, joven y amable Piamontés, agregado al consulado religioso, por una suerte extraña, en los desiertos del Oriente, mientras que su instrucción, sus gustos, su carácter, harían de él un diplomático distinguido en una corte de Europa; el señor Laurella, consul de Austria; M. Fannen, consul-general, y M. Abbot, consul especial de Inglaterra en Siria; un joven comerciante francés, M. Humann, cuya sociedad nos ha sido tan útil como agradable desde que llegamos aquí; M. Caillé, viagero francés; M. Jorelle, primer dragoman del consulado, mozo criado en Francia, trasladado en su niñez á Oriente, que posee las lenguas de la Turquía y la Arabia como sus lenguas maternas; honrado, activo, inteligente, servicial por instinto; en fin, M. Guys, consul de Francia en Siria, respetable representante de la probidad nacional en estos países, donde su carácter es venerado por los Arabes, pero recién llegado aquí, y á quien hemos visto mucho menos que á sus colegas.

Todas estas personas nos dejan excelentes y queridos recuerdos. Sin la carta que recibí ayer, sin mi anciano padre cuya memoria me llama sin cesar á Francia, si tuviera que elegir un des-

tiempo para acabar en él mis cansados días, en el seno de la soledad y de una naturaleza encantada, me quedaria donde estoy.

41 de abril, 1833.

Sali esta mañana á las cuatro con la misma caravana que formé para Damasco; seguimos la orilla del mar hasta el cabo Batrun, sitios que ya he descrito; — hacemos noche en Djebail, en un kan fuera de la ciudad, sobre una eminencia que domina el mar. La ciudad no es notable mas que por una mezquita de arquitectura cristiana, que fué en otro tiempo una iglesia construida verosimilmente por los condes de Trípoli. Se cree que Djebail es el antiguo país de los Gíblitas, que suministraban al rey Biram las grandes piedras destinadas para la construcción del templo de Salomón. El padre de Adonis tenía allí su palacio, y el culto del hijo era el culto de toda la Siria circunvecina. A la izquierda de la ciudad hay un castillo muy notable por la elegancia y elevación de sus diferentes planos de fortificación. — Bajamos á la ciudad por ver el pequeño puerto donde se mecían algunas barcas árabes: la habitan casi esclusivamente los Maronites.

tas. Una muger árabe hermosísima, ricamente ataviada, vino á visitar á mi muger, y le hicimos algunos regalillos. Al dia siguiente, continuamos costeando la playa y el pie de las montañas del Castravan, bañado todo por el mar; dormimos bajo nuestras tiendas, en un sitio admirable, á la entrada del territorio de Trípoli; el camino se separa de la costa y tuerce bruscamente á la derecha; intérnase en un angosto valle regado por un arroyo á cosa de una legua del mar, el valle se estrecha enteramente, y lo cierra del todo un peñasco de cien pies de elevacion y de quinientos á seiscientos de circunferencia: este peñasco, natural ó tallado fuera de las laderas de la montaña que le toca, sostiene en su cima un castillo gótico perfectamente conservado, habitacion de los chacales y de las águilas; escaleras labradas en la peña viva se elevan á terrados sucesivos, cubiertos de torres y de muros almenados, hasta la meseta superior de donde se lanza un torreón con ventanas de arco diagonal; por todas partes se ha apoderado la vegetacion del castillo, de los muros, de las almenas; inmensos sicomoros han echado raiz en las salas y lanzan sus anchas copas por cima de los techos desmoronados; las enredaderas cayendo en enormes ramales, las yedras asidas á las ventanas y á las puertas, los líquenes que por do

quiera revelan la piedra, dan á ese hermoso monumento de la edad media la apariencia de un castillo de musgo y de yedra; una hermosa fuente corre al pie del peñasco, sombreada por tres de los mas hermosos árboles que pueden verse, y que son unas especies de olmos; la sombra de uno solo cubria nuestras tiendas, nuestros treinta caballos y todos los grupos diseminados de nuestros Arabes.

Al dia siguiente, subimos una rápida cuesta de un terreno blanco y jabonoso, donde apenas podian tenerse los caballos; desde la cima, se disfruta una vista sin límites de todo el litoral occidental de la Siria hasta el golfo de Alejandreta y el monte Tauro, y un poco á la derecha, de las llanuras de Alepo y de las colinas de Antioquia, con la corriente del Oronte; tres horas de marcha nos llevan á las puertas de Trípoli, donde nos esperaban, y á una legua de la ciudad encontramos una cabalgata de jóvenes comerciantes francos, de diferentes naciones, y de algunos oficiales del ejército de Ibrahim que salian á recibirnos. El hijo de M. Lombard, comerciante francés, establecido en Trípoli, nos ofreció la hospitalidad en nombre de su padre; — temimos serle molestos y fuimos al convento de los padres franciscanos; un solo religioso habitaba aquella inmensa casa, y nos recibió en ella. — Pasamos

dos dias en Trípoli; — comemos en casa de M. Lombard; — satisfaccion de hallar una familia francesa donde todo compatriota es recibido como un hijo; — por la noche, pasamos una hora en casa de los señores Katchiflisse, comerciantes griegos y cónsules de Rusia, familia establecida desde tiempo inmemorial en Trípoli de Siria, donde posee un magnífico palacio. Las señoras Katchiflisse madre é hijas son las tres mugeres mas célebres de Siria por su hermosura y su buen trato, mezcla *picante* de la circunspeccion asiática con el gracioso donaire de las griegas y la perfecta finura de las mas elegantes europeas; nos recibieron en un espacioso salon abovedado, alumbrado por una cúpula y refrescado por una fuente; estaban sentadas en un divan semicircular que se extendia en el fondo de la sala; todo estaba cubierto de ricas alfombras, y estas cubiertas de narguilés, de pipas, de jarros de flores y de sorbetes; aquellas tres mugeres, vestidas á la manera oriental, ofrecian, cada cual en su caracter de belleza, el mas admirable conjunto que puede contemplar un hombre; pasamos una noche deliciosa con su conversacion, y nos propusimos volverlas á ver á nuestro regreso.

El jeque de Eden, último pueblo habitado en la cima del Líbano, era tio, por su madre, de M. Mazoyer, mi intérprete. Prevenido por su sobri-

no de nuestra llegada á Trípoli, el venerable jeque bajó de la montaña con su hijo mayor y una parte de sus criados; fué á visitarme al convento de los franciscanos, y me ofreció la hospitalidad en su casa, en Eden. De Eden á los cedros de Salomon no habia mas que tres horas de marcha; y si las nieves que todavía cubrian la montaña nos lo permitian, podriamos desde allí ir á visitar aquellos árboles seculares que han deramado su gloria sobre todo el Líbano y son contemporáneos del gran rey; aceptamos, y la partida se fijó para el dia siguiente.

A las cinco de la mañana estábamos á caballo. La caravana, mas numerosa aun de lo ordinario, iba precedida del jeque de Eden, admirable anciano cuya elegancia de modales, noble y amena cortesía y magnífica vestimenta estaban muy distantes de recordar un jefe árabe; parecia un patriarca, caminando al frente de su tribu; — montaba una yegua del desierto, cuyo pelo bayo-dorado y flotante crin le hubieran hecho digno palafren de un heroe de la *Jerusalén*; su hijo y sus principales servidores caracoleaban en magníficos potros á algunos pasos delante de él; luego seguíamos nosotros, y detras iba la larga hilera de nuestros camellos y de nuestros sais. La salida de Trípoli ofrece un admirable punto de vista; se siguen las orillas de un rio acanalado

entre dos colinas; los mas hermosos árboles y bosques enteros de naranjos sombrean las márgenes del agua; un kiosko público, construido bajo aquellos árboles, ofrece su embalsamada azotea á los paseantes; allí se va á fumar y á tomar café para respirar la frescura del rio; desde aquella azotea se ve el mar, que está á media legua de la ciudad; las hermosas torres cuadradas, construidas por los Arabes á ambos lados del puerto, y los numerosos buques que están en la rada; cruzamos una ancha llanura cultivada y plantada de olivos; en el primer collado que se eleva de aquella llanura hácia el Líbano, en medio de un bosque de olivos y de árboles frutales de todas especies, encontramos una inmensa multitud de hombres, mugeres y niños que rodeaban el camino: — eran los vecinos de un gran pueblo esparcido bajo aquellos árboles y que pertenece al jeque de Eden: este pasa los veranos en Eden y los inviernos en este pueblo del llano; — aquellos Arabes saludaron respetuosamente á su príncipe, nos ofrecieron refrescos, y algunos de ellos se pusieron en camino con nosotros para llevarnos terneras y carneros, y ayudarnos á pasar los precipicios de las montañas; luego por espacio de cuatro horas anduvimos, ya por profundos valles, ya por la cresta de montañas casi estériles; hicimos alto en la orilla

de un torrente que baja de las cumbres de Eden, y que arrastraba pedazos de nieve medio derretida; al abrigo de un peñasco, el jeque nos habia hecho encender una gran lumbrada; almorzamos é hicimos descansar nuestros caballos en aquel sitio; la pendiente es luego tan rápida, sobre peñascos pelados y resbaladizos como marmol pulimentado, que es imposible comprender como los caballos árabes logran subirlas, y, sobre todo, bajarlas; cuatro Arabes á pie rodeaban á cada uno de los nuestros y los sostenian con la mano y los hombros; á pesar de esta asistencia, varios rodaron sobre el peñasco, pero sin que ocurriese accidente de gravedad; aquel horrible camino, ó, mas bien, aquella pared casi perpendicular nos condujo, al cabo de dos horas de afán, á una meseta de roca desde donde tendimos la vista sobre un ancho valle interior y sobre la aldea de Eden, que está construida en su estremidad mas elevada y en la region de las nieves; no hay encima de Eden mas que una inmensa pirámide de roca pelada, que es el último diente de esta parte del Líbano; una capillita arruinada corona su cima; los vientos de invierno roen sin cesar este peñasco y desprenden de él enormes pedazos que ruedan hasta la aldea; todos los campos de las cercanías están salpicados de ellas, y aun rodean el castillo mismo del jeque; este

castillo, al que nos acercábamos, es de una arquitectura completamente árabe; las ventanas son unos agimeces separados por elegantes columnillas; las azoteas, que sirven de tejados y de salones, están coronadas de almenas; la puerta abovedada está flanqueada de dos altos asientos de piedra cincelada, y las jambas mismas de la puerta están cubiertas de arabescos: el jeque se había apeado el primero y nos esperaba á la puerta de su casa; el mas joven de sus hijos tenía un pebete de plata en la mano en el que quemaba perfumes delante de nuestros caballos, mientras sus hermanos nos echaban esencias perfumadas en el pelo y en los vestidos; una magnífica comida nos esperaba en la sala donde ardian árboles enteros en el ancho hogar; los mas exquisitos vinos del Líbano y de Chipre y una inmensa cantidad de caza componian aquel festin; nuestros Arabes no se hallaban peor tratados en el patio. Por la noche recorrimos las cercanías del pueblo; todavía cubrian las nieves una parte de los campos; por todas partes vimos vestigios de un rico cultivo; el menor rincon de tierra vegetal entre las peñas tenía su cepa ó su nogal; innumerables fuentes corrian por todas partes bajo nuestros pies, y el agua iba á sus tierras por acequias artificiales; estas tierras en declive estaban sostenidas por terrados formados con in-

mensas piedras; veíamos un monasterio á nuestra izquierda, y numerosas aldeas, muy inmediatas unas á otras, en todas las laderas de los valles.

La misma fecha.

El jeque ha enviado tres Arabes al camino de los cedros para saber si las nieves nos permiten llegar hasta estos árboles; los Arabes, de vuelta, dicen, que el paso está intransitable; hay catorce pies de nieve en un angosto valle que es preciso atravesar para llegar á los árboles; á fin de acercarnos á ellos lo mas posible, suplico al jeque que me dé su hijo y algunos ginetes; dejo en Eden á mi muger y mi caravana; monto el mas vigoroso de mis caballos, *Scham*, y nos ponemos en camino al salir el sol;—caminamos tres horas por crostas de montañas ó por campos cubiertos de nieve derretida; llego á las orillas del valle de los Santos, profundo desfiladero metido entre peñascos, valle mas hondo, mas oscuro, mas solemne aun que el de Hamana; en la cima de este valle, en el sitio en que, subiendo siempre, linda con las nieves, se halla una soberbia cascada que se derrumba de cien pies de altura sobre dos ó

trescientas toesas de anchura; todo el valle retumba con el fragor de aquella cascada y del torrente que alimenta; por todas partes, el peñasco de las laderas de la montaña chorrea espuma; divisamos muy á lo lejos, en el fondo del valle, dos grandes pueblos cuyas casas se distinguían apenas de los peñascos arrastrados por el torrente; las cimas de los álamos y de las moreras parecen, desde allí, matas de juncos ó de yerbas; se baja á la aldea de Beschierā por unos senderos labrados en la roca, y tan rápidos que no se puede concebir como hay hombres que se aventuren en ellos; muchos perecen al bajarlos ó subirlos; una piedra lanzada de la cresta donde estamos caería sobre un tejado de esos pueblos adonde no llegaríamos en una hora de bajada; encima de la cascada y de las nieves se extienden inmensos campos de hielo que ondulan como vapores de una tinta ya verdosa, ya azul; á cosa de un cuarto de hora sobre la izquierda, en una especie de valle semi-circular, formado por las últimas grupas del Líbano, vemos una gran mancha negra sobre la nieve, formada por los famosos grupos de los cedros, que coronan, como una diadema, la frente de la montaña; ellos ven el nacimiento de los numerosos y grandes valles que descienden de ella; el mar y el cielo son su horizonte. Lanzamos nuestros caballos á

galope por la nieve para acercarnos lo mas posible al bosque, pero á los quinientos ó seiscientos pasos de los árboles, nos hundimos hasta la barriga de los caballos; reconocemos que tenían razon los Arabes y que es fuerza renunciar á tocar con la mano aquellas reliquias de los siglos y de la naturaleza; nos apeamos y nos sentamos en una peña para contemplarlas.

Estos árboles son los monumentos naturales mas célebres del universo: la religion, la poesía y la historia los han consagrado igualmente. La Santa Escritura los celebra en varios pasages; son una de las imágenes que los profetas emplean con predileccion. Salomon quiso consagrarlos al ornato del templo que erigió el primero al Dios único, sin duda á causa de la fama de magnificencia y santidad que ya en aquella época tenían esos prodigios de la vegetacion. Seguramente son estos, porque Ezequiel habla de los cedros de Eden como de los mas hermosos del Líbano. Los Arabes de todas las sectas profesan á estos árboles una veneracion tradicional; les atribuyen, no solo una fuerza vegetativa que los hace vivir eternamente, mas tambien un alma que les hace dar señales de sabiduría y de prevision, semejantes á las del instinto en los brutos y la inteligencia en los hombres. Conocen anticipadamente las estaciones, mueven sus

grandes ramas como miembros, las elevan al cielo ó las inclinan á la tierra segun que va á nevar ó que va á derretirse la nieve. Son unos seres divinos con forma de árboles. Crecen en este solo punto del Líbano; echan raiz muy encima de la region donde espira toda gran vegetacion. Todo esto sorprende y cautiva la imaginacion de los pueblos de Oriente, y no sé si la misma ciencia no se pasmaria. — ¡ Ah! y entre tanto, Basan languidece, el Carmelo y la flor del Líbano se marchitan. — Estos árboles disminuyen de siglo en siglo. Los viajeros contaron en otro tiempo treinta ó cuarenta de ellos, luego diez y siete, luego una docena. — En el dia no hay mas que siete, que por su corpulencia parecen contemporaneos de los tiempos bíblicos. Al rededor de estos añosos testigos de las pasadas edades que conocen la historia de la tierra mejor que la historia misma; que nos contarían, si pudieran hablar, tantos imperios destruidos, tantas religiones, tantas razas humanas desvanecidas, todavía queda un bosquecillo de cedros muy amarillos que, á lo que me pareció, formaban un grupo de cuatrocientos ó quinientos árboles ó arbustos. Todos los años, en el mes de Junio, las poblaciones de Beschierai, de Eden, de Kanobin y de todas las aldeas de los vecinos valles, suben á los cedros y hacen celebrar una

misa á sus pies. ¡ Qué de oraciones no han resonado bajo estas ramas! ¿ Y qué templo hay mas hermoso, qué altar mas vecino al cielo? ¿ Qué dosel mas magestuoso y mas santo que la última meseta del Líbano, el tronco de los cedros y el cimborio de esas sagradas copas que han dado sombra y la dan todavía á tantas generaciones humanas que pronuncian en distintas lenguas el nombre de Dios, pero que todas le reconocen en sus obras y le adoran en naturales manifestaciones! Y yo tambien imploré al Señor en presencia de aquellos árboles. El armonioso viento que resonaba en sus sonoras ramas agitaba mis cabellos y helaba en mis párpados lágrimas de dolor y adoracion.

Volvimos á montar á caballo, anduvimos tres horas por las mesetas que señorean los valles del Kadisha; bajamos á Kanobin, el mas célebre monasterio maronita en el valle de los Santos. — Vista del monasterio de Deir-Serkis, abandonado ahora á uno ó dos solitarios. Burchard, en 1810, halló en él un anciano ermitaño Toscano que acababa allí sus dias despues de haber sido misionero en las Indias, en Egipto y en Persia. ®

Vista del monasterio de Kanobin desde lo alto de un pico que avanza sobre el valle como un promontorio. Entrego mi caballo á los Arabes, y me tiendo al sol en una punta de un peñasco

desde donde se ve el hondo abismo del valle de los Santos. El rio Kadisha corre al piede este peñasco; su cauce no es mas que una linea de espuma, pero estoy á tanta altura que su estruendo no sube hasta mis oidos. Kanobin fué fundado, dicen los monges maronitas, por Teodosio el Grande. Todo el valle de los Santos se parece á una vasta nave natural cuyo cimborio es el cielo, cuyos pilares son las crestas del Líbano y cuyas capillas son las innumerables celdas de los ermitaños labradas en las laderas del peñasco. Esas ermitas están suspendidas sobre precipicios que parecen inaccesibles; las hay, como nidos de golondrinas, á todas las alturas de las paredes del valle. Unas no son mas que una gruta labrada en la piedra, otras son casitas construidas entre las raíces de algunos árboles sobre las cornisas avanzadas de las montañas. El gran convento está abajo, á la vera del torrente. Hay cuarenta ó cincuenta religiosos maronitas ocupados, unos en labrar la tierra, otros en imprimir libros elementales para la educacion del pueblo. Escelentes religiosos, que son los hijos y los padres del pueblo, que no viven de su sudor, sino que trabajan noche y dia para el provecho de sus hermanos; hombres sencillos que no codician ninguna riqueza, ninguna fama en este mundo: trabajar, orar, vivir en paz, morir en gracia y

desconocidos de los hombres, esta es toda la ambicion de los religiosos maronitas.

.....

La misma fecha.

Ayer bajé de las últimas cumbres de estos Alpes; era el huesped del jeque de Eden, aldea árabe maronita suspendida bajo el mas agudo diente de estas montañas, en los límites de la vegetacion, y que no es habitable mas que en verano. El noble y respetable anciano vino á buscarme con su hijo y algunos de sus servidores, hasta las cercanías de Trípoli de Siria, y me recibió en su castillo de Eden, con la dignidad, el agasajo y la elegancia que pudiera esperarse de uno de los antiguos señores de la corte de Louis XIV. Arboles enteros ardían en el ancho hogar, corderos, cabritillos, ciervos estaban amontonados en rimeros en las espaciosas salas, y las odres seculares de los vinos de oro del Líbano, traídas del sótano por sus criados, corrían para nosotros y para nuestra escolta. Despues de haber pasado algunos dias estudiando aquellas hermosas costumbres homéricas, poéticas como los mismos sitios donde las hallábamos, el jeque me dió su hijo primogénito y cierto nú-

mero de ginetes árabes para conducirnos á los cedros de Salomon; árboles famosos que todavía consagran la mas alta cima del Líbano, y que hace siglos van los hombres á venerar como los últimos testigos de la gloria de Salomon. No los describiré aquí. De vuelta de aquella jornada memorable para un viajero, nos estraviámos en las sinuosidades de peñascos y en los numerosos y altos valles que surcan por todas partes este grupo del Líbano, y nos hallamos de pronto en el borde tajado de una inmensa pared de peñascos de unos mil pies de profundidad que ciñen el valle de los Santos. Las paredes de aquel baluarte de granito eran tan perpendiculares, que los mismos gamos de la montaña no hubieran podido hallar en ellas un sendero, y que nuestros Arabes tenían que tenderse de bruces en el suelo y vencerse sobre el abismo para descubrir el fondo del valle. El sol iba declinando, y ya habíamos caminado unas dos horas; hubiéramos temido que caminar todavía otras muchas para hallar nuestro sendero perdido y volver á Eden; apeámonos de nuestros caballos, y confiándonos á uno de nuestros guías, que conocia no lejos de allí una escalera de roca viva, labrada antiguamente por los monges maronitas, inmemoriales moradores de este valle, seguimos un buen trecho los bordes de la cornisa, y bajamos enfín por

aquellos resbaladizos escalones, á una meseta desprendida de la roca y que dominaba todo aquel horizonte,

Descendía el valle primeramente por anchos y suaves declives del pie de las nieves y de los cedros que formaban una mancha negra sobre aquellas nieves; allí se desarrollaba sobre praderas de una verdura amarillenta y delicada como la de las altas grupas del Jura ó de los Alpes, una multitud de espumosos arroyuelos, que arrancan del pie de las nieves, surcaban aquellas herbosas pendientes é iban á reunirse en una sola masa de agua y de espuma al pie del primer escalon de peñascos. Allí el valle se internaba de repente á cuatrocientos ó quinientos pies de profundidad, el torrente se precipitaba con él, y, estendiéndose sobre una ancha superficie, ora cubria el peñasco como con un líquido y transparente velo, ora se desprendía de él formando airoas bóvedas, y cayendo enfín sobre inmensos y agudos peñones de granito arrancados de la cima, se despedazaba en ellos y resonaba como un eterno trueno; el viento de su caída llegaba hasta nosotros, llevándose como ligeras neblinas el humo del agua de mil colores, la mecía por todo el valle ó la suspendía en rocío á las ramas de los arbustos y á las asperezas de la roca. Prolongándose hácia el norte, el valle de los Santos se

abria y se ensanchaba cada vez mas; luego, á cosa de dos millas del punto en que estábamos situados, dos montañas peladas y cubiertas de sombras se acercaban inclinándose una hácia otra, dejando apenas un boquete de algunas toesas entre sus dos estremidades, donde iba á rematar el valle y á perderse con sus praderas, sus altas vides, sus álamos, sus cipreses y su torrente de leche. Encima de los dos montes que le comprimian como queda dicho, veíase en el horizonte como un lago de un azul mas sombrío que el cielo, que era un pedazo del mar de Siria, ceñido por un golfo fantástico de otras montañas del Líbano; aquel golfo estaba á veinte leguas de nosotros, pero la transparencia del aire nos le mostraba como si estuviera á nuestros pies, y aun distinguíamos dos buques á la vela, que, suspendidos entre el azul del cielo y el del mar, y achicados por la distancia, parecían dos cisnes nadando en nuestro horizonte. Aquel espectáculo nos pasmó de tal suerte en el primer momento, que no fijamos nuestras miradas en ningun pormenor del valle; pero cuando pasó el primer deslumbramiento, y pudimos traspasar con la vista el flotante vapor de la tarde y de las aguas, una escena de otra naturaleza se fué poco á poco desarrollando delante de nosotros.

A cada recodo del torrente donde dejaba su

espuma un poco de trecho á la tierra, veíase un convento de monges maronitas, labrado con piedras de un color pardo sanguineo, sobre el gris del peñasco, y su humo se alzaba en los aires entre copas de abedules y de cipreses. Al rededor de los conventos, pequeñas tierras conquistadas sobre la roca ó el torrente, parecían cultivadas como los huertos mas cuidados de nuestras quintas, y de trecho en trecho, se veía á aquellos maronitas vestidos con sus hábitos negros, que volvían del trabajo del campo, unos con la azada al hombro, otros conduciendo reducidas manadas de potros árabes, cuales manejando el arado y picando sus bueyes entre las moreras. Muchas de aquellas casas de oracion y de trabajo estaban suspendidas, con sus capillas y sus ermitas, en los cabos avanzados de dos inmensas cordilleras de montañas; otras estaban labradas como grutas de fieras en el peñasco mismo; de estos solo se veían la puerta coronada de un arco diagonal de donde pendía la campana, y algunas pequeñas azoteas labradas bajo la bóveda misma de la roca adonde los frailes viejos y achacosos iban á respirar el aire y á ver un poco de sol y de verdura. En ciertos reales de los precipicios, el ojo no podía reconocer ningun camino, pero aun allí se veían un convento, una soledad, un oratorio, una ermita, y algunas figuras de soli-

tarios circulando entre los peñascos y los arbustos, trabajando, leyendo ó haciendo oracion. Uno de aquellos conventos era una imprenta árabe para la instruccion del pueblo maronita, y se veia en la azotea una multitud de frailes que iban y venian, y estendian en zarzos de caña los pliegos blancos del papel húmedo. Nada puede representar, como ne sea el pincel, la muchedumbre y lo pintoresco de aquellos retiros; cada piedra parecia haber producido su celda, cada gruta su ermita; cada fuente tenia su movimiento y su vida, cada arbol su solitario bajo su sombra; por dó quiera donde caian los ojos, veian el valle, la montaña, los precipicios, animarse, por decirlo así, bajo su mirada, y una escena de vida, de oracion, de contemplacion desprenderse de aquellas eternas moles ó mezclarse á ellas para consagrarlas: pero pronto se hundió el sol en el horizonte, cesaron los trabajos del dia, y todas las figuras negras esparcidas por el valle entraron en las grutas ó en los monasterios. En todas partes tocaron las campanas la hora del recogimiento y del oficio de la tarde, — unas con la voz fuerte y vibrante de los recios vendabales en el mar, otras con las voces leves y argentinas de los pájaros en los trigos; estas lastimeras y lejanas, como suspiros en la noche y en el desierto; todas aquellas campanas se respon-

dian de las dos márgenes opuestas del valle, y los mil ecos de las grutas y de los precipicios, se enviaban sus sonidos en confusos murmullos repercutados, mezclados con el rugido del torrente, el rumor de los cedros y las mil sonoras cascadas que surcan las dos faldas de los montes. Luego hubo un momento de silencio, á que siguió un nuevo rumor mas blando, grave y melancólico; era el canto de los salmos que, alzándose al mismo tiempo de cada monasterio, de cada iglesia, de cada oratorio, de cada celda, se mezclaba, se confundia subiendo hasta nosotros como un vasto murmullo y parecia una sola melodiosa queja del valle entero que acababa de tomar un alma y una voz; luego una nube perfumó aquel aire que hubieran podido respirar los ángeles; quedamos mudos y encantados como aquellos espíritus celestiales cuando, volando por primera vez sobre el globo que creian desierto, oyeron subir de aquellas mismas orillas la primera oracion de los hombres; comprendimos lo que era la voz del hombre para vivificar la naturaleza mas muerta, y lo que será la poesía al fin de los tiempos cuando, absortos y confundidos en uno solo todos los sentimientos del corazon humano, no será en la tierra mas que una adoracion y un himno!

12 de abril 1855¹.

Hemos bajado á Trípoli de Siria con el jeque y su tribu; doy á su hijo una pieza de seda para hacer un divan; paso un día recorriendo las deliciosas cercanías de Trípoli; salimos para Berut por la ribera del mar; empleamos cinco días en embarcar nuestros bagages en el bergantin que he fletado, *la Sofia*; — preparativos para una vuelta por Egipto; — despedida de nuestros amigos Francos y Arabes; regalo varios caballos; hago partir seis de los mas hermosos á cargo de un picador árabe y de tres de mis mejores saís para que vayan, atravesando la Siria y la Carmania, á esperarme el 1^o de Julio en la orilla del golfo de Macri, frente por frente de la isla de Rodas, en el Asia-Menor. Al rayar el día, el 13 de abril de 1855, salimos de la casa donde Julia nos abrazó por última vez y nos dejó por el cielo! — ¡Cuántas veces he besado, con cuantas lágrimas he bañado el piso de su cuarto! Aquella casa era para mí como una reliquia consagrada; todavía la veia en ella por do quiera; allí veia sus

¹ Esta fecha está sin duda equivocada, pues el autor dice en la pág. 167 que se detuvo *algunos días* en el castillo de Edén. — N del T.

palomas, su caballo, su jardín, las dos hermosas niñas sirias que venian á jugar con ella!... Se levantan antes de amanecer, y vestidas con sus mas ricos atavíos, lloran y arrancan las flores de sus cabellos; les doy á cada una, para recuerdo de sus amigos estrangeros, á quienes ya no volverán á ver mas que en sus pensamientos, un collar de piezas de oro para el día de su boda; una de ellas, Anastasia, es la muger mas hermosa que he visto en Oriente. — El mar está como un espejo; las chalupas, cargadas de nuestros amigos que van á acompañarnos hasta el buque, siguen á la nuestra; damos la vela con una buena ventolina de este; las costas de Siria, ceñidas de sus franjas de arena, desaparecen con las copas de las palmeras; las blancas cimas del Líbano nos siguen largo tiempo sobre el mar; doblamos de noche, el cabo Carmelo; al rayar el alba, estamos á la altura de San Juan de Acre, en frente del golfo de Kaifá; la mar está hermosa y multitud de delfines saltan alrededor de nuestro buque; todo tiene una apariencia de fiesta y de alegría en la naturaleza y en las olas, alrededor de este buque que lleva unos corazones muertos á toda alegría y á toda serenidad: he pasado la noche sobre cubierta, ¿en qué pensamientos? ¡Mi corazón lo sabe! Seguimos las costas bajas de la Galilea; Jafa brilla como un

peñasco de yeso en el horizonte, sobre una playa de arena blanca; nos dirigimos á ella; allí hacemos escala algunos dias: mi muger y aquellos de entre mis amigos que no pudieron acompañarme en mi viage á Jerusalem, no quieren pasar tan cerca del santo sepulcro sin ir á llevar á él algunos gemidos mas. Por la tarde refresca el viento, y echamos el ancla á las siete en la borrascosa rada de Jafa; la mar está demasiado picada para que podamos botar una lancha; al dia siguiente desembarcamos todos; disponen una caravana los señores Damiani, mis antiguos amigos, agentes de Francia en Jafa; se ponen en camino á las once para ir á hacer noche en Ramla: me quedo solo en casa de M. Damiani.

Paso cinco dias recorriendo solo los alrededores; los amigos árabes á quienes conocí en Jafa en mis dos primeros viages, me llevan á los jardines que tienen en las cercanías del pueblo; ya he descrito estos jardines; son unos profundos bosques de naranjos, de limoneros, de granados y de higueras, tan grandes como los nogales en Francia; el desierto de Gaza rodea por todas partes estos jardines: una familia de labradores árabes vive en una cabaña contigua; junto á ella hay una cisterna ó un pozo, camellos, cabras, carneros, palomas y gallinas. El suelo está cubierto de naranjos y de limones dulces caidos

de los árboles; — se levanta una tienda en el borde de uno de los canales de regadio que fertilizan el terreno, sembrado de melones y de pepinos; — debajo se estienden alfombras; la tienda está abierta del lado del mar para recibir la brisa que sopla desde las diez de la mañana hasta la tarde, se perfuma pasando entre las copas de los naranjos y arrastra una lluvia de azahar. Desde allí se ven las puntas de los minaretes de Jafa y los bajeles que van y vienen del Asia Menor á Egipto. Así paso mis dias; escribo algunos versos sobre el único pensamiento que me ocupa: — quisiera quedarme aquí: — Jafa, pueblo separado de todo el universo, á la margen del gran desierto de Egipto, cuya arena forma blancos collados alrededor de estos bosques de naranjos, bajo un cielo siempre puro y tibio, seria una morada perfecta para un hombre cansado de la vida y que no desea mas que un rincón al sol. — La caravana vuelve enfin.

Pido á mi muger algunos pormenores sobre Belen y sobre los puntos circunvecinos que la peste me impidió visitar en mi primer viage: me los da y los inserto aquí.

Al salir de los jardines de Jafa atravesamos á galope una inmensa llanura, cubierta entonces de cardos amarillos y morados. De trecho en tre-

cho, grandes rebaños que picaba un árabe á caballo, armado de una larga lanza, como en las Lagunas Pontinas, buscaban un raro sustento entre las yerbas que todavía no habia calcinado el sol enteramente. Mas lejos, á nuestra derecha, y como á la entrada del desierto de El-Arish, algunos montones de barro, cubiertos de yerba seca, se alzaban del suelo, como hacinas de heno amarilleadas por la tempestad antes de que haya podido recogerlas el cosechero : — aquello era una aldea.

« Cuando nos acercamos á ella, vimos una multitud de chiquillos en cueros salir, como Lapones, de aquellos pequeños conos volcados que formaban sus habitaciones; algunas mugeres, muy desgredadas, cubiertas apenas con una camisa azul, dejaban la lumbre que estaban encendiendo sobre dos piedras para preparar la comida, y subian á lo alto de su choza para vernos desfilar.

« Al cabo de cuatro horas de marcha llegamos á Ramla, donde nos aguardaba el agente del consulado sardo que tenia la bondad de prestarnos su casa ; — las mugeres no podian hospedarse en el convento latino. Por la tarde visitamos una antigua torre, á medio cuarto de legua de la ciudad, llamada la torre de los cuarenta Mártires, ocupada ahora por los dervis giradores. — Era

un viernes, dia de ceremonia para su culto, y asistimos á ella. — Unos veinte dervis, vestidos de un largo ropon y de un gorro puntiagudo de fieltro blanco, estaban acurrucados en corro en un recinto rodeado de una barandilla ; el que parecia ser el jefe, venerable anciano de larga barba blanca, estaba, por distincion, sentado sobre un cojin y dominaba á los otros. Una orquesta, compuesta de un *nahi* ó bajon, de un *shouhabé*, especie de clarinete, y de dos tamborcillos reunidos, llamados *nacariate*, tocaba los mas discordantes cantos para nuestros oidos europeos. Los dervis se levantan con gravedad uno á uno, pasan por delante del superior, le saludan, y empiezan á dar vueltas con los brazos estirados, y alzados los ojos al cielo. Su movimiento, pausado al principio, se va animando poco á poco, llega á una estremada rapidez y acaba por formar una especie de torbellino en que todo es confusion y deslumbramiento ; mientras que la vista puede seguirlos, sus miradas parece que espresan una grande exaltacion, pero en breve ya no se distingue nada. No podré determinar el tiempo que duró aquel extraño vals, pero me pareció larguísimo. Poco á poco sin embargo iba disminuyendo el número de los que daban las tales vueltas; rendidos de cansancio se iban dejando caer uno despues de otro y quedaban en su primera actitud ;

los últimos parecia que ponian gran persistencia en girar lo mas posible, y me daba lástima ver los esfuerzos que hacia un viejo dervis, jadeando y no pudiéndose tener al cabo de aquella dura prueba, para no ceder sino el último. Entretanto nuestros Arabes nos hablan de sus supersticiones; aseguran que un cristiano recitando continuamente el *credo*, obligaria al musulman á girar sin fin por efecto de un impulso irresistible hasta morir, que de ello habia muchos ejemplos, y que una vez habiendo descubierto los dervis al que empleaba este sortilegio, le obligaron á recitar el *credo* al revés, y destruyeron así el hechizo en el momento en que iba á espirar el que daba las vueltas; y nosotros hacemos tristes reflexiones sobre la flaqueza de la razon humana que busca á tientas, como el ciego, su senda hácia el cielo, y yerra tantas veces el camino. Estas raras extravagancias que degradan en cierto modo á la inteligencia humana, tenian sin embargo un fin digno de respeto y un noble principio. Aquello representaba al hombre queriendo honrar á Dios, — la imaginacion ansiando exaltarse por el movimiento físico, y llegar, como llega por medio del opio, á aquel aturdimiento divino, á aquel completo anonadamiento del sentimiento y del yo, que le permite creer que se ha abismado en la unidad infinita y que comunica con Dios! —

Era acaso una imitacion devota, en el origen, de los movimientos de los astros girando en torno del criador; era, acaso, un efecto de aquella misma inspiracion entusiasta y apasionada que hizo antiguamente á David bailar delante del arca del Señor. Algunos de nosotros hacian lo que la muger del rey profeta, y estaban tentados de burlarse de los dervis. ¡ Les parecian insensatos! como á hombres que ignorasen el fondo de nuestro culto podrian parecerles absurdas algunas observancias monacales, — la mendicidad de nuestros frailes, las maceraciones de ciertas órdenes ascéticas; pero por mas absurda que sea, á la primera ojeada de la razon, una práctica religiosa, una razon mas profunda y mas alta halla siempre algo que respetar en ella, — el motivo que la inspira. Nada de lo que se roza con la idea de Dios es ridículo; es á veces atroz, muchas veces insensato, pero siempre serio. La conciencia del dervis está en paz cuando ha llevado á cabo su piadoso vals, y cree que sus piruetas han honrado á la Divinidad; pero si no le miramos como ridículo, estamos á veces tentados de tenerle lástima, y no sé si tenemos mas derecho para lo uno que para lo otro. Nosotros mismos, ¿qué seria de nosotros sin las enseñanzas del cristianismo que han venido á iluminar nuestra razon? seria mas luminosa que la suya? Ahí está la historia

para responder. Se halla un Platon por millares de idólatras.

« Al salir de la torre, entramos en las galerías de un claustro arruinado, que conducen á una iglesia subterránea; bajamos por algunas gradas á una bóveda rebajada sostenida por una hermosa columnata. El aspecto de una iglesia subterránea me ha parecido siempre de un efecto imponente y patético al mismo tiempo: la oscuridad misteriosa, la soledad de aquellas silenciosas bóvedas trasportan la imaginación á los primeros tiempos del culto, cuando los cristianos se retiraban á profundas grutas para ocultar sus misterios á los ojos profanos, y sustraerse á la persecución. En Oriente, la mayor parte de estas iglesias parecen construidas para embellecer aquellos primitivos asilos, y adornar, con todo el lujo de la arquitectura, aquellos humildes retiros donde la fé se escondió largo tiempo, como para vengar, con una brillante reparación, las humillaciones y las injurias de la dominación pagana; pero el tiempo de las persecuciones debía renacer para los infelices cristianos, y el nombre de este monumento, *los cuarenta Mártires*, haría creer que sirvió de refugio á los fieles, sin poder protegerlos. Ahora está todo arruinado; las naves y las columnatas construidas por los emperadores no han inspirado mas respeto á los vencido-

res que las humildes grutas de los primeros discípulos de la cruz; las bóvedas sirven de cabañerizas y los claustros de cuarteles.

« Todavía se ven algunas sepulturas del tiempo de los cruzados, pero la noche nos impidió detenernos mas, pues teníamos que volvernos para disponer la caravana del día siguiente. El agá de Ramla nos dió una escolta, y recomendó á los *Cawas* en jefe que no se separasen de mí un momento en los desfiladeros de las montañas en que íbamos á entrar, y que para todo tomasen mis órdenes. El respeto de los musulmanes á las mugeres europeas forma un contraste singular con la dependencia en que tienen á las suyas: en efecto, quedamos contentísimos de la suma cortesía de aquel jenízaro. Siempre al lado de mi yegua, no comprendía como podía tenerme en equilibrio en los escarpados senderos que íbamos trepando; mas adelante nos fué muy útil, cuando encontramos, precisamente en aquellas gargantas, innumerables peregrinos que volvían de Jerusalem, que nos cerraban el paso; él los obligó á cedernos el sendero menos malo entre los peñones de granito y las raíces de los arbustos que ceñían el barranco y nos impedían rodar al precipicio; á no mediar su autoridad, hubieran ocurrido mil percances en aquel angosto y difícil paso.

« Al salir de Ramla, el camino continua por un llano durante dos leguas; nos paramos en los Pozos de Job, pero como no llevábamos cántaros para sacar agua, y esta estaba muy baja, proseguimos nuestra marcha. Todo este país conserva vestigios tan vivos de los tiempos bíblicos, que ninguna sorpresa, ninguna dificultad experimenta uno en admitir las tradiciones que dan el nombre de Jacob á un pozo que todavía existe, y se espera uno á ver al patriarca abreviar en él los rebaños de Raquel lejos de dudar de su identidad. Solo por la reflexion llega uno al asombro ó á la duda, cuando los cuatro mil años transcurridos y las diferentes fases por donde ha pasado la humanidad se presentan á la imaginacion y vienen á hacer titubear la fé; por lo demás, en una llanura en que no se encuentra agua mas que de tres en tres ó de cuatro en cuatro horas, un pozo, un manantial ha debido ser un objeto tan importante en los siglos pasados como hoy, y su nombre ha podido conservarse tan religiosamente como el de las torres de David ó el de las cisternas de Salomon. Pronto entramos en las montañas de la Judea; el camino es cada vez peor; ya el borde de un precipicio no deja á los caballos mas que el espacio preciso para poner la planta; ya las peñas rodadas y hacinadas en mitad del sendero forman una empinada escalera

que solo pueden subir los caballos árabes, pero, por malo que sea este camino, no presenta ningun peligro comparable á los de la subida del valle de Hamana.

« En lo alto de la primera cima, nos volvemos un instante para disfrutar de una vista magnífica sobre todo el país que acabamos de recorrer hasta la playa mas allá de Jafa; aunque todo estaba sereno al rededor nuestro, el horizonte del mar, rojo y cargado, anunciaba á un ojo esperto una próxima tempestad; ya las olas agitaban los buques en la rada, y procuramos distinguir el nuestro, pensando en los que se han quedado á bordo. Mis tristes previsiones no eran infundadas; al día siguiente varios buques fueron arrojados á aquella peligrosa costa, y el nuestro, despues de haber garrado largo tiempo sobre el ancla, rompió su cable en medio de un espantoso vendabal. Despues de aquella breve parada, bajamos la vertiente de la montaña para subir otras nuevas, ya entre avenidas de piedras que ruedan bajo los pies de nuestros caballos, ya por el borde de una estrecha cornisa. Las costas, á derecha é izquierda, son á veces muy frondosas; la brillante verdura de los fresales y de los durillos contrasta con el pálido color de los lentiscos y de los olivos. Muchas veces solo faltaba agua para que fuese el paisaje comple-

to; pero otro espectáculo de distinta naturaleza nos aguardaba. Una procesion de innumerables peregrinos de todas naciones, que volvian de Jerusalem, desfilaba en frente de nosotros, desde la cumbre de una pelada y árida montaña hasta la garganta donde nos hallábamos. Nada podria representar el pintoresco efecto de aquella escena. La variedad de los colores, de los trages, de las aposturas; desde el rico armenio hasta el mas pobre monge griego, todo contribuia á embellecerla. Despues de haber admirado el efecto general, pudimos á todo nuestro sabor examinar sus pormenores en las dos horas que tardamos en cruzarnos mutuamente: ya pasaba un patriarca griego, con su lujosa vestimenta, magestuosamente sentado en una silla de grana y oro, llevándole el caballo de la rienda dos sais, y seguido de una muchedumbre á pie, comitiva parecida á la marcha triunfal de un legado del papa en la edad media; — ya una pobre familia cuyo padre conducia con el báculo de peregrino un macho cargado de chiquillos; el mayor, montado en el pescuezo del animal, llevaba un cordel por brida y un cirio por estandarte. Otros niños, hacinados en canastos á modo de aguaderas, mordiscaban algunos restos de pan bendito; la madre, pálida y estenuada, seguia á duras penas, dando el pecho al mas chiquito sus-

pendido de su cuello en una ancha faja; luego seguia una larga hilera de neófitos, cada uno de los cuales llevaba un enorme cirio pascual conforme al rito griego y salmodiando con acento nasal y monótono; — mas lejos, los judíos con turbantes colorados, con largas barbas negras, notables por sus ojos penetrantes y siniestros, parecia que maldecian interiormente un culto que los habia desheredado. ¿Porqué se hallaban entre aquella muchedumbre de cristianos? Unos se habian aprovechado de la caravana para ir á visitar la sepultura de David ó el valle de Tiberiade; otros habian especulado sobre el lucro probable suministrando víveres á la multitud. De cuando en cuando interrumpian la hilera pedestre algunos camellos cargados de inmensos fardos, y acompañados de sus camelleros vestidos al uso árabe, — ancho calzon pardo bordado de azul, y el *cafié* amarillo en la cabeza; — luego seguian las familias armenias; las mugeres tapadas con su gran velo blanco, viajaban en un *tactrewan*, especie de jaula colocada sobre dos machos; los hombres, con largos ropones de color oscuro, la cabeza cubierta con el gran *cal-pack* cuadrado de los habitantes de Esmirna, llevaban de la mano á sus hijos, cuyo aspecto grave, reflexivo, calculador, en nada deja traslucir la natural ligereza de la infancia; — multi-

tud de marineros griegos y de patrones de bajel-
les piratas, recién llegados de los puertos del
Asia Menor y del Archipiélago, cargados de pere-
grinos, como un negrero de esclavos, juraban en
su lengua enérgica y aceleraban la marcha para
volver á embarcar cuanto antes su cargamento
de hombres. Un niño enfermo iba en una litera,
rodeado de su familia que lloraba su esperanza
frustrada del milagro de la súbita cura que es-
peraban de su devota peregrinacion. — ¡Ah! yo
también lloraba, y habia esperado é implorado á
Dios como ellos; pero mas desgraciada que ellos
todavía, no tenia ni aun la incertidumbre de mi
desventura!...

« Al fin iba una muchedumbre de miserables
coftos andrajosos, hombres, mugeres y niños,
arrastrándose con trabajo cual si salieran de un
hospital. Toda aquella turba, tostada por el sol,
jadeando de sed, andaba lo mas aprisa que po-
dia para alcanzar la caravana y no quedarse
abandonada en los desfiladeros de las montañas.
Vergüenza me daba verme á caballo, escoltada
por jenízaros, acompañada por buenos amigos que
me evitaban todo peligro, toda molestia, mientras
que una fe tan viva habia arrastrado á millares
de individuos á arrostrar fatigas, enfermedades,
todo linage de privaciones. Aquellos eran verda-
deros peregrinos; yo no era mas que una viagera.

« Entre aquella primera cordillera y las últi-
mas montañas que dominan á Jerusalem, se ha-
llan un gracioso valle y la aldea de Jeremías.
Acabábamos de pasar por delante de la antigua
iglesia griega que, como tantas otras, es ahora
un establo, cuando vimos como hasta unos cin-
cuenta árabes, dispuestos en anfiteatro en la la-
dera de la colina y sentados bajo hermosos oli-
vos. En medio del corro, y sobre un cerro que
dominaba los otros, estaba el gefe, el famoso
Abugosh; en pie, á ambos lados de él, se veian
su hermano y su hijo bien armados y fumando
sus pipas; sus caballos, atados á los árboles de-
tras de ellos, completaban el cuadro. Al llegar
nuestra caravana, envió á su hijo á parlamentar
con nuestro dragoman que caminaba á la cabe-
za, y cuando supo que la escolta conducia á Je-
rusalen á la muger del emir franco á quien ha-
bia conocido hacia seis meses, nos suplicó que
nos detuviésemos y aceptásemos el café. Guardá-
monos muy bien de rehusar, y, habiendo distri-
buido á nuestros *cawas* y á nuestros camelleros
las provisiones para la parada, nos dejamos
conducir á una pequeña distancia del grupo de
los Arabes. Allí, nuestra dignidad exigia que nos
detuviésemos para esperar que ellos anduviesen
la mitad del camino, y con efecto, Abugosh se
puso en pie y se llegó á M. de Parseval. Despues

de habernos hecho mil cumplimientos y ofreciendonos el café, me pidió una audiencia reservada. Hice que se retirasen los míos á cuatro pasos, y por medio de mi intérprete, supe que un hermano suyo se hallaba prisionero en poder de los Egipcios, y que creyendo que mi marido tenía un inmenso influjo en los consejos de Ibrahim-Bajá, me rogaba que solicitase su intervencion en su favor para que le pudiesen en libertad. Muy distantes estábamos seguramente de tener el crédito que nos suponía, pero la casualidad quiso que me fuese posible hacerle aquel servicio.

« Cuando llegamos junto á Jerusalem, interceptaba la vista de las murallas un gran campamento de tropas de Ibrahim-Bajá. Los centinelas se adelantan, nos examinan, hablan á nuestro dragoman, y nos abren paso por entre el campamento : pronto nos hallamos en frente de la tienda del general. Las cortinas levantadas nos le dejan ver, tendido en un divan de cachemira, rodeado de sus oficiales, unos de pié, otros sentados sobre alfombras de Persia; sus vestidos de espléndidos colores, guarnecidos de ricas pieles y recamados de oro, sus brillantes armas, los esclavos negros que les presentaban el café en bandejas de plata, formaban para nosotros una escena vistosa y nueva. Al rededor de las tien-

das, los saís paseaban los mas hermosos caballos árabes, para que se secase la espuma de su reluciente pelo : otros sujetos con trabas, relinchaban de impaciencia, herian la tierra con el casco, y lanzaban miradas de fuego á un piquete de caballería pronto á partir. Las tropas egipcias, formadas de reclutas nuevos mezquinamente vestidos de colorado, medio á la europea, medio á la oriental, contrastaban con los Arabes cuyos trages eran hermosos y muy holgados. Y sin embargo, aquellos Egipcios pequeños, feillos y de mala facha marchaban de conquista en conquista, y hacian temblar al sultan hasta en las puertas de Constantinopla !

« Entramos en la ciudad santa por la puerta de Belén, torciendo inmediatamente á la izquierda para pasar al barrio donde está el convento latino. Como no se recibe en él á las mugeres, tomamos posesion de una casa generalmente desocupada, pero que sirve para alojar á los extranjeros cuando está ya lleno el convento de los padres de la Tierra-Santa. Tendemos nuestros colchones sobre unos bancos dispuestos para este efecto, esperando descansar de las emociones del dia y hallar fuerzas para soportar otras nuevas y mas palpitantes todavía; pero asaltados por millares de insectos, de mosquitos, de pulgas, de chinches, que sin duda carecian de sus-

tento hacia mucho tiempo en aquellos cuartos desiertos, ó que, suposicion mas funesta todavía, eran las reliquias que habian dejado allí algunos de aquellos peregrinos desarrapados que encontramos en el camino, no pudimos cerrar los ojos y pasamos la noche entera mudando de sitio para huir de aquella peste; así fué que uno de nuestros compañeros de viage, á pesar de nuestras exhortaciones para que tuviese paciencia, acabó por ir á refugiarse en el convento. Vino á vernos el procurador general, y nos dijo que, si le hubieran avisado, hubiera hecho disponer mejor posada para recibirnos, y prometió arreglarlo para el dia siguiente: — me deshago en excusas, le aseguro que no carecemos de nada, y todavía me avergüenzo de nuestro poco sufrimiento delante de aquel humilde apostol de la pobreza y de la abnegacion.

« El procurador general era un español de superior capacidad, dotado de una alta inteligencia de los hombres y de las cosas. Durante nuestra residencia en Jerusalem, tuve ocasion de apreciar particularmente su indulgente bondad, su mérito y la utilidad de su influjo en el convento de la Tierra Santa; pero de edad apenas de cincuenta años, su carrera de pruebas debia acabar en este mundo por el martirio, — en el momento tal vez en que esperaba disfrutar algun

descanso en su pais natal. Habiéndose embarcado, poco tiempo despues de nuestra partida, para volver á España, fué asesinado con otros quin-ce religiosos por unos marineros griegos no lejos de las costas de Chipre. Un muchacho musulman, el único que escapó de la matanza, persiguió y denunció á los asesinos, que fueron cogidos en Caramania.

« Al amanecer del dia siguiente empezamos á visitar los santos lugares; pero aqui debo detenerme y callar las íntimas sensaciones que me inspiraron aquellos sitios, porque todas me son personales. Tampoco hablaré del aspecto de las calles de Jerusalem ya descritas por mis compañeros de viage. Encerré en mi corazon todas mis impresiones, y cierto que ninguna necesidad tenia de escribirlas, pues eran harto profundas para que se borren nunca de mi memoria; si hay sitios en el mundo que tienen la dolorosa facultad de despertar todo lo que hay de tristeza y de luto en el corazon humano, y de responder al dolor interior con un dolor, por decirlo así, material, estos son seguramente. Cada paso que se da aqui resuena hasta el fondo del alma, como la voz de las lamentaciones, y cada mirada cae sobre un monumento de santa tristeza que absorbe nuestras tristezas individuales en aquellas inefables miserias de la humanidad que fue-

ron padecidas, expiadas y consagradas aquí!

« Salimos de Jerusalem á las cinco de la mañana á fin de llegar á Belén á la hora en que se dice misa en la gruta de la Natividad; un anciano religioso español, de larga barba, cubierto de un *machlah*¹ listado con anchas rayas negras y blancas, y cuyos pies tocaban el suelo pues iba montado en un horriquillo muy pequeño, iba delante y nos servía de guía. Aunque estábamos en el mes de abril, un viento glacial soplabá con violencia y amenazaba derribar á mi caballo y á mí con él; aquella ventisca era el último resto del huracan que habia revuelto el mar de Jafa. El polvo que se alzaba en remolino me cegaba, abandoné las riendas de mi yegua á mi saís árabe, y embozándome bien en mi *machlah*, me concentré en las reflexiones que inspiraban naturalmente el camino que seguíamos y los objetos consagrados por la tradicion; pero estos objetos son demasiado conocidos, y no me pararé á describirlos; — el olivo del profeta Elias, — la fuente donde se volvió á aparecer la estrella á los magos, — el sitio de Rama de donde salía la amarga voz que resonaba en mi propio corazon, todo escitaba en mí sensaciones demasiado íntimas para expresarlas.

¹ Capa beduina.

« El convento latino de Belén habia estado cerrado once meses á causa de la peste, pero ya hacia algun tiempo que no habia habido nuevas víctimas, y cuando nos presentamos en la puercecilla baja que da entrada al monasterio, se abrió para nosotros; despues de haber pasado uno á uno, agachándonos bajo la estrecha abertura, nuestro primer movimiento fué de sorpresa al hallarnos en una magestuosa iglesia; cuarenta y ocho columnas de marmol, cada cual de una sola pieza, colocadas en dos hileras á cada lado, formaban cinco naves, coronadas por un macizo maderamen de palo de cedro, pero en vano buscamos el altar y el púlpito; todo estaba hecho pedazos, y una pared groseramente labrada dividia aquel hermoso buque en el nacimiento de la cruz, y ocultaba así la parte reservada al culto que todavía se disputan las diversas comuniones cristianas. La nave pertenece á los Latinos, pero no sirve mas que de vestíbulo para el convento; se ha tapiado la puerta principal, y la poterna baja por donde penetramos se habia abierto para preservar aquellas veneradas reliquias de la profanacion de las hordas de Arabes bandoleros que entraban á caballo hasta al pie del altar para coger á los religiosos y exigirles luego buenos rescates. — El padre superior nos recibe con cordialidad; — su rostro afa-

ble, sereno y contento está tan distante de la austeridad del anacoreta como de la jovial incuria de que se acusa á los frailes ; nos hace varias preguntas acerca del pais que acabamos de recorrer y de las tropas egipcias acampadas tan cerca de ellos. Once meses de reclusion le tenían sediento de noticias, y se tranquilizó enteramente cuando supo que Ibrahim-Bajá concedía protección á las poblaciones cristianas de la Siria.

« Despues de algunos momentos de descanso, nos preparamos á oír misa en la capilla del Pesebre ; encienden una linterna, y bajamos, siguiendo á los padres, hasta un largo laberinto de corredores subterráneos que es preciso atravesar para llegar á la gruta sagrada. Estos subterráneos estan poblados de sepulturas y de recuerdos ; — aquí está el sepulcro de san Gerónimo, allí el de santa Paula, aquí el de santa Eustoquia, allí el Pozo de los Inocentes, pero nada puede fijar nuestra atención en este momento : la brillante claridad de treinta ó cuarenta lámparas, bajo una pequeña bóveda, en el fondo del pasadizo, nos muestra el altar construido en el sitio mismo de la natividad, y dos pasos mas abajo, á la derecha, el del Pesebre ; estas grutas naturales estan en parte tapizadas de marmol para sustraerlas á la indiscreta devoción de los peregrinos que desgarraban sus paredes para lle-

varse algunos fragmentos, pero todavía se puede tocar la roca pelada detras de las losas de marmol con que se ha cubierto, y el subterráneo en general ha conservado la irregularidad de su forma primitiva ; los ornatos no han alterado aquí la naturaleza, como en algunos lugares santos, hasta el punto de inspirar dudas acerca de su autenticidad, y solo sirven para preservar el recinto natural ; así es que, pasando bajo estas bóvedas y estas aberturas en la roca, se comprende sin dificultad que han debido servir de establos para los rebaños que apacentaban los pastores en el llano, cubierto todavía hoy de verdes praderas, que se extienden á lo lejos bajo la meseta de peñasco que coronan la iglesia y el convento, como una ciudadela ; la salida exterior de los subterráneos que comunicaba con la pradera se ha cerrado, pero algunos pasos mas adelante se puede visitar otra caverna del mismo género y que debía tener el mismo destino. — Asistimos á la misa.

« La disposición de ánimo en que desgraciadamente me hallaba yo entonces me imposibilita expresar lo que deben inspirar estos sitios y estas ceremonias ; todo para mí se reasumia en un profundo y doloroso enternecimiento. Una muger árabe que fué á hacer bautizar su hijo de pocos dias al altar del Pesebre, aumentó la agita-

cion de mi alma. Acabada la misa volvemos al convento, no ya por el subterráneo, sino por una escalera anchay cómoda que remata en el crucero de la iglesia, detras de la tapia de separacion de que he hablado; esta escalera pertenecia en otro tiempo igualmente á las dos comuniones griega y latina; ahora la disfrutan los Griegos solos, y oímos las enérgicas quejas de los padres de Belén sobre tamaña usurpacion; querian que nos encargásemos de apoyar sus reclamaciones en Europa, y nos costó trabajo persuadirles que, aunque franceses, ninguna autoridad teníamos para conseguir que se les hiciese justicia.

« Las dos naves laterales que formaban el crucero de la antigua iglesia estan constituidas en capillas particulares; la una pertenece á los Armenios y la otra á los Latinos. En el centro está el altar mayor colocado inmediatamente encima de la gruta; el coro está separado de él por una verja y un tabique de madera dorada que oculta el santuario de los Griegos.

« La Iglesia griega en Oriente es mucho mas rica que la romana; en esta todo es humilde y modesto, en aquella todo es brillante y fastuoso, pero la rivalidad que nace de su posicion respectiva produce una impresion muy dolorosa: — es muy triste ver chismes y discordias en sitios que no deberian inspirar mas que caridad y amor.

« La construccion primitiva de la iglesia se atribuye á Santa Elena, igualmente que la de la mayor parte de los edificios cristianos de la Palestina. Verdad es que á esto oponen algunos que siendo ya de bastante edad cuando visitó la Siria, no pudo hacer ejecutar tan numerosas obras, pero el pensamiento no exige ni tiempo ni espacio; me parece que su voluntad creadora y su piadoso celo han podido presidir á monumentos empezados por orden suya y terminados despues de su muerte. Volvemos al convento; el buen padre superior nos ofrece una excelente comida en el refectorio, y dejamos con sentimiento á aquel anciano, deseosos de aprovechar las horas que nos quedan para visitar las cercanías. — Al bajar al llano, nos enseñan una gruta adonde dice la tradicion que se retiró la Santa Virgen en el momento de su partida para Egipto. Sobre algunas alturas que señorean á Belén, se ven restos de torres que señalan diferentes posiciones del campamento de los cruzados y que conservan los nombres de aquellos heroes. Los dejamos á la izquierda y bajamos por ásperos y en-crespados senderos.

« Al cabo de una hora de camino llegamos á un vallecito estrecho, regado por un límpido arroyo: este es el huerto de Salomon, el *hortus conclusus*, cantado en el cantar de los cantares:

efectivamente, entre las cimas de las montañas de peñascos que le rodean por todas partes, este solo sitio ofrece medios de cultivo, y en todo tiempo es este valle un delicioso jardín, cultivado con el mayor esmero, cuya hermosa y húmeda verdura presenta el mas vivo contraste con la pedregosa aridez de cuanto le circunda. Puede tener sobre media legua de largo. Seguimos el serpeante curso del arroyo sombreado por frondosos sauces, ya costeano sus herbosas márgenes, ya bañando los pies de nuestros caballos en sus aguas transparentes sobre las tersas guijas del fondo, á veces pasando de una á otra orilla por una tabla de cedro, y llegamos en fin bajo unos peñascos que cierran naturalmente el valle. Un labrador se ofrece á servirnos de guía para subirlos, pero á condicion de que echaremos pie á tierra, y daremos nuestros caballos á sus mozos que nos los llevarán á la cima dando largos rodeos.

« Torcemos á la derecha, y subimos penosamente por espacio de una hora; cuando llegamos á la altura, descubrimos los mas hermosos restos de antigüedades que hemos visto todavía, — tres inmensas cisternas, abiertas en la peña viva y siguiendo el declive de la montaña, una encima de otra, en anfiteatro. Las paredes estan tan lisas, las esquinas tan enteras como si acabasen

de recibir la última mano. Sus bordes, cubiertos de losas como un muelle, resuenan bajo los pies de los caballos. Estos hermosos estanques, llenos de un agua diáfana, en la cima de una árida montaña, asombran é inspiran una alta idea del poder que concibió y ejecutó tan vasto proyecto; así es que se atribuyen á Salomon. Mientras los contemplo, mis compañeros de viage los miden y hallan que tiene cada uno alrededor de cuatrocientos pies sobre ciento setenta y cinco; el primero es el mas largo, el último el mas ancho, y tiene lo menos doscientos pies de abertura: van agrandándose hasta la cumbre: — encima de la mas alta de aquellas gigantescas cisternas, un pequeño manantial, escondido entre la verdura, es el *fons signatus* de la Biblia, y alimenta él solo aquellos receptáculos que antiguamente se derramaban en acueductos que llevaban el agua hasta el templo de Jerusalem; á cada paso hallábamos en el camino restos de aquellos acueductos. No lejos de allí, antiguos muros almenados, probablemente del tiempo de las cruzadas, rodean un espacio donde la tradición supone que habia un palacio habitado por las mugeres de Salomon; ya no queda de él ningun vestigio, y el solar, cubierto de estiércol y de inmundicias, sirve actualmente de corral adonde se recogen de noche las pastores y el ganado que van á pasar

en las montañas la estacion de los pastos, como en los Alpes, en Suiza. Volvimos á Jerusalem por un antiguo camino ancho y empedrado, llamado la via de Salomon, camino mucho mas corto y directo que el que tomamos por la mañana, pero ya estaba muy adelantada la noche cuando pasamos por debajo de la bóveda de la puerta de los peregrinos.

« El 25 de abril, despues de haber visitado por última vez el santo sepulcro, pedimos al eclesiástico que nos acompañaba que nos hiciese dar la vuelta por fuera de la iglesia, para darnos cuenta clara de las desigualdades de terreno que espican la reunion del sepulcro y del calvario en el mismo monumento. Este circuito es difícil porque la iglesia está rodeada de edificios que obstruyen las comunicaciones, pero atravesando algunos patios y algunas casas, conseguimos satisfacernos sobre los puntos que nos interesaban.

— Luego montamos á caballo para seguir los muros de la ciudad y visitar las sepulturas de los reyes. — Al norte de Jerusalem, saliendo por la puerta de Damasco, á cosa de media legua, se halla una escavacion en la roca que forma un patio de sobre veinte pies de profundidad, cerrada por tres lados por las paredes de la peña tajadas á cincel, que ofrecen el aspecto de tapias adornadas de esculturas cinceladas en la misma pie-

dra, representando puertas, pilastras, frisos de primoroso trabajo; puede presumirse que el levantamiento gradual del terreno ha disminuido muchos pies la altura de aquella escavacion, porque el boquete que existe á la izquierda para entrar en el santuario es tan bajo que no se puede penetrar en él sino á rastras. Conseguimos con suma dificultad introducimos y encender hachas, con lo que una infinidad de murciélagos, despertados por nuestra invasion, nos acometieron y pelearon, por decirlo así, para defender su territorio, y si la retirada hubiera sido facil, creo que hubiéramos retrocedido ante ellos: poco á poco se fué restableciendo el sosiego, y pudimos examinar aquellas estancias sepulcrales, escavadas y labradas en la peña viva: los ángulos estan tan limpios y las paredes tan tersas cual si los hubiera pulimentado el artífice en la cantera. Cinco visitamos, que comunicaban entre sí por medio de aberturas á las que se aplicaban, sin la menor duda, algunas piedras labradas en forma de puertas, que yacían por el suelo, y hacían presumir que cada estancia estaba cerrada y sellada cuando los nichos abiertos en las paredes para recibir los sarcófagos ó las urnas cinerarias estaban llenos. ¿Quiénes eran ó debían ser los habitantes de aquellas moradas dispuestas con tanto dispendio? Todavía está esto en duda;

muchas son las opiniones en punto á su origen; el interior, que es sencillo y grandioso, puede ascender á la mas remota antigüedad; nada determina su época. La escultura exterior parece de un trabajo harto acabado y de un gusto harto puro para pertenecer á los remotos tiempos de los reyes de Judea; pero desde que he visto á Balbek, mis ideas se han modificado mucho en punto á la perfeccion á que llegó el arte antes de las épocas conocidas.

« Proseguimos nuestro paseo por entre algunos olivares, y volviendo á bajar al valle de Josafat, subimos luego hácia el mediodia por los muros de Sion. — La sepultura de David, el santo cenáculo y la iglesia armenia que posee la piedra sellada en la entrada del Santo Sepulcro, nos determinaron á volver por esta puerta, *Bab el Daoud*; pero cuando quisimos visitar el subterráneo donde la tradicion pone los huesos del rey profeta, los Turcos se opusieron á ello y nos dijeron que estaba absolutamente prohibida la entrada: suponen que hay inmensas riquezas enterradas en esa sepultura real, que los extranjeros saben donde están, y que vienen con objeto de descubrirlas y robarlas.

« El santo cenáculo es una gran sala abovedada, sostenida por columnas y ennegrecida por el tiempo; si la vejez se admite como prue-

ba, presenta las señales de una remota antigüedad: situado sobre el monte Sion, fuera de los muros de la ciudad de entonces, seria muy posible que los discípulos se hubiesen retirado á él despues de la resurreccion, y que se hallasen reunidos allí en la época de Pentecostés, como aseguran las tradiciones populares. Aunque el saco de Jerusalem, en tiempo de Tito, no dejó en pie mas que las torres y una parte de las murallas, los solares quedaron suficientemente indicados, y los primeros cristianos debieron dar grande importancia á perpetuar su memoria por medio de construcciones sucesivas, en los mismos sitios, y muchas veces con los escombros de los antiguos monumentos; pero es inutil entrar en pormenores sobre Jerusalem, asunto sobre el cual está ya dicho cuanto hay que decir; solo añadiré cuatro palabras, en un todo independientes de los recuerdos religiosos, sobre el aspecto de aquella aldea de sepulcros (Siloa) que se me ha quedado impreso como un cuadro. Esta poblacion toda de Arabes salvages, que viven en cuevas y en grutas sepulcrales, ofreceria á un pintor una escena de las mas originales; — figúrese el lector, en el profundo valle de Siloa, unas cavernas que presentan sus aberturas como bocas de hornos puestos unos sobre otros, diseminados en la ladera de un peñasco, ó como secciones irre-

gulares de una colmena partida, y de estas cuevas sepulcrales, de esta morada de los muertos, saliendo, como fantasmas, seres vivos, hombres, mugeres, niños. — No sé si este asunto ha sido manejado por algun pintor, pero me parece que ofrece al pincel todos los contrastes y todas las armonias juntamente.

« El 26 de abril echamos las últimas miradas sobre Jerusalem, y tomamos tristemente el camino de Jafa. — Al entrar en el valle de Jeremias, llaman nuestra atencion los sonidos de una música agreste, y vemos á lo lejos toda una tribu árabe desfilando por la ladera del collado; — envio al dragoman á averiguar qué significa aquello, y vuelve á decirnos que toda aquella muchedumbre está reunida para el entierro de un caudillo, y que podemos avanzar sin recelo. — Luego nos cuenta que aquel caudillo habia muerto de repente la víspera en la caza, por haber respirado una planta venenosa; pero el caracter conocido de los Arabes de Naplusa, cuyo traje llevaban los que veíamos, nos hizo creer que mas bien habria sucumbido víctima de la animosidad de algun caudillo rival. — A pesar de sus hábitos guerreros y de su ademan imponente, la credulidad de estos sencillos pueblos se parece á la de los niños; todo lo maravilloso los cautiva y no escita en ellos la menor descon-

fianza. — Un Arabe amigo nuestro, hombre de mucha inteligencia y saber, nos ha asegurado muchas veces, en tono de conviccion, que un jeque del Líbano poseia el secreto de las mágicas palabras que se emplearon en los tiempos primitivos para remover las gigantescas moles de Balbek, pero que era demasiado buen cristiano para servirse nunca de ellas ó para divulgarlas. — Aceleramos el paso de nuestros caballos, y pronto alcanzamos á la procesion; en el centro iba el ataud sobre unas andas, cubierto con ricos paños, y encima de ellos puesto el turbante de los Osmanlis; varias mugeres árabes, desnudas hasta la cintura, con el cabello suelto sobre los hombros, los pechos acardenalados, los brazos en alto, precedian el cuerpo, dando alaridos, entonando lúgubres cánticos, retorciéndose las manos y arrancándose los pelos; unos músicos, tocando el *tanble* y el *dahiere*¹, acompañaban las voces con un sordo y continuo redoble. — Al frente de la procesion iba el hermano del difunto; su caballo, cubierto de hermosas pieles de angola, adornado con borlas de grana y oro que se mecian sobre la cabeza y el pecho, se ponía de manos asustado por el estruendo de aquella desacorde música; los sacerdotes, vestidos de

¹ Especie de tamboril.

gran gala, aguardaban la comitiva, delante de la puerta de un sepulcro coronado por una cúpula que sostenia una ligera columnata; — en frente se hallaba la iglesia arruinada, cuyo tejado, en forma de azotea, estaba cubierto de mugeres tapadas con largos velos blancos, semejantes á las sacerdotisas de los antiguos sacrificios, ó á las planideras de los monumentos de Memfis. — Cuando el gefe llegó á la sepultura, se apeó de su caballo y se echó en los brazos del gran sacerdote con vivas demostraciones de dolor; este le exhortó á someterse á la voluntad de Dios, y á mostrarse digno de suceder á su hermano en el mando de la tribu. Llegó entre tanto la comitiva, formóse al rededor del templete, y resonaron los cantos de muerte mas penetrantes que hasta entonces; — aquellas lúgubres pantomimas, aquella pompa fúnebre, aquellos himnos de desesperacion espresados en otra lengua, con otros ritos, nos parecen un vivo recuerdo de aquellas lamentaciones de que llenó Jeremias este mismo valle, y cuyo eco es todavía el mundo bíblico. »

.....

SALIDA DE JAJA.

La misma fecha.

Nos embarcamos con muy mal tiempo; las oleadas se estrellan en los peñascos levantando colinas de espuma; esperamos un momento detras de las peñas á que pase la marejada, y nos lanzamos á alta mar á fuerza de remos; las olas vuelven y nos levantan como un corcho; bajamos al abismo y perdemos de vista el bergantin y la playa. — Volvemos á subir y á bajar, y la espuma nos cubre con un velo de lluvia. — Al fin llegamos á los costados del buque, pero sus movimientos son tan recios que no nos atrevemos á acercarnos; — esperamos un momento favorable; nos tiran una cuerda, ponen la escalera y subimos al puente. El viento se vuelve contrario; permanecemos sobre dos anclas, espuestos á cada instante á naufragar si llega á romperlas el movimiento enorme de las olas. — Horas de angustias físicas y morales en aquel horrible vaiven; por la tarde y por la noche el viento silba, como en un órgano, entre los palos y las jarcias;

gran gala, aguardaban la comitiva, delante de la puerta de un sepulcro coronado por una cúpula que sostenia una ligera columnata; — en frente se hallaba la iglesia arruinada, cuyo tejado, en forma de azotea, estaba cubierto de mugeres tapadas con largos velos blancos, semejantes á las sacerdotisas de los antiguos sacrificios, ó á las planideras de los monumentos de Memfis. — Cuando el gefe llegó á la sepultura, se apeó de su caballo y se echó en los brazos del gran sacerdote con vivas demostraciones de dolor; este le exhortó á someterse á la voluntad de Dios, y á mostrarse digno de suceder á su hermano en el mando de la tribu. Llegó entre tanto la comitiva, formóse al rededor del templete, y resonaron los cantos de muerte mas penetrantes que hasta entonces; — aquellas lúgubres pantomimas, aquella pompa fúnebre, aquellos himnos de desesperacion espresados en otra lengua, con otros ritos, nos parecen un vivo recuerdo de aquellas lamentaciones de que llenó Jeremias este mismo valle, y cuyo eco es todavía el mundo bíblico. »

SALIDA DE JAJA.

La misma fecha.

Nos embarcamos con muy mal tiempo; las oleadas se estrellan en los peñascos levantando colinas de espuma; esperamos un momento detras de las peñas á que pase la marejada, y nos lanzamos á alta mar á fuerza de remos; las olas vuelven y nos levantan como un corcho; bajamos al abismo y perdemos de vista el bergantin y la playa. — Volvemos á subir y á bajar, y la espuma nos cubre con un velo de lluvia. — Al fin llegamos á los costados del buque, pero sus movimientos son tan recios que no nos atrevemos á acercarnos; — esperamos un momento favorable; nos tiran una cuerda, ponen la escalera y subimos al puente. El viento se vuelve contrario; permanecemos sobre dos anclas, espuestos á cada instante á naufragar si llega á romperlas el movimiento enorme de las olas. — Horas de angustias físicas y morales en aquel horrible vaiven; por la tarde y por la noche el viento silba, como en un órgano, entre los palos y las jarcias;

el buque bata como un carnero que hiriese la tierra con los cuernos; la popa se hunde en el mar y parece próxima á sumergirse siempre que llega la marejada y levanta la popa. — Oímos los gritos de los marineros árabes de algunos otros barcos, que han llevado á Jerusalem á los pobres peregrinos griegos. Aquellos pequeños barcos, cargados algunos de dos ó trescientas mugeres y niños, intentan dar la vela para huir de la costa; algunos pasan junto á nosotros; las mugeres lanzan gritos tendiéndonos las manos; las oleadas los sacuden como una pelota. — Algunos de aquellos barcos consiguen alejarse de la costa: — dos son arrojados á los bajos de la rada por la parte de Gaza; nuestras anclas ceden, y somos arrastrados hacia las peñas del puerto interior: el capitán hace echar otra. El viento calma, se vuelve un poco á nuestro rumbo, y huimos, con un cielo gris y brumoso, hacia el golfo de Damieta; perdemos de vista toda tierra; navegamos con mucha presteza, pero el capitán y el teniente descubren con angustia signos precursores de una tempestad, que estalla enfín al anochecer; el viento refresca por horas, las olas parecen montañas; el buque resuena como si se rajara, todas las jarcias silban y vibran á impulso de los vendabales como fibras de metal; — aquellos agudos y lastimeros sonos se

parecen á los lamentos de las mugeres griegas en las exequias de sus muertos; recogemos todas las velas; el buque rueda de uno á otro abismo, y cada vez que cae sobre el costado, parece que sus palos se derrumban en el mar como árboles tronchados, y las aguas saltan al embate y cubren el puente; todos, escepto la tripulación y yo, han bajado á los entrepuentes; se oyen los gemidos de los enfermos y el bamboleo de las cajas y de los muebles que se golpean en el interior del bergantín; el mismo bergantín, á pesar de su rara solidez, parece que va á rajarse. El batir de las olas en la popa retumba como una salva de cañonazos; á las dos de la mañana, la tempestad arrecia todavía; me ato con cuerdas al palo mayor, para que no me arrastren las oleadas, cuando el puente se vence casi perpendicularmente. Embozado en mi capa, contemplo aquel sublime espectáculo, y bajo de cuando en cuando al entrepuente para tranquilizar á mi muger que está tendida en su hamaca. El teniente, en medio de aquella horrible tormenta, no deja la faena mas que para pasar de un camarote á otro y llevar á cada cual los auxilios que exige su situación; — hombre de hierro para el peligro y corazón de muger para la compasión; — así se pasa toda la noche. La salida del sol de que no nos apercibimos sino en vista de la mus-

tia claridad que se estiende sobre las olas y en las nubes confundidas, lejos de disminuir la fuerza del viento, parece que la arrecia; vemos venir, desde tan lejos como alcanza la vista, colinas de agua espumante detras de otras colinas. Mientras pasan, el bergantin voltea en todos sentidos, agoviado por una, levantado por otra, impelido á cada instante en una direccion nueva; hunde la proa como si fuera á sumergirse, y las olas le embisten por la popa y le cruzan en toda su longitud; de cuando en cuando se levanta: la mar, aplanada por el viento, parece á veces que no tiene olas y que no es mas que un campo de espumantes remolinos; luego empiezan las oleadas, y el buque va dando tumbos de precipicio en precipicio. En estas horribles alternativas se pasa el dia; el capitan me consulta: las costas de Egipto son muy bajas y el viento puede echarnos á ellas sin haberlas visto; las costas de Siria no tienen rada ni puerto; es preciso resolverse á ponerse al paio en medio de este mar, ó seguir el viento que nos impele hácia Chipre. Allí tendríamos una rada y un asilo, pero estamos á mas de ochenta leguas de ese punto; mando enderezar la barra del timon hácia la isla de Chipre, el viento nos hace navegar tres leguas por hora, pero la mar no se sosiega. Algunas gotas de caldo frio sostienen las fuerzas de mi

muger y de mis compañeros, que siguen tendidos en sus hamacas; yo tambien como algunos pedazos de bizcocho y fumo con el capitan y el teniente, siempre en la misma actitud sobre cubierta, junto á la vitácora, asido á las jarcias que me sostienen contra los embates del viento. La noche se echa encima, mas horrible todavía; los nubarrones pesan sobre el mar, todo el horizonte arde en relámpagos, todo es fuego en derredor nuestro; las crestas de las olas confundidas con las nubes parece que fulminan rayos; tres caen junto á nosotros, y uno en el momento en que una ola colosal tumba el bergantin de costado; las vergas se hunden en el agua, los palos golpean las olas, y la espuma que hacen botar se lanza como una capa de fuego rasgada cuyos girones dispersa el viento, semejantes á serpientes de llama: toda la tripulacion lanza un grito; parece que nos precipitamos en el crater de un volcan; — aquel fué el efecto de tempestad mas tremendo y admirable que vi en aquella larga noche; nueve horas pasamos así; á cada minuto creemos ver nuestros mástiles inflamados caer sobre nosotros y abrasar la nave. — Por la mañana, el cielo aparece menos cargado, pero el mar semeja una hirviente lava; el viento, que se aplanaba un poco y que ya no sostiene el buque, hace mas pesado el balance: — debemos hallar-

nos á treinta leguas de la isla de Chipre. A las once empezamos á ver tierra, y de hora en hora va blanqueando mas : estamos en frente de Limasol, uno de los puertos de aquella isla ; navegamos á todo trapo ; la mar va sosegándose mas y mas, y seguimos la direccion de las costas á dos leguas de la playa, buscando la rada de Larnaca, donde ya vemos los mástiles de muchos buques que han buscado en ella un refugio, como nosotros ; el viento recobra su furia y en pocos instantes nos impele á aquel asilo ; el impulso del buque es tan recio que tememos que se nos rompan los cables al echar el ancla, pero al cabo la echamos, garra algunas brazas y muerde el fondo. Nos hallamos en una mar todavía picada, pero cuyas olas no hacen mas que mecernos sin peligro ; veo los mástiles del pabellon de los cónsules europeos de Chipre que nos saludan, y la azotea del consulado de Francia, donde nuestro amigo, M. Bottu, nos hace seña de reconocimiento : todos se quedan á bordo : — mi muger no podria volver á ver, sin desgarrársele el corazon, á aquella excelente y feliz familia de M. Bottu que, hace quince meses, la agasajó tanto cuando ella tambien era feliz.

Salto en tierra con el capitan ; recibo de M. y Madama Bottu, de los señores Perthier y Guillois, jóvenes Franceses agregados al consulado, las

muestras de bondad y afecto que aguardaba de ellos ; visito al señor Mathei, banquero griego á quien voy recomendado ; enviamos provisiones de todo género á bordo, y á ellas añade el señor Mathei regalos de vinos de Chipre y carneros de Siria. Mientras recorro las cercanías del pueblo con M. Bottu, vuelve á empezar la tempestad ; ya no se puede comunicar con los buques fondeados en la rada : las olas cubren los muelles y lanzan su espuma hasta las ventanas de las casas ; — paso una noche horrible asomado á la ventana de mi cuarto, en el consulado de Francia, mirando el bergantin donde está mi muger, bamboleada en la rada por inmensas oleadas, temblando á cada instante de que garren las anclas y arrojen el buque en los arrecifes con todo lo que me resta de mi felicidad en este mundo.

A la tarde siguiente, el mar se calma enfin ; volvemos á bordo, y pasamos tres horas en la rada aguardando mejores vientos, y visitados sin cesar por el señor Mathei y M. Bottu. Este joven y amable consul era de todos los agentes franceses en Oriente el que mas cordialmente recibia á sus compatriotas, y mas honraba el nombre de su nacion ; yo le estaba agradecísimo por lo mucho que me había agasajado las dos veces que estuve en Chipre ; era feliz, rodeado de una esposa cara á su corazon, y de hijos que formaban

toda su delicia : — ahora me dicen que la muerte le hirió pocos días después de nuestra partida ; su empleo era el único caudal de su familia, y él consagraba ese caudal todo entero á llenar sus deberes de consul : su pobre viuda y sus interesantes hijos se hallan ahora á merced de la Francia, á la que supo servir y honrar. — ¡Ojalá piense en ellos la Francia acordándose de él !

30 de abril 1833.

Damos la vela con vientos variables, y empleamos tres días en doblar la punta occidental de la isla dando bordadas hacia tierra. — Vemos el monte Olimpo, y Pafos y Amatonte : — hechicero aspecto de las costas y de las montañas de Chipre por este lado ; — esta isla sería la mas hermosa colonia del Asia-Menor ; en el día no tiene mas que treinta mil almas y podría sustentar y enriquecer millones de hombres ; cultivable en todos sus puntos, fecunda, regada, con raras y puertos naturales en todos sus costados ; colocada entre la Siria, la Caramania, el Archipiélago, el Egipto y las costas de Europa, sería el jardín del mundo.

5 de mayo 1833.

Esta mañana descubrimos las primeras cimas de la Caramania, y el monte Tauro á lo lejos, — cimas desiguales y cubiertas de nieve como los Alpes vistos desde Leon : — vientos suaves y variables ; — noches bellísimas ; — cielo espléndido tachonado de estrellas. — Entramos de noche en el golfo de Satalia : — aspecto de este golfo semejante á un mar interior : — el viento se aplana : — el buque duerme como sobre un lago ; — á cualquier lado que se vuelva la vista, cae sobre el montañoso engarce de las bahías : — planos de montañas de todas las formas y alturas huyen unos detrás de otros, dejando á veces entre sus desiguales cimas altos valles donde nada la plateada luz de la luna ; — blancos vapores se deslizan sobre sus laderas, y sus crestas se pierden entre olas de pálida púrpura : — detrás se alzan las angulosas cimas del Tauro con sus dientes de nieve : — algunos cabos bajos y frondosos se prolongan de trecho en trecho dentro del mar, y pequeñas islas, semejantes á buques al ancla, se destacan á veces de la orilla : — un profundo silencio reina en el mar y en la

tierra: — no se oye mas que el ruido que hacen los delfines lanzándose de cuando en cuando del seno de las aguas para triscar como cabritillos en un prado; las olas tersas y jaspeadas de plata y oro parecían istriadas como columnas jónicas tendidas por el suelo: — el bergantin no experimenta la menor oscilacion; á media noche se alza una brisa de tierra que nos hace salir lentamente del golfo de Satalia y rasar las costas del Asia Menor hasta la altura de Castelrozzo. — Entramos en todos los golfos, y casi tocamos la costa: — las ruinas de esta tierra que formaba varios reinos, el Ponto, la Capadocia, la Bitinia, tierra vacía y solitaria ahora, se dibujan sobre los promontorios; los valles y los llanos están cubiertos de selvas, donde los Turcomanos plantan sus tiendas en invierno: — en verano todo está desierto, escepto algunos puntos de la costa, como Tarsus, Satalia, Castelrozzo y Marmorizza, en el golfo de Macri.

Mayo 1855.

La corriente que reina á lo largo de la Carmania nos impele hácia la punta de este continente y al desembocadero del golfo de Macri;

durante la noche, damos bordadas para acercarnos á la isla de Rodas; — el capitán, temiendo la proximidad de la costa de Asia con el viento de oeste que empieza á soplar, nos echa á alta mar: — nos despertamos casi á la vista de Rodas. Vemos á corta distancia nuestro bergantin de conserva el *Alceste*, pero el calmazo nos impide acercarnos á él en todo el día; — al anochecer, una fresca ventolina nos interna en el golfo de Marmorizza, y al rayar el día fondeamos en el puerto de Rodas.

Mayo, 1855.

Pasamos tres días recorriendo las cercanías de Rodas: — sitios bellísimos en las laderas de la montaña que mira al Archipiélago. Al cabo de dos horas de marcha por la playa, entro en un valle al que dan sombra hermosos árboles y que riega un arroyuelo; siguiendo las orillas del arroyo trazadas por los oleandros, llego á una reducida meseta que forma el último escalon del valle, donde hay una casita habitada por una pobre familia griega; — la casa, casi enteramente cubierta por las ramas de las higueras y de los naranjos, tiene, en su huerto, las ruinas de un

templete de las ninfas, una gruta y algunas columnas y capiteles esparcidos, medio tapados por la yedra y las raíces de los arbustos; encima hay una praderita de dos ó trescientos pasos de anchura, con una fuente, donde crecen dos ó tres sicomoros, uno de los cuales da sombra él solo á toda la pradera: — este es el árbol sagrado de la isla; los Turcos le respetan, y por haber un día un pobre labrador griego cortado una rama de aquel árbol, el bajá de Rodas le hizo dar una paliza. No es cierto que los Turcos degraden la naturaleza ó las obras del arte; todo lo dejan como está; su único medio de arruinarlo todo es no mejorar nada. Encima de la pradera y de los sicomoros, las colinas que se alzan verticalmente ostentan pinares y abundan en torrentillos que abren barrancas en sus faldas; luego las altas montañas de la isla señorean y dan sombra á las colinas, al prado y á la fuente. Desde las orillas de la fuente, donde estoy tendido, veo, por entre las ramas de los pinos y de los sicomoros, el mar del Archipiélago de Asia, que parece un lago sembrado de islas, y los profundos golfos que se internan entre las altas y sombrías montañas de Macri, todas coronadas de almenas de nieve; no oigo mas que el rumor de la fuente, el del viento en las hojas, el vuelo de un *bulbul* (ruiseñor) asustado de mi presencia, y el triste canto de la

labradora griega que está cunando á su hijo en el techo de su cabaña. — ¡Cuan delicioso me hubiera parecido este sitio hace seis meses!

Encuentro en un sendero de las altas montañas de Rodas á un caudillo chipriota, vestido á la Europea, pero con gorro griego y larga barba blanca. Le reconozco; se llama Teseo; es sobrino del patriarca de Chipre, y se ha distinguido en la guerra de la independencia. De vuelta en Chipre despues de la pacificación de la Morea, su nombre, su talento, su actividad le han ganado la poblacion griega de Chipre. En la época del levantamiento que hubo en esta isla, los montañeses se pusieron á sus órdenes; empleó su influjo para sosegarlos, y despues de haber obtenido, de acuerdo con M. Bottu, el consul de Francia, la reparacion de algunas ofensas, dispersó su gente y se refugió en el consulado de Francia para sustraerse á la venganza de los Turcos. Un buque griego le ha traído á Rodas, donde no está en seguridad; le ofrezco un camarote en uno de mis bergantines, donde en efecto se refugia. — Le llevaré á Constantinopla, á Grecia ó á Europa, como quiera. Es un hombre que constantemente ha jugado su vida y su hacienda contra el destino, — hombre lleno de ingenio y de audacia, que habla todas las lenguas, conoce todos los paises, tiene una conversacion amena

é inagotable y en quien la accion es tan rápida como el pensamiento; uno de esos hombres, cuya naturaleza es el movimiento, y que se elevan, como los pájaros de las tempestades, con el torbellino de las revoluciones para caer con ellas. La naturaleza forma pocas almas de este temple: — los hombres de esta disposicion son generalmente desgraciados; se los teme, se los persigue; serian admirables instrumentos si se supiese emplearlos bien. — Envio una barea á Marmorizza con un joven griego que se quedará á esperar mis caballos y dará orden á mis saís de que vayan á reunirse conmigo en Constantinopla. Nos decidimos á ir por mar, visitando las islas de la costa de Asia y las orillas del continente.

Damos la vela á media noche con buen viento; doblamos el cabo Krio en la tarde del primer día: — hermosa y dulce navegacion entre las islas de Piscopia, de Nisyra y la isla encantada de Cos, patria de Esculapio. Despues de Rodas, Cos me parece la isla mas risueña y graciosa de este archipiélago; — bellisimas aldeas, sombreadas por hermosos plátanos, ciñen sus márgenes; la ciudad es alegre y muy elegante. Por la tarde, nos hallamos como extraviados con nuestros dos bergantines, en medio de un laberinto de islitas desiertas, todas alfombradas de espesa y alta verdura; hay entre ellas lindisimos canales, y casi

todas tienen pequeñas ensenadas donde podrian fondear los buques: — ¡qué de encantadoras moradas para los hombres que se quejan de que les falta espacio en Europa! Estas islas tienen el clima y la fertilidad de Rodas y de Cos: un inmenso continente está á dos leguas; damos bordadas sin fin entre este continente y esas islas, y vemos al sol brillar sobre las grandes ruinas de las ciudades griegas y romanas del Asia Menor. Al dia siguiente nos despertamos en el estrecho Boghaz de Samos, entre esta isla y la de Icaria; la alta montaña que forma casi sola la isla de Samos, está sobre nuestras cabezas, cubierta de peñascos y de pinares; en medio de esas peñas vemos mugeres y niños. La poblacion de Samos, sublevada en este momento contra los Turcos, se ha refugiado en la montaña; los hombres están armados en la ciudad y en las costas. Samos es una montaña del lago de Lucerna, iluminada por el cielo de Asia; solo un angosto canal la separa del continente. Una tempestad nos sorprende en el golfo de Scala-Nova, no lejos de las ruinas de Efeso; entramos por la mañana en el canal de Scio, y buscamos un asilo en la rada de Tcheshmé, célebre por la destruccion de la armada otomana por Orloff. La bellísima isla de Scio se estiende como una verde colina al otro lado de un gran rio; sus casas blancas, sus ciuda-

des, sus aldeas, agrupadas en las umbrosas cumbres de sus collados, brillan entre los naranjos y los pámpanos; lo que subsiste anuncia una inmensa prosperidad reciente y una numerosa población. El régimen turco, salva la servidumbre, no había podido sofocar la índole activa, industriosa, mercantil, cultivadora de las poblaciones griegas de estas hermosas islas; no conozco nada en Europa que presente mayor aspecto de riqueza que Scío; es un jardín de sesenta leguas de circuito.

VIAGE DE UN DIA

A LAS RUINAS Y A LAS AGUAS MINERALES DE
TCHESMÉ.

La mar se ha serenado y damos la vela con rumbo á Esmirna: — día de viento favorable, empleado en seguir lentamente la costa de Scío. — Los bosques bajan hasta la orilla del mar; — todos los golfos tienen sus ciudades fortificadas con sus puertos llenos de buques menores; — la menor ensenada tiene su aldea; — una innumerable multitud de pequeñas velas rasan las al-

deas, llevando matronas y doncellas griegas que van á sus iglesias; en todas las cumbres, en todas las gargantas de las colinas, se ve blanquear una iglesia ó un lugarcillo; doblamos la punta de la isla, y hallamos un contra-viento que nos impele al golfo de Esmirna; hasta la noche disfrutamos del aspecto de los hermosos bosques y de los grandes pueblos alpinos que lindan con la costa occidental del golfo; altas murallas almenadas coronan la parte superior de la ciudad, y hermosas campiñas llenas de arbolados se estienden á la izquierda hasta las montañas. — Allí corre el río Melés; el recuerdo de Homero anima para mí todas las riberas de Esmirna; busco con los ojos aquel árbol en la orilla del río, desconocido entonces, donde la pobre esclava depuso su fruto entre los juncos; aquel niño debía llevarse un día en su eterna gloria el nombre del río, y el continente y las islas. Aquella imaginación, que el cielo daba á la tierra, debía reflejar para nosotros toda la antigüedad divina y humana. Homero nació abandonado en la orilla de un río, como el Moisés de la poesía; vivió miserable y ciego como aquellas encarnaciones de las Indias, que atravesaban el mundo con ropas de mendigos, y á quienes no se reconocía por dioses hasta después de su paso. La erudición moderna afecta no ver un hombre, si-

des, sus aldeas, agrupadas en las umbrosas cumbres de sus collados, brillan entre los naranjos y los pámpanos; lo que subsiste anuncia una inmensa prosperidad reciente y una numerosa población. El régimen turco, salva la servidumbre, no había podido sofocar la índole activa, industriosa, mercantil, cultivadora de las poblaciones griegas de estas hermosas islas; no conozco nada en Europa que presente mayor aspecto de riqueza que Scío; es un jardín de sesenta leguas de circuito.

VIAGE DE UN DÍA

A LAS RUINAS Y A LAS AGUAS MINERALES DE
TCHESMÉ.

La mar se ha serenado y damos la vela con rumbo á Esmirna: — día de viento favorable, empleado en seguir lentamente la costa de Scío. — Los bosques bajan hasta la orilla del mar; — todos los golfos tienen sus ciudades fortificadas con sus puertos llenos de buques menores; — la menor ensenada tiene su aldea; — una innumerable multitud de pequeñas velas rasan las al-

deas, llevando matronas y doncellas griegas que van á sus iglesias; en todas las cumbres, en todas las gargantas de las colinas, se ve blanquear una iglesia ó un lugarcillo; doblamos la punta de la isla, y hallamos un contra-viento que nos impele al golfo de Esmirna; hasta la noche disfrutamos del aspecto de los hermosos bosques y de los grandes pueblos alpinos que lindan con la costa occidental del golfo; altas murallas almenadas coronan la parte superior de la ciudad, y hermosas campiñas llenas de arbolados se estienden á la izquierda hasta las montañas. — Allí corre el río Melés; el recuerdo de Homero anima para mí todas las riberas de Esmirna; busco con los ojos aquel árbol en la orilla del río, desconocido entonces, donde la pobre esclava depuso su fruto entre los juncos; aquel niño debía llevarse un día en su eterna gloria el nombre del río, y el continente y las islas. Aquella imaginación, que el cielo daba á la tierra, debía reflejar para nosotros toda la antigüedad divina y humana. Homero nació abandonado en la orilla de un río, como el Moisés de la poesía; vivió miserable y ciego como aquellas encarnaciones de las Indias, que atravesaban el mundo con ropas de mendigos, y á quienes no se reconocía por dioses hasta después de su paso. La erudición moderna afecta no ver un hombre, si-

no un tipo, en Homero; esta es una de esas cien mil sabias paradojas en que los hombres quieren combatir la evidencia de su instinto íntimo; para mí Homero es un solo hombre, un hombre que tiene el mismo acento en la voz, las mismas lágrimas en el corazón, los mismos colores en la palabra; admitir una raza de hombres homéricos me parece más difícil que admitir una raza de gigantes. — La naturaleza no produce sus prodigios por series; produce á Homero, y desafía á los siglos á que produzcan un conjunto tan perfecto de razón, de filosofía, de sensibilidad y de genio.

Bajo á Esmirna para recorrer la ciudad y las cercanías con M. Salzani, banquero y comerciante de Esmirna, hombre tan bondadoso como amable é instruido; por espacio de tres días abuso de su bondad; todas las noches volvemos á dormir á bordo de nuestro bergantin. Esmirna no corresponde en nada á lo que espero de una ciudad de Oriente; es Marsella en la costa del Asia Menor, — vasta y elegante factoría donde los cónsules y los comerciantes europeos pasan la vida de París y de Londres: la vista del golfo y de la ciudad es hermosa desde lo alto de los cipreses de la montaña; en bajando, hallamos á la orilla del río, que me complazco en tomar por el Melés, un sitio encantador, no lejos de una puerta de la ciudad: este sitio es el puente de

las caravanas; el río es un límpido arroyo que duerme bajo la apacible bóveda de los sicomoros y de los cipreses; nos sentamos en sus orillas, y unos Turcos nos traen pipas y café; si estas aguas han oído los primeros vagidos de Homero, yo gozo en oírlas murmurar dulcemente entre las raíces de las plantas; las llevo á mis labios, layo con ella mi abrasada frente. — ¡Ojalá renazca para el mundo de Occidente el hombre que debe hacer el poema de su historia, de sus devaneos y de su cielo! un poema así es el sepulcro de los tiempos pasados, adonde el porvenir va á adorar las tradiciones muertas y á eternizar por su culto los grandes actos y los grandes pensamientos de la humanidad; el que le construye graba su nombre al pie de la estatua que erige al hombre, y vive en todas las imágenes con que ha llenado el mundo de las ideas.

Esta tarde me han llevado á casa de un anciano que vive solo con dos criados griegos, en una casita en el muelle de Esmirna: la escalera, el zaguan y los cuartos están llenos de restos de escultura, de planos de Atenas en relieve y de fragmentos de mármol y de pórfido: — este anciano es M. Fauvel, nuestro antiguo consul en Grecia; echado de Atenas, que había llegado á ser su patria, y cuyo polvo había barrido toda su vida, como un hijo, para volver su estatua al

mundo, vive ahora pobre y desconocido en Esmirna, adonde se ha traído sus dioses, y donde les tributa un culto de todas las horas: M. de Chateaubriand le vió, en su juventud, feliz en medio de las admirables ruinas del Partenon; yo le veía viejo y desterrado, y herido por la ingratitud de los hombres, pero firme y alegre en la desgracia, y lleno de aquella filosofía natural que hace sobrellevar con paciencia el infortunio á los que han hecho su fortuna en su corazón; pasé una hora de olvido deliciosa escuchando á aquel excelente anciano. — Hallé en Esmirna á un joven de talento que conocí en Italia, M. Deschamps, redactor del diario de Esmirna; los restos del San-Simonismo habían sido arrojados por la tempestad á Esmirna; reducidos al último trance, soportan sus reveses con la resignación y la constancia de una convicción firme. — No se debe juzgar de las ideas nuevas por el desden que inspiran al siglo: todos los grandes pensamientos son recibidos como extranjeros en este mundo; el san-simonismo tiene en sí algo de verdadero, de grande y de fecundo; la aplicación del cristianismo á la sociedad política; la legislación de la fraternidad humana: bajo este punto de vista, soy san-simoniano: no es la idea lo que ha faltado á esta secta eclipsada, pero no muerta; tampoco le han faltado los discípulos;

lo que le ha faltado, en mi concepto, es un gefe, un maestro, un regulador; no dudo que si un hombre de genio y de virtud, un hombre juntamente religioso y político, confundiendo los dos horizontes en una sola mirada profunda, se hubiera hallado á la cabeza de esta idea naciente, la hubiera convertido en una poderosa realidad; los tiempos de anarquía de ideas son estaciones favorables para la germinación de los pensamientos fuertes y nuevos; la sociedad, á los ojos del filósofo, está en un momento de derrota; no tiene ni dirección, ni objeto, ni gefe; está reducida al instinto de conservación; una secta religiosa, social y política que tuviese un símbolo, una bandera, un objeto, un gefe, una mente, y que caminase compacta y derecha en medio de estas filas desbandadas, conseguiría inevitablemente la victoria; pero era preciso traerle á la sociedad su salvación y no su ruina, no atacar en ella mas que lo que la perjudica y no lo que la sirve, convertir la religión á la razón y al amor, la política á la fraternidad cristiana, la propiedad á la caridad y á la utilidad universales, su único título y su única base; — un legislador les ha faltado á esos jóvenes llenos de celo, devorados por una necesidad de fé, pero á quienes han predicado dogmas insensatos; los organizadores del San-Simonismo han tomado por pri-

UNIVERSIDAD DE MONTANER
BIBLIOTECA DE MONTANER
"ALFONSO DE MONTANER"
Año 1625 MONTANER, MEXICO

mer símbolo : Guerra á muerte entre la familia, la propiedad, la religion y nosotros! — y por fuerza debian perecer; no se conquista el mundo con la fuerza de una palabra, se le convierte se le agita, se le cambia; mientras que una idea no es práctica, no es presentable al mundo social; la humanidad procede de lo conocido á lo desconocido, pero no de lo conocido á lo absurdo. — Algun día se consumarán grandes revoluciones, de que ya se ven señales en la tierra y en el cielo, y los san simonianos han sido una de ellas; estos se disolverán como corporacion, y formarán mas adelante, como individuos, jefes y soldados del nuevo ejército.

15 de mayo.

Salimos á toda vela del golfo de Esmirna y al llegar á la altura de Vourla, dando una bordada en la embocadura del golfo, encalla el bergantin en un banco de arena por torpeza del piloto griego; el buque recibe una sacudida que hace temblar los mástiles, y queda inmovil á tres leguas de tierra: — todos subimos al puente: — momento de serena y solemne ansiedad en que tantas vidas aguardan su sentencia del logro in-

cierto de las maniobras que se intentan; reina un completo silencio: — ni una señal de terror: ¡el hombre es grande en las grandes circunstancias! al cabo de algunos minutos de esfuerzos impotentes, nos favorece el viento y nos hace girar sobre la quilla; el bergantin se desprende y no se declara ninguna vía de agua: — entramos en alta mar; á nuestra derecha está la isla de Mitilene: — dia delicioso: — nos acercamos al canal que separa la isla del continente, — pero el viento se aplana: — las nubes se amontonan en alta mar; al anochecer, el viento se escapa de aquellos nubarrones con el rayo: — furiosa tempestad: — oscuridad total: — los dos bergantines se hacen señas, y buscan la rada de Foglieri, la antigua Focea, entre los peñascos que forman la punta norte del golfo de Esmirna: en dos horas, la fuerza del viento nos echa á diez leguas á lo largo de la costa: á cada instante cae y silba el rayo en las olas: el cielo, el mar y los retumbantes peñascos de la costa se ven iluminados por relámpagos que suplen la luz del dia, y nos muestran de cuando en cuando nuestro rumbo; los dos bergantines se tocan casi, y temblamos de que se estrellen uno contra otro; en fin, una maniobra, atrevida en alta mar, nos hace tomar la estrecha embocadura de la rada de Focea; oimos bramar á derecha é izquierda las olas

sobre las peñas; un descuido del timonero podría hacernos pedazos en ellas; todos estamos mudos sobre cubierta, aguardando á que se declare nuestra suerte; no vemos nuestros propios mástiles, tan oscura es la noche; de repente sentimos que el bergantin se desliza sobre una superficie inmovil; algunas luces brillan al rededor nuestro en los contornos del golfo en que afortunadamente hemos entrado; echamos el ancla sin saber donde: — el viento ruge toda la noche en nuestros mástiles y en nuestras vergas como si fuera á arrancarlos, pero la mar está inmovil.

Delicioso golfo de la antigua Focea, de media legua de circuito, abierto como una fortaleza circular entre graciosas colinas cubiertas de casas revocadas de colorado, de cabañas bajo los olivos de huertos, de emparrados y sobre todo de magníficos campos de cipreses á cuyo pie se ven las blancas sepulturas de los cementerios turcos: — bajamos á tierra: — visitamos las ruinas de la ciudad que produjo á Marsella. Nos reciben con sumo agasajo en dos casas turcas, y pasamos el dia en sus jardines de naranjos. — La mar se calma al tercer dia, y salimos á media noche del puerto natural de Focea.

47 de mayo 1833.

Hemos seguido todo el dia el canal de Mitilene, donde estuvo Lesbos. — Recuerdo poético de la única muger de la antigüedad cuya voz ha sido bastante robusta para atravesar los siglos. Solo quedan algunos versos de Safo, pero esos versos bastan para probar un ingenio de primer orden: — un fragmento del brazo ó del torso de Fidias nos revela la estatua toda entera: el corazon de donde han fluido las estancias de Safo debia ser un abismo de pasion y de imágenes. — La isla de Lesbos es mas hermosa todavía á mis ojos que la isla de Scio. Los grupos de sus altas y verdes montañas cubiertas de pinabetes, son mas altas y pintorescas: la mar se insinua mas profundamente en su ancho golfo interior: los grupos de sus colinas que penden sobre la mar y ven el Asia de tan cerca, están mas solitarios, son mas inaccesibles; en vez de aquellas numerosas aldeas que pueblan los huertos de Scio, solo rara vez se ve el humo de una cabaña griega alzarse entre las copas de los castaños y de los cipreses, y algunos pastores en la punta de un peñasco, apacentando grandes rebaños de cabras blancas.

— Por la tarde doblamos, con viento próspero, la estremidad norte de Mitilene, y vemos en el horizonte delante de nosotros, en la rosada bruma del mar, dos manchas negras, — Lemnos y Ténedos.

La misma fecha.

Son las doce de la noche: el mar está límpido como un espejo, y el bergantin resbala como una sombra inmóvil sobre la resplandeciente superficie: Ténedos sale de las olas á nuestra izquierda y nos oculta la mar; á nuestra derecha, y muy cerca de nosotros, se estiende, como una barra negruzca, la playa baja y desigual de la llanura de Troya. La luna llena que se alza en la cumbre del monte Ida, manchado de nieve, derrama una serena y dudosa luz sobre las cimas de las montañas, sobre las colinas y sobre el llano, y luego va á herir el mar y le hace brillar hasta la sombra de nuestro bergantin, como un espléndido camino donde no osan resbalar las sombras. Distinguimos los túmulos que la tradición designa como las sepulturas de Patroclo y de Hector. La luna ancha y colorada que rasa las ondulaciones de las colinas, semeja el sangriento

escudo de Aquiles; ninguna luz se distingue en toda aquella costa mas que una hoguera lejana encendida por los pastores en una ladera del Ida; ningun rumor se oye mas que el latido de la vela que no tiene viento y que el vaiven del mastil hace resonar de cuando en cuando contra la verga; todo parece muerto como lo pasado en aquella escena descolorida y muda. Inclinado sobre los obenques del buque, veo aquella tierra, aquellas montañas, aquellas ruinas, aquellas sepulturas, salir, como la sombra evocada de un mundo acabado, aparecer, del seno del mar, con sus formas vaporosas y sus contornos indecisos, á los dormidos y silenciosos rayos del astro de la noche, y desvanecerse á medida que la luna se hunde detras de las cimas de otras montañas. Esto es una hermosa página mas del poema homérico; es el fin de toda historia y de todo poema; — nuevas sepulturas, ruinas sin nombre cierto, una tierra pelada y sombría, iluminada confusamente por astros inmortales; — y nuevos espectadores pasando indiferentes por delante de aquellas riberas, y repitiendo por milésima vez el epitafio de todas las cosas: Aquí yacen un imperio, una ciudad, un pueblo, unos heroes: ¡solo Dios es grande! y el pensamiento que le busca y que le adora es el único que no perece.

No experimento ningun deseo de ir á visitar mas de cerca y de dia los dudosos restos de las ruinas de Troya; mas me gusta esta aparicion nocturna que permite al pensamiento poblar nuevamente estos desiertos y que no se ilumina mas que con la pálida antorcha de la luna y con la poesía de Homero; ademas ¿qué me importan Troya y sus dioses y sus heroes? Esta página del mundo heróico es una página vuelta para siempre.

Empieza á soplar el viento de tierra, y de él nos aprovechamos para irnos acercando á los Dardanelos. Ya varios buques mayores que buscan, como el nuestro, esta difícil entrada, se acercan á nosotros; sus grandes velas grises como las alas de los pájaros nocturnos resbalan en silencio entre nuestro bergantin y Tenedos; bajo á los entrepuentes y me duermo.

18 de mayo 1855.

Me despierto al amanecer; oigo el rápido surcar del buque y el vivo oleage de la mañana que resuena como los trinos de los pajarillos al redor de los costados del bergantin; abro la tronera, y veo, sobre una cordillera de colinas ba-

jas y combas, los castillos de los Dardanelos con sus murallas blancas, sus torres y las inmensas bocas de sus cañones; el canal no tiene arriba de una legua de anchura en este punto; serpentea, como un hermoso rio, entre la costa de Asia y la costa de Europa, perfectamente semejantes. Los castillos cierran este mar, como las dos hojas de una puerta, pero en el estado presente de la Turquía y la Europa, es facil forzar el paso por mar, ó efectuar un desembarque y tomar los castillos por la espalda; el paso de los Dardanelos no es inespugnable sino defendido por los Rusos.

La corriente rapidísima nos hace pasar, como una flecha, por delante de Gallipoli y de las aldeas que ciñen el canal; vemos las islas del mar de Mármara; seguimos la costa de Europa por espacio de dos dias y dos noches, contrariados por vientos nortes. Por la mañana vemos las islas de los príncipes en el fondo del mar de Mármara, en el golfo de Nicea, y á nuestra izquierda el castillo de las siete torres y las aereas puntas de los innumerables minaretes de Estambul que sobresalen por cima de las siete colinas de Constantinopla. A cada bordada que damos descubrimos otros nuevos. A aquella primera aparicion de Constantinopla no experimenté mas que una triste sensacion de sorpresa y desencanto.

¡Cómo! me decia yo entre mí, ¿son esos aquellos mares, aquellas playas, aquella ciudad maravillosa por los cuales abandonaron los señores del mundo á Roma y las costas de Nápoles? Es esa aquella capital del universo, sentada sobre Europa y Asia, que todas las naciones conquistadoras se han disputado sucesivamente como el signo de la monarquía del mundo? Es esa la ciudad que los pintores y los poetas se imaginan como la reina de las ciudades, alzada sobre sus colinas y sobre un doble mar; ceñida de sus golfos, de sus torres, de sus montañas, y encerrando en sí todos los tesoros de la naturaleza y del lujo de Oriente? Es eso lo que se compara al golfo de Nápoles, que ostenta una blanca ciudad en su seno abierto como un vasto anfiteatro? con el Vesuvio, cuya dorada cumbre se pierde entre nubes de humo y púrpura, con los bosques de Castellamare que internan sus negras enramadas en un mar azul, y con sus islas de Prócida y de Ischia, con sus cimas volcánicas y sus laderas doradas por los pámpanos y blanqueadas por las villas, cerrando la inmensa bahía como gigantescos muelles puestos por el mismo Dios en la embocadura de aquel puerto? No veo aquí nada comparable con aquel espectáculo que siempre tengo presente; navego, es verdad, por un hermoso mar, pero las orillas son bajas ó se alzan en co-

linas monótonas y redondas; las nieves del Olimpo de Tracia que blanquean, es cierto, en el horizonte, no son mas que una nube blanca en el cielo, y no solemnizan de bastante cerca el paisaje. En el fondo del golfo no veo mas que las mismas colinas combas al mismo nivel, sin peñascos, sin ensenadas, sin sesgaduras, y Constantinopla, que el piloto me enseña con el dedo, no es mas que una ciudad blanca y circunscrita sobre un gran collado de la costa de Europa. ¿Merecia la pena de venir á buscar tan lejos un desengaño? Ni aun mirar queria yo lo que tenia delante, mientras las continuas bordadas del buque nos acercaban insensiblemente á la playa: pasamos ras con ras del castillo de las Siete Torres, inmensa mole gris de severa construccion de la edad media, que flanquea sobre el mar el ángulo de las murallas griegas de la antigua Bizancio, y fuimos á fondear bajo las casas de Estambul en el mar de Mármara, en medio de una multitud de buques y de botes retenidos como nosotros fuera del puerto por la violencia de los vientos del norte. Eran las cinco de la tarde; el cielo estaba despejado y el sol brillante; ya iba yo arrepintiéndome de la pobre idea que tenia de Constantinopla; las murallas de aquella parte de la ciudad pintorescamente construidas con restos de antiguos muros y coronadas de

pensiles, de kioskos y de casitas de madera revocadas de colorado, formaban el primer término del cuadro; encima, las azoteas de infinitas casas se alzaban como escalones de una alta pirámide, interpoladas con copas de naranjos y agudas y negras cimas de cipreses; mas arriba, siete ú ocho grandes mezquitas coronaban la colina, y flanqueadas por sus calados minaretes, por sus columnatas morunas, alzaban al cielo sus dorados cimborios que inflamaba la reverberación del sol; las paredes de aquellas mezquitas pintadas de azul, los cobertizos de plomo de las cúpulas que las rodean, les daban la apariencia y el trasparente barniz de monumentos de porcelana. Los cipreses seculares acompañaban á aquellos cimborios con sus inmóviles y sombrías copas; y las pinturas de diversos colores de las casas de la ciudad, hacian brillar la vasta colina con todas las tintas de un jardin de flores.— Ningun rumor salia de las calles, ninguna reja de las innumerables ventanas se abria; ningun movimiento revelaba la habitacion de tan grande multitud de hombres: — todo parecia dormido bajo el ardiente sol de la tarde; solo el golfo, surcado en todos sentidos por velas de todas formas y tamaños, daba señal de vida. Veíamos á cada instante desembocar del Cuerno de Oro (abertura del Bósforo), del verdadero puerto de Constanti-

nopla, buques á toda vela que pasaban por junto á nosotros huyendo hácia los Dardanelos, pero no podíamos ver la entrada del Bósforo, ni aun formarnos idea de su posicion. Comemos sobre cubierta, en frente de ese mágico espectáculo; varios caiques turcos vienen á traernos provisiones; los barqueros nos dicen que ya casi no hay peste: envío mis cartas á la ciudad: — á las siete, M. Truqui, consul general de Cerdeña, acompañado de los oficiales de su legacion, viene á visitarnos y á ofrecernos la hospitalidad en su casa de Pera; no hay posibilidad de hallar posada en la ciudad, recientemente incendiada; la franca cordialidad de M. Truqui y la confianza que nos inspira desde el primer momento, nos mueven á aceptar. Como siguen soplando vientos contrarios, los bergantines no pueden levantar el ancla esta noche, y tenemos que dormir á bordo.

.....

CONSTANTINOPLA.

20 de mayo 1853.

A las cinco ya estaba yo de pie en el puente, el capitan hace botar al agua una lancha, salto

pensiles, de kioskos y de casitas de madera revocadas de colorado, formaban el primer término del cuadro; encima, las azoteas de infinitas casas se alzaban como escalones de una alta pirámide, interpoladas con copas de naranjos y agudas y negras cimas de cipreses; mas arriba, siete ú ocho grandes mezquitas coronaban la colina, y flanqueadas por sus calados minaretes, por sus columnatas morunas, alzaban al cielo sus dorados cimborios que inflamaba la reverberación del sol; las paredes de aquellas mezquitas pintadas de azul, los cobertizos de plomo de las cúpulas que las rodean, les daban la apariencia y el trasparente barniz de monumentos de porcelana. Los cipreses seculares acompañaban á aquellos cimborios con sus inmóviles y sombrías copas; y las pinturas de diversos colores de las casas de la ciudad, hacían brillar la vasta colina con todas las tintas de un jardín de flores.— Ningun rumor salía de las calles, ninguna reja de las innumerables ventanas se abría; ningun movimiento revelaba la habitación de tan grande multitud de hombres: — todo parecía dormido bajo el ardiente sol de la tarde; solo el golfo, surcado en todos sentidos por velas de todas formas y tamaños, daba señal de vida. Veíamos á cada instante desembocar del Cuerno de Oro (abertura del Bósforo), del verdadero puerto de Constanti-

nopla, buques á toda vela que pasaban por junto á nosotros huyendo hácia los Dardanelos, pero no podíamos ver la entrada del Bósforo, ni aun formarnos idea de su posición. Comemos sobre cubierta, en frente de ese mágico espectáculo; varios caiques turcos vienen á traernos provisiones; los barqueros nos dicen que ya casi no hay peste: envío mis cartas á la ciudad: — á las siete, M. Truqui, consul general de Cerdeña, acompañado de los oficiales de su legación, viene á visitarnos y á ofrecernos la hospitalidad en su casa de Pera; no hay posibilidad de hallar posada en la ciudad, recientemente incendiada; la franca cordialidad de M. Truqui y la confianza que nos inspira desde el primer momento, nos mueven á aceptar. Como siguen soplando vientos contrarios, los bergantines no pueden levantar el ancla esta noche, y tenemos que dormir á bordo.

.....

CONSTANTINOPLA.

20 de mayo 1853.

A las cinco ya estaba yo de pie en el puente, el capitán hace botar al agua una lancha, salto

en ella con él, y damos la vela hácia la embocadura del Bósforo, costeano los muros de Constantinopla, que lame la mar; al cabo de media hora de navegacion por entre una multitud de buques al ancla, llegamos á las tapias del serrallo, que son una continuacion de los de la ciudad, y forman, en la estremidad de la colina que sostiene á Estambul, el ángulo que separa el mar de Mármara del canal del Bósforo y del Cuerno de Oro, ó gran rada interior de Constantinopla: — allí es donde Dios y el hombre, la naturaleza y el arte, han colocado ó creado de comun acuerdo el punto de vista mas maravilloso que humana mirada puede contemplar en la tierra; — lancé un grito involuntario y olvidé para siempre el golfo de Nápoles y todos sus encantos; — comparar algo á este magnifico y gracioso conjunto es injuriar á la creacion.

Las tapias que sostienen los terrados circulares de los inmensos jardines del gran serrallo, estaban á algunos pasos de nosotros á nuestra izquierda, separadas del mar por una estrecha acera que las aguas lavan sin cesar y donde la corriente perpetua del Bósforo forma azules y murmurantes oleaditas como las del Ródano en Ginebra; estos terrados, que se alzan en declives insensibles hasta los palacios del sultan, cuyos dorados cimborios se ven por entre las gigantescas

copas de los plátanos y de los cipreses, estan tambien plantados de cipreses y de enormes plátanos cuyos troncos dominan los muros, y cuyos ramos penden sobre el mar en graciosas enramadas y dan sombra á los caiques; de cuando en cuando se paraban los remeros á su sombra; de trecho en trecho, interrumpen estos grupos de árboles, palacios, pabellones, kioskos, puertas esculpidas y doradas que se abren sobre el mar, ó baterías de cañones de cobre y de bronce de estrañas y antiguas formas; las ventanas enrejadas de estos palacios marítimos, que forman parte del serrallo, dan sobre las olas, y se ve, por entre las persianas, relucir las arañas y los dorados de los techos de las habitaciones; á cada paso tambien, elegantes fuentes morunas, embutidas en las tapias del serrallo, caen desde lo alto de los jardines, y murmuran en conchas de marmol brindando un agua pura á los transeuntes; algunos soldados turcos están tendidos junto á esas fuentes, y una porcion de perros sin amo vagan por el muelle; algunos están echados en las bocas de cañones de enormes calibres. A medida que avanzaba el bote á lo largo de aquellas tapias, el horizonte se ensanchaba ante nuestros ojos, la costa de Asia se acercaba, y la embocadura del Bósforo empezaba á destacarse á la vista, entre colinas de una verdura sombría y

otras colinas opuestas que parecen pintadas con todos los matices del arco iris : allí hicimos una nueva parada ; la risueña costa de Asia, distante de nosotros cosa de una milla, se dibujaba á nuestra derecha, ceñida de anchas y altas colinas, cuyas cimas eran negros bosques, cuyas faldas eran campos rodeados de franjas de árboles, y sembrados de casas revocadas de colorado, y cuyos bordes eran barrancos tajados casi perpendicularmente, alfombrados de plantas verdes y de sicomoros cuyas ramas caen en el agua ; mas lejos aquellas colinas se elevaban mas, y luego estendiéndose como una verde playa, formaban un ancho cabo avanzado que sostenia como una gran ciudad ; aquello era Scutari con sus grandes cuarteles blancos, semejantes á un alcazar real, sus mezquitas rodeadas de sus resplandecientes minaretes, sus muelles y sus ensenadas ceñidas de casas, de bazares, de caiques á la sombra bajo los emparrados ó los plátanos, y el profundo y sombrío bosque de cipreses que cubre la ciudad, por entre cuyas ramas brillaban con lúgubre aspecto los innumerables monumentos blancos de los cementerios turcos ; mas allá de la punta de Scutari, rematada por un islote que sostiene una capilla turca y que se llama el *sepulcro de la Niña*, el Bósforo, como un rio acanalado, se entreabria y parecia huir entre os-

curas montañas, cuyas laderas de peñascos, cuyos ángulos salientes y entrantes, y cuyos barrancos y selvas se correspondian en ambas márgenes, y á cuyo pie se distinguia hasta cuanto alcanzaba la vista, una serie no interrumpida de aldeas, de escuadras, fondeadas ó á la vela, de pequeños puertos sombreados por hermosas arboledas, de casas diseminadas y de vastos palacios con sus jardines de rosas sobre el mar.

Un recio empuje de los remeros nos lleva al punto del Cuerno de Oro desde donde se disfrutaba á la vez de la vista del Bósforo y del mar de Mármara, y en fin de la vista entera del puerto ó mas bien del mar interior de Constantinopla ; allí nos olvidamos de Mármara, de la costa de Asia y del Bósforo para contemplar con una sola mirada el ámbito mismo del Cuerno de Oro y las siete ciudades suspendidas sobre las siete colinas de Constantinopla, convergiendo todas hácia el brazo de mar que forma la ciudad única é incomparable, juntamente ciudad, campos, mar, puerto, orilla de rios, jardines, montañas selvas, valles profundos, océano de casas, hormiguero de buques y de calles, lagos serenos y soledades encantadas, vista que ningun pincel puede representar sino en pormenores, y en que cada impulso del remo lleva los ojos y el al-

ma á un aspecto, á una impresion, opuestos.

Damos la vela hácia los collados de Galata y de Pera; el serrallo se alejaba de nosotros y parecia mas grande alejándose á medida que la vista abarcaba mas los vastos contornos de sus tapias y la multitud de sus declives, de sus árboles, de sus kioskos y de sus palacios. Su estension es la de una gran ciudad. El puerto se abria cada vez mas delante de nosotros, circulando como un canal entre laderas de montañas arqueadas. En nada se parece este puerto á los otros; es mas bien un ancho rio como el Támesis, ceñido á ambos lados por colinas cargadas de ciudades, y cubierto en una y otra margen de una interminable flota de naves al ancla agrupadas á lo largo de las casas. Pasábamos por entre una innumerable multitud de buques, unos fondeados, otros ya á la vela, navegando con rumbo al Bósforo, al mar Negro ó al mar de Mármara; buques de todas formas, de todos tamaños, de todos los pabellones, desde la barca árabe, cuya proa se lanza y se eleva como el espolon de las galeras antiguas, hasta el navío de tres puentes con sus espléndidas paredes de bronce. Tropeles de caiques turcos montados por uno ó dos remeros con mangas de seda, pequeñas barcas que sirven de carruages en las calles marítimas de esta ciudad anfibia, circulaban entre aquellas grandes

moles, cruzándose, tropezándose sin volcarse, codeándose como la muchedumbre en las plazas públicas, y al acercarse algunas de ellas alzábanse del mar bandadas enteras de albatros, semejantes á hermosos palomos blancos, para ir á posarse mas lejos y hacerse mecer por las olas. No intentaré contar los buques, navíos, bergantines, fragatas y barcas que duermen ó vogan en las aguas del puerto de Constantinopla, desde la embocadura del Bósforo y la punta del serrallo hasta el arrabal de Eyoub y los deliciosos valles de las aguas dulces. El Támesis en Londres no ofrece nada comparable á esto. Basta decir que, independientemente de la escuadra turca y de los buques de guerra europeos, fondeados en medio del canal, las dos orillas del Cuerno de Oro están cubiertas de naves dispuestas de dos ó tres en linea sobre una longitud de hasta una legua con corta diferencia por ambos lados. No hicimos mas que entrever aquellas prolongadas hileras de proas que miran al mar, y nuestra vista fué á perderse, en el fondo del golfo que se estrechaba internándose en las tierras, entre una verdadera selva de mástiles. Arribamos al pie de la ciudad de Pera, no lejos de un soberbio cuartel de bombarderos cuyas azoteas cubiertas estaban atestadas de cureñas y de cañones. Una admirable fuente moruna construida

en forma de pagoda india, y cuyo marmol cincelado y pintado de brillantes colores se recortaba como encaje sobre un fondo de seda, derrama sus aguas en una placita, llena á la sazón de fardos, de mercancías, de caballos, de perros vagamundos y de Turcos que estaban tendidos fumando á la sombra; los barqueros de los caiques estaban sentados en gran número en los brocales del muelle, esperando á sus amos ó solicitando á los transeúntes: — esta es una hermosa raza de hombres, cuyo trage realza su natural belleza. Usan un calzon blanco con pliegues tan anchos como los de un jubón, ceñido á la cintura con una faja de seda carmesí; llevan en la cabeza un gorrito griego de lana roja coronado por una gran borla de seda que les cuelga sobre la nuca. Tienen el cuello y el pecho al aire; una ancha camisa, con grandes mangas bobas, les cubre los hombros y los brazos. Sus caiques son unos botes muy angostos, de veinte ó treinta pies de longitud sobre dos ó tres de anchura, de madera de nogal barnizada y reluciente como cahoba. La proa de estas barcas es tan aguda como la punta de una lanza y corta el mar como un cuchillo. La forma estrecha de estos caiques los hace peligrosos é incómodos para los Francos que no están acostumbrados á ellos, pues zozobran al menor balance que les

imprime un movimiento del cuerpo hecho fuera de tiempo. Es preciso estar tendido, como los Turcos, en el fondo de los caiques, y cuidar de que el peso esté repartido con igualdad entre los dos lados de la barca. Los hay de diferentes tamaños, que pueden contener desde uno hasta cuatro ú ocho pasajeros, pero todos tienen la misma forma. Se cuentan por millares en los puertos de Constantinopla; y además de los que, como los coches simones, están al servicio del público á todas horas, cada particular acomodado de la ciudad tiene uno para su uso cuyos remeros son sus criados. Todo hombre que circula por el pueblo para sus negocios tiene que atravesar el mar varias veces al día.

Cuando salimos de aquella placita, entramos en las sucias y populosas calles de un bazar de Pera. Salvo los trages, presentan, con corta diferencia, el mismo aspecto que las cercanías de los mercados de nuestras ciudades; — puestos de madera en que se hacen freir carnes y buñuelos para el pueblo; — barberías, tiendas de tabaco, fruterías y verdulerías; — una multitud apiñada y activa en las calles; todos los trages y todas las lenguas de Oriente confundiéndose á la vista y al oído, y en medio de esa barahunda, los ladridos de los numerosos perros que llenan las plazas y los bazares y se disputan los despojos que se tiran

á las puertas. De allí pasamos á una larga calle, solitaria y estrecha, que sube por una escarpada pendiente encima de la colina de Pera; las ventanas enrejadas no dejan ver nada del interior de las casas turcas, que parecen pobres y abandonadas; de cuando en cuando la verde copa de un ciprés sale de un recinto de tapias grises y arruinadas, y se lanza inmovil en un cielo trasparente; palomas blancas y azules andan esparcidas por las ventanas y los tejados de las casas, y llenan las silenciosas calles con sus melancólicos arrullos. En lo alto de esas calles, se estiende el hermoso arrabal de Pera, habitado por los Europeos, los embajadores y los cónsules, arrabal en un todo semejante á un pobre pueblecito de nuestras provincias: — antes habia algunos hermosos palacios de embajadores encima de los pendientes terrados de Galata, pero ya no quedan mas que columnas tendidas por el suelo, tapias ennegrecidas, jardines abandonados: todo lo han consumido las llamas del último incendio. Pera no tiene caracter, ni originalidad, ni belleza; no se puede ver desde sus calles ni el mar, ni las colinas, ni los jardines de Constantinopla; es preciso subir á lo alto de sus tejados para disfrutar de la magnífica perspectiva de que le han rodeado la naturaleza y el hombre.

M. Truqui nos recibió como á sus hijos; su

casa es espaciosa, elegante y está admirablemente situada; la ha puesto toda entera á nuestra disposicion. Los muebles mas ricos, la esquisita cocina de Europa, los afectuosos desvelos de la amistad, la sociedad mas dulce y amable reemplazaron para nosotros la alfombra ó la estera del desierto, el *piló* del Arabe, la áspera dureza de la vida marítima. Apenas instalado en su casa, recibo una esquila del señor almirante Roussin, embajador de Francia en Constantinopla, que tiene la bondad de ofrecernos la hospitalidad en Terapia. Estas afectuosas señales de interés, recibidas de compatriotas desconocidos, á mil leguas de la patria y en el aislamiento y la desgracia, dejan una profunda huella en los recuerdos del viagero.

21, 22 y 25 de mayo.

Desembarque de los dos bergantines. — Descanso, visitas de los principales comerciantes de Pera. — Dias pasados en el encanto y la intimidad de M. Truqui y de sus amigos. — Paseos por Constantinopla. — Vista general de la ciudad. — Visita al embajador en Terapia.

25 de mayo 1855.

Cuando de repente se ha dejado la instable y borrascosa escena del mar, el oscuro y movil camarote de un bergantin, el cansado vaiven de las olas; cuando se siente uno el pie firme en una tierra amiga, rodeado de hombres, de libros, de todas las comodidades de la vida; cuando tiene uno delante de sí bosques, campiñas que recorrer, toda la existencia terrestre á que volver despues de un largo desuso, se siente un placer instintivo y puramente físico de que no puede uno cansarse; una tierra cualquiera, aun la mas agreste, aun la mas remota, es como una patria que se ha recobrado. Veinte veces he experimentado esto desembarcando, aun por algunas horas, en una costa desconocida y desierta; un peñasco que le guarece á uno del viento; un arbusto que le ofrece su sombra; un rayo del sol que calienta la arena en que está uno sentado; algunos lagartos que corren entre las piedras; los insectos que vuelan en rededor de uno; un inquieto pajarillo que se acerca y luego huye asustado, — todas estas circunstancias insignificantes para un hombre que habita la tierra, son un mundo en-

tero para el navegante cansado que sale del mar: — pero el bergantin está ahí, en una mar agitada, y pronto hay que volver á él. Los marineros están en las vergas, ocupados en secar ó componer las grandes velas rasgadas; el bote que sube y desaparece en las espumantes barrancas formadas por las olas, va y viene sin cesar del buque á la playa; trae provisiones á tierra ó lleva agua fresca al buque; los grumetes lavan sus camisas de lienzo de color y las cuelgan de los lentiscos de la ribera; el capitan estudia el cielo, espera el viento que va á volverse, para llamar con un cañonazo á los pasajeros á su vida de miseria, de tinieblas y de movimiento. Aunque se tenga prisa de llegar, se hacen votos en secreto porque el viento contrario siga soplando todavía, para que la necesidad le deje á uno saborear un dia mas aquel íntimo halago que le apegá al hombre á la tierra: traba uno amistad con la costa, con la estrecha cenefa de cespéd ó de arbustos que se estiende entre el mar y las peñas, con la fuente escondida bajo las raices de una añosa encina; con aquellos líquenes, con aquellas florecillas silvestres que el viento sacude sin cesar entre las grietas de los escollos, y que nunca volverá uno á ver. Cuando parte del buque el tiro de leva, cuando se alza en el mastil el pabellon en señal de llamada, y se destaca la chalupa para venir á

buscar á los pasajeros, casi lloraria uno por aquel rincon del mundo sin nombre, donde no ha hecho mas que estirar algunas horas sus miembros embotados. Muchas veces he experimentado ese amor innato del hombre á un abrigo cualquiera, solitario, desconocido, en una playa desierta.

Pero aquí experimento dos cosas contrarias, una dulce, otra penosa. Primeramente, ese placer que acabo de pintar de tener el pie firme sobre el suelo, una cama que no se cae, un piso que no le hace á uno bambolearse de una pared á otra, mucho espacio libre por donde andar cuanto uno quiera, grandes ventanas cerradas ó abiertas á voluntad de uno, sin miedo de que las asalte la espuma; las delicias de oír al viento circular entre las cortinas sin inclinarse la casa, sin resonar las velas, sin temblar los palos, sin hacer correr á los marineros por el puente con el ruido atronador de sus pisadas; — mas aun, experimento el placer de tener amistosas comunicaciones con Europa, viajeros, comerciantes, periódicos, libros, todo lo que pone al hombre en comunión de ideas y de vida con el hombre, — esa participacion al movimiento general de las cosas y del pensamiento, de que estamos privados hace tanto tiempo. Y mas aun que todo esto, tengo la hospitalidad amabilísima, mejor

diré la amistad de nuestro excelente huésped, M. Truqui, que parece tan contento con colmarnos de atenciones y agasajos como nosotros con recibir las muestras de su cordial afecto. ¡Excelente hombre! hombre raro, cual no he hallado dos tal vez en mi larga vida de viajero! Su memoria me será dulce mientras me acuerde de estos años de peregrinacion, y mi pensamiento le seguirá siempre á las costas de Asia ó de Africa donde la fortuna le condena á acabar sus dias.

.....
La misma fecha.

Pero cuando se han saboreado, como instintivamente, estas primeras delicias del regreso á tierra, está uno tentado muchas veces de echar de menos la inseguridad y la agitacion perpetuas de la vida marina. En ella á lo menos, el pensamiento no tiene tiempo para replegarse en si mismo y sondear los abismos de tristeza que ha abierto la muerte en nuestro pecho! Siempre mora en él el dolor, es cierto, pero á cada instante le aligera algun nuevo pensamiento; el ruido, el movimiento que á uno le cercan; el aspecto siempre cambiante del buque y del mar; las olas que se hinchan ó se aplanan: el viento

buscar á los pasajeros, casi lloraria uno por aquel rincon del mundo sin nombre, donde no ha hecho mas que estirar algunas horas sus miembros embotados. Muchas veces he experimentado ese amor innato del hombre á un abrigo cualquiera, solitario, desconocido, en una playa desierta.

Pero aquí experimento dos cosas contrarias, una dulce, otra penosa. Primeramente, ese placer que acabo de pintar de tener el pie firme sobre el suelo, una cama que no se cae, un piso que no le hace á uno bambolearse de una pared á otra, mucho espacio libre por donde andar cuanto uno quiera, grandes ventanas cerradas ó abiertas á voluntad de uno, sin miedo de que las asalte la espuma; las delicias de oír al viento circular entre las cortinas sin inclinarse la casa, sin resonar las velas, sin temblar los palos, sin hacer correr á los marineros por el puente con el ruido atronador de sus pisadas; — mas aun, experimento el placer de tener amistosas comunicaciones con Europa, viajeros, comerciantes, periódicos, libros, todo lo que pone al hombre en comunión de ideas y de vida con el hombre, — esa participación al movimiento general de las cosas y del pensamiento, de que estamos privados hace tanto tiempo. Y mas aun que todo esto, tengo la hospitalidad amabilísima, mejor

diré la amistad de nuestro excelente huésped, M. Truqui, que parece tan contento con colmarnos de atenciones y agasajos como nosotros con recibir las muestras de su cordial afecto. ¡Excelente hombre! hombre raro, cual no he hallado dos tal vez en mi larga vida de viajero! Su memoria me será dulce mientras me acuerde de estos años de peregrinación, y mi pensamiento le seguirá siempre á las costas de Asia ó de Africa donde la fortuna le condena á acabar sus días.

.....

La misma fecha.

Pero cuando se han saboreado, como instintivamente, estas primeras delicias del regreso á tierra, está uno tentado muchas veces de echar de menos la inseguridad y la agitación perpetuas de la vida marina. En ella á lo menos, el pensamiento no tiene tiempo para replegarse en sí mismo y sondear los abismos de tristeza que ha abierto la muerte en nuestro pecho! Siempre mora en él el dolor, es cierto, pero á cada instante le aligera algún nuevo pensamiento; el ruido, el movimiento que á uno le cercan; el aspecto siempre cambiante del buque y del mar; las olas que se hinchan ó se aplanan: el viento

que se muda, que arrecia ó se calma; las velas de la nave que es preciso orientar veinte veces al día; el espectáculo de las faenas en que es preciso á veces tomar parte uno mismo en los temporales; los mil accidentes de un día ó de una noche de tempestad; el vaiven, las velas que se lleva el huracan, los muebles rotos que ruedan por los entrepuentes; los golpes sordos, irregulares del mar en los frágiles costados del camarote donde en vano quiere uno dormir; los precipitados pasos de los marineros de guardia, que corren de uno á otro bordo; el lastimero piar de los pollos, á quienes la espuma inunda en sus jaulas atadas al pie del palo mayor; el canto de los gallos, que ven los primeros la aurora, al fin de una noche de tinieblas y de borrascas; el silbido de la corredera de la guindola que se echa para medir el camino andado; el aspecto extraño, desconocido, vano, agreste ó gracioso de una costa que no se sospechaba la vispera y que se sigue al rayar el día midiendo las alturas de sus montañas ó designando con el dedo sus ciudades y sus aldeas, brillantes como montones de nieve entre grupos de pinabetes,— todo esto le roba un poco mas ó menos de su aflicción á nuestra alma, alivia un poco el corazón, deja evaporar parte del dolor, acalla la tristeza mientras dura el viage; todo ese dolor ago-

via con todo su peso el alma, apenas ha puesto uno el pie en la orilla, y apenas el sueño, en un lecho tranquilo, vuelve al hombre á la intensidad de sus impresiones. El corazón, no distraído ya por objetos exteriores, se halla cara á cara con sus sentimientos mutilados, sus ideas de desesperación, su porvenir perdido! No sabe uno como soportará la vida antigua, la vida monótona, la vida vana de las ciudades y de la sociedad. Esto es lo que yo experimento, hasta el punto de desear ahora una eterna navegación, un viage sin fin, con todos sus azares y sus distracciones aun las mas penosas. ¡Ah! es porque leo en los ojos de mi muger, mas aun que en mi corazón. El dolor de un hombre es nada en comparación del de una muger, de una madre; una muger vive y muere con un solo pensamiento, para un sentimiento solo; la vida para una muger, es una cosa poseída; la muerte, es una cosa perdida! Un hombre vive de todo, bien ó mal; Dios no le mata de un solo golpe.

24 de mayo 185

Me he rodeado de periódicos y de folletos recién llegados de Europa y que me prodiga la

bondad de los embajadores de Francia y de Austria. Despues de haber leído todo el dia, me confirmo en las ideas con que salí de Europa: veo que los hechos marchan enteramente en el sentido de las previsiones políticas que la analogía histórica y filosófica permite asignar al camino de las cosas en este hermoso siglo. La Francia agitada se sosiega, la Europa inquieta, pero tímida, mira con celos y odio, pero no se atreve á impedir; conoce por instinto, y este instinto es profético, que perderia acaso el equilibrio haciendo un movimiento. Nunca he creído en la guerra de resultas de la revolucion de julio; hubiera sido preciso que la Francia estuviese entregada á consejos insensatos para atacar, y no atacando la Francia, la Europa no podía ir desacordadamente á arrojarle en unfoco revolucionario, donde se quema todo el que quiere sofocarlo. El gobierno de julio habia merecido bien de la Francia y de la Europa por el solo hecho de haber sofrenado el ciego é impaciente ardor del espíritu belicoso en Francia, despues de los tres dias ¹. La Europa y la Francia eran igualmente perdidas: — no temiamos ejércitos, ni espíritu público, porque no le hay sin unanimidad; la

¹ Sabido es que tres dias duró la revolucion de julio, el 27, el 28 y el 29. — N. del T.

guerra estrangera hubiera acarreado inmediatamente la guerra civil en el mediodia y el oeste de la Francia y por consiguiente la persecucion y el despojo en todas partes: el gobierno no hubiera podido sostenerse en París con el impulso revolucionario del centro; mientras que flacos ejércitos improvisados por un patriotismo sin guia y sin freno se hubieran hecho devorar en nuestras fronteras del este, el medio hasta Leon hubiera enarbolado la bandera blanca, y el oeste hasta el Loira hubiera reconstituido las guerillas vandeanas; las poblaciones fabriles de Leon, Ruan, París, exasperadas por la miseria en que las habria sumergido la suspension del trabajo, habrian hecho esplosion en el centro y precipitándose en indisciplinadas muchedumbres sobre París y las fronteras, eligiéndose caudillos de un dia é imponiéndoles sus caprichos por planes de campaña. La propiedad, el comercio, la industria, el crédito, todo hubiera perecido á la vez; se hubiera necesitado recurrir á la violencia para obtener empréstitos y contribuciones. Escondido el oro, muerto el crédito, la desesperacion habria impulsado á la resistencia, y la resistencia á la espoliacion, al asesinato y á los suplicios populares; una vez puesto el pie en la senda de la sangre, no habia mas salida posible que la anarquía, la dictadura y la desmembracion. To-

do esto ademas se hubiera complicado con movimientos inesperados y espontáneos de algunas partes de Europa. España, Italia, Polonia, riberas del Rin, Bélgica, todo hubiera ardido al mismo tiempo ó sucesivamente; la Europa entera se habria visto arrastrada en una fluctuacion de insurrecciones, de compresiones, que á cada instante habrian cambiado el aspecto de las cosas. Hubiéramos entrado, mal preparados, en una nueva guerra de treinta años. El genio de la civilizacion no lo ha querido; ha sucedido lo que debia suceder. No se peleará hasta despues de haberse preparado al combate, hasta despues de haberse reconocido, de haberse contado, de haberse puesto en orden de batalla; la lucha será regular, y tendrá un resultado previsto y seguro; no será un combate nocturno.

De lejos se ven mejor las cosas porque los por menores no ofuscan la vista, y los objetos se presentan en grandes masas principales. Esta es la razon porque los profetas y los oráculos vivian solos y lejos del mundo; — eran verdaderos filósofos que estudiaban las cosas en su conjunto y cuyo juicio no turbaban las mezquinas pasiones del dia. Es preciso que un hombre político se aleje con frecuencia de la escena en que se representa el drama de su tiempo, si quiere juzgarle y prever su desenlace. Predecir es impo-

sible, la prediccion no pertenece mas que á Dios, pero prever es posible; la prevision le pertenece al hombre.

Muchas veces me pregunto en qué parará ese gran movimiento de las cabezas y de los hechos que, emanado de Francia, agita al mundo y arrastra de grado ó por fuerza todas las cosas en su torbellino. Yo no soy de los que no ven en ese movimiento mas que el movimiento mismo, es decir, el tumulto y el desorden de las ideas, que creen al mundo moral y político en aquellas convulsiones finales que preceden á la muerte y la descomposicion. Este es evidentemente un movimiento doble de descomposicion y de organizacion juntamente; el espíritu creador trabaja á medida que destruye el espíritu destructor; una fé, en todo, reemplaza á la otra; una forma se sustituye á otra forma; dó quiera que lo pasado se desmorona, el porvenir ya preparado aparece detras de las ruinas; la transicion es lenta y ardua como toda transicion, en que las pasiones y los intereses de los hombres tienen que combatir marchando; en que las clases sociales, en que las naciones diversas caminan con paso desigual, en que algunos quieren retroceder obstinadamente mientras que la mayoría avanza; hay confusion, polvo, ruinas, oscuridad á veces; pero de cuando en cuando tambien, el

viento levanta esa nube de polvo que esconde el camino y la meta, y los que están sobre la altura distinguen la marcha de las columnas, reconocen el terreno del porvenir, y ven el sol recién salido iluminar vastos horizontes. Continuamente oigo decir, y aun aquí mismo se dice: « Los hombres ya no tienen creencias; todo está entregado á la razon individual; ya no hay fé comun en nada, ni en religion, ni en política, ni en sociabilidad. Las creencias, una fé comun, son el resorte de las naciones; roto este resorte, todo se descompone; no hay mas que un medio de salvar á los pueblos, que es volverles sus creencias. » Volver creencias, resucitar dogmas populares muertos en la conciencia de los pueblos, rehacer lo que ha deshecho el tiempo, es una pretension insensata, es querer luchar contra la naturaleza y contra la índole de las cosas; es caminar en sentido inverso de la Providencia y de los hechos que son las huellas de sus pisadas; — no se puede llegar á un fin como no sea caminando en el sentido en que Dios conduce los sucesos y las ideas; la corriente del tiempo jamas retrocede; puede uno dirigirse y dirigir al mundo por su indomable corriente; no es posible pararse ni hacerla ir hácia atras. Pero ¿es cierto en efecto que ya no hay ni luz en la inteligencia del hombre, ni creencia comun en el es-

píritu de los pueblos, ni fé íntima é insignificante en la conciencia del linage humano? Palabras son estas que todos respetan sin haberlas sondeado, y que no tienen ningun sentido. Si el mundo no tuviera ya ni idea comun, ni fé, ni creencia, el mundo no se agitaria tanto; nada no produce nada, *mens agitat molem*. Hay, por el contrario, una inmensa conviccion, una fé fanática; una esperanza confusa, pero indefinida; un ardiente amor; un símbolo comun, aunque no redactado todavía, que impulsa, agita, atrae, condensa, hace gravitar juntas todas las inteligencias, todas las conciencias, todas las fuerzas morales de esta época: — esas revoluciones, esas sacudidas, esas caidas de imperios, esos movimientos repetidos y gigantescos de todos los miembros de la antigua Europa; esos estruendos ecos en América y en Asia; ese impulso no reflexionado é irresistible que imprime, á despecho de las voluntades individuales, tanta agitacion y concierto á las fuerzas colectivas, todo eso no es un efecto sin causa; todo eso tiene un sentido, un sentido profundo y oculto, pero evidente para los ojos del filósofo. Ese sentido es cabalmente lo que el vulgo se queja de haber perdido, es lo que niega en el mundo de hoy; es una idea comun, es una conviccion, es una ley social; es una verdad que, introducida involun-

tariamente en todas las cabezas, y, aun sin saberlo ellas, en el espíritu de las masas, trabaja por producirse en los hechos con la fuerza de una verdad divina, es decir, con una fuerza invencible. Esa fé es la razon general; la palabra es su órgano; la imprenta es su apóstol; se difunde sobre el mundo con la infalibilidad y la intensidad de una religion nueva; quiere rehacer á su imagen las religiones, las civilizaciones, las sociedades, las legislaciones imperfectas ó alteradas por los errores y la ignorancia de las tenebrosas edades que han atravesado; quiere volver á sentar, en religion, — Dios uno y perfecto por dogma, la moral eterna por símbolo, la adoracion y la caridad por culto; — en política, la humanidad encima de las nacionalidades; — en legislacion, el hombre igual al hombre, el hombre hermano del hombre, la sociedad como un trueque fraternal de servicios y de deberes recíprocos, regularizados y garantidos por la ley; el cristianismo legislado! ¹.

Esto quiere y esto hace — ¡que nos vengan todavía diciendo que no hay creencias, que no hay fé comun en los hombres de este siglo! Desde el

¹ *Legislaté*, voz que no es francesa, y que hemos traducido con otra que tampoco es castellana, pero que expresa exactamente la idea del autor. — N. del T.

establecimiento del cristianismo, jamas obra tan grande se ha consumado en el mundo con tan flacos medios. Una cruz y una imprenta, hé aqui los dos instrumentos de los dos mas grandes movimientos civilizadores del mundo.

25 de mayo.

Esta noche, á la luz de una espléndida luna que se reverberaba en el mar de Mármara y hasta en las moradas lineas de las nieves eternas del monte Olimpo, me he sentado solo bajo los cipreses de la escala de los Muertos. Estos cipreses, que dan sombra á las innumerables sepulturas de los musulmanes, bajan desde las alturas de Pera hasta las orillas del mar, y estan cortados por algunos senderos mas ó menos rápidos que suben del puerto de Constantinopla á la mezquita de los dervis *giradores*. Nadie pasaba por alli á aquella hora, y hubiera podido creermé á cien leguas de una gran ciudad, si los mil rumores de la noche, traídos por el viento, no hubieran venido á morir en las trémulas ramas de los cipreses. Todos aquellos rumores, algo apagados ya por lo avanzado de la hora, — cantos de los marineros en los buques, batir de los

tariamente en todas las cabezas, y, aun sin saberlo ellas, en el espíritu de las masas, trabaja por producirse en los hechos con la fuerza de una verdad divina, es decir, con una fuerza invencible. Esa fé es la razon general; la palabra es su órgano; la imprenta es su apóstol; se difunde sobre el mundo con la infalibilidad y la intensidad de una religion nueva; quiere rehacer á su imagen las religiones, las civilizaciones, las sociedades, las legislaciones imperfectas ó alteradas por los errores y la ignorancia de las tenebrosas edades que han atravesado; quiere volver á sentar, en religion, — Dios uno y perfecto por dogma, la moral eterna por símbolo, la adoracion y la caridad por culto; — en política, la humanidad encima de las nacionalidades; — en legislacion, el hombre igual al hombre, el hombre hermano del hombre, la sociedad como un trueque fraternal de servicios y de deberes recíprocos, regularizados y garantidos por la ley; el cristianismo legislado! ¹.

Esto quiere y esto hace — ¡que nos vengan todavía diciendo que no hay creencias, que no hay fé comun en los hombres de este siglo! Desde el

¹ *Legislaté*, voz que no es francesa, y que hemos traducido con otra que tampoco es castellana, pero que expresa exactamente la idea del autor. — N. del T.

establecimiento del cristianismo, jamas obra tan grande se ha consumado en el mundo con tan flacos medios. Una cruz y una imprenta, hé aqui los dos instrumentos de los dos mas grandes movimientos civilizadores del mundo.

25 de mayo.

Esta noche, á la luz de una espléndida luna que se reverberaba en el mar de Mármara y hasta en las moradas lineas de las nieves eternas del monte Olimpo, me he sentado solo bajo los cipreses de la escala de los Muertos. Estos cipreses, que dan sombra á las innumerables sepulturas de los musulmanes, bajan desde las alturas de Pera hasta las orillas del mar, y estan cortados por algunos senderos mas ó menos rápidos que suben del puerto de Constantinopla á la mezquita de los dervis *giradores*. Nadie pasaba por alli á aquella hora, y hubiera podido creermé á cien leguas de una gran ciudad, si los mil rumores de la noche, traídos por el viento, no hubieran venido á morir en las trémulas ramas de los cipreses. Todos aquellos rumores, algo apagados ya por lo avanzado de la hora, — cantos de los marineros en los buques, batir de los

remos de los caiques en las aguas, sonidos de los rústicos instrumentos de los Búlgaros, tambores de los cuarteles y de los arsenales, voces de mugeres que cantan para adormecer á sus hijos en las ventanas enrejadas, largos murmullos de las populosas calles y de los mercados de Galata; — de cuando en cuando, el grito de los muzlimes en lo alto de los minaretes, ó un cañonazo, señal de la retirada, que partia de la escuadra fondeada á la entrada del Bósforo, y venia, repercutado por las mezquitas sonoras y por las colinas, á perderse en las olas del Cuerno de Oro y bajo los apacibles sauces de las aguas dulces de Europa: — todos estos rumores, digo, se confundian á veces en un solo zumbido sordo é indeciso, y formaban como una armoniosa música en que las voces humanas, la tarda respiracion de una gran ciudad que se duerme, se mezclaban, sin que se pudiese distinguirlas, con los rumores de la naturaleza, el lejano estruendo de las olas y las bocanadas del viento que doblegaba las agudas cimas de los cipreses. Esta es una de las impresiones mas infinitas y graves que puede soportar un alma poética: — todo se mezcla en ella, el hombre y Dios, la naturaleza y la sociedad, la agitacion interior y el melancólico reposo del pensamiento. No sabe uno si participa mas de ese gran movimiento de seres ani-

mados que gozan ó sufren en ese tumulto de voces que se alzan, ó de esta paz nocturna de los elementos que murmuran tambien y elevan el alma encima de las ciudades y de los imperios en la simpatía de la naturaleza y de Dios.

El serrallo, vasta península, ennegrecida con sus plátanos y sus cipreses, se adelantaba como un cabo de bosques entre los dos mares, ante mi vista. La luna blanqueaba los numerosos kioscos, y las antiguas paredes del palacio de Amurat salian, como un risco, de entre la sombría verdura de los plátanos; tenia presente á los ojos y en el pensamiento la escena en que hace siglos se han desarrollado tantos dramas siniestros ó gloriosos. Todos estos dramas se me aparecian con sus personajes y sus rastros de sangre ó de gloria.

Veia salir del Caucasó una horda arrojada de él por ese instinto de peregrinacion que Dios dió á los conquistadores, como se le ha dado á las abejas que salen del tronco del árbol para producir nuevos enjambres: veia la gran figura patriarcal de Otman en medio de sus tiendas y de sus rebaños, derramando un pueblo por el Asia Menor, avanzando sucesivamente hasta Brusa, muriendo entre los brazos de sus hijos que ya eran sus lugartenientes y diciendo á Orchan:

« Muero sin sentimiento porque dejo un su-

« cesor como tú; ¡vé á propagar la ley divina, el
 « pensamiento de Dios que ha venido á buscar-
 « nos de la Meca al Cáucaso; sé caritativo y ele-
 « mente como ella; así es como los príncipes
 « atraen sobre su nación la bendición de Dios!
 « no dejes mi cuerpo en esta tierra que no es
 « para nosotros mas que un camino, y ve á de-
 « positar mis despojos mortales en Constantino-
 « pla, en el sitio que yo mismo me designo en
 « mi postrera hora. »

Algunos años despues Orchan, hijo de Otman, estaba acampado en Scútari, en esas mismas colinas que tiñe de negro la sombra de los cipreses. El emperador griego, Cantacuceno, vencido por la necesidad, le dió la hermosa Teodora, su hija, por quinta esposa en su serrallo. La joven princesa cruzaba al son de los instrumentos ese brazo de mar donde veo flotar ahora las naves rusas, é iba, como una víctima, á inmolarse inútilmente por prolongar unos pocos días la vida del imperio. Pronto los hijos de Orchan se acercan á la playa, seguidos de algunos valientes soldados; construyen en una noche tres balsas sostenidas por vegigas de buey infladas, y pasan el estrecho á favor de las tinieblas; los centinelas griegos están dormidos. Un muchacho labrador que salia con el alba para ir al trabajo, encuentra á los Otomanos estraviados, y les indica

la entrada de un subteraneo que conduce al interior del castillo, y ya con esto tienen los Turcos el pie y una fortaleza en Europa.

Cuatro reinados habian trascurrido, y Mahomet II respondia á los embajadores griegos: — « Yo no emprendo cosa alguna contra vosotros; el imperio de Constantinopla está limitado por sus murallas. » — Pero Constantinopla, aunque tan estrechamente limitada, impide dormir al sultan, y enviando á despertar á su visir, le dice: — « Te pido á Constantinopla; no puedo conciliar el sueño en esta almahoda; Dios quiere darme los Romanos. » — En su brutal impaciencia, lanza su caballo á las olas que amenazan tragarle. — « Ea! » dijo á sus soldados; « el día del último asalto, no me reservo mas que la ciudad; el oro y las mugeres son para vosotros. Prometo el gobierno de mi mejor provincia al primero que ponga el pie en las murallas. » Toda la noche, innumerables hogueras que reemplazan la claridad del día iluminan la tierra y las aguas, tanto anhelaban los Otomanos aquel día que debía entregarles su presa.

Entre tanto, bajo esa negra cúpula de santa Sofia, el valeroso y desventurado Constantino iba, en su postrera noche, á implorar al Dios del imperio, y á comulgar con lágrimas en los

ojos; al rayar la aurora. salia del templo á caballo, acompañado de los clamores y de los gemidos de su familia, é iba á morir, como un héroe, en la brecha de su capital: — aquel día era el 29 de mayo de 1455.

Pocas horas después, las puertas de santa Sofía caían deshechas á hachazos; los ancianos, las matronas, las doncellas, los frailes, las religiosas inundaban aquella espaciosa basílica, cuyos atrios, capillas, galerías, subterráneos, inmensas tribunas, cimborios y azoteas podían contener la población de una ciudad entera; — un último grito se elevó al cielo, como la voz del cristianismo agonizante; en pocos instantes, sesenta mil ancianos, mugeres ó niños, sin distinción de clase, edad ni sexo, fueron amarrados de dos en dos, los hombres con cuerdas, las mugeres con sus velos ó sus cinturones. Aquellas parejas de esclavos fueron echadas en las naves, llevadas al campamento de los Otomanos, insultadas, trocadas, vendidas como viles rebaños. Jamas semejantes lamentaciones se oyeron en las dos orillas de Europa y de Asia; las mugeres se separaban para siempre de sus esposos, los hijos de sus madres, y los Turcos arrojaban, por diferentes caminos, aquel vivo botín, de Constantinopla hácia el interior de Asia. Constantinopla fue saqueada por espacio de ocho horas; luego Mahometo II entró

por la puerta de san Roman, rodeado de sus visires, de sus bajás y de su guardia; echó pie á tierra delante de la puerta de santa Sofía, é hirió con su alfange á un soldado que estaba rompiendo los altares. El emperador no quiso destruir nada; trasformó la iglesia en mezquita, y un muzlim subió por primera vez á lo alto de esa misma torre donde le oigo cantar á esta hora, para llamar á los musulmanes á la oración y glorificar, bajo otra forma, al Dios á quien otros hombres adoraban en esta ciudad la víspera. Desde allí Mahometo II pasó al palacio desierto de los emperadores griegos, y recitó, al entrar, estos versos persas:

« La araña hila su tela en el palacio de los emperadores, y el mochuelo entona su canto nocturno sobre las torres Erasiab! »

Aquel día se encontró el cuerpo de Constantino debajo de un monton de cadáveres: varios jenizaros habían oído á un Griego magníficamente vestido y luchando con la agonía, esclamar: — « ¿No habrá un cristiano que quiera quitarme la vida? » Los jenizaros le cortaron la cabeza; — dos águilas de oro bordadas en sus borceguies y las lágrimas de algunos Griegos leales no dejaron duda de que aquel soldado desconocido era el valiente y desgraciado Constantino. Su cabeza fué espuesta en la punta de una

lanza para que los vencidos no conservasen ni duda acerca de su muerte, ni esperanza de volver á verle; luego se le enterró con los honores debidos al trono, al heroísmo y á la muerte.

No abusó Mahometo de su victoria; la tolerancia religiosa de los Turcos se reveló en sus primeros actos. Dejó á los cristianos sus iglesias y la libertad de su culto público; conservó en sus funciones al patriarca griego; él mismo, sentado en su trono, entregó el cayado pastoral al monje Genadio y le dió un caballo ricamente enjaezado. Los Griegos fugitivos pasaron á Italia, adonde llevaron la afición á las controversias teológicas, á la filosofía y á las letras. La antorcha apagada en Constantinopla lanzó sus chispas al otro lado del Mediterráneo, y se encendió de nuevo en Florencia y en Roma. En el espacio de treinta años de un reinado que no fué mas que una conquista, Mahometo II añadió al imperio doscientas ciudades y doce reinos: murió en medio de sus triunfos y recibió el dictado de Mahometo-*el-Grande*: todavía ilustra su memoria los últimos años del pueblo que lanzó á Europa, y que pronto llevará su tumba al Asia. Aquel príncipe tenía la tez de un tártaro, los ojos hundidos, la mirada profunda y penetrante: — siempre tuvo todas las virtudes y todos los vicios que le impulsó la política.

Bayaceto II, el Luis XI de los Tártaros, hace arrojar á sus hijos al mar, y lanzado del trono por Selin, huye con sus mugeres y sus tesoros, y muere del veneno preparado por su hijo. Este Selin, por única respuesta al visir que le preguntaba donde habia de colocar sus tiendas, hace ahorcar al visir: el sucesor de este hace la misma pregunta y sufre el mismo castigo; el visir siguiente manda colocar las tiendas, sin preguntar nada, mirando hácia los cuatro puntos del universo, y cuando Selin pregunta donde está su campamento: « En todas partes, » le responde el visir; « tus soldados te seguirán á dó quiera que dirijas tus armas. » — « Así es como quiero que se me sirva, » dijo el terrible sultan. Él fué quien conquistó el Egipto, y quien, sentado en un magnífico trono, erigido en la orilla del Nilo, se hizo traer la raza entera de los opresores de aquel hermoso territorio, y mandó sacrificar á veinte mil Mamelucos á su vista, — todo esto sin crueldad personal, y solo en virtud de aquel sentimiento de fatalismo que cree en su mision, y que, por cumplir la voluntad de Dios, de la que se tiene por instrumento, mira el mundo como su conquista y á los hombres como el polvo de sus pies. Aquella misma mano, teñida en la sangre de tantos millares de hombres, escribía versos llenos de resignacion, de dulzura

y de filosofía. Todavía subsiste el pedazo de marmol blanco en que escribió estas sentencias :

— « Todo emana de Dios ; él nos da á su arbitrio ó nos rehusa lo que le pedimos. Si alguno en la tierra pudiera algo por sí mismo, sería igual á Dios. » Mas abajo se lee : — « Selin, el servidor de los pobres, compuso y escribió estos versos. » Conquistador de la Persia ; muere encargando á su visir que haga piadosas restituciones á las familias persas arruinadas por la guerra. Su sepultura está colocada junto á la de Mahometo II, con este arrogante epitafio : — « En este dia, el sultan Selin pasó al reino eterno, dejando el imperio del mundo á Soliman. »

Desde aquí veo relucir, entre los cimborios de las mezquitas, la resplandeciente cúpula de la mezquita de Soliman, una de las mas magníficas de Constantinopla. Acababa Soliman de perder su primer hijo, Mahometo, que tuvo de la célebre Rojelana, y esta mezquita recuerda un tierno testimonio del dolor de aquel príncipe. Para honrar la memoria de su hijo, dió libertad á una multitud de esclavos de ambos sexos, deseando asociar de este modo simpatías á su dolor.

Pronto las cercanías de aquella misma mezquita fueron ¡ ay ! teatro de un drama terrible. Soliman, irritado contra un hijo suyo habido en otra muger, Mustafá, llama al Mustí y le pregun-

ta : — « ¿ Qué castigo merece Zair, esclavo de un mercader de esta ciudad, que le ha confiado, durante un viage, su esposa, sus hijos, sus tesoros ? Zair ha desatendido los negocios de su amo, ha intentado seducir á su muger, ha tendido emboscadas contra los hijos ; ¿ qué castigo merece el esclavo Zair ? »

— « El esclavo Zair merece la muerte, » escribe el Mustí. « Dios sea el mejor. »

Soliman, armado con esta respuesta, llama á Mustafá á su campamento. Llega el joven, acompañado de Zeangir, un hijo de Rojelana, pero que, lejos de participar del odio de su madre, profesaba á su hermano Mustafá el mas tierno cariño. Apenas llega ante la tienda de Soliman, Mustafá es desarmado : penetra solo en el primer recinto, donde reinaban una completa soledad y un mustio silencio. Cuatro mudos se precipitan sobre él y forcejean por ahogarle, pero él los tira al suelo, y ya está á punto de escaparse y de llamar en su auxilio al ejército que le adora, cuando el mismo Soliman, que seguía con los ojos la lucha de los mudos contra su hijo, levanta una punta de la cortina de su tienda, y les lanza una mirada de furor ; entonces los esclavos se levantan y consiguen ahogar al joven príncipe : su cuerpo fué espuesto sobre una alfombra delante de la tienda del sultan. Zeangir espira

de desesperacion sobre el cadaver de su hermano, y el ejército contempla con despavoridos ojos la implacable venganza de una muger de quien el amor ha hecho esclavo al desgraciado Soliman. Mustafá tenia un hijo de diez años, y Rojelana arrancó al sultan la orden de su muerte. Un emisario secreto está encargado de burlar la vigilancia de la madre de aquel niño; se discurre un pretesto para llevarla á una quinta de recreo, poco distante de Brusa: el niño iba á caballo delante de la litera de la princesa. Rómpe se la litera; el joven príncipe continua su camino, seguido del eunuco encargado de la orden secreta de su muerte: apenas entra en la quinta, el eunuco le detiene y le presenta el fatal cordon. — « El sultan manda que mueras ahora mismo, » le dice. — « Esa orden es tan sagrada para mí como la del mismo Dios, » responde el niño, y presenta su cabeza al verdugo. La madre llega y encuentra el cuerpo palpitante de su hijo en el dintel de la puerta. El insensato amor de Soliman á Rojelana llenó el serrallo de mas crímenes que los que vió el palacio de Argos.

Las Siete Torres me recuerdan la muerte del primer sultan inmolado por los jenizaros. Otman, llevado por ellos á aquella fortaleza, cae dos dias despues bajo la cuchilla de Daoud, visir. Este visir, poco tiempo despues, es condu-

cido tambien á las Siete Torres, y allí le arrancan su turbante, le hacen beber en la misma fuente en que bebió el desgraciado Otman, y le ahorcan en la misma estancia en que él asesinó á su señor. El *ada* de los jenizaros, de los cuales un soldado osó poner la mano sobre Otman, es anulada, y hasta la abolicion de este cuerpo, cuando un oficial llamaba la sexagésima quinta *ada*, otro oficial respondia:

« Perezca la voz de esa *ada*! quede destruida para siempre la voz de esa *ada*! »

Los jenizaros, arrepentidos del asesinato de Otman, deponen á Mustafá, y van á pedir de rodillas al serrallo un niño de doce años para darle el imperio. Vestido con un magnífico ropage de tela de plata, el turbante imperial en la cabeza, sentado en un trono portátil, cuatro oficiales de los jenizaros le levantan en hombros y pasean al emperador niño en medio de su pueblo. Aquel emperador fué Amurat IV, digno del trono á que le hicieron subir en tan temprana edad la rebelion y el arrepentimiento.

Aquí acaban los dias de gloria del imperio otomano. — La ley de Soliman, que mandaba que los hijos de los sultanes viviesen prisioneros entre eunucos y mugeres, enervó la sangre de Otman, é hizo presa al imperio de los amaños de los eunucos y de las rebeliones de los jenizaros. De tarde en

tarde brillan en la historia del imperio turco algunos nobles caracteres, pero son impotentes, porque se han acostumbrado temprano á no tener voluntad. Digase lo que se quiera en Europa, es evidente que el imperio ha muerto y que un heroe podria todo lo mas volverle una apariencia de vida.

El serrallo, ya abandonado por Mahmud, no es mas que una brillante sepultura; pero ¡cuan dramática y terrible seria su historia, si pudieran contarla sus paredes!

Una de las mas graves y dulces figuras de ese misterioso drama es la del desgraciado Selin que, depuesto y preso en el serrallo por no haber querido derramar la sangre de sus sobrinos, fué en su prision el maestro del actual sultan Mahmud. Selin era filósofo y poeta; el preceptor habia sido rey, el filósofo debia serlo algun dia. Durante aquella larga cautividad de los dos principes, Mahmud, irritado por la negligencia de un esclavo, se dejó llevar de la cólera hasta el punto de darle un bofetón. — « ¡Ah! Mahmud, dijo Selin, cuando hayas pasado por el horno del mundo, no te arrebatarás de ese modo: cuando hayas sufrido como yo, sabrás compadecer todas las desgracias, y aun las de un esclavo. »

La suerte de Selin fué desgraciada hasta el fin,

Mustafá Baraictar, uno de sus leales bajás, armado por su causa, llega hasta Constantinopla y se presenta en las puertas del serrallo. El sultan Mustafá se dormia en las delicias, y aun en aquel momento, estaba en uno de sus kioskos sobre el Bósforo. Los bostangis defienden las puertas, Mustafá acude al serrallo; y mientras Baraictar batia las puertas con su artilleria, pidiendo que le entregasen su amo Selin, este desventurado principe cae bajo el puñal del kislár aga y de sus eunucos. El sultan Mustafá hace arrojar su cuerpo á Baraictar, quien se precipita sobre el cadáver de Selin y le cubre de besos y de lágrimas. Buscan los insurrectos á Mahmud, que estaba escondido en el serrallo, temiendo que Mustafá haya derramado en él la última gota de la sangre de Otman, y le hallan en fin, metido debajo de unos rollos de alfombras, en un oscuro rincón del serrallo. Cree que le buscan para matarle, — pero le sientan en el trono y Baraictar se prosterna delante de él: esponen encima de las murallas las cabezas de los partidarios de Mustafá; cosen en sendos sacos de cuero á sus mugeres y las tiran al mar: pero pocos dias después, Constantinopla se convierte en un campo de batalla; los jenízaros se rebelan contra Baraictar, y proclaman sultan á Mustafá, á quien la clemencia de Mahmud habia perdonado la

vida. El serrallo es sitiado, el incendio devora la mitad de Stambul; los amigos de Mahmud le piden la muerte de su padre Mustafá, que es lo único que puede salvar la vida del sultan y la de ellos: la sentencia espira en sus labios; se cubre la cabeza con un chal y cae sin fuerzas en un sofá; sus parciales se aprovechan de su silencio, y asesinan á Mustafá. Mahmud, último y único vástago ya de la sangre de Otman, era un ser inviolable y sagrado para todos los partidos. Baraietar había hallado la muerte en las llamas, peleando al rededor del serrallo, y Mahmud dió principio á su reinado.

La plaza del Atmeidan, que se destaca desde aquí en negro sobre las blancas paredes del serrallo, recuerda el acto mas grande del reinado de este príncipe, la estincion de la raza de los jenizaros. Esta medida, que era la única que podía rejuvenecer y revivificar el imperio, nada produjo mas que una de las mas sangrientas y lúgubres escenas que ofrecen los anales del mundo: todavía está escrita en todos los monumentos del Atmeidan con ruinas y vestigios de cañonazos y de incendios. Mahmud la preparó cual profundo político y la ejecutó como un heroe: — un accidente determinó la última rebelion.

Un oficial egipcio dió un sablazo á un soldado turco; los jenizaros derriban sus ollas; el

sultan, noticioso de esto, y preparado á todo, se hallaba con sus principales consejeros en uno de sus jardines en Beschiktasch, sobre el Bósforo. Acude al serrallo, empuña el estandarte sagrado de Mahoma; el muftí y los ulemas, reunidos al rededor del estandarte sagrado, pronuncian la abolicion de los jenizaros; las tropas regulares y los fieles Musulmanes se arman y se reunen á la voz del sultan; él mismo se adelanta á caballo al frente de las tropas del serrallo; los jenizaros reunidos en el Atmeidan le respetan: — el sultan atraviesa varias veces por en medio de su muchedumbre amotinada, solo, á caballo, arrostrando mil muertes, pero animado de aquel valor sobrenatural que inspira una resolucion decisiva: — aquel dia debia ser el último de su vida, ó el primero de su emancipacion y de su poderío. Los jenizaros, sordos á su voz, se niegan á reconocer á sus agas, y acuden de todos los puntos de la capital, en número de cuarenta mil hombres. Las tropas leales del sultan, los artilleros y los bostangis ocupan las bocas de las calles contiguas al hipódromo; el sultan manda romper el fuego, pero los artilleros titubean; un oficial resuelto, Kara-Djehennem, se precipita á uno de los cañones, dispara su pistola sobre el cebo de la pieza, y hace caer bajo la metralla los primeros grupos de los jenizaros.

Estos retroceden; la artillería barre la plaza; el incendio devora los cuarteles; prisioneros en aquel estrecho espacio, millares de hombres perecen bajo las tapias desmoronadas, bajo la metralla y entre las llamas; — empieza la matanza y no acaba sino con la muerte del último jenizaro. Ciento veinte mil hombres, en la capital solamente, alistados en este cuerpo, son presa del furor del pueblo y del sultan. Las aguas del Bósforo arrastran sus cadáveres al mar de Mármara; los demas son enviados al Asia Menor, y perecen en el camino; el imperio respira en libertad. El sultan, mas absoluto que lo fué jamas príncipe alguno, solo tiene esclavos obedientes, puede á su arbitrio regenerar el imperio; pero ya es tarde: su genio no está á la altura de su valor; ya ha llegado la hora de la decadencia del imperio otomano, como le llegó la suya al imperio griego: Constantinopla aguarda nuevos fallos del destino. Desde aquí veo la escuadra rusa, como el flotante campamento de Mahometo II, estrechar mas y mas cada dia la ciudad y el puerto; veo las hogueras de los bivaques de los kalmucos sobre las colinas del Asia. Los Griegos vuelven con el nombre y los arreos de los Rusos, y la Providencia conoce el dia en que un último asalto, dado á las murallas de Constantinopla, que es hoy todo el imperio, cubrirá de

fuego, humo y ruinas esa resplandeciente ciudad que duerme ante mis ojos su último sueño.

El mas hermoso punto de vista de Constantinopla está encima de nuestra habitacion, en lo alto de un belveder construido por M. Truqui sobre la azotea de su casa, que domina el grupo entero de las colinas de Pera, de Gálata y de los collados que rodean el puerto por el lado de las aguas dulces; — es el vuelo del águila encima de Constantinopla y del mar. La Europa, el Asia, la entrada del Bósforo y el mar de Mármara se ven á un mismo tiempo: la ciudad está debajo. Si no tuviese uno mas que una mirada que echar sobre la tierra, debería elegir este punto para contemplarla. No puedo comprender, cada vez que subo á este belveder, y subo varias veces al dia y paso en él noches enteras, — no puedo comprender como, de tantos viageros como han visitado á Constantinopla, tan pocos han sentido el encanto que tiene esta escena para mis ojos y para mi alma; como ninguno la ha descrito. ¿Será porque la palabra no tiene ni espacio, ni horizonte, ni colores, y porque el único lenguaje del ojo es la pintura? Pero ni aun la misma pintura ha reproducido nada de todo esto: solo ha dado líneas muertas, escenas truncadas, colores sin vida, pero la innumerable gradacion y la variedad de esas tintas segun el estado del cielo y

la hora; pero el armonioso conjunto y la colosal grandeza de esas líneas; pero los movimientos, las fugas, los enlaces de esos diversos horizontes; pero el movimiento de esas velas sobre los tres mares, pero el murmullo de vida de esas poblaciones entre esas orillas, pero esos cañonazos que truenan y suben de los navíos, esos pabellones que se amainan ó se izan en los palos, la muchedumbre de los caiques, la vaporosa reverberacion de los cimborios, de las mezquitas, de las torres, de los minaretes en el mar: — todo eso ¿donde está? — Pero probemos á bosquejarlo.

Las colinas de Galata, de Pera, y otras tres ó cuatro se deslizan desde mil pies hasta el mar, cubiertas de ciudades de diferentes colores; unas tienen sus casas revocadas de encarnado, otras de negro con una multitud de cúpulas azules que interrumpen aquellas tintas sombrías; entre cada dos cúpulas se lanzan grupos de verdura formados por los plátanos, las higueras y los cipreses de los huertecillos contiguos á cada casa. Unos grandes espacios vacíos entre las casas, son campos cultivados y jardines donde se ve á las mugeres turcas cubiertas con sus velos negros, y jugando con sus hijos y sus esclavas á la sombra de los árboles; bandadas de tórtolas y de palomos blancos nadan en el aire azul en-

cima de esos jardines y de esos tejados, y se destacan, como flores blancas mecidas por el viento, del azul del mar que forma el fondo del horizonte. — Se distinguen las calles que serpentean bajando hácia el mar como barrancas, y mas abajo, el vaiven de la poblacion en los bazares que rodea un velo de leve y trasparente humo; estas ciudades ó estos arrabales de ciudad estan separados entre sí por promontorios de verdura coronados de palacios de madera pintados y de kioskos de todos colores, ó por hondas gargantas en que la mirada se pierde entre las raíces de los collados, y desde donde se ve alzarse solamente las copas de los cipreses y las agudas y brillantes puntas de los minaretes; en llegando al mar, el ojo se estravía en su azul superficie, en medio de un laberinto de buques al ancla ó á la vela; los caiques, semejantes á aves acuáticas que nadan ora en grupos, ora aisladamente por el canal, se cruzan en todas direcciones, yendo de Europa á Asia, ó de Pera á la punta del serrallo. Algunos grandes navios de guerra pasan á toda vela, desembocan del Bósforo, saludan al serrallo con sus andanadas, cuyo humo los envuelve un instante como unas alas grises, y doblan, pareciendo que los tocan, los altos cipreses y los anchos plátanos del jardin del Gran Señor, para entrar en el mar de Mármara. Otros

buques de guerra, de la armada del sultan, estan surtos en número de treinta ó cuarenta á la entrada del Bósforo; sus inmensas moles proyectan una sombra sobre las aguas por el lado de tierra; no se ven enteramente mas que cinco ó seis; la colina y los árboles ocultan una parte de los demas cuyos altos costados, cuyos palos y vergas, que parecen entrelazados con los cipreses, forman una calle circular que huye hácia el fondo del Bósforo. Allí, las montañas de la costa opuesta ó de la orilla de Asia forman el fondo del cuadro; se alzan mas enhiestas y verdes que las de Europa, coronadas de densos bosques que se deslizan por sus faldas; sus cimas, cultivadas como jardines, sostienen solitarios kioskos, galerías, aldeas, pequeñas mezquitas cercadas de arboledas: sus ensenadas están llenas de buques anclados, de caiques remeros, de barquillas con velas; la gran ciudad de Scútari se estiende á sus pies sobre una ancha margen, dominada por sus frondosas cimas y ceñida de su negro bosque de cipreses. Una hilera no interrumpida de caiques y de lanchas cargadas de soldados asiáticos, de caballos ó de Griegos cultivadores que van á llevar sus verduras á Constantinopla, se estiende entre Scútari y Galata, y se abre sin cesar para dar paso á otra hilera de buques mayores que desembocan del mar de Mármara.

Volviendo á la costa de Europa, pero del otro lado del canal del Cuerno de Oro, el primer objeto que encuentra la vista despues de haber atravesado la azul superficie del canal, es la punta del serrallo, que es el sitio mas magestuoso, ameno, magnífico y agreste juntamente que puede elegir un pintor. La punta del serrallo avanza como un promontorio, ó como un cabo llano entre estos mares, en frente del Asia; este promontorio, contando desde la punta del serrallo en el mar de Mármara, hasta el gran kiosko del sultan, enfrente de la escala de Pera, puede tener tres cuartos de legua de circunferencia: — es un triángulo cuya base es el palacio ó el serrallo mismo, cuya punta penetra en el mar, cuyo lado mas estenso da sobre el puerto interior ó canal de Constantinopla; desde el punto en que me hallo, se le domina todo entero: — es un bosque de árboles gigantescos cuyos troncos salen, como columnas, de las tapias y de los terrados del recinto, y estienden sus ramas sobre los kioskos, sobre las baterías y los buques del mar; estos bosques, de un color verde sombrío y barnizado, estan interpolados con hermosas praderas, florestas, barandas, escalinatas de piedra, cúpulas de oro ó de plomo, minaretes tan sutiles como los palos de los buques, y anchos cimborios de los palacios, de las mezquitas y de

los kioskos que rodean estos jardines, — vista parecida con corta diferencia á la que ofrece la campiña de Saint-Cloud desde las colinas de Meudon, — solo que estos sitios campestres están rodeados, por tres lados, por las cúpulas de las numerosas mezquitas y por un océano de casas y de calles que forman la verdadera Constantinopla ó la ciudad de Stambul. La mezquita de santa Sofia, el san Pedro de la Roma del Oriente, alza su macizo y gigantesco cimborio encima de las tapias del serrallo: santa Sofia es una informe colina de piedras acumuladas y coronadas por una media naranja que reluce al sol como un mar de plomo; mas lejos, las mezquitas mas modernas de Acmet, de Bayaceto, de Soliman, de Sultanié, se lanzan al cielo con sus minaretes interpolados con galerías morunas; cipreses tan corpulentos como los minaretes las acompañan, y contrastan por do quiera, con su negra hoja, con el resplandeciente brillo de los edificios; en la cima de la colina achatada de Stambul, se ven, entre las tapias de las casas y los minaretes, una ó dos colinas antiguas ennegrecidas por los incendios y bronceadas por el tiempo, que son algunos restos de la antigua Bizancio que se conservan en la plaza del Hipodro-

⁴ Sitio real inmediato á París.

mo ó del Atmeidan; tambien allí se estienden las vastas líneas de varios palacios del Sultan ó de sus visires: el Divan, con su puerta que ha dado nombre al imperio, está en aquel grupo de edificios; mas arriba, destacándose sobre el ceruleo horizonte del cielo, una espléndida mezquita corona la colina y mira á los dos mares; su cúpula de oro, herida por los rayos del sol, parece que reverbera un incendio, y la transparencia de su cimborio y de sus paredes, coronadas de aereas galerías, le da la apariencia de un monumento de plata ó de porcelana; aqui acaba por este lado el horizonte, y la vista vuelve á bajar sobre otras dos anchas colinas cubiertas sin interrupcion de mezquitas, de palacios, de casas revocadas, hasta el fondo del puerto, donde el mar disminuye insensiblemente de anchura, y se pierde á la vista bajo los árboles en el valle árca de las aguas dulces de Europa; si se vuelven los ojos al canal, se ve una multitud de mástiles agrupados en la orilla de la escala de los Muertos del arsenal, y bajo los bosques de cipreses que cubren las faldas de Constantinopla; se ve la torre de Gálata, construida por los Genoveses, salir como el palo mayor de un buque, de un océano de tejados, y blanquear entre Gálata y Pera, semejante á un pilar colosal entre dos ciudades, y el ojo vuelve á reposar en fin en las se-

renas aguas del Bósforo, incierto entre Europa y Asia. Tal es la parte material del cuadro, pero si se añaden á estos principales rasgos de que se compone el inmenso marco que le rodea y le hace resaltar del cielo y del mar, las negras líneas de las montañas de Asia, los bajos y vaporesos horizontes del golfo de Nicomedia, las crestas de las montañas del Olimpo de Brusa que aparecen detras del serrallo mas allá del mar de Mármara, y que estienden sus vastas nieves como blancas nubes en el firmamento; si se agregan á este magestuoso conjunto la gracia y el color infinito de esos innumerables pormenores; si se representa uno en el pensamiento los variados efectos del cielo, del viento, de las horas del dia sobre el mar y sobre la ciudad; si ve uno las flotas de los buques mercantes desprenderse, como bandadas de ayes marinas, de la punta de los negros bosques del serrallo, tomar el medio del canal, ó internarse lentamente en el Bósforo formando grupos siempre nuevos; si los rayos del sol en ocaso vienen á rasar las cimas de los árboles y de los minaretes, y á inflamar, como reverberaciones de un incendio, las rojas tapias de Scútari y de Stambul; si el viento que refresca ó se aplana alisa el mar de Mármara como un lago derretido, ó, rizando ligeramente las aguas del Bósforo parece que tiende sobre ellas

las resplandecientes mallas de una inmensa red de plata; si el humo de los barcos de vapor se alza y gira en medio de las grandes velas temblorosas de los navíos ó de las fragatas del sultan; si el cañonazo de la oracion retumba, en prolongados ecos, desde el puente de los buques de la armada hasta bajo los cipreses del campo de los Muertos; si los innumerables rumores de las siete ciudades, de los millares de embarcaciones se alzan en bocanadas de la tierra y del mar, y le llegan á uno, en alas de la brisa, hasta á lo alto de la columna donde se halla; si se considera que ese cielo es casi siempre tan profundo y tan puro; que esos mares y esos puertos naturales están siempre sosegados; que cada casa de esas largas riberas es una ensenada donde los buques pueden fondear en todos tiempos debajo de las ventanas, donde se construyen y se botan al agua navíos de tres puentes bajo la sombra misma de los plátanos de la orilla; si se acuerda uno de que está en Constantinopla, en esta ciudad reina de Europa y Asia, en el punto precisamente adonde estas dos partes del mundo han venido, de cuando en cuando, á abrazarse ó á lidiar; si la noche le sorprende á uno en esta contemplacion de la que nunca se cansa la vista; si se encienden los faros de Gálata, del serrallo, de Scútari, y las luces de las altas popas de los navíos;

si las estrellas se van destacando poco á poco, una á una ó en grupos, del firmamento azul, y circundan las negras cumbres de la costa de Asia, las nevadas cimas del Olimpo, las islas de los Príncipes en el mar de Mármara, la sombría meseta del serrallo, las colinas de Stambul y los tres mares, como de una randa azul sembrada de perlas en que parece que nada toda esa naturaleza; si la claridad mas templada del firmamento adonde sube la luna naciente, deja bastante luz para ver las grandes masas de ese cuadro, borrando ó esfuminando los pormenores, tiene uno á todas las horas del dia y de la noche el mas magnífico y delicioso espectáculo que puede abarcar una mirada humana; — es una embriaguez de los ojos que se comunica al pensamiento, un deslumbramiento de la mirada y del alma; — es el espectáculo que disfruto todos los dias y todas las noches hace un mes.

El embajador de Francia me ha propuesto que le acompañe en la visita que todos los embajadores recién llegados tienen derecho á hacer á Santa Sofia, y á este fin me hallé esta mañana, á las ocho, en una puerta de Stambul que da sobre el mar, detras de las tapias del serrallo. Uno de los principales oficiales de Su Alteza nos aguardaba en la playa, y nos llevó primeramente á su casa

donde nos habia hecho disponer una colacion. Las habitaciones eran numerosas y estaban elegantemente adornadas, pero sin mas muebles que divanes y pipas: los primeros están contiguos á las ventanas que dan sobre el mar de Mármara. El almuerzo se sirvió á la europea; solo los manjares eran nacionales, y tan numerosos como esquisitos, pero todos nuevos para nosotros. Despues del almuerzo, las señoras fueron á ver á las mugeres del coronel turco, encerradas por aquel dia en una estancia inferior: el haren ó habitacion de las mugeres era la sala en que nos habian recibido. Todos llevábamos babuchas de taflete amarillo para ponérmolas en la mezquita, sin lo cual hubiéramos tenido que quitarnos las botas y andar descalzos. Entramos en el ante-patio de la mezquita de Santa Sofia, en medio de un piquete de guardias que nos abrian paso entre el gentío que habia acudido á vernos. Las caras de los osmanlis tenian una expresion de recelo y enojo, pues todos los buenos musulmanes miran la introduccion de los cristianos como una profanacion de sus santuarios. Apenas entramos cerraron la puerta de la mezquita. ®

La gran basílica de Santa Sofia, construida por Constantino, es uno de los mas grandes edificios que ha hecho salir de la tierra el genio de la re-

ligion cristiana; pero se conoce, por la barbarie del arte que ha presidido á la disposicion de aquella gran mole de piedra, que fué la obra de una época de corrupcion y de decadencia: — es el recuerdo confuso y grosero de un gusto que ya no existe; es el bosquejo informe de un arte que se está ensayando. Precede al templo un largo y ancho peristilo cubierto y cerrado como el de San Pedro de Roma: varias columnas de granito, de prodigiosa altura, pero encajadas en las tapias, separan este vestibulo del atrio. Una gran puerta se abre sobre el interior; el ámbito de la iglesia está decorado en sus costados con soberbias columnas de pórfido, de granito egipcio y de preciosos mármoles, pero estas columnas, de grueso, de proporcion y de órdenes diversos, son evidentemente restos sacados de otros templos, y colocados allí sin simetría y sin gusto, como una obra de bárbaros. Pilares gigantescos, de mampostería vulgar, sostienen un cimborio aereo como el de San Pedro, y cuyo efecto es por lo menos igualmente majestuoso; este cimborio, cubierto en otro tiempo de mosaicos que formaban cuadros en la bóveda, se revocó cuando Mahometo II se apoderó de Santa Sofía para convertirla en mezquita. Algunas partes del baño de color están descascaradas y dejan traslucir la antigua decoracion cristiana. Al

rededor de la basilica, á la altura del arranque de la bóveda, se extienden galerías circulares, apoyadas en vastas tribunas. El aspecto del edificio es bello, espacioso, sombrío, sin ornatos; con sus rasgadas bóvedas y sus columnas bronceadas, semeja el interior de una colosal sepultura cuyas reliquias ha dispersado el tiempo: inspira el terror, el silencio, la meditacion sobre la inestabilidad de las obras del hombre que edifica para ideas que cree eternas, y cuyas ideas sucesivas, ya con un libro, ya con un sable en la mano, vienen cada cual á su vez á habitar ó á arruinar los monumentos. En su estado presente, Santa Sofía parece un gran almacen de Dios; allí están las columnas del templo de Efeso, allí las imágenes de los apóstoles con sus aureolas de oro en la bóveda, mirando las lámparas suspendidas del iman. Luego que salimos de Santa Sofía, fuimos á visitar las siete mezquitas principales de Constantinopla, todas menos grandiosas, pero infinitamente mas bellas. Se conoce que el mahometismo tenia su arte propio, su arte enteramente conforme con la luminosa sencillez de su idea, cuando erigió estos templos, sencillos, regulares, espléndidos, sin sombras para sus misterios, sin altares para sus víctimas. Estas mezquitas se parecen todas, salvo el tamaño y el color; precédenlas grandes patios ro-

deados de claustros donde están las escuelas y las viviendas de los imanes : soberbios árboles dan sombra á estos patios, y numerosas fuentes derraman en ellos el rumor y la voluptuosa frescura de sus aguas : en las cuatro esquinas de la mezquita se alzan, como aereos pilares, cuatro minaretes de primoroso trabajo ; pequeñas galerías circulares con un antepecho de piedra calado como encaje, rodean á diferentes alturas el cuerpo del minarete : — allí se coloca, en las diferentes horas del día, el muzlin que grita la hora y llama á la ciudad al pensamiento constante del mahometano, el pensamiento de Dios. Un pórtico por entre el cual se ven los jardines y los patios, y al que se sube por unos cuantos escalones, conduce á la puerta del templo. Este es un atrio cuadrado ó redondo, coronado por una cúpula sostenida por elegantes pilares ó hermosas columnas istriadas : un púlpito está apogado á uno de los pilares : forman el friso algunos versículos del koran escritos en la pared. Las paredes están pintadas de arabescos. De uno á otro pilar cruzan la mezquita unos alambres que sostienen una multitud de lámparas, de huevos de avestruz suspendidos, de manojos de espigas ó de flores : las losas del pavimento están cubiertas de esteras ó de ricas alfombras. El efecto es sencillo y grandioso : no es aquello un

templo donde mora un Dios ; es una casa de oracion y de contemplacion donde se reunen los hombres para adorar al Dios único y universal. Lo que se llama culto no existe en la religion : Mahoma predicó á unas tribus bárbaras en quienes los cultos ocultaban al Dios. Los ritos son sencillos ; una fiesta anual, abluciones y la oracion, en las cinco divisiones del día, á esto se reduce todo. Ningun dogma fuera de la creencia en un Dios creador y remunerador ; — las imágenes suprimidas por miedo de que tientes la flaca imaginacion humana, y conviertan el recuerdo en culpable adoracion : — ningun sacerdote, á lo menos, la facultad para todo fiel de hacer oficio de sacerdote : el cuerpo sacerdotal no se formó sino con el trascurso del tiempo y por corrupcion. Siempre que he entrado en las mezquitas, he hallado en ellas un corto número de Turcos acurrucados ó tendidos en las alfombras, y orando con todas las señales exteriores del fervor y de un completo arrobamiento.

En el patio de la mezquita de Bayaceto veo el sepulcro vacío de Constantino, que es un vaso de pórfido de prodigiosa magnitud, en el que cabrian veinte heroes. El trozo de pórfido es evidentemente de la época griega, y sin duda es tambien algun resto arrancado de los templos de Diana en Efeso. Los siglos se prestan sus tem-

plos como sus sepulcros, y se los vuelven vacíos. ¿Donde están los huesos de Constantino? Los Turcos han encerrado su sepulcro en un kiosko, y no le dejan profanar. Las sepulturas de los sultanes y de sus familias están en los jardines de las mezquitas que ellos han construido, bajo kioskos de marmol sombreados por copudos árboles y perfumados por las flores. Hermosos surtidores murmuran al lado ó dentro del kiosko mismo, y el culto del recuerdo es tan inmortal entre los Musulmanes, que nunca he pasado por delante de una de esas sepulturas sin hallar ramilletes de flores recién cojidas puestos en la puerta ó en las ventanas de esos numerosos monumentos.

Acabo de bajar y de volver á subir el canal del Bósforo de Constantinopla en la desembocadura del mar Negro, y voy á bosquejar para mí, algunos rasgos de esta encantada naturaleza. No creía yo que el cielo, la tierra, el mar y el hombre pudiesen producir juntos tan hechiceros paisajes. El trasparente espejo del cielo ó del mar es lo único que puede verlos y reflejarlos enteros; mi imaginación los ve y los conserva así, pero mi memoria no puede guardarlos y pintarlos sino por medio de algunos pormenores sucesivos. Escribamos, pues, vista por vista, cabo

por cabo, ensenada por ensenada, minuto por minuto. Años enteros necesitaría un pintor para reproducir una sola de las orillas del Bósforo; el país muda á cada nueva mirada, y siempre se renueva igualmente hermoso variando. ¿Qué puedo decir en algunas palabras?

Conducido por cuatro remeros arnautas en uno de estos largos caiques que hien den la mar como un pez, me he embarcado solo á las siete de la mañana con un sol y un cielo hermosísimos. Un intérprete, tendido en la barca entre los remeros y yo, me iba diciendo los nombres y las cosas. Primeramente costeamos los muelles de Tofana, con su cuartel de artillería. La ciudad de Tofana, alzándose en escalones de casas revocadas, como ramilletes de flores, agrupados al rededor de la mezquita de marmol, iba á morir bajo los altos cipreses del gran campo de los muertos de Pera: esta cortina de sombría verdura remata las colinas por este lado. Deslizábamonos por entre una multitud de buques al ancla y de innumerables caiques que llevaban á Constantinopla los oficiales del serrallo, los ministros y sus kiais, y las familias de los Armenios que la hora del trabajo llamaba á sus factorías. Estos Armenios son una raza de hombres soberbios, noble y sencillamente vestidos con un turbante negro y un largo ropon azul ceñido al

cuerpo con un chal de cachemira blanco. Sus formas son atléticas; sus fisonomías inteligentes, pero vulgares; tienen la tez colorada, los ojos azules, la barba rubia; son los Suizos del Oriente; laboriosos, pacíficos, regulares como ellos, pero como ellos calculadores y codiciosos; ponen su ingenio traficante al servicio del sultan ó de los Turcos; nada hay de heroico ni de belicoso en esta raza de hombres. El comercio es su vida, y bajo todos los gobiernos serán comerciantes: son, de todos los cristianos, los que mas simpatizan con los Turcos. Prosperan y acumulan las riquezas que estos desatienden y que se les escapan á los Griegos y á los Judíos; todo está aquí entre sus manos. Son los dragomanes de todos los bajás y de todos los visires. Sus mugeres, cuyas facciones tan puras, pero mas delicadas, recuerdan la serena hermosura de las Inglesas ó de las labradoras de los montes de Suiza, son admirables, lo mismo que los niños. Los caiques en que van están llenos de canastillos de flores que traen de sus caserios.

Empezamos á torcer la punta de Tofana y á resbalar á la sombra de los grandes navíos de guerra de la armada otomana, surta en la costa de Europa: estas enormes moles duermen aquí como en un lago. Los marineros, vestidos, como los soldados turcos, con chaquetas coloradas ó

azules, están indolentemente reclinados en los obenques, ó se bañan al rededor de la quilla. Grandes chalupas cargadas de tropas van y vienen de la tierra á los navíos, y los elegantes botes del capitan-bajá, conducidos por veinte remeros, pasan, como flechas, junto á nosotros. El almirante Tahir-Bajá y sus oficiales van vestidos con unas levitas oscuras, y llevan en la cabeza el fez ó gran gorro de lana roja que se encasquetan hasta las cejas, como corridos de haberse despojado del noble y gracioso turbante. Estos hombres tienen un ademan melancólico y resignado; van fumando en sus largas pipas con boquilla de ambar. Ahí se ven hasta unos treinta buques de guerra bien contruidos, y que parecen á punto de dar la vela, pero no hay ni oficiales ni marineros, y esta magnífica armada no es mas que una decoracion del Bósforo. Mientras que el sultan la contempla desde su kiosko de Beglierbey, situado frente por frente, en la costa de Asia, las dos ó tres fragatas de Ibrahim-Bajá poseen en paz el Mediterraneo, y las barcas de Samos dominan el Archipiélago. A pocos pasos de estas naves, en la orilla de Europa que voy siguiendo, paso por debajo de las ventanas de un largo y magnífico palacio del sultan, no habitado á la sazón, y que parece un palacio de amphibios; las olas del Bósforo, por poco que las

arremoline el viento, rasan las ventanas y lanzan su espuma á las habitaciones del piso bajo. Los escalones del ingreso llegan á las aguas, y las puertas enrejadas dan entrada al mar hasta los patios y los jardines, donde se amarran los caiques, y donde están los baños para las sultanas que pueden nadar en el mar al abrigo de las persianas de sus salas. Detras de estos patios marítimos, los jardines de arbustos, de lilas y de rosas se alzan en escalones sucesivos, sustentando terrados y kioscos enrejados y dorados. Esas graciosas florestas van á perderse en grandes bosques de encinas, de laureles y de plátanos, que cubren las cuestas y se alzan con los peñascos hasta la cumbre de la colina. Las habitaciones del sultan están abiertas, y veo, por las ventanas, las ricas molduras doradas de los techos, las arañas de cristal, los divanes y las colgaduras de seda : — las del haren están cerradas con densos enrejados de madera elegantemente labrados. Inmediatamente despues de este palacio, empieza una serie no interrumpida de palacios, de casas y de jardines de los principales validos, ministros ó bajás del Gran-Señor. Todos duermen sobre el mar, como para respirar su frescura. Sus ventanas están abiertas; los amos están sentados en divanes, en espaciosas salas resplandecientes con oro y sedas, fumando, con-

versando, tomando sorbetes y mirándonos pasar : sus salas dan tambien sobre unos terrados cubiertos de arbustos y de flores que se siguen formando anfiteatro. Los numerosos esclavos, ricamente ataviados, están, por lo comun, sentados en los escalones que baña el mar; y los caiques, montados por sus remeros, están en el borde de aquellas escalinatas, prontos á recibir y á llevarse á los dueños de aquellas suntuosas moradas. Dó quiera los harenes forman un ala un poco separada por jardines ó patios, de la habitacion de los hombres; todos están enrejados; — solamente veo de cuando en cuando la cabeza de algun hermoso niño que asoma por entre las flores de las enramadas, para mirar el mar, y el blanco brazo de alguna muger que entorna ó cierra una persiana. Estos palacios, estas casas son todas de madera, pero muy ricamente trabajada, con aleros, galerías y barandillas infinitas, y todos están cubiertos y rodeados de sombra, de plantas rastreras y de bosques de jazmines y de rosas : todos están bañados por la corriente del Bósforo, y tienen patios interiores donde penetra el agua del mar y se renueva, y donde están á cubierto los caiques. El Bósforo es tan profundo en todas partes que pasamos bastante cerca de la orilla para respirar el embalsamado ambiente de las flores, y para que

descansen nuestros remeros á la sombra de los árboles. Los mas grandes buques pasan tan cerca como nosotros, y muchas veces una verga de un bergantin ó de un navio se enreda en las ramas de un arbol, en un emparrado, ó aun en las persianas de un balcon, y huye llevándose pedazos del follage ó de la casa. Estas casas no están separadas unas de otras mas que por grupos de árboles, ó por algunos ángulos de peñascos cubiertos de yedra y de musgo, que descienden de las cumbres de las colinas y se internan algunos pies dentro del agua : solo de cuando en cuando una ensenada mas ancha y mas profunda se abre entre dos colinas separadas y hendidas por el hueco cauce de un torrente ó de un arroyo. Entonces se estiende una aldea en las llanas orillas de estos golfos, con sus hermosas fuentes morunas, su mezquita con cúpulas doradas y azules, y su ligero minarete que confunde su cima con la de los altos plátanos. Las casitas revocadas se alzan formando anfiteatro á ambos lados y en el fondo de estos reducidos golfos, con sus fachadas y sus kioskos de mil colores ; en la cima de las colinas, se estienden grandes caseríos, flanqueados por jardines suspendidos y grupos de pinabetes de anchas copas, y limitan los horizontes. Al pie de estas aldeas hay una playa ó un muelle de granito de

algunos pies solamente de anchura ; estas playas están plantadas de sicomoros, de vides, de jazmines y forman toldos hasta en el mar, bajo los cuales se ponen á la sombra los caiques : allí están surtos multitud de barcos y de bergantines del comercio de todas las naciones ; fondean en frente de la casa ó de los almacenes del armador, y muchas veces un puente echado desde el del buque hasta la ventana de la casa sirve para trasportar las mercancías. Una turba de muchos, de vendedores de dátiles, de frutas y de verduras circula por estos muelles, que vienen á ser el mercado de la aldea y del Bósforo ; allí se ven reunidos marineros de todos los paises en medio de los Osmanlis, que fuman sentados en sus alfombras, junto á las fuentes, al rededor del tronco de los plátanos. Ninguna vista de las aldeas de Lucerna ó de Intersaken puede dar una idea de la gracia y de la pintoresca originalidad de estas pequeñas ensenadas del Bósforo , es imposible no pararse un momento para contemplarlas. De cinco en cinco minutos, con corta diferencia, se hallan de estos pueblos, puertos ó aldeas, en la primera mitad de la costa de Europa, es decir, por espacio de dos ó tres leguas ; luego van siendo menos frecuentes, y el pais toma un caracter mas agreste á causa de la elevacion cada vez mayor de las colinas y de la pro-

fundidad de los bosques. No hablo aquí mas que de la costa de Europa, porque á la vuelta describiré la costa de Asia, mucho mas hermosa todavía; pero es preciso no olvidar, para formarse una imagen exacta, que esta costa de Asia no está mas que á algunas brazas de la linea que voy siguiendo; que muchas veces me hallo tan cerca de una como de otra, y que las mismas escenas que pinto en Europa arrebatan los ojos cada vez que se vuelven á la costa de Asia: — pero volvamos á la orilla que tengo mas cerca. Hay un sitio, pasado el último de estos puertos naturales, en que el Bósforo se acanala, como un ancho y rápido rio, entre dos cabos de peñascos que bajan perpendicularmente de lo alto de sus dobles montañas; el canal, que serpentea, parece á la vista enteramente cerrado allí; solo á medida que uno avanza le ve desarrollarse y torcer detrás del cabo de Europa, luego ensancharse y abrirse como un lago, para sustentar en sus márgenes las dos ciudades de Terapia y de Buyukderé. Del pié á la cima de estos dos cabos de peñascos cubiertos de árboles y de espesa vegetacion suben unas fortificaciones medio arruinadas, y se lanzan unas enormes torres blancas, almenadas, con puentes levadizos y torreonnes, de la forma de las hermosas construcciones de la edad media: estos son los famosos casti-

llos de Europa y de Asia desde donde Mahometo II sitió y amenazó por tanto tiempo á Constantinopla antes de penetrar en ella: se alzan, como dos blancas fantasmas, del negro seno de los pinos y de los cipreses, como para cerrar la entrada de estos dos mares. Sus torres y sus cubos, suspendidos sobre los buques navegando á toda vela; los largos ramos de yedra que penden, como mantos de guerreros, sobre sus tapias medio arruinadas; los peñascos grises que los sostienen, y cuyos ángulos salen del bosque que los rodea; las grandes sombras que proyectan sobre las aguas, hacen de este sitio uno de los puntos mas caracterizados del Bósforo: aquí pierde parte de su aspecto esclusivamente gracioso, para presentar uno ya gracioso, ya sublime. Algunos cementerios turcos se estienden á sus pies, y los turbantes labrados de marmol blanco salen de trecho en trecho de entre las enramadas, bañados por las olas. ¡Felices los Turcos! siempre reposan en el lugar de su predileccion, á la sombra del arbusto que han amado, á la orilla de la corriente cuyo murmullo los ha encantado, visitados por las palomas que sustentaban en vida, embalsamados por las flores que ellos plantaron; si no poseen la tierra durante su vida, la poseen despues de su muerte, — y no se arrojan los restos de las personas á quienes se ha

amado, en esos muladares públicos de donde el horror rechaza al culto y á la piedad de los recuerdos.

Mas allá de los castillos, el Bósforo se ensancha; las montañas de Europa y de Asia se elevan mas ásperas y mas desiertas; solo las orillas del mar están todavía sembradas de trecho en trecho de casitas blancas y de pequeñas mezquitas rústicas sentadas sobre un collado junto á una fuente ó bajo la copa de un plátano. La aldea de Terapia, residencia de los embajadores de Francia y de Inglaterra, ciñe la playa un poco mas lejos; las altas selvas que la dominan proyectan sus sombras sobre los terrados y las praderas de ambos palacios; pequeños valles, encajonados entre los peñascos, forman los límites de las dos potencias. Dos fragatas, una inglesa y otra francesa, surtas en el canal en frente de cada palacio están constantemente allí para aguardar la señal de los embajadores, y llevar á las escuadras del Mediterráneo los mensajes de guerra ó de paz. Buyukderé, lindísimo pueblo situado en el fondo del golfo que forma el Bósforo en el momento en que se tuerce para ir á perderse en el mar Negro, se estiende como una cortina de palacios y de quintas por las faldas de dos sombrías montañas. Un hermoso muelle separa los jardines y las casas del mar. La es-

cuadra rusa, compuesta de cinco navíos, de tres fragatas y de dos barcos de vapor, está surta delante de las azoteas de los palacios de Rusia, y forma una ciudad encima de las aguas, en frente de la ciudad y de las deliciosas florestas de Buyukderé. Las lanchas que llevan órdenes de un buque á otro, las embarcaciones que van á hacer aguada á las fuentes ó á pasear á los enfermos por la playa; los yachts de los jóvenes oficiales, que luchan como caballos de carrera, y cuyas velas, inclinadas bajo el viento, mojan las olas; los cañonazos que retumban en las profundidades de los valles de Asia, y anuncian que nuevos bajeles desembocan del Mar Negro; un campamento ruso establecido en las abrasadas faldas de la montaña del Gigante, en frente de la escuadra; la hermosa pradera de Buyukderé, á la izquierda, con su grupo de maravillosos plátanos, uno solo de los cuales da sombra á un regimiento entero; los magníficos bosques de los palacios de Rusia y de Austria, que coronan la cumbre de las colinas; una multitud de casas elegantes y adornadas con balcones, que ciñen los muelles, y cuyas rosas y lilas penden, en festones, del borde de las azoteas; los Armenios con sus hijos, llegando ó partiendo sin cesar en sus caiques llenos de ramos y de flores; el brazo del Bósforo, mas sombrío y mas estrecho, que

empieza á descubrirse estendido hácia el brumoso horizonte del Mar Negro; otras cordilleras de montañas, enteramente desnudas de aldeas y de caseríos, y alzándose entre las nubes con sus negras selvas, como formidables límites entre las revueltas del mar, de las tempestades, y la magnífica serenidad de los mares de Constantinopla; dos castillos, uno en frente de otro, en cada orilla, coronando con sus baterías, con sus torres y sus almenas las alturas avanzadas de dos sombríos cabos; luego, en fin, una doble línea de peñascos cubiertos de selvas, que van á morir en las azules aguas del Mar Negro: — tal es el punto de vista que se disfruta desde Buyukderé. Añádase á esto el tránsito perpetuo de una hilera de naves que van á Constantinopla ó salen del canal, segun que el viento sopla del norte ó del mediodía; estas naves son á veces tan numerosas que, un dia, volviendo en mi caique, conté cerca de doscientas en menos de una hora. Suelen navegar en grupos, como aves que cambian de clima; si el viento varia, dan bordadas de una á otra orilla, yendo á virar bajo las ventanas ó bajo los árboles de Asia ó de Europa; si refresca la brisa, fondean en una de las innumerables ensenadas ó en la punta de los pequeños cabos del Bósforo, y un momento despues vuelven á cubrirse de velas. A cada minuto, el

paisage, vivificado y modificado por estos grupos de buques á la vela ó al ancla, y por las diversas posiciones que toman á lo largo de las costas, muda de aspecto, y hace del Bósforo un maravilloso kaleidoscopo.

Cuando llegué á Buyukderé, tomé posesion de la lindísima casa sita en el muelle donde M. Truqui tuvo la bondad de ofrecermé su doble hospitalidad, y en la que pasaremos el verano.

La misma fecha.

Parece, despues de la descripcion de esta costa del Bósforo, que la naturaleza no podrá sobrepujarse á sí misma, y que ningun paisage puede esceder en hermosura al que acabo de admirar; y sin embargo, al volver esta noche á Constantinopla, he seguido la costa de Asia, y me parece mil veces mas hermosa que la de Europa. La costa de Asia no le debe casi nada al hombre, la naturaleza lo ha hecho todo en ella! No hay allí ni Buyukderé, ni Terapia, ni palacios de embajadores, ni ciudad de Armenios ó de Francos; no hay mas que montañas, desfiladeros que las separan, graciosos valles alfombrados con praderas que se alzan entre las raices de los peñas-

cos, arroyos que serpean por ellas, torrentes que las blanquean con su espuma, bosques suspendidos en sus faldas, que se deslizan por sus quebradas, que descienden hasta las orillas de los numerosos golfos de la costa; una variedad de formas y de tintas, que el pincel de un pintor de países no podría siquiera inventar; algunas casas aisladas de marineros ó de hortelanos turcos, esparcidas de trecho en trecho por la playa, ó en la cumbre de una frondosa colina, ó agrupadas en la punta de los peñascos á cuyos pies se desata la corriente en olas azules como un cielo nocturno; algunas blancas velas de pescadores que se internan en profundas ensenadas, y que se ven resbalar de un plátano á otro como un lienzo seco que recogen las lavanderas; innumerables bandadas de pájaros blancos que se enjugan á la vera de los prados; grandes águilas que tienden el vuelo desde las montañas al mar; los mas misteriosos ancones, enteramente cerrados por peñascos y árboles gigantescos, cuyas ramas, inundadas de hojas, se doblegan sobre las aguas, y forman encima del mar anchas bóvedas en que se meten los caiques. Una ó dos aldeas escondidas en la sombra de estos ancones, con sus huertos situados á sus espaldas en verdes pendientes, y sus grupos de árboles al pié de los peñascos, con sus barcas mecidas por

el agua serena á sus puertas, sus bandadas de palomas sobre los tejados, sus mugeres y sus niños á las ventanas, sus ancianos sentados al pié de un plátano junto á un minarete; — los labradores que vuelven de los campos en sus caiques; otros que llenan sus barcas de fagotes verdes, de mirtos ó de brezos en flor, para secarlos y quemarlos en invierno; — escondidos detras de aquellos montones de verdura pendientes de los costados de la barca, no se distinguen ni la barca ni el remero, y cree uno ver un pedazo de la orilla, arrancado por la corriente, flotar á la ventura sobre el mar, con sus verdes hojas y sus olorosas flores. Este aspecto ofrece la orilla hasta el castillo de Mahometo II que, tambien por este lado, parece que cierra el Bósforo como un lago de Suiza; allí, cambia de caracter; las colinas menos ásperas son tambien mas bajas, y abren mas suavemente sus estrechos valles; ya allí se estienden mas ricas y frecuentes algunas aldeas asiáticas; las aguas dulces de Asia, bellísima llanura cubierta de árboles, de kioskos y de fuentes morunas, se abren á la vista; — gran número de carruages de Constantinopla, especies de jaulas de madera dorada, sostenidas sobre cuatro ruedas y tiradas por dos bueyes, circulan por las praderas; de ellas salen algunas mugeres turcas cubiertas con sus velos,

y se sientan al pié de los árboles ó en la orilla del mar, con sus hijos y sus esclavas negras; varios grupos de hombres están sentados mas lejos, tomando café ó fumando; la variedad de los colores de los trages de los hombres y de los niños, el color oscuro del velo monótono de las mugeres, forman bajo todos estos árboles el mas extraño y gracioso mosaico de colores; los bueyes y los búfalos rumian en las praderas; los caballos árabes, cubiertos de jaeces de terciopelo de seda y de oro, bracean junto á los caiques que abordan en tropel, llenos de mugeres armenias y judías; — estas se sientan destapadas sobre la yerba, á la margen del arroyo, formando una cadena de matronas y doncellas con diversos arreos y actitudes; algunas son hermosísimas, y lo parecen mas á causa de la extraña variedad de los tocados y de los trages: — allí he solido ver muchas mugeres turcas de los harenes, destapadas; casi todas son bajitas, muy pálidas; tienen los ojos tristes y una traza delicada y enfermiza. En general, el clima de Constantinopla, á pesar de todas sus aparentes condiciones de salubridad, me parece malsano; las mugeres á lo menos distan mucho de merecer la reputacion de hermosura de que disfrutan; solo las Armenias y las Judías me han parecido hermosas, — pero ¿qué diferencia no obstante con

la hermosura de las Judías y de las Armenias de la Arabia, y sobre todo con el indescriptible encanto de las mugeres griegas de la Siria y del Asia Menor! Un poco mas allá, enteramente en la orilla de las aguas del Bósforo, se alza el magnífico palacio nuevo, habitado ahora por el Gran-Señor: Beglierbey es un edificio en el gusto italiano, mezclado con recuerdos indios y morunos: — es una inmensa construccion de varios pisos, con alas y jardines interiores: — grandes jardines llenos de rosas y regados por numerosos surtidores se estienden á su espalda hasta la montaña; un estrello muelle de granito separa las ventanas del mar. Pasé lentamente por junto á este palacio, donde velan bajo el marmol y el oro tantos cuidados y tantos terrores, y ví al Gran-Señor sentado en un divan, en uno de los kioskos sobre el mar; Acmet-Bajá, uno de sus jóvenes validos, estaba de pié á su lado; el sultan, sorprendido en vista de nuestros trages europeos, nos señaló con el dedo á Acmet-Bajá, como para preguntarle quienes éramos: — saludé al Señor del Asia al uso oriental, y me volvió mi saludo con mucha afabilidad: — todas las ventanas del palacio estaban abiertas, y se veian relucir las ricas decoraciones de aquella magnífica y deliciosa morada: — el ala habitada por las mugeres, ó el haren, estaba cerrada; es in-

mensa, pero no se sabe el número de las mugeres que la habitan; dos caiques enteramente dorados, y montados cada uno por veinticuatro remeros, estaban á la puerta del palacio, sobre el mar; estos caiques son dignos del gusto mas esquisito del dibujo de Europa y de la magnificencia del Oriente; la proa de uno de ellos, que avanzaba lo menos veinticinco pies, estaba formada por un cisne de oro, con las alas tendidas, que parecia que arrebatava sobre las olas la barca de oro; un pabellon de seda tendido sobre columnas de oro formaba la popa, y ricos chales de cachemira servian de asiento para el sultan: la proa del segundo caique era una flecha de oro que parecia que volaba desprendida del arco sobre el mar. Largo rato me paré fuera de la vista del sultan para admirar aquel palacio y aquellos jardines, donde todo parece dispuesto con esquisito gusto; no conozco en Europa ningun sitio real mas magnífico y verdaderamente mágico: — todo parecia que acababa de salir de manos del artífice, puro y radiante: — los tejados de los palacios están cubiertos con barandillas doradas, y hasta las chimeneas, que en Europa desfiguran las lineas de todos nuestros edificios públicos, eran columnas doradas é istriadas, cuyos elegantes capiteles realzaban la hermosura del conjunto. Este principe que ha

pasado su infancia en la sombra de los calabozos del serrallo me inspira una viva simpatía: amenazado de muerte todos los dias; instruido en el infortunio por el justo y desgraciado Selim; elevado al trono por muerte de su hermano; — madurando por espacio de quince años en su mente el proyecto de emancipar el imperio y restaurar el islamismo con la destruccion de los jenizaros; ejecutándolo con el heroismo y la calma de la fatalidad; arrostrando sin cesar la ira de su pueblo para regenerarle; osado é impasible en el peligro; blando y misericordioso cuando puede consultar á su corazon, pero sin apoyo en derredor de sí; sin instrumentos para ejecutar el bien que medita; desconocido por su pueblo; vendido por sus bajás; arruinado por sus vecinos; abandonado por la fortuna sin la cual el hombre no puede nada; asistiendo en pié á la ruina de su trono y de su imperio; abandonándose en fin á sí mismo; apresurándose á consumir en las delicias del Bósforo su parte de existencia y su sombra de soberanía! Hombre de buen deseo y de voluntad recta, pero hombre de genio insuficiente y de voluntad demasiado debil; semejante á aquel último emperador griego, cuyo puesto ocupa, y cuyo destino parece que representa; digno de otro pueblo y de mejores tiempos, y capaz á lo menos de morir como un

heroe! Un día fué grande hombre. La historia no tiene páginas comparables á las de la destrucción de los jenizaros; no conozco revolucion mas firmemente concebida ni mas heroicamente consumada. Esa página pertenece á Mahmud; pero ¿porqué es la sola? Lo mas difícil estaba hecho; derribados los tiranos del imperio, solo se necesitaban voluntad y constancia para vivificar este imperio civilizándole. Mahmud se paró en la mitad del camino; ¿será tal vez porque el genio es todavía mas raro que el heroísmo?

Pasado el palacio de Beglierbey, la costa de Asia vuelve á aparecer arbolada y solitaria hasta Scútari, que brilla, como un jardín de rosas, en la estremidad de un cabo, á la entrada del mar de Mármara. En frente, se presenta á la vista la verde punta del serrallo; y entre la costa de Europa, coronada de sus tres ciudades pintadas, y la costa de Stambul, toda resplandeciente con sus cúpulas y sus minaretes, se abre el inmenso puerto de Constantinopla, donde los buques, surtos en las dos orillas, no dejan mas que una ancha calle á los caiques. Me deslizo por entre este laberinto de embarcaciones, como la góndola veneciana bajo la sombra de los palacios, y desembarco en la escala de los Muertos, bajo una calle de cipreses.

29 de mayo.

Un joven de Constantinopla me llevó esta mañana al mercado de los esclavos. Despues de haber atravesado las largas calles de Stambul que siguen las tapias del antiguo serrallo, y pasado por varios magníficos bazares llenos de una innumerable multitud de mercaderes y de compradores, subimos, por unas angostas callejuelas, hasta una fangosa plaza en que se abre la puerta de otro bazar. Gracias al traje turco que llevábamos, y á lo bien que hablaba nuestro guía, nos dejaron entrar en aquel mercado de hombres. ¡Cuanto tiempo, cuantas revelaciones sucesivas ha necesitado la razon del hombre para que la fuerza haya dejado de ser un derecho á sus ojos, y para que la esclavitud haya llegado á ser un crimen y una blasfemia para su inteligencia! ¡Qué progreso! ¡y cuanto no promete! ¡Cuantas cosas hay que nos parecen muy naturales, y que serán crímenes incomprensibles á los ojos de nuestros descendientes! En esto iba yo pensando cuando entré en aquel bazar donde se vende la vida, el alma, el cuerpo, la libertad del prójimo, como vendemos el buey ó el caballo, y donde el hom-

heroe! Un día fué grande hombre. La historia no tiene páginas comparables á las de la destrucción de los jenizaros; no conozco revolucion mas firmemente concebida ni mas heroicamente consumada. Esa página pertenece á Mahmud; pero ¿porqué es la sola? Lo mas difícil estaba hecho; derribados los tiranos del imperio, solo se necesitaban voluntad y constancia para vivificar este imperio civilizándole. Mahmud se paró en la mitad del camino; ¿será tal vez porque el genio es todavía mas raro que el heroísmo?

Pasado el palacio de Beglierbey, la costa de Asia vuelve á aparecer arbolada y solitaria hasta Scútari, que brilla, como un jardín de rosas, en la estremidad de un cabo, á la entrada del mar de Mármara. En frente, se presenta á la vista la verde punta del serrallo; y entre la costa de Europa, coronada de sus tres ciudades pintadas, y la costa de Stambul, toda resplandeciente con sus cúpulas y sus minaretes, se abre el inmenso puerto de Constantinopla, donde los buques, surtos en las dos orillas, no dejan mas que una ancha calle á los caiques. Me deslizo por entre este laberinto de embarcaciones, como la góndola veneciana bajo la sombra de los palacios, y desembarco en la escala de los Muertos, bajo una calle de cipreses.

29 de mayo.

Un joven de Constantinopla me llevó esta mañana al mercado de los esclavos. Despues de haber atravesado las largas calles de Stambul que siguen las tapias del antiguo serrallo, y pasado por varios magníficos bazares llenos de una innumerable multitud de mercaderes y de compradores, subimos, por unas angostas callejuelas, hasta una fangosa plaza en que se abre la puerta de otro bazar. Gracias al traje turco que llevábamos, y á lo bien que hablaba nuestro guía, nos dejaron entrar en aquel mercado de hombres. ¡Cuanto tiempo, cuantas revelaciones sucesivas ha necesitado la razon del hombre para que la fuerza haya dejado de ser un derecho á sus ojos, y para que la esclavitud haya llegado á ser un crimen y una blasfemia para su inteligencia! ¡Qué progreso! ¡y cuanto no promete! ¡Cuántas cosas hay que nos parecen muy naturales, y que serán crímenes incomprensibles á los ojos de nuestros descendientes! En esto iba yo pensando cuando entré en aquel bazar donde se vende la vida, el alma, el cuerpo, la libertad del prójimo, como vendemos el buey ó el caballo, y donde el hom-

bre se cree legítimo poseedor del hombre á quien compra! ; Qué de legitimidades de este género de que no nos damos cuenta! Lo son sin embargo, porque no se le puede pedir al hombre mas de lo que sabe: sus convicciones son sus verdades, y para él no hay otras: solo Dios las posee todas, y nos las distribuye á proporcion y á medida de nuestras inteligencias sucesivas.

El mercado de esclavos es un gran patio á cielo raso, y rodeado de un pórtico cubierto. Bajo este pórtico, que circunda por el lado del patio un antepecho de mampostería, se abren varias puertas que comunican con los cuartos donde los mercaderes tienen sus esclavos; estas puertas estan abiertas para que los compradores, paseándose, puedan verlos. Los hombres y las mugeres estan en estancias separadas; las mugeres no llevan velo. Ademas de los esclavos encerrados en estas piezas bajas, hay otros muchos agrupados en la galería debajo del pórtico y en el patio. Empezamos por recorrer estos diferentes grupos. El mas notable era un puñado de jóvenes Abisinias en número de doce ó quince; colocadas de espaldas unas á otras como aquellas antiguas cariátides que sostienen un jarron sobre sus cabezas, formaban un círculo vueltas todas de cara á los espectadores. Casi todas eran hermosísimas; tenían los ojos rasgados, la nariz

aguileña, los labios sutiles, el rostro ovalado, el cabello negro y reluciente como las alas del cuervo. La espresion pensativa, triste y lánguida de la fisonomía hace de las abisinias, á pesar del color atezado de su cutis, una raza de mugeres admirables; son altas, delgadas de cintura, y airosas como las palmeras de su hermoso pais. Sus brazos tienen actitudes hechiceras. Aquellas muchachas no tenían mas vestido que una camisa de lienzo tosco y amarillento: llevaban en las piernas brazaletes de cuentas de vidrio azul. Sentadas sobre los talones, inmóviles, apoyada la cabeza en la mano ó en la rodilla, nos miraban con ojos tan dulces y tristes como los de la cabra ó el cordero que llevan á vender las labradoras á las ferias de los lugares; á veces hablaban unas con otras y se sonreían. Una habia que tenia en brazos un niño, y que lloraba porque el mercader queria venderle sin ella á un revendedor de niños. Habia no lejos de este grupo, siete ú ocho negrillos de ocho á doce años bastante bien vestidos, y que parecían sanos y bien tratados; estaban jugando á un juego del Oriente cuyos instrumentos son unas chinitas que se combinan de diferentes modos en unos hoyitos que se hacen en la arena: — entre tanto los mercaderes y revendedores circulaban al rededor de ellos, y cogian ora á uno, ora á otro por

el brazo, le examinaban con atencion de pies á cabeza, le palpaban, le hacian enseñar los dientes para juzgar de su edad y de su salud; luego el muchacho, distraido un momento de sus juegos volvia á ellos á toda prisa. En seguida entré en los pórticos cubiertos, llenos de una multitud de esclavos y de compradores. Los Turcos que hacen este comercio se pasean magníficamente vestidos con pellizas forradas de pieles, por entre los grupos, con su larga pipa en la mano, el rostro inquieto y cuidadoso, y espiando con ojo avizor la menor mirada que penetra en sus almacenes de hombres y de mugeres; pero tomándonos por Arabes ó Egipcios, no se atrevieron sin embargo á impedirnos entrar en ningun cuarto. Vendedores ambulantes de bollos y de frutas pasas recorrian la galería, vendiendo á los esclavos sus mercancías; á uno de ellos le di unas cuantas piastras para que distribuyese su cesta á un grupo de muchachos negros, que devoraban aquellas golosinas.

Allí me llamó la atencion una pobre negra de diez y ocho ó veinte años, estraordinariamente hermosa, pero de un aspecto duro y displicente. Estaba sentada en un banco de la galería, con la cara descubierta y ricamente vestida, en medio de como hasta una docena de negras muy andrajosas, puestas en venta á ínfimos precios;

tenia sobre sus rodillas un precioso muchacho de tres ó cuatro años magníficamente vestido tambien. Aquel muchacho, que era mulato, era de lo mas lindo é inteligente que puede imaginarse: hícele algunas caricias y le di bizcochos y almendras que compré en un puesto inmediato, pero su madre se los arrancó de la mano y los tiró al suelo con vivo despecho. Tenia los ojos bajos y estaba llorando; creí que seria por miedo de que la vendieran sin su hijo, y compadecido de su desgracia, rogué á M. Morlach, mi amable conductor, que la comprase con el niño por mi cuenta. Dirigímonos á un corredor conocido de M. Morlach, que entró en trato con el amo de la hermosa esclava y del niño; al principio hizo el amo como si efectivamente pensase venderla, y la pobre muger empezó á sollozar lo mismo que el chiquillo, pero aquel trato no era mas que valor entendido por parte del mercader, y cuando vió que dábamos sin regatear el subido precio que nos habia pedido, llamó á parte al corredor y le confesó que la negra no estaba de venta, que era esclava de un Turco muy rico de quien era hijo el mulatillo; que la tal negra tenia un caracter indómito, y que para corregirla y castigarla, su amo la habia enviado al bazar como para deshacerse de ella, pero con secreta orden de no venderla. Este castigo es

muy comun, y cuando un turco está descontento con alguna esclava, su primer amenaza suele ser enviarla al mercado. Seguimos adelante, y pasamos por varias estancias, que contenian cada cual cuatro ó cinco mugeres, casi todas negras y feas, pero sanas y robustas al parecer. La mayor parte parecian indiferentes á su situacion y aun solicitaban á los compradores; hablaban, se reian entre sí, y hacian observaciones críticas sobre la traza de los que las regateaban: — una ó dos lloraban y se escondian en el fondo de la estancia, y acudian de malísima gana á ponerse en evidencia en el tablado donde estaban las otras. Vimos á varias de ellas irse muy contentas con el Turco que acababa de comprarlas, cogiendo su hatillo debajo del brazo y tapándose el rostro con sus velos blancos. Dos ó tres actos de misericordia presenciarnos que la caridad cristiana envidiaria á la de los buenos musulmanes; algunos Turcos compraron las esclavas viejas á quienes sus amos habían echado por inútiles ó gravosas, y cuando preguntamos para que podian servirles aquellas infelices. — Para dar gusto á Dios, nos respondió el corredor; y M. Morlach me dijo que muchos musulmanes solian enviar á comprar en los mercados los pobres esclavos enfermos de ambos sexos, con el solo objeto de mantenerlos por caridad en sus

casas. Nunca el espíritu de Dios abandona enteramente á los hombres.

Las últimas estancias que visitamos estaban medio cerradas, y no sin trabajo logramos que nos dejasen entrar en ellas; no habia en cada una mas que una sola esclava custodiada por una muger. Todas eran jóvenes y hermosas Circasianas, recién llegadas de su pais; estaban vestidas de blanco con estremada elegancia y aliño: sus bellos rostros no manifestaban dolor ni asombro, y sí solo una desdeñosa indiferencia. Estas hermosas esclavas blancas de Georgia ó de Circasia han llegado á ser rarísimas, desde que las Griegas no pueblan ya los serrallos, y la Rusia ha prohibido el tráfico de las mugeres; mas con todo las familias Georgianas continuan criando á sus hijas para ese infame comercio, y no faltan de cuando en cuando en los mercados algunos cargamentos de contrabando. El precio de esas bellísimas criaturas asciende de doce á veinte mil reales, al paso que las esclavas negras de regular belleza no cuestan arriba de dos á tres mil reales, ó á todo lo mas, de cuatro á seis mil. En Arabia y en Siria son mucho mas baratas. Una de aquellas Georgianas era perfectamente hermosa; pero en general las mugeres de este pais distan mucho de la hermosura de las Arabes; el tipo septentrional se descubre en sus fi-

sonomías. La hermosa esclava de que acabo de hablar fué vendida á nuestra vista para el haren de un joven bajá de Constantinopla. Dolorido el corazon y los ojos húmedos salimos de aquella escena que se renueva todos los días y á todas las horas en las ciudades de Oriente, y volvimos pensativos al bazar de Stambul. ¡Estos son los efectos de las legislaciones inmóviles! — Consagran las barbaries seculares, y dan el derecho del tiempo y de la legitimidad á todos los crímenes! Los fanáticos de lo pasado son tan culpables y funestos á la humanidad como los del porvenir; los unos inmolán al hombre á sus ignorancias y á sus recuerdos; los otros á sus esperanzas y á su precipitación. Si el hombre hiciese, pensase y creyese lo que hacian y creian sus padres, el linage humano todo entero estaria aun en la idolatría y en la esclavitud. La razon es el sol de la humanidad, es la infalible y perpetua revelacion de las leyes divinas, aplicable á las sociedades. Es preciso andar para seguirla, só pena de quedarse en el mal y en las tinieblas, pero no hay que tomarle la delantera, só pena de caer en precipicios. Comprender lo pasado sin echarlo de menos; tolerar lo presente mejorándolo; esperar el porvenir preparándolo; tal es la ley de los verdaderos filósofos y de las instituciones benéficas. El pecado contra el Espíritu

Santo es ese combate de ciertos hombres contra la mejora de las cosas; es ese esfuerzo egoista y estúpido para hacer que retroceda sin cesar el mundo moral y social, que Dios y la naturaleza impelen sin cesar hácia adelante. Lo pasado es el sepulcro de la humanidad; es preciso respetarlo, pero no encerrarse y vivir en él.

Los grandes bazares de diferentes mercancías, y el de las especerías sobre todo, son unas largas y anchas galerías abovedadas, con aceras levantadas, y ceñidas de puestos llenos de toda especie de objetos de comercio. Armaduras, jaeces de caballos, joyería, comestibles, tafiletería, chales de las Indias y de Persia, tejidos de Europa, alfombras de Damasco y de Caramania, esencias y perfumes de Constantinopla, narguilés y pipas de todas formas y de singular magnificencia: ambar y coral labrados al uso de los Orientales para fumar el *tumbach*; muestras de tabaco picado ó doblado como resmas de papel amarillo; puestos de pasteles apetitosos por su forma y su variedad; hermosas confiterías, con innumerable variedad de dulces; droguerías de donde se exhala un perfume que embalsama todos los bazares; capas árabes tejidas de oro y pelo de cabra; velos de mugeres recamados de lentejuelas de plata y oro; — en medio de todo esto, una inmensa muchedumbre y renovada á cada

instante de Turcos á pié, con la pipa en la boca ó en la mano, seguidos de esclavos, de mugeres tapadas, acompañadas de negras con hermosos niños en brazos; — bajás á caballo, atravesando al paso por entre aquella multitud apiñada y silenciosa, y carruages turcos, cerrados con sus doradas rejas, conducidos al paso por cocheros turcos de largas barbas, y llenos de mugeres que se paran de trecho en trecho á las puertas de los joyeros; — tal es el aspecto de estos bazares. Si estuvieran reunidos en una sola galería, formarían muchas leguas de longitud. Estos bazares, donde el roce es forzoso, y donde los Judíos ponen de muestra y venden vestidos de apestados, son los mas activos vehiculos del contagio. Ahora acaba de declararse la peste en Pera con cinco ó seis accidentes mortales, y no sin alguna inquietud pasamos por entre esta multitud que puede diezmar mañana.

18 de junio.

Días pasados en nuestra soledad de Buyukderé con el Bósforo y el mar Negro á la vista; estudio, lectura. Por la tarde, paseos en caique á Constantinopla, á Belgrada y á sus incompara-

bles selvas; á la costa de Asia, á la desembocadura del Euxino, y al valle de las Rosas, situado detras de las montañas de Buyukderé, sitio á donde voy con frecuencia. Riega este delicioso valle una fuente adonde los Turcos van á disfrutar los encantos del agua, de la frescura, del olor de las rosas y de los cantos del bulbul ó ruiseñor; hay junto á la fuente cinco árboles inmensos, y á su sombra un café cubierto de enramada; mas allá, el valle estrechándose conduce á una pendiente de la montaña donde dos pequeños lagos artificiales duermen bajo las anchas bóvedas de los plátanos. Los Armenios vienen por la tarde con sus familias á sentarse en sus orillas á merendar ó á cenar; — hechiceros grupos al rededor de los troncos; — bailes de doncellas; — placeres decentes y silenciosos de los Orientales. Se ve que el pensamiento íntimo goza en sí mismo: — estos hombres sienten la naturaleza mejor que nosotros: — en ninguna parte tienen los árboles y las fuentes mas sinceros adoradores. Hay una simpatía profunda entre sus almas y las bellezas de la tierra, del mar y del cielo. Cuando vuelvo por la noche de Constantinopla en caique, y costeo las márgenes de Europa, á la luz de la luna, veo una cadena de una legua de matronas, doncellas y niños, sentados en silencio, formando grupos, en los bor-

des del muelle de granito, ó en los antepechos de los terrados de los jardines, donde pasan horas deliciosas contemplando el mar, los bosques, la luna, — respirando la serenidad de la noche. Nuestro pueblo no siente ninguna de esas delicias naturales; ha desgastado sus sensaciones; necesita placeres facticios; solo los vicios pueden conmoverle. Aquellos en quienes la naturaleza habla todavía con bastante fuerza para ser comprendida, son los filósofos y los poetas: — miserables á quienes bastan la voz de Dios en sus obras, la naturaleza, el amor y la contemplacion silenciosa.

En Buyukderé y en Terapia encuentro varios conocidos entre los Rusos y los diplomáticos; el conde Orloff, M. de Boutenieff, embajador de Rusia en Constantinopla, hombre amabilísimo, filósofo y hombre de estado. El baron de Sturmer, internuncio de Austria, me colma de bondades. Recibimos noticias políticas de Europa; este es ahora el punto importante. Los Rusos, acampados en Asia, y surtos bajo nuestras ventanas, ¿se retirarán por ventura? Me parece indudable: nadie se apresura á asir una presa que no puede escapársele. El conde Orloff me hacia leer ayer una carta admirable que le escribe el emperador Nicolas, en que le dice en sustancia: — Mi estimado Orloff, cuando la Providencia ha co-

locado á un hombre al frente de cuarenta millones de hombres, es para que dé desde mayor altura al mundo el ejemplo de la probidad y de la fidelidad á su palabra. Yo soy ese hombre, y quiero ser digno de la mision que he recibido de Dios. Apenas se allanen las desavenencias entre Ibrahim y el Gran-Señor, no demoreis ni un solo dia el retirar mi armada y mi ejército.

Noble language, situacion bien comprendida, generosidad fecunda! Constantinopla no se echará á volar, y la necesidad traerá á ella de nuevo á los Rusos, á quienes su probidad política aleja por un momento.

20 de junio.

Aquí he conocido á un hombre amable y de provecho, á uno de esos hombres mas fuertes que su mala fortuna y que se sirven de la ola que debia sumergirlos para abordar á la playa. El señor Calosso, oficial piemontés, comprometido, como muchos de sus compañeros, en la ventolera de revolucion militar del Piamonte en 1820, proscrito como los otros, sin asilo ni simpatías en parte alguna, se vino á Turquía, se presentó al sultan ofreciéndose á organizar su

des del muelle de granito, ó en los antepechos de los terrados de los jardines, donde pasan horas deliciosas contemplando el mar, los bosques, la luna, — respirando la serenidad de la noche. Nuestro pueblo no siente ninguna de esas delicias naturales; ha desgastado sus sensaciones; necesita placeres facticios; solo los vicios pueden conmoverle. Aquellos en quienes la naturaleza habla todavía con bastante fuerza para ser comprendida, son los filósofos y los poetas: — miserables á quienes bastan la voz de Dios en sus obras, la naturaleza, el amor y la contemplacion silenciosa.

En Buyukderé y en Terapia encuentro varios conocidos entre los Rusos y los diplomáticos; el conde Orloff, M. de Boutenieff, embajador de Rusia en Constantinopla, hombre amabilísimo, filósofo y hombre de estado. El baron de Sturmer, internuncio de Austria, me colma de bondades. Recibimos noticias políticas de Europa; este es ahora el punto importante. Los Rusos, acampados en Asia, y surtos bajo nuestras ventanas, ¿se retirarán por ventura? Me parece indudable: nadie se apresura á asir una presa que no puede escapársele. El conde Orloff me hacia leer ayer una carta admirable que le escribe el emperador Nicolas, en que le dice en sustancia: — Mi estimado Orloff, cuando la Providencia ha co-

locado á un hombre al frente de cuarenta millones de hombres, es para que dé desde mayor altura al mundo el ejemplo de la probidad y de la fidelidad á su palabra. Yo soy ese hombre, y quiero ser digno de la mision que he recibido de Dios. Apenas se allanen las desavenencias entre Ibrahim y el Gran-Señor, no demoreis ni un solo dia el retirar mi armada y mi ejército.

Noble language, situacion bien comprendida, generosidad fecunda! Constantinopla no se echará á volar, y la necesidad traerá á ella de nuevo á los Rusos, á quienes su probidad política aleja por un momento.

20 de junio.

Aquí he conocido á un hombre amable y de provecho, á uno de esos hombres mas fuertes que su mala fortuna y que se sirven de la ola que debia sumergirlos para abordar á la playa. El señor Calosso, oficial piemontés, comprometido, como muchos de sus compañeros, en la ventolera de revolucion militar del Piemonte en 1820, proscrito como los otros, sin asilo ni simpatias en parte alguna, se vino á Turquía, se presentó al sultan ofreciéndose á organizar su

caballería, y llegó á ser su válido y su inspirador militar. Honrado, habil y circunspecto, él mismo moderó una privanza peligrosa que podia esponerle á demasiadas envidias; su modestia y su cordialidad agradaron á los bajás de la corte y á los ministros del divan. En todas partes ha sabido ganar amigos y conservarlos: el sultan le ha elevado en dignidad sin pedirle que abjure su nacionalidad ni su culto. Ahora es para todos los Turcos Rustem-Bey, y para los Francos un Franco servicial y amable: ha procurado relacionarse conmigo y me ha ofrecido todos los servicios que puede proporcionarme merced á su familiaridad en el divan y en el serrallo. A él he debido muchas altas relaciones, y la facilidad de verlo y conocerlo todo, — cosas que nunca ha podido obtener ningun viagero cristiano, y que no consiguen ni aun los mismos embajadores. Con su asistencia ha preparado una visita completa del serrallo, donde nadie ha penetrado desde que le visitó lady Worthley-Montagu. Mañana procuraremos recorrer juntos ese misterioso recinto, que él no conoce, pero donde tiene amigos poderosos.

Empezamos por hacer una visita á Namuk-Bajá, uno de los jóvenes privados del Gran-Señor, que me convidó días pasados á un almuerzo en su cuartel de Scútari, y puso á mi disposicion

sus caballos para visitar las montañas de Asia. Namuk-Bajá estaba aquel dia de servicio en el palacio del sultan en Beglierbey, en las orillas del Bósforo, adonde fuimos á desembarcar. Merced al grado y á la privanza de Rustem-Bey, nos dejaron entrar y examinar los contornos de la morada del Gran-Señor, que se disponia á la sazón á ir á una pequeña mezquita de una aldea de Europa, al otro lado del Bósforo, en frente de Beglierbey. Sus caiques, soberbiamente equipados, estaban amarrados al muelle que ciñe el palacio, y sus caballos árabes, de rara hermosura, le aguardaban en los patios teniéndolos del freno los sais para que los montase el sultan al atravesar sus jardines. Entramos en un ala del palacio, separada del cuerpo principal, y donde estan los bajás, los oficiales de servicio y el estado mayor del palacio. Cruzamos unas grandes salas por donde circulaba una multitud de militares, de empleados y de esclavos: todo estaba en movimiento, como en un ministerio ó en un palacio de Europa un día de ceremonia. El interior de este palacio no estaba magníficamente amueblado; divanes y alfombras, paredes pintadas al fresco, y arañas de cristal, formaban toda su decoracion. Los trages orientales, el turbante, la pelliza, el pantalon ancho, la faja, el caftan de oro, abandonados por los Turcos por

un miserable trage europeo, mal cortado y ridiculamente llevado, han convertido el aspecto grave y solemne de este pueblo en una pobre parodia de los Francos. La estrella de diamantes que reluce en el pecho de los bajás y de los visires, es la única decoracion que los distingue y recuerda su antigua magnificencia. Lleváronnos, cruzando varios salones llenos de gente, á una salita que da sobre los jardines exteriores del palacio del Gran-Señor, donde se nos reunió Namuk-Bajá; se sentó con nosotros, nos hizo traer pipas y sorbetes, y nos presentó varios jóvenes bajás que poseen tambien el favor del amo; algunos coroneles del *nisam*, ó de las tropas regulares de la guardia, vinieron á reunirse con nosotros y á tomar parte en la conversacion. Namuk-Bajá, recién llegado de su embajada en Petersburgo, hablaba el francés con gusto y facilidad: sus modales, estudiados de los Rusos, eran los de un elegante diplomático europeo: me pareció hombre de talento y travesura. Kalil-Bajá, capitán-bajá á la sazón, y que luego se ha casado con la hija del sultan, habla igualmente muy bien el francés. Acmet-Bajá es tambien un joven elegante Osmanli, que tiene todos los modales de un Europeo. Nada en aquel palacio recuerda una corte asiática, escepto los esclavos negros, los eunucos, las ventanas enrejadas de

los harenes, las hermosas sombras y las azules aguas del Bósforo que veíamos por entre los jardines. Hablamos con discrecion, pero con franqueza, del estado de las negociaciones entre el Egipto, la Europa y la Turquía; de los progresos de los Turcos, hechos, y por hacer, en la táctica, en la legislacion, y en la política de las diversas potencias relativamente á la Turquía. Nada hubiera anunciado en nuestra conversacion que hablábamos de los que llaman Bárbaros con unos Bárbaros, y que el eco de nuestras palabras podia llegar á oídos del Gran-Señor, de la *sombra de Alá*: no hubiera sido mas íntima, mas elegante, ni mas profunda en un salon de Londres ó de Viena.

Aquellos jóvenes, ansiosos de luces y de progresos, hablaban de su situacion y de sí propios, con noble y candorosa modestia. Como se acercaba la hora de la oracion, nos despedimos de nuestros huéspedes, remitiendo á otro momento la solitud de nuestra presentacion directa al Sultán. Namuk-Bajá nos confió á un coronel de la guardia imperial, á quien encargó que nos dirigiese y nos introdujese en el antepatio de la mezquita adonde pensaba ir el Gran-Señor. Atravesamos el Bósforo, y nos colocamos junto á la puerta misma de la mezquita, en las gradas que conducen á ellas. Pocos minutos despues oimos

resonar los cañonazos de la escuadra y de los castillos, que anuncian todos los viernes á la capital que el sultan va á la mezquita, y vimos los dos caiques imperiales desprenderse de la costa de Asia y atravesar el Bósforo como una flecha. Ningun lujo de caballos y de coches puede compararse con el lujo oriental de estos caiques dorados, cuyas proas se lanzan, como águilas de oro, á veinte pasos delante del cuerpo del caique; cuyos veinticuatro remeros, alzando y dejando caer sucesivamente sus largos remos, imitan el batir de dos grandes alas, y levantan cada vez un velo de espuma que rodea los costados del caique; y en fin, de este pabellon de seda, de oro y de plumas, cuyas cortinas descorridas dejan ver al Gran-Señor sentado en un trono de cachemira, con sus bajás y sus almirantes á sus pies. Cuando llegó á la orilla, saltó en tierra el sultan con presteza, apoyando sus manos en los hombros de Acmet y de Namuk-Bajá; la música de su guardia, formada en frente de nosotros en la plaza de la mezquita, rompió en una hermosa marcha, mientras él avanzaba rápidamente entre dos líneas de oficiales y de espectadores. El sultan Mahmud es un hombre de cuarenta y cinco años, de estatura regular, de noble y elegante porte; tiene los ojos azules y la mirada dulce, la tez animada y morena, una boca agra-

ciada é inteligente; su barba negra y reluciente como el azabache descende en espesas ondas sobre su pecho. Este es el único resto del traje nacional que ha conservado; por lo demas, á escepcion del sombrero, podría tomársele por un Europeo. Llevaba pantalones y botas, una levita de paño oscuro con un cuello bordado de diamantes, y un gorro de lana roja coronada por una borla de piedras preciosas. Parecia inquieto y cuidadoso, y hablaba con vehemencia á los bajás que le acompañaban; acortó el pasó cuando llegó junto á nosotros, nos echó una mirada afectuosa, inclinó ligeramente la cabeza, hizo seña á Namuk-Bajá de que tomase el memorial que le presentaba una muger tapada, y entró en la mezquita, en la que no se detuvo mas que veinte minutos. La música militar estuvo tocando durante todo aquel tiempo trozos de óperas de Mozart y de Rossini. Salió en seguida con el rostro mas despejado y sereno, saludó á derecha é izquierda, se encaminó lentamente hácia el mar y entró en su barca; en un momento le vimos abordar á la costa de Asia y volver á sus jardines de Beglierbey. Es imposible no interesarse por la fisonomía de Mahmud, y no hacer secretos votos por un príncipe cuyas facciones revelan una energía varonil y una profunda sensibilidad; — pero ¡ah! esos votos espiran en

los labios cuando se piensa en el triste porvenir que le espera. Si fuera un verdadero grande hombre, cambiaria su destino y venceria la fatalidad que le rodea. Todavía es tiempo; mientras existe un pueblo, hay en su religion y en su nacionalidad un principio de energía y de resurreccion que un genio habil y fuerte puede fecundizar, remover, regenerar y conducir á una gloriosa trasformacion; pero Mahmud no tiene de un grande hombre mas que el corazon.— Intrépido para pelear y morir, el resorte de su voluntad flaquea cuando es preciso obrar y reinar: cualquiera que sea su suerte, la historia le compadecerá y le honrará. Ha intentado grandes cosas; ha comprendido que su pueblo perecia si él no le trasformaba; ha aplicado la hoz á las ramas muertas del arbol;—no sabe dar la savia y la vida á lo que queda en pie de ese tronco sano y vigoroso:—¿es culpa suya? Creo que sí.—Lo que restaba hacer era nada, comparado á la destruccion de los jenizaros; nada oponia resistencia en Turquía. La Europa, tímida y ciega, le favorecia con su cobardía y su inercia. Se han perdido escelentes circunstancias; los años han pasado: el audaz Ibrahim ha convertido en provecho propio la impopularidad del sultan; la Rusia ha sido aceptada como protectora:—esta vergonzosa proteccion de un enemigo natu-

ral contra un esclavo rebelde, ha indignado al islamismo; Mahmud no tiene ya nada en su favor mas que su denuedo personal. Rodeado de cortesanos y de traidores, un motin puede derribarle del trono y precipitar al imperio en una anarquía final. La Turquía estriba en la vida de Mahmud; el imperio y él perecerán el mismo día. Grande y fatal destino de un príncipe que se llevará consigo las dos mas hermosas mitades de Europa y Asia!

21 de junio.

A las once arribamos á la escala del antiguo serrallo, y entramos en las calles que le rodean. Visité de paso el divan de la Puerta, vasto palacio donde vive el gran visir y donde se discute la política del imperio, pero que nada notable tiene mas que la impresion que causa el pensar en las escenas de que ha sido teatro: nada en el caracter del edificio recuerda tantos sangrientos dramas. Es un gran palacio de madera pintada, con una escalera exterior, cubierta por un alero con festones al uso de las Indias ó de la China. Las salas estan desnudas y esteradas;—de allí bajamos á la plaza donde tan-

los labios cuando se piensa en el triste porvenir que le espera. Si fuera un verdadero grande hombre, cambiaria su destino y venceria la fatalidad que le rodea. Todavía es tiempo; mientras existe un pueblo, hay en su religion y en su nacionalidad un principio de energía y de resurreccion que un genio habil y fuerte puede fecundizar, remover, regenerar y conducir á una gloriosa trasformacion; pero Mahmud no tiene de un grande hombre mas que el corazon.— Intrépido para pelear y morir, el resorte de su voluntad flaquea cuando es preciso obrar y reinar: cualquiera que sea su suerte, la historia le compadecerá y le honrará. Ha intentado grandes cosas; ha comprendido que su pueblo perecia si él no le trasformaba; ha aplicado la hoz á las ramas muertas del arbol;—no sabe dar la savia y la vida á lo que queda en pie de ese tronco sano y vigoroso:—¿es culpa suya? Creo que sí.—Lo que restaba hacer era nada, comparado á la destruccion de los jenizaros; nada oponia resistencia en Turquía. La Europa, tímida y ciega, le favorecia con su cobardía y su inercia. Se han perdido escelentes circunstancias; los años han pasado: el audaz Ibrahim ha convertido en provecho propio la impopularidad del sultan; la Rusia ha sido aceptada como protectora:—esta vergonzosa proteccion de un enemigo natu-

ral contra un esclavo rebelde, ha indignado al islamismo; Mahmud no tiene ya nada en su favor mas que su denuedo personal. Rodeado de cortesanos y de traidores, un motin puede derribarle del trono y precipitar al imperio en una anarquía final. La Turquía estriba en la vida de Mahmud; el imperio y él perecerán el mismo día. Grande y fatal destino de un príncipe que se llevará consigo las dos mas hermosas mitades de Europa y Asia!

21 de junio.

A las once arribamos á la escala del antiguo serrallo, y entramos en las calles que le rodean. Visité de paso el divan de la Puerta, vasto palacio donde vive el gran visir y donde se discute la política del imperio, pero que nada notable tiene mas que la impresion que causa el pensar en las escenas de que ha sido teatro: nada en el caracter del edificio recuerda tantos sangrientos dramas. Es un gran palacio de madera pintada, con una escalera exterior, cubierta por un alero con festones al uso de las Indias ó de la China. Las salas estan desnudas y esteradas;—de allí bajamos á la plaza donde tan-

tas veces se abrió la tremenda puerta del serrallo para vomitar las sangrientas cabezas de los visires y aun de los sultanes. Pasamos aquella puerta sin obstáculo; el público entra en el primer patio del serrallo, que está plantado de hermosos árboles y baja por la izquierda á un magnífico edificio, que es la casa de la moneda, construcción moderna, sin ningún carácter oriental. Los Armenios, directores de la moneda, nos recibieron muy bien, y nos abrieron las arcas donde se guardan las joyas que hacen fabricar para el serrallo: — lluvia de perlas y de diamantes, ¡pobres riquezas que arruinan un imperio! Apenas un estado se civiliza, esas representaciones ideales de la riqueza se truecan en una riqueza real y productiva, la tierra y el crédito. Después de una breve parada, entramos en el último patio del serrallo, inaccesible á todo el mundo, excepto á los empleados del serrallo, y á los embajadores en los días de su recepción; le rodean varias alas de palacios y kioscos, separados unos de otros, habitaciones de los eunucos, de los guardias y de los esclavos; todo él está lleno de árboles y fuentes. Cuando llegamos á la tercera puerta, los soldados de guardia debajo de la bóveda rehusan obstinadamente dejarnos entrar; en vano Rustem-Bey se hizo reconocer por el oficial turco que mandaba el piquete, pues le

opuso su consigna, y le dijo que espondría su cabeza si me dejaba penetrar. Ya nos volvíamos muy cabizbajos, cuando se nos llegó el kesnedar ó tesorero mayor, que salía de la casa de moneda é iba al serrallo donde vive: amigo de Rustem-Bey, entró en conversacion con él, é informado de lo que nos pasaba, nos dijo que le siguiésemos, y nos introdujo sin ninguna dificultad en el patio de los Icoglanes. Forman este patio, menos espacioso que los primeros, varios pequeños palacios, en forma de kioscos, muy bajos de techo, sustentados por columnitas ó pilares morunos de madera pintada: las columnas, los pilares, las paredes y los techos son también de madera labrada y pintada de varios colores. Los patios y jardines, formados por los vacíos que dejan entre sí los kioscos, irregularmente diseminados en el espacio, están plantados irregularmente también de árboles hermosísimos y en extremo añosos; sus ramas caen sobre los edificios y cubren los tejados y las azoteas. Forman el ala derecha de estas construcciones las cocinas, que son inmensas. Para formarse idea de la magnitud de este edificio, basta saber que el sultan mantiene á todas las personas dependientes de la corte y del palacio, y que este número de comensales asciende por lo menos á diez mil por día. Delante de las cocinas

hay un lindísimo palacio, rodeado de una galería ó pórtico, que es el de los pages ó Icoglanes del serrallo, donde el Gran-Señor mantiene y hace educar á los hijos de las familias de su corte, ó á jóvenes esclavos destinados á los empleos del serrallo ó del imperio. Este palacio, que sirvió en otro tiempo de residencia á los sultanes, está decorado por fuera y por dentro con una profusion de cinceladuras, de esculturas y de molduras doradas de muy buen gusto : los techos son tan ricos como los de los mas hermosos palacios de Francia ó de Italia ; los pisos son de mosaico. Está dividido en varias salas, casi iguales, y todas obstruidas á derecha é izquierda con nichos y sitiales de madera tallada, muy parecidos á las mejores sillerías de los coros de nuestras antiguas catedrales. Cada una de ellas forma el cuarto de un Icoglan ; en el fondo hay una tarima donde recoge sus cogines y sus alfombras y donde sus vestidos están colgados ó metidos en un cofre de madera dorada : — encima de los sitiales se estiende una especie de tribuna saliente que contiene otros tantos sitiales como la sala inferior ; todo ello está iluminado por claraboyas ó ventanillas abiertas en lo alto del edificio. Los jóvenes Icoglanes, que todos eran antiguos discípulos de Rustem-Bey, le recibieron con la mayor alegría y con una verdadera

ternura, cual á un padre querido y por largo tiempo esperado. El escelente corazon de aquellos muchachos le conmovió á punto de arrancarle lágrimas, y hasta á mí mismo me conmovian aquellas muestras tan espontáneas y francas de cariño y gratitud ; todos le cogian las manos y besaban los faldones de su levita.

— ¡ Rustem-Bey ! Rustem-Bey ! exclamaban, y todos acudian á recibir á su amigo palpitando de júbilo é impaciencia, colmándole de caricias, y diciéndole ya unos, ya otros : Rustem-Bey ¿ porqué nos abandonas hace tanto tiempo ? Tú eras nuestro padre y no podemos vivir sin tí : todo cuanto sabemos, te lo debemos á tí. Alá y el sultan te han enviado para hacer de nosotros unos hombres, porque antes no eramos mas que esclavos é hijos de esclavos. El nombre de los Osmanlis era una injuria, un sarcasmo en Europa ; ahora sabremos defenderle y honrarle, pero dí al sultan que te envíe otra vez con nosotros ; ya no estudiamos, y nos consumimos de tedio y de tristeza. — Cinco ó seis de aquellos mancebos, de rostro agraciado, franco, inteligente, admirable, nos cogieron de la mano y nos llevaron por todas partes : luego pasamos á su sala de recreo, que es un kiosko rodeado de divanes y de fuentes que caen de las paredes en copas de marmol ; una escalera, labrada en el grueso de las pare-

des, conduce á las piezas de servicio, donde una multitud de esclavos, á las órdenes de los Ico-glanes, tiene continuamente lumbre encendida para las pipas y el café, como tambien sorbetes y bebidas heladas para ellos. En este salon hay toda especie de juegos; algunos estaban jugando al ajedrez. Hiciéronnos servir sorbetes y helados; y, tendidos en el diyan, hablamos largamente de sus estudios y de sus adelantos, de la política de Europa, del destino del imperio, sobre todo lo cual discurrían perfectamente; temblaban de indignacion pensando en su estado actual, y hacían votos por el triunfo del sultan en sus empresas de innovaciones; jamas he visto un ardor mas vivo por la regeneracion de un pais, que el que inflamaba los ojos y las palabras de aquellos mancebos. No palpitan con mas entusiasmo los jóvenes Italianos á quienes se habla de independéncia y de luces: — sus ojos brotaban fuego mientras les hablábamos. Los de mas edad podían tener de veinte á veintidos años; los menores, de doce á trece. Escepto en el hospicio militar de los huérfanos de la marina en Greenwich, nunca he visto caras mas admirables que las de algunos de aquellos muchachos; — no querían dejarnos salir, y nos acompañaron hasta donde les está permitido ir, por todos los jardines, patios y kioskos circunvecinos. Uno ó dos

lloraron al separarse de Rustem-Bey. Entre tanto el kesnedar habia ido á dar órdenes á los eunuocos y guardas de los jardines y de los palacios para que nos dejaran circular y nos introdujesen donde quisiésemos. — En el fondo del patio, un poco mas lejos que el patio de los Ico-glanes, un ancho palacio nos cerraba la vista y el paso: este segundo palacio, que es el que habitan los sultanes, está rodeado, como los otros que acabamos de visitar, de una galería formada por una prolongacion de los tejados: — en esta galería desembocan las puertas y las infinitas ventanas de las habitaciones: el palacio no tiene mas que un piso bajo. Entramos en las grandes salas que sirven de vestíbulo y dan entrada á las diferentes piezas. Este vestíbulo, muy irregular, es un laberinto formado por los pilares que sustentan los techos, y dan nacimiento á vastos corredores circulares para el servicio de las habitaciones. Los pilares, los techos, las paredes, todo es de madera pintada y tallada en el gusto moruno. Las puertas de las estancias imperiales estaban abiertas, y vimos muchas de ellas, todas casi iguales en la disposicion y ornato de los artesonados: todas tienen cúpulas caladas de madera ó de marmol, por donde penetra una templada luz, — anchos y bajos divanes al rededor de las paredes, ventanas á cosa de

medio pie sobre el nivel del piso, que dan sobre los patios, las galerías, los terrados y los jardines, — alfombras, esteras y almohadones : — á esto se reducen todas ellas. En el lado del palacio opuesto á la fachada por donde entramos, hay una gran meseta á manera de azotea, hecha de piedra y enlosada de marmol, sobre la cual se alza un hermoso kiosko donde se sienta el sultan cuando recibe á los embajadores, y que parece una capillita moruna; desde él se disfruta una vista deliciosa de Constantinopla, del puerto, del mar de Mármara y del Bósforo : en la galería abierta entre este kiosko y el palacio hay varias fuentes de marmol con hermosos surtidores. Es un paseo encantador; las ramas de los arbustos y de los rosales de los jardinillos que cubren los terrados inferiores, rastrean sobre las barandas y embalsaman el palacio. Penden de las paredes algunas pinturas en marmol y en madera que representan vistas de la Meca y de Medina, que examiné con suma curiosidad. Estas vistas son como unos planos sin perspectiva, y perfectamente conformes á lo que refiere Ali-Bey¹ de la Meca, de la Kaaba, y de la disposicion

¹ Acaso no todos nuestros lectores sabrán que este Ali-Bey fué un célebre y sabio viajero español del siglo pasado, llamado don Domingo Badia, que recorrió gran parte de Asia y de Africa, lo-

de los varios monumentos sagrados de la ciudad santa, que prueban que este viajero fué realmente á visitarlos. Lo que dice de la galería circular que rodea el area de las diferentes mezquitas se halla comprobado en estas pinturas, donde se ve aquel pórtico que recuerda el de San-Pedro de Roma.

Siguiendo la meseta del palacio, á la izquierda, se llega, por un estrecho balcon sostenido por altos terrados, al haren ó palacio de las sultanas, que estaba cerrado á la sazón, y solo contenia un corto número de odaliscas. No nos acercamos mas á aquel recinto vedado. — Únicamente vimos las ventanas enrejadas, y los deliciosos balcones rodeados tambien de verjas y de persianas entretegidas con flores, donde pasan las mugeres los dias contemplando los jardines, la ciudad y el mar. Desde donde estábamos veíamos una multitud de jardinillos rodeados de paredes de marmol, regados por abundantes surtidores, y dispuestos con la mayor simetría, á los que se baja por unas escaleras, y que comunican unos con otros : algunos tienen elegantes kioskos; allí es donde se pasean y disfrutan de la naturaleza las mugeres y los niños del haren.

grandos pasar por Turco bajo aquel nombre, tan familiarizado llegó á estar con la lengua y los usos de los musulmanes. — N. del T.

Llegamos á la cuesta del serrallo, al punto donde empieza á bajar hácia el puerto y hácia el mar de Mármara, que es el terreno mas elevado de este sitio único en el mundo, y desde donde abarca la vista todas las colinas y todos los mares de Constantinopla. Largo rato nos detuvimos allí, disfrutando una perspectiva inversa de la que he descrito desde lo alto del belveder de Pera. Mientras estábamos en aquel terrado del palacio, dió la hora de la comida, y vimos pasar una muchedumbre de esclavos que llevaban sobre la cabeza grandes bandejas de estaño en que iba la comida de los oficiales, de los empleados, de los eunucos y de las mugeres del serrallo. Asistimos á varias de aquellas comidas, compuestas de *pilós*, de aves, de *kubés*, especies de albondi uillas hechas con arroz y carne picada, asadas en una hoja de parra, de panecillos y de un vaso de agua. Donde quiera que el esclavo encontraba á su amo, allí servia la comida, ya en un rincon de una sala del palacio, ya en el terrado, á la sombra del tejado, ya en los jardines, á la sombra de un arbol, junto á una fuente.

Vino el kesnedar á buscarnos y nos llevó al kiosko donde vive, en frente del tesoro del serrallo. Este tesoro, donde estan sepultadas tantas riquezas incalculables, desde la creacion del im-

perio, es un gran edificio de piedra, precedido de un pórtico cubierto, y muy poco elevado; las puertas son bajas y las estancias subterráneas: enormes arcas de madera pintada de colorado contienen las monedas de oro y plata. Todas las semanas se saca cierta cantidad para el servicio del imperio. No solicitamos entrar, pero se dice que ademas del metálico en oro y plata, este *kesné* contiene montones de perlas y diamantes, lo que es muy probable atendida la costumbre que tienen los sultanes de depositar en este sitio todas sus riquezas y de no recurrir á ellas sino en los últimos apuros del estado; pero como estos valores en piedras preciosas no son mas que convencionales, si el Gran-Señor quisiere beneficiarlos vendiéndolas, disminuiria su precio á causa de la profusion de ellas que introduciria en el comercio, y este recurso, que parece inmenso para su hacienda, es tal vez ilusorio.

El kesnedar, hombre franco, jovial y discreto, me introdujo en la habitacion que ocupa, y en la que hallé por primera vez, en Turquía, algun lujo de muebles y de comodidades á la europea; los divanes eran altos y estaban cubiertos de almohadones de seda; habia mesas, aparadores, y en ellos, libros, mapas y un globo terraqueo. Nos trajeron dulces y sorbetes: hablamos de las

artes y de las ciencias de Europa comparadas al estado de los conocimientos humanos en el imperio otomano. El kesnedar me pareció tan instruido y exento de preocupaciones como un Europeo. Todo lo comprendia; deseaba el triunfo de Mahmud en sus tentativas de mejoras, pero viejo ya, y habiendo pasado su vida en los empleos de mayor confianza del serrallo bajo cuatro sultanes, esperaba poco y se resignaba filosóficamente al porvenir, viviendo tranquilo y solitario en el fondo de aquel serrallo abandonado. Hízome muchas preguntas sobre todo, — filosofía, religion, poesia, creencia popular de Europa, regimen de los diferentes estados, monarquías ó repúblicas, — política, táctica, á todo pasó revista con una rectitud de juicio, un tino y una sensatez de reflexiones que claramente me manifestaron que estaba oyendo á uno de los hombres mas instruidos del imperio. — Trájome una esfera y su globo terraqueo, y quiso que le esplicase los movimientos de los astros y las divisiones de la tierra: de todo tomó nota y verdaderamente parecia encantado de lo que oia: luego me rogó que me quedase á cenar y á pasar la noche con él. Mucho trabajo nos costó resistir á sus instancias y no pudimos vencerlas sino diciéndole que mi muger y mis amigos, que sabian que yo me hallaba en el serrallo, estarian

en la mayor inquietud si no me veian volver. — Vm. es en efecto, me dijo, el primer franco que ha puesto aquí los pies, y esta es una razon para que sea tratado como amigo. El sultan es grande y Alá vela por todos! Acompañónos hasta las escaleras interiores que bajan, desde la meseta ó terrado del palacio del sultan, al laberinto de jardinillos del haren, de que ya he hablado, y nos confió al cuidado de un gefe de hostangis, que nos hizo pasar, de kiosko en kiosko, de terrado en terrado, todos llenos de flores y de fuentes, hasta la puerta de una alta tapia que separa los palacios interiores del serrallo de los grandes prados exteriores. Allí nos hallamos al pie de los enormes plátanos que se alzan á mas de cien pies de altura contiguos á las tapias y á los encumbrados balcones del haren: mas allá hay árboles frutales y grandes huertos cultivados por esclavos negros, cuyas cabañas están debajo de los árboles: numerosos arroyos riegan estos irregulares plantíos. No lejos del haren hay un antiguo y magnífico palacio de Bayaceto, abandonado á las yedras y á los pájaros nocturnos, todo de piedra, y de admirable arquitectura árabe. No seria difícil restaurarle y entonces valdria él solo tanto como todo el serrallo; pero la tradicion asegura que le habitan los espíritus infernales, y ningun Osmanlí penetra en él. Como

estábamos solos, entré en dos galerías subterráneas de aquel hermoso palacio, atestadas de escombros; las tapias y las escaleras me parecieron de primoroso trabajo. Llegado que hubimos á una puerta de las tapias del antiguo serrallo, retrocedimos, siguiendo un bosque de plátanos, sicomoros y cipreses, los mas corpulentos que he visto en mi vida, y dimos vuelta á los jardines exteriores, que nos condujeron hasta las orillas del mar de Mármara, donde hay dos ó tres magníficos palacios que los sultanes habitan en verano: las habitaciones se abren sobre la corriente del canal, y de continuo las refresca la brisa. Mas lejos, se alzan sobre collados de cespéd pequeñas mezquitas, kioskos y estanques rodeados de antepechos de marmol y sombreados por gigantescos árboles. Allí nos sentamos, entre las flores y las sonoras fuentes: teníamos á nuestras espaldas las altas paredes del serrallo, y delante, una pendiente de cespéd que remataba en el mar; entre el mar y nosotros se alzaba una cortina de cipreses y de plátanos, por entre los cuales entreveíamos las olas del mar de Mármara, las islas de los príncipes, los buques á la vela, cuyos mástiles se deslizaban de uno á otro árbol; Scútari, enrojecido por los rayos del sol en Occidente; las doradas cimas del monte de los Gigantes, y las cumbres de nieve de los montes

de Frigia, que servian de marco á aquel divino cuadro.

Tal es el interior de este misterioso recinto, la mas deliciosa habitacion de la tierra, — escena de tantos sangrientos dramas, donde nació y se robusteció el imperio otomano, pero donde no quiere morir, porque desde la destruccion de los jenizaros, el sultan Mahamud ya no le habita. Hombre de costumbres suaves y dado á los placeres, esas manchas de sangre de su reinado le repugnan; acaso tambien no se cree aquí seguro en medio de la poblacion fanática de Stambúl, y prefiere tener un pie en el Asia y un pie en su armada, en sus treinta palacios de las orillas del Bósforo. El caracter general de esta admirable residencia no es ni la grandeza, ni la comodidad, ni la magnificencia; su caracter es el del pueblo turco, — la inteligencia y el amor de la naturaleza. Este instinto de los sitios hermosos, de los mares esplendentes, de las sombras, de las fuentes, de los horizontes inmensos ceñidos por nevadas cumbres, es el instinto predominante de este pueblo: — en él se siente el perene recuerdo de un pueblo pastor y labrador que se complace en acordarse de su origen, y cuyos gustos todos son sencillos é instintivos. Este pueblo ha colocado el palacio de sus señores, su ciudad imperial, en la falda de la mas

hermosa colina que hay en todo el imperio, y acaso en el mundo entero. Este palacio no tiene ni el lujo exterior ni las misteriosas delicias de un palacio de Europa; no tiene mas que vastos jardines, donde los árboles crecen libres y eternos como en una selva virgen, donde las aguas murmuran, donde arrullan las palomas; estancias llenas de ventanas siempre abiertas; azoteas sobre los jardines y el mar, y enrejados kioskos, donde los sultanes, sentados detras de sus persianas, pueden disfrutar juntamente de la soledad y del encantado aspecto del Bósforo. Lo mismo sucede por do quiera en Turquía; emperador y pueblo, grandes y pequeños, no tienen mas que una necesidad, mas que un sentimiento, en la eleccion y el arreglo de sus viviendas, — disfrutar la vista de un hermoso horizonte; — ó, si la situacion y la pobreza de la casa lo impiden, tener por lo menos un arbol, pájaros, palomas, un cordero, en un rincon de tierra al rededor de su cabaña. Así es que donde quiera que hay un sitio elevado, sublime, gracioso, indefectiblemente se hallan una mezquita, un santón, un caserio: no hay un punto bello en la orilla del Bósforo, un collado, un risueño golfo de la costa de Asia y de Europa donde un bajá ó un visir no haya construido una quinta ó plantado un jardin. Sentarse á la sombra, delante de un mag-

nifico horizonte, con una frondosa enramada sobre la cabeza, con una fuente al lado, con la campiña ó el mar á la vista, y allí, pasar las horas ó los dias enbebecido en una vaga y silenciosa contemplacion, tal es la vida del musulman: esta aficion esplica la disposicion de sus habitaciones; — ella esplica tambien porqué este pueblo permanece inactivo, hasta que alguna gran pasion le subleva y le vuelve su energía nativa, que deja dormir en su pecho, pero que nunca pierde. No es locuaz como el Arabe; hace poco caso de los placeres del amor propio y de la sociedad; los de la naturaleza le bastan: — contempla, medita y hace oracion. Es un pueblo de filósofos; todo lo saca de la naturaleza, todo lo convierte á Dios. Dios está sin cesar en su mente y en sus labios, y no como una idea estéril, sino como una realidad palpable, evidente, práctica. Su virtud es la adoracion perpetua de la voluntad divina; su dogma, la fatalidad. Con esta fé, se conquista el mundo, y se pierde con la misma facilidad y con la misma indiferencia. — Salimos por la puerta que da sobre el puerto, y entro en el hermoso kiosko, situado en el muelle, adonde viene á sentarse el sultan cuando parten sus escuadras ó vuelven de alguna expedicion, y saludan al paso á su señor.

22 de junio.

Dos de mis amigos me dejan y salen para Europa: me quedo solo en Buyukderé con mi mujer y M. de Capmas.

25 de junio.

Hemos pasado dos días en Belgrado, aldea situada en medio de la selva de este nombre, á cuatro leguas de Constantinopla;— inmenso robredal que cubre una serie de colinas entre el Bósforo y el mar de Mármara, á igual distancia de ambos, y que se prolonga casi sin interrupcion hasta los Balkans; — sitio tan agreste y gracioso como cualquier bosque de Inglaterra, con un lindo pueblecillo griego construido en un ancho valle en mitad de la espesura;— praderas arcades: — un rio entre los árboles: — magníficos lagos artificiales, formados entre las colinas mas altas para retener las aguas y surtir las fuentes de Constantinopla. Recibimos la mas amable hospitalidad de M. y madama Aleon,

banqueros franceses establecidos, de padre á hijo, en Constantinopla, que poseen una deliciosa quinta en Buyukderé, y una casa de caza en Belgrado, — familia escelente, en quien la elegancia de los hábitos, la elevacion de los sentimientos, la discrecion y el tacto se unen á la gracia y afectuosa sencillez del Oriente. Otra sociedad enteramente francesa encuentro en Constantinopla en casa de M. Salzani, hermano de mi banquero de Esmirna, hombre de bien, amable é instruido, que nos trata como á compatriotas y amigos. En general, la sociedad franca de Constantinopla, compuesta de los empleados en las embajadas y en los consulados, de los dragomanes y de los comerciantes de las diferentes naciones europeas, es muy superior á su reputacion. Constituida en pueblo pequeño, tiene los defectos de los pueblos de provincia, chismes y envidias, — pero hay probidad, instruccion, elegancia y mucha hospitalidad con los extranjeros. Aquí se está al corriente de cuanto pasa en Europa, como en Viena ó en París, y se participa mucho del movimiento vital que anima al Occidente. Hay hombres de mérito, y mugeres apreciables por todos conceptos. Reuniones he visto en Pera, en Terapia, en Buyukderé en que hubiera podido uno creerse en los mas brillantes salones de nuestras capitales de Europa, á no tender la vis-

ta sobre el Bósforo ó sobre el Cuerno de Oro que relucia, al pie de los jardines, entre las hojas de los árboles.

29 de junio 1835.

Excursion á las aguas dulces de Europa. — En el fondo del puerto de Constantinopla, las colinas de Eyub y las que sustentan á Pera y á Gálatas se acercan insensiblemente, y no dejan mas que un estrecho brazo de mar entre las dos orillas; — á la izquierda se extiende el arrabal de Eyub con su mezquita, adonde van los sultanes, en la época de su advenimiento al trono, á ceñir el sable de Mahoma, emblema de sangre, consagracion de la fuerza, religion del despotismo musulman. Esta mezquita se alza graciosamente encima de las pintadas casas del arrabal, y la cima de sus minaretes va á confundirse en el horizonte con las altas murallas griegas arruinadas de Constantinopla: en la orilla se extiende un hermoso palacio de los sultanes: las ventanas están al nivel del agua, y las anchas copas de los árboles del jardin señorean el tejado y se reflejan en el mar. Mas allá, el mar no es ya mas que un rio que pasa por entre dos praderas, llenas de

colinas, de jardines y de arbolados, donde algunos zagales búlgaros tañen sus caramillos, sentados en los peñascos, pastoreando sus manadas de caballos y de cabras: — luego el rio no es en fin mas que un arroyo, en cuyas dos márgenes se rozan los remos de los caiques, y donde oponen frecuentes obstáculos á la navegacion las raices de los hermosos olmos que se cruzan en las orillas. Una espaciosa dehesa, á que dan sombra robustos grupos de plátanos, se extiende á la derecha; á la izquierda se alzan frondosas colinas, y en el fondo, la vista se pierde entre las verdes é irregulares columnatas de los árboles que somborean el arroyo y serpean con él. Así acaba el hermoso puerto de Constantinopla; así acaba el grande, bello y tempestuoso Mediterráneo: — siguiéndole hasta el cabo, encalla uno en una sombría ensenada, en el fondo de un golfo de verdura, en un banco de yerba y flores, lejos del ruido y del movimiento del mar y de la ciudad. ¡Oh! cuan bien acabaria de esta suerte la vida de un hombre! ¡Plegue á Dios dar un fin como este á la vida de mis amigos que se agitan y brillan hoy en el teatro del mundo! — Silencio despues del bullicio, dulce oscuridad despues de una gran luz, descanso despues de la agitacion; — un nido de sombra y de soledad para recapacitar sobre la vida pasada, y morir en paz y en

amistad con la naturaleza y los hombres. — ¿Qué mas se puede apetecer? Yo por mí, ni aun esto, ni nada pido; mi soledad no seria ni tan bella ni tan dulce.

Salgo del caique, y sigo las márgenes del arroyo hasta un blanco kiosko que diviso entre los árboles. Junto á cada tronco, veo un grupo de mugeres turcas y armenias, que rodeadas de hermosos niños que juegan sobre la yerba, están comiendo á la sombra: por todo el prado se ven caballos de montar, ricamente enjaezados, y arabas, carruages de Constantinopla, tirados por bueyes. Preceden y rodean al kiosko un canal y varios estanques, en que nadan cisnes. Los jardines son pequeños, pero el prado entero es un jardin. Aquí solia venir en otro tiempo el sultan actual á pasar las estaciones calurosas, atraído á esta deliciosa morada porque era la que preferia una odalisca favorita. El amor habia penetrado en aquel corazon, despues de las mantanzas del Almeidan, y en medio de las sensualidades del haren: — la hermosa odalisca murió aquí. Desde entonces, Mahmud ha abandonado este sitio encantado; — es fama que muchos dias visita la sepultura de la odalisca. — Paso un dia en el fondo del valle, á la sombra de los árboles. — Versos escritos á V...

5 de julio.

Esta mañana me embarqué para Constantinopla. Subí la corriente del Bósforo, entré en el mar de Mármara, y despues de haber seguido por espacio de dos horas, las tapias exteriores que separan á Stambul de este mar, desembarqué al pié del castillo de las Siete Torres: no teniamos ni *tesheré*, ni guia. Despues de muchas dificultades, los soldados turcos nos dejaron entrar en el primer patio de este castillo de sangre, adonde, arrastrados por el populacho, iban los sultanes destronados á esperar la muerte, que nunca tarda cuando el pueblo es juntamente juez y verdugo. Seis ó siete cabezas de emperadores degollados han rodado sobre estas escaleras: millares de cabezas mas vulgares han cubierto las almenas de esta torre. El guarda rehusa dejarnos pasar mas adelante: mientras va á pedir órdenes al comandante del castillo, se entreabre la puerta de una sala baja y abovedada en la torre oriental; doy algunos pasos, oigo un rugido que hace vibrar la bóveda, y me hallo frente á frente con un soberbio leon amarrado, que se abalanza sobre un hermoso galgo

que me seguia : por fortuna logra este escaparse y se refugia entre mis piernas : — el leon se ponía de manos como para tirarse á nosotros, pero la cadena le sujetaba junto á la pared. Salí y cerré la puerta. El guarda vino á decirme que espondria su cabeza si me introducía mas adelante, por lo que hube de retirarme, y salí del recinto de la ciudad por una puerta de los antiguos muros, que comunica con la campiña. Los muros de Constantinopla arrancan del castillo de las Siete Torres, sobre el mar de Mármara, y se estienden hasta las cimas de las colinas que cubren el arrabal de Eyub, hácia la estremidad del puerto, en las aguas dulces de Europa. — ciñendo de esta suerte toda la ciudad antigua de los emperadores griegos, y la ciudad de Stambúl de los emperadores turcos, por el único lado del triángulo que no protege el mar : por este lado nada defenderia á Constantinopla mas que las insensibles pendientes de sus colinas, que van á rematar en una hermosa llanura cultivada. Allí se construyó esa triple hilera de muralla, en que se estrellaron tantos asaltos, y detras de las cuales se creyó por tanto tiempo seguro el miserable imperio griego. Esas admirables murallas existen todavia, y son, despues del Partenon y de Balbek, las mas magestuosas ruinas que atestiguan el asiento de un imperio. Esta maña-

na las seguí en toda su longitud por la parte exterior : — son unos terrados de piedra, de cincuenta á sesenta pies de elevacion, y á veces de quince á veinte pies de anchura, tan tersos y blancos en algunos puntos cual si acabara de labrarlos el cincel del artífice : — me separan de ellos unos antiguos fosos llenos de escombros y de tierra vegetal, donde han echado raices, hace siglos, multitud de árboles y de plantas parietarias, que forman un impenetrable glacis, ó mas bien una selva virgen de treinta ó cuarenta pies de anchura, llena de nidos de pájaros y poblada de reptiles. A veces esta selva oculta enteramente los muros y las torres cuadradas que la flanquean, ó no deja ver mas que las mas altas almenas : á veces tambien la muralla aparece en toda su altura, y reverbera, con un brillo dorado, los rayos del sol ; la festonean en su borde superior brechas de todas formas, de donde desciende la verdura como en las quebradas de los montes, y va á confundirse con la de los fosos. Casi en todas partes corona su cima un frontal de espesa vegetacion que forma como un aereo edificio de yedra y enredaderas. De trecho en trecho, del centro de las torres cegadas con piedras y polvo, se lanza un plátano ó un cipres ; — el peso de sus ramas y de sus hojas, y los vendabales que baten de continuo esos árboles, inclinan

sus troncos hacia el mediodia, cargados de nidos de una multitud de pajarillos. De cuarto en cuarto de hora se encuentra una torre, de magnífica construccion, de que arrancan enormes bóvedas que van á rematar en otra torre, formando puertas y arcos antiguos. La mayor parte de estas puertas estan tapiadas en la actualidad, y la vegetacion, que todo lo ha invadido, tapias, puertas, almenas, cubos y torreones, forma en estos sitios los mas singulares y hermosos ayuntamientos con las ruinas y las obras del hombre. Hay planos de yedra que bajan de lo alto de las torres, como pliegues de inmensas capas; hay enredaderas que forman puentes de verdura de cincuenta pies de arco de brecha á brecha; hay pensiles de alelies, sembrados en paredes perpendiculares, que el viento mece sin cesar como olas de flores; millares de arbustos forman almenas de hojas y de colores diversos. — De todo ese conjunto salen bandadas de pájaros, cuando se tira una piedra á las tapias entapizadas de verdura ó á los abismos de vegetacion que hay en los fosos. Vimos sobre todo una multitud de águilas que habitan en las torres, y se ciernen todo el dia al sol encima de sus nidos, etc.

.....

Julio.

Seguimos pasando la misma vida solitaria en Buyukderé : al anocheecer nos paseamos por el mar ó por el valle de las Rosas. — Visitas de M. Truqui todas las semanas : los buenos corazones tienen en sí una virtud que consuela. Dios les ha dado el único bálsamo que existe para las heridas incurables del corazón, — la simpatia.

Ayer el conde Orloff, comandante de la escuadra y del ejército rusos, y embajador extraordinario del emperador de Rusia cerca de la Puerta, celebró su triunfo y su partida con una funcion militar dada al sultan en el Bósforo. Los jardines de la embajada de Rusia, en Buyukderé, cubren las faldas de una montaña que cierra el golfo y cuyo pie baña el mar; desde las azoteas del palacio se disfruta la vista del Bósforo en su doble corriente hacia Constantinopla y hacia el mar Negro. Todo el dia la artilleria de la escuadra rusa, surta al pie de los jardines delante de nuestras ventanas, ha estado haciendo salvas de minuto en minuto, y sus mástiles empavesados se han confundido con la verdura de los grandes árboles de ambas orillas : desde el amanecer, ha

sus troncos hacia el mediodia, cargados de nidos de una multitud de pajarillos. De cuarto en cuarto de hora se encuentra una torre, de magnífica construccion, de que arrancan enormes bóvedas que van á rematar en otra torre, formando puertas y arcos antiguos. La mayor parte de estas puertas estan tapiadas en la actualidad, y la vegetacion, que todo lo ha invadido, tapias, puertas, almenas, cubos y torreones, forma en estos sitios los mas singulares y hermosos ayuntamientos con las ruinas y las obras del hombre. Hay planos de yedra que bajan de lo alto de las torres, como pliegues de inmensas capas; hay enredaderas que forman puentes de verdura de cincuenta pies de arco de brecha á brecha; hay pensiles de alelies, sembrados en paredes perpendiculares, que el viento mece sin cesar como olas de flores; millares de arbustos forman almenas de hojas y de colores diversos. — De todo ese conjunto salen bandadas de pájaros, cuando se tira una piedra á las tapias entapizadas de verdura ó á los abismos de vegetacion que hay en los fosos. Vimos sobre todo una multitud de águilas que habitan en las torres, y se ciernen todo el dia al sol encima de sus nidos, etc.

.....

Julio.

Seguimos pasando la misma vida solitaria en Buyukderé : al anocheecer nos paseamos por el mar ó por el valle de las Rosas. — Visitas de M. Truqui todas las semanas : los buenos corazones tienen en sí una virtud que consuela. Dios les ha dado el único bálsamo que existe para las heridas incurables del corazón, — la simpatia.

Ayer el conde Orloff, comandante de la escuadra y del ejército rusos, y embajador extraordinario del emperador de Rusia cerca de la Puerta, celebró su triunfo y su partida con una funcion militar dada al sultan en el Bósforo. Los jardines de la embajada de Rusia, en Buyukderé, cubren las faldas de una montaña que cierra el golfo y cuyo pie baña el mar; desde las azoteas del palacio se disfruta la vista del Bósforo en su doble corriente hacia Constantinopla y hacia el mar Negro. Todo el dia la artilleria de la escuadra rusa, surta al pie de los jardines delante de nuestras ventanas, ha estado haciendo salvas de minuto en minuto, y sus mástiles empavesados se han confundido con la verdura de los grandes árboles de ambas orillas : desde el amanecer, ha

cubierto el mar una innumerable muchedumbre de barcos y de caiques en que salian de Constantinopla quince ó veinte mil espectadores que pronto se esparramaron por los kioskos, los prados y los montes circumvecinos: muchos se quedaron en los caiques, que llenos de mugeres judías, turcas y armenias, vestidas de brillantes colores, circulaban por el mar como ramilletes de flores. El campamento de los Rusos, situado en las vertientes de la montaña del Gigante, á media legua de la escuadra, se destaca con sus tiendas blancas y azules sobre la sombría verdura y las abrasadas laderas de la montaña. Por la noche, los jardines de la embajada rusa estaban iluminados con millares de candilejas pendientes de todas las ramas: los navios iluminados tambien en todos los mástiles, en todas las vergas, en todas las jarcias, parecian buques de fuego cuyas baterías hacia estallar un incendio. Sus costados vomitaban torrentes de relámpagos, y el campamento de las tropas de desembarco, iluminado por grandes fogatas encendidas en todos los cabos y en todos los montes de la costa de Asia, se reflejaba en luminosos regueros en el mar y proyectaba las llamaradas de un incendio en toda la inmensa superficie del Bósforo, mientras llegaba el Gran-Señor, en medio de aquella esplendente noche, en un barco de vapor, é iba

á situarse bajo las azoteas del palacio de Rusia, para gozar del espectáculo que se le preparaba. Veíasele en el puente de su buque, rodeado de su visir y de sus bajás favoritos; él se quedó á bordo, y envió al gran visir á asistir á la cena del conde Orloff. Inmensas mesas, dispuestas bajo las largas calles de plátanos, y otras mesas escondidas en todos los espejillos de los jardines, estaban cubiertas de oro y plata que repercutaban las luces de los árboles iluminados. En la hora mas sombría de la noche, un poco antes de salir la luna, se alza en los aires y discurre sobre las olas un gran fuego artificial preparado sobre balsas, en medio del Bósforo, á igual distancia de las tres orillas, y tiñe de una sangrienta claridad las montañas, la escuadra y aquella innumerable muchedumbre de espectadores, cuyos caiques cubrian el mar. Nunca he presenciado mas hermoso espectáculo; parecia que se rasgaba la bóveda de la noche y dejaba ver un mundo encantado, con elementos, montañas, mares y cielos de una forma y de un color desconocidos, y millares de sombras vaporosas y fugitivas flotando sobre olas de luz y fuego. Luego todo quedó sepultado en silencio y tinieblas; las candilejas apagadas, como al soplo del viento, desaparecieron de todas las vergas, de todas las troneras de los navios, y la luna, saliendo de un

valle entre las cimas de dos montes, vino á deramar su luz mas templada sobre el mar, y á destacar sobre un fondo de perlas las enormes moles negras, y los espectros disecados de los palos, de las vergas y de los obenques de los navios. El sultan se volvió á su palacio en su ligero barco de vapor, cuya columna de humo arrasaba sobre el mar, y se desvaneció en silencio como una sombra que hubiera ido á asistir á la ruina de un imperio.

No recordaba aquella escena á Sardanápalo iluminando con los resplandores de su hoguera los despojos de su trono derruido; aquello era el asesinato de un imperio agonizante, precisado á pedir á sus enemigos apoyo y proteccion contra un esclavo rebelde, y asistiendo á la gloria de aquellos y á su propia humillacion. ¿Qué podian pensar los graves y fieles Osmanlis que veian los fulgores del campamento de los bárbaros cristianos y las luminarias de su regocijo resplandecer sobre las montañas sagradas de Asia, sobre las mezquitas y hasta sobre las murallas de los antiguos serrallos? ¿Qué pensaba el mismo Mahmud bajo la afectada sonrisa de sus labios? — ¿Qué serpiente le devoraba el corazon? ¡Ah! habia en aquello algo que era profundamente triste, algo que partía el corazon para él, y que, en mi concepto, hubiera debido

bastar para suscitar en su alma el heroismo por medio del remordimiento. — Y tambien habia algo que era profundamente consolador para el pensamiento del filósofo que reconoce á la Providencia y ama á los hombres, en contemplar esa irresistible fuerza del tiempo y de las cosas que hacia caer desmoronado un imperio inmenso, obstáculo á la civilizacion de la mitad del Oriente, y que llevaba paso á paso, á aquellos hermosos paises, razas de hombres mas activos, dominaciones mas humanas, y religiones mas progresivas.

.....

Julio.

Hoy he comido en casa del baron de Sturmer con el príncipe real de Baviera, que vuelve de Grecia y se detiene algunos dias en Constantinopla. Este joven príncipe, sediento de instruccion, y bastante sensato para olvidar en la apariencia el trono que le espera, solicita la conversacion de los hombres que no tienen interés en adularle y se forma escuchándolos: — él por su parte se explica perfectamente. — El rey mi hermano ¹,

¹ Oton I, rey de Grecia, hijo segundo del rey de Baviera. — N. del T.

me dijo, está indeciso aun en la eleccion de su capital, y deseo saber su opinion de vm. — La capital de la Grecia, le respondí, está designada por la naturaleza misma del suceso que ha reconstituido á la Grecia. — La Grecia es una resurreccion; cuando se resucita, es preciso renacer con la misma forma y el mismo nombre, con una completa individualidad. Atenas con sus ruinas y sus recuerdos, es la señal de reconocimiento de la Grecia; preciso es, pues, que renazca en Atenas, ó nunca será mas que lo que es hoy, — una pobre tribu diseminada en los riscos del Peloponeso y de las Islas.

.....

Julio.

Partida de la escuadra y del ejército rusos. Ya saben ahora el camino, ya han acostumbrado á los Turcos á verlos. — El Bósforo queda desierto é inanimado.

Mis caballos árabes llegan por el Asia Menor. Tedmor, el mas hermoso, y el que yo mas quería de todos, ha muerto en Magnesia, casi en el término del camino: los sais le han llorado, y todavía lloran contándome su fin: este noble bruto fué la admiracion de todas las ciudades de la

Caramania por donde pasó. Los otros están tan flacos y tan molidos, que necesitarian un mes de descanso para ponerse en estado de hacer el viage de la Turquía de Europa y de Alemania. Vendo los dos mas hermosos á M. de Boutenief para las caballerizas del emperador de Rusia, y los otros tres á diferentes personas de Constantinopla. Siempre me acordaré con sentimiento de Tedmor y de Saide.

Acabo de ajustarme con unos Turcos de Stambúl y del arrabal de Eyub, poseores de esos carruages en que van las mugeres por las calles de Constantinopla; me alquilan cinco *arabas*, tirados cada uno por cuatro caballos, para llevarnos en veinticinco dias de marcha hasta Belgrado á mi muger y á mí, á M. de Capmas, á mis criados y todo el equipage. Alquilo dos Tártaros para dirigir la caravana, y los camellos y machos necesarios, con sus conductores, para llevar las camas, la cocina, los cajones de libros, etc.; y en fin seis caballos de montar para nosotros, para cuando los caminos no nos permitan viajar en *araba*. — El coste de todos estos caballos y carruages es de sobre cuatro mil francos (diez y seis mil reales). Un excelente intérprete nos acompaña á caballo. Fijamos la partida para el 25 de Julio.

Julio.

Esta madrugada salimos de Constantinopla á las dos; los caballos y los equipages nos aguardaban en el arrabal de Ayub, en una placita, no lejos de una fuente rodeada de plátanos, al lado de un café turco. Se reúne mucha gente para vernos salir, pero no experimentamos insulto ni pérdida de ninguna especie: — la probidad es la virtud de las calles; en Turquía es menos común en los palacios. Los Turcos que están sentados bajo los árboles junto al café, los muchachos que pasan, nos ayudan á cargar nuestros *arabas* y nuestros machos, y recogen y nos traen los objetos que se caen ó que se nos olvidan.

Nos ponemos en camino al salir el sol, todos á caballo, y subiendo las largas y empinadas calles solitarias que van del arrabal de Eyub á las murallas griegas de Stambúl. Pasamos á un cerro pelado y desierto, dominado por un soberbio cuartel: dos batallones del *nysam djerid*, tropas regulares, están haciendo el ejercicio delante del cuartel. M. Ruqui y los jóvenes Griegos de su consulado han querido acompañarnos, y allí nos separamos de ellos: — abrazamos á aquel

hombre excelente que ha sido para nosotros una Providencia en nuestros días de aislamiento. En la desesperacion, una amistad de dos meses es como una amistad de largos años. ¡Quiera Dios premiar y consolar los últimos años de este hombre de consuelo! ¿Quien sabe si nos volveremos á ver en la tierra? Partimos para una larga y azarosa peregrinacion; él se queda triste y enfermo, lejos de su esposa y de su patria. En vano quiere ocultarnos sus lágrimas, — y las nuestras mojan sus manos trémulas. — Hacemos alto á tres leguas de Constantinopla, para dejar pasar las horas mas calurosas. — Hemos cruzado un pais cubierto de collados que señorean el mar de Mármara; — pocas casas, diseminadas en los campos; — ningun pueblo. — A las cuatro proseguimos nuestro camino, y siguiendo siempre una cordillera de cerros bajos, anchos y pelados, llegamos á un pueblecito donde nuestros Tártaros, que han tomado la delantera, nos han hecho disponer una casa, perteneciente á una excelente familia griega: — tres mugeres amabilísimas: — niños admirablemente hermosos. — Tienden alfombras y cogines sobre el piso de madera, para que pasemos la noche. Mi cocinero se proporciona arroz, gallinas y verduras en abundancia. — A las tres de la madrugada ya está la caravana en pie. — Unos de mis Tár-

taros sale algunas horas antes. Despues del descanso de medio dia, en la orilla de una fuente ó á la sombra de algunas ruinas, nuestro Tártaro batidor toma mis órdenes, va á galope á la ciudad ó á la aldea donde pensamos hacer noche, y lleva mis cartas del gran visir al bajá, al agá, al *ayam* ó señor del pueblo. Estos eligen la mejor casa griega, armenia ó judia de la poblacion, y avisan al dueño que la prepare para unos extranjeros: á ella hacen llevar el forrage necesario para los treinta y dos caballos de que se compone nuestra caravana, y á veces una buena cena para todos. El ayam, acompañado de los principales vecinos y de algunos ginetes, si hay tropas en el pueblo, sale á recibirnos á cierta distancia y nos acompaña á nuestra posada, se apea con nosotros, nos introduce, hace traer pipas y café, y á los pocos momentos se retira con su comitiva. En seguida voy á pagarle su visita.

De Constantinopla á Andrinópolis, nada hallamos notable y pintoresco mas que la inmensa estension de las llanuras sin habitaciones ni árboles, cruzadas, de trecho en trecho, por un rio acanalado y medio seco, que pasa bajo los arcos de algun puente arruinado. Por la noche, apenas se halla una mala aldea, en el fondo de algun valle rodeado de huertecillos: — los vecinos son todos Griegos, Armenios ó Búlgaros. Los *kans* de

estas aldeas son unos miserables corralones. — Así continua el camino por espacio de cinco dias, sin que encontremos alma viviente: esto parece un desierto de Siria. — Solo una vez nos hallamos en medio de treinta ó cuarenta labradores búlgaros, vestidos como Europeos, y con gorros negros de piel de carnero, que van á Constantinopla y caminan al son de dos gaitas. Prorrumpan en gritos al vernos, y se precipitan hácia nosotros pidiéndonos algunas piastras: estos infelices son los Saboyanos de la Turquía de Europa; suelen emplearse en guardar los caballos del Gran Señor y de los bajás en las dehesas de las aguas dulces de Asia y de Buyukderé, y son los hortelanos y jardineros de Stambúl.

El sexto dia por la mañana vemos á Andrinópolis en el remate de estas llanuras, en una hermosa hondonada entre dos montañas. La ciudad parece inmensa, y la señorea su hermosa mezquita, que es el mas bello monumento religioso de la Turquía despues de santa Sofia; construyóle Bayaceto en los tiempos en que Andrinópolis era la capital del imperio. Los campos, dos leguas antes de la ciudad, estan sembrados de trigo, viñas y toda especie de árboles frutales; numerosos arroyos serpentean por el llano. Entramos en un largo arrabal; atravesamos la ciudad en medio de una muchedumbre de Turcos, de muge-

res y de muchachos que se agolpan para vernos, pero que, lejos de importunarnos, nos manifiestan suma atencion y respeto. Las personas que han salido á recibirnos, nos conducen á la puerta de una hermosa casa, perteneciente al señor Vernazza, consul de Cerdeña en Andrinópolis.

Pasamos dos días en Andrinópolis en la deliciosa casa de este consul. Su familia está á algunas leguas de aquí, en las orillas del rio Maritza (el Ebro de los antiguos); — hechicera vista de Andrinópolis, por la tarde, desde la azotea del señor Vernazza. Tres rios riegan la ciudad, que es bastante grande, — el Ebro, el Arda y el Tundicha, y por todas partes está cercada de bosques y de agua, que limitan hermosas cordilleras. — Visita á la mezquita, edificio parecido á todas las mezquitas, pero mas elevado y espacioso; nuestras artes no han producido nada mas atrevido, mas original, ni de mas efecto que este monumento y su minarete, columna calada de mas de cien pies de cuerpo.

Salimos de Andrinópolis para Filipópolis; el camino atraviesa por desfiladeros y risueñas cañadas llenas de árboles, aunque desiertas, entre las altas cordilleras de los montes del Rodopo y del Hemo: — tres días de marcha: — graciosas aldeas; — por la tarde, á tres leguas de Filipópolis veo en la llanura una muchedumbre

de ginetes turcos, armenios y griegos, que acuden hácia nosotros á galope. Un bizarro mancebo, montado en un soberbio caballo, llega el primero y me toca con el dedo; luego se pone á mi lado, me habla en italiano, y me explica que habiéndome él tocado el primero debo aceptar su casa, cualesquiera que sean las instancias de los demas para llevarme consigo. En seguida llega el kiaia del gobernador de Filipópolis, me saluda en nombre de su señor, y me dice que el gobernador me ha hecho disponer una casa espaciosa y cómoda y una cena, y que quiere que me detenga algunos días en la ciudad, pero insisto en aceptar la casa del joven Griego llamado Maurides.

Entramos en Filipópolis en número de sesenta ú ochenta ginetes; las ventanas y las calles estan llenas de gente que sale á vernos; — nos reciben la hermana y las tias del señor Maurides: — casa espaciosa y elegante; — hermoso divan con veinticuatro ventanas y amueblado á la europea, adonde el gobernador y los principales vecinos de la ciudad vienen á visitarnos y á tomar café. Pasamos tres días en Filipópolis, disfrutando la admirable hospitalidad de Maurides, recorriendo las cercanías y recibiendo y pagando las visitas de los Turcos, los Griegos y los Armenios.

Filipópolis es una ciudad de treinta mil almas, situada á cuatro jornadas de Andrinópolis y á ocho de Sofía, en la orilla de un río, sobre un cerro aislado en medio de un ancho y fértil valle: es uno de los mas hermosos asientos naturales de una ciudad que es posible imaginarse; la cima de la montaña está coronada de casas y de jardines, y las calles bajan serpeando circularmente para que no sean tan rápidos los declives, hasta las orillas del río, que circula al pie de la ciudad y la cerca con un foso de agua corriente; el aspecto de los puentes, de los jardines, de las casas, de los corpulentos árboles que se alzan en las márgenes del río, de la llanura arbolada que separa al río de las montañas de la Macedonia, y de esas mismas montañas cuyas laderas están cortadas por torrentes cuya blanca espuma se alcanza á divisar, y salpicadas de aldeas ó de grandes monasterios griegos, hace del jardín de nuestro huésped uno de los puntos de vista mas admirables del mundo; la ciudad está poblada, en igual proporción, por Griegos, Armenios y Turcos. Los Griegos son en general instruidos y comerciantes; los mas acomodados envían á sus hijos á educarse en Hungría, con lo que luego se les hace mas pesada la opresión de los Turcos: aspiran por la independencia de sus hermanos de la Morea.

Salimos de Filipópolis, y llegamos en dos dias á una linda ciudad, en una llanura cultivada, llamada *Tatar-Bazargik*, que pertenece, lo mismo que la provincia circunvecina, á una de aquellas grandes familias feudales turcas, de que existían cinco ó seis razas en Asia y en Europa, respetadas por los sultanes. El joven príncipe que posee y gobierna á *Tatar-Bazargik* es hijo del antiguo visir Huseim-Bajá. Nos recibe con una hospitalidad caballeresca, nos da una casa recién construida en la orilla de un río que rodea la ciudad, casa grande, elegante y cómoda, perteneciente á un Armenio muy rico: — apenas estamos instalados en ella, cuando vemos llegar quince ó veinte esclavos, cada cual con una bandeja de estaño sobre la cabeza, y que ponen en el suelo á nuestros pies una multitud de arrozadas, de pasteles, de platos de caza y de dulces de toda especie, procedentes de las cocinas del príncipe; — me traen de regalo dos hermosos caballos que rehúso, — y varias reses para el sustento de mi comitiva. — Al dia siguiente empezamos á ver los Balkans, hermosas montañas cubiertas de árboles, de aldeas, de plantíos, pobladas por los Búlgaros. Seguimos todo el dia las orillas de un torrente que forma numerosos pantanos en la llanura; cuando llegamos al pie del Balkan, me encuentro con los principales ve-

cinos árabes de la aldea búlgara de *Jenikeui*, que nos están esperando; cogen las riendas de nuestros caballos, se colocan á derecha é izquierda de nuestros carruages, los sostienen con las manos y con los hombros, los levantan á veces para evitar que vuelquen en la vera de los precipicios y así llegamos al miserable pueblo donde ya nos han precedido mis Tártaros. Las casas, esparcidas por las laderas ó las cimas de dos cerros separados por una profunda barrera, estan rodeadas de huertecillos y de prados; todas las montañas estan cultivadas en su base, y cubiertas en su cima de hermosos arbolados; las casas son unas verdaderas chozas, cubiertas de relama; ocupamos siete ú ocho, y nuestros camelleros y mozos de mulas se acomodan en los huertos: cada casa no tiene mas que una pieza, sin mas piso que la tierra pelada. — El cansancio y las pesadumbres me ocasionan una furiosa calentura; paso veinte dias tendido sobre una estera en una miserable choza sin ventanas, entre la vida y la muerte. Mi pobre muger pasa quince dias y quince noches sin pegar los ojos junto á mi cama de paja; envia á los pantanos del llano en busca de sanguijuelas, y al fin acaban los Búlgaros por encontrarlas; sesenta sanguijuelas aplicadas en la boca del estómago y las sienes disminuyen el peligro: — conozco mi situacion, y dia y noche

pienso en mi muger abandonada, si llego á faltarle, á cuatrocientas leguas de todo consuelo, en las montañas de la Macedonia: ¡horas terribles! Llamo á M. de Capmas y le doy mis últimas instrucciones para el caso de mi muerte; le encargo que me haga enterrar junto á un arbol que vi, al llegar, á la vera del camino, con una sola palabra escrita sobre la losa, una palabra superior á todos los consuelos: — Dios. — Al sexto dia de calentura, pasado ya el peligro, oimos un rumor de caballos y armas en el patio; se apean varios ginetes y vemos entrar en la estancia al joven y amable Griego de Filipópolis, el señor Maurides, en compañía de un médico macedon y de varios criados que traen provisiones, muebles y medicamentos. Un tártaro que cruzaba el Balkan, de camino para Andrinópolis, se habia parado en el kan de Filipópolis y habia estendido la voz de que un viagero franco habia caido enfermo y estaba muriéndose en Jenikeui: — esta noticia llegó á oídos del señor Maurides á las diez de la noche; — sospecha que aquel Franco puede ser su huesped, envia á llamar á su amigo el médico, reúne sus criados, manda cargar en sus caballos todo lo que su caritativa prevision le hace conceptuar necesario para un enfermo, se pone en camino á media noche, corre sin detenerse, y en dos jornadas llega á traer consuelos

y remedios á un desconocido á quien nunca volverá á ver. Este es uno de aquellos rasgos de bondad que refrescan el alma, y revelan la generosa naturaleza del hombre en todos los países y en todos los climas. El señor Maurides me halló casi convaleciente, y como sus asuntos le llamaban á Filipópolis, el mismo día se puso de nuevo en camino, dejándome su médico macedon, mozo muy instruido, que habia hecho sus estudios en Semlin, en Hungría, y hablaba en latin. Su saber nos fué inútil; la ternura, la presencia de ánimo y la enérgica resolución de mi muger habian suplido á todo, pero su compañía nos fué muy grata durante los veinte mortales dias que pasamos en Jenikeui, necesarios para acabar de restablecerme.

El principe de Tatar-Bazargik, noticioso, desde el primer momento, de mi enfermedad, me dió las mas cordiales pruebas de interés y hospitalidad. Todos los dias me envió carneros y terneras para mis criados, y durante todo el tiempo que me detuve en Jenikeui, cinco ó seis ginetes de su guardia estuvieron constantemente en mi patio, prontos á ejecutar todas mis órdenes. Durante los últimos dias de mi convalecencia, me acompañaron en mis paseos á caballo por el magnífico valle y las montañas de las cercanías de Jenikeui: el principe me hizo ofrecer

hasta esclavos: — un destacamento de su guardia me acompañó, cuando proseguimos nuestro viage, hasta los límites de su gobierno. Allí tuve ocasion de estudiar, en el interior mismo de las familias, las costumbres de los Búlgaros, que son las mismas de nuestros labradores: — estos hombres son sencillos, mansos, laboriosos, llenos de respeto á sus sacerdotes y de celo por su religion, que es la griega. Los sacerdotes son unos meros labradores, como ellos. Los Búlgaros forman una poblacion de muchos millones de hombres, y que aumenta continuamente; viven en grandes aldeas ó pequeñas ciudades separadas de las de los Turcos: un Turco ó dos, comisionados por el bajá ó el ayam, recorren todo el año estos pueblos para recaudar las contribuciones; fuera de esto y de algunas cargas, viven en paz y con bastante libertad. Su trage es el de los labradores de Alemania; las casadas y las doncellas se visten con corta diferencia como las serranas Suizas; son bonitas, vivas y graciosas. Las costumbres me han parecido puras, aunque las mugeres no van tapadas, como en Turquía, y tratan libremente con los hombres; he visto bailes campestres entre los Búlgaros como en nuestras campiñas de Francia: — desprecian y aborrecen á los Turcos, están completamente maduros para la independencia, y formarán con los Servios,

sus vecinos, la base de los futuros estados de la Turquía de Europa. El país que habitan sería en breve un delicioso jardín si la ciega y estúpida opresión, no del gobierno, sino de la administración turca, les dejase cultivarlo con alguna mas seguridad : — estos pueblos tienen pasión por la tierra.

Dejo con sentimiento á Jenikeui y á sus honrados y bondadosos labradores : este lugar es una residencia deliciosa para el verano : — todo el pueblo nos acompañó hasta una legua en el interior del Balkan y nos colmó de votos y de bendiciones. En un día cruzamos el primer Balkan : — quinientos jornaleros trabajando bien en una sola estación abrirían en estas hermosas montañas un magnífico camino real.

En tres días llegamos á Sofía, ciudad grande situada en un llano que riega un río, y en que residía un bajá : hizo que saliese á recibirme su kaia y que se me diese la casa de un comerciante griego, en la que pasé un día entero ; el bajá me envió abundantes provisiones y no quiso admitir ningún regalo. El pueblo no tiene nada de particular. — En cuatro jornadas, ya por montañas de fácil paso, ya por valles y llanos admirablemente fértiles, pero despoblados, llegué á la llanura de Nisa, última ciudad turca, casi en las fronteras de la Servia : hacia un sol abrasador ; á

cosa de una legua de la ciudad, ví alzarse en medio del llano una ancha torre blanca, brillante como marmol de Paros ; el sendero que yo seguía, á media hora de marcha delante de la caravana, me conducía á ella, y cuando llegué á su pié, dí mi caballo á un muchacho turco que me acompañaba, y me tendí á la sombra para dormir un rato ; pero no bien me hube echado, cuando levantando los ojos al monumento que me prestaba su sombra, ví que sus tapias, que me habían parecido de marmol ó de piedra blanca, estaban formadas con sillares regulares de cráneos humanos. Aquellos cráneos y aquellos rostros de hombres, descarnados y blanqueados por la lluvia y el sol, cimentados con un poco de arena y cal, formaban enteramente el arco triunfal que me cubría ; — podría haber de quince á veinte mil ; algunas calaveras conservaban todavía mechones de pelo que flotaban como liquen y musgo al soplo del viento ; la brisa de las montañas soplaba viva y fresca, y colándose por las innumerables cavidades de los huesos les hacían espedir largos y lastimeros silbos. No tenía yo nadie que me esplicase la significacion de aquel horrible monumento ; el muchacho que tenía del freno los dos caballos estaba jugando con los huesos de las calaveras desmoronadas al pié de la torre ; yo estaba tan rendi-

do por el cansancio, el calor y el sueño, que me dormí con la cabeza apoyada en aquellas paredes hechas con cabezas cortadas; al despertarme, me hallé rodeado de la caravana y de varios ginetes tureos que habian salido de Nisa para acompañarnos á la ciudad; por ellos supe que aquellas eran las cabezas de quince mil Servios, sacrificados por el bajá en el último levantamiento de la Servia. La llanura en que nos hallábamos habia sido el campo de muerte de aquellos generosos insurgentes, y aquel monumento era su sepulcro; saludé con los ojos y con el corazón las reliquias de aquellos hombres heróicos, cuyas cabezas cortadas son el origen de la independencia de su patria. La Servia en la que íbamos á entrar, es ahora libre, y el eco que hacia espedir á la torre de los Servios muertos por su patria el viento de las montañas, era un canto de libertad y gloria! Pronto poseerán la misma ciudad de Nisa, y entonces harán bien en dejar subsistir ese monumento, que enseñará á sus hijos lo que vale la independencia de un pueblo, manifestándoles á qué precio la compraron sus padres!

Nisa se parece á Sofia, y no tiene ningun caracter. — Pasamos un dia en este pueblo. — Pasada Nisa, se entra en las hermosas montañas y en el oceano de bosques de la Servia. Estos bosques

virgenes se estienden por todas partes tanto como el horizonte, dejando serpear solamente un ancho camino recién abierto por el príncipe Milosch, gefe independiente de la Servia. Por espacio de seis dias seguimos internándonos en esas magníficas y perpetuas espesuras, sin mas espectáculo que las columnatas sin fin de los altos y enormes troncos de las hayas, las oleadas de hojas mecidas por el viento, y las calles de colinas y de montañas, uniformemente cubiertas de sus encinas seculares.

Solo de cinco en cinco, ó de seis en seis leguas, al bajar á algun valle algo mas ancho que los demas, y por donde corre un rio, se ven entre los árboles graciosas aldeas con sus casitas de madera blancas y nuevas, y una iglesita, que se estienden á la orilla del agua, en medio de verdes praderas y melonares. Los vecinos, sentados en divanes de madera delante de sus tiendas, trabajan en diferentes oficios; su fisonomía, aunque afable y bondadosa, tiene algo de septentrional, de enérgico, de altivo, que al instante recuerda un pueblo ya libre y digno de serlo: — en todas partes nos reciben con hospitalidad y respeto; — nos preparan la casa mejor del pueblo; — el cura sale á conversar con nosotros; — ya se empiezan á hallar en las casas algunos muebles de Europa; las mugeres no van

tapadas; — se hallan en los prados y en los bosques cuadrillas de mancebos y de muchachas que salen juntos á la labranza y van entonando canciones nacionales que recuerdan el *ranz* de las vacas¹. Estas muchachas llevan una camisa muy ancha que les cubre el pecho y los hombros, y un zagalejo corto de lana parda ó colorada; su frescura, su alegría, la limpidez de sus frentes, y de sus ojos las hacen parecerse á las hermosas mugeres de Berna ó de las montañas de Lucerna.

Allí nos abandonan nuestros fieles compañeros de todos los *konaks* de Turquía; ya no vemos las cigüeñas, cuyos anchos nidos, semejantes á cunas de juncos, coronan la cima de todas las mezquitas en la Turquía de Europa y sirven de techo á los minaretes derruidos; todas las tardes, al llegar á las aldeas ó á los *kans* desiertos, las veíamos rondar de dos en dos al rededor de nuestra tienda; los polluelos, sacando sus largos cuellos fuera del nido como una camada de serpientes, tienden el pico á la madre que, medio suspendida sobre sus anchas alas, les reparte su sustento que trae de los vecinos pantanos;

¹ Bellísimo canto nacional de los pastores suizos, que Rossini ha insertado entre las melodías de su admirable *Guillermo Tell*, — N. del T.

FIN DEL TOMO II

FONDO BIBLIOTECA PUBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEON

30990

915.6
L217v

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

NO. ADQ.
30990

NO. CLAS.
915.6
L217v

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON

30990

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

915.6
L217v

Samartine, Alphonse Marie Louis de -
Trat de, 1790-1869
Viage a Oriente;...
®

BIBLIOTECAS



NUEN
IOTE